MARIO CASTRO ARENAS

EL SOCIALISMO

Panamá, 2007

EL SOCIALISMO

© Mario Castro Arenas, 2007

ISBN: 978-9962-669-01-2

Se reservan todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta obra puede reproducirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin autorización expresa de su autor.

Impreso por:
Universal Books
Panamá, Rep. de Panamá

"Aprende de los sabios, y enseña a tu vez a los indoctos"

Catón, Sentencias

"Siempre estás sereno, porque tú mismo eres tu serenidad. ¿Y qué hombre hará entender esto al hombre? ¿Qué ángel al ángel?
¿Qué ángel al hombre? A ti hay que pedirlo, en ti hay que buscarlo, a tu puerta hay que llamar; así podremos recibirlo, así hallarlo, así encontrar la puerta abierta."

San Agustín, Las Confesiones.

PRESENTACIÓN

Con este libro sobre el Socialismo proseguimos las reflexiones dedicadas a la evolución histórica del Pensamiento Político de todos los tiempos, desde las culturas Asirio-Babilónica, Egipto, China, India en el Oriente, y Grecia y Roma en Occidente, hasta las culturas de España, Francia, Inglaterra, Italia de los siglos XVI y XVIII en el primer volumen; el segundo volumen fue dedicado al Liberalismo a partir de la Revolución Inglesa del siglo XVII, Adam Smith, la Revolución Industrial y los liberales del siglo XX.

Ahora ofrecemos una exposición del Socialismo a través del pensamiento de sus ideólogos más representativos, tanto europeos como orientales del siglo XIX en adelante.

Iniciamos con el análisis del socialismo francés; continuamos con el socialismo inglés; proseguimos con el socialismo alemán; luego con el socialismo ruso y el socialismo chino. En otro volumen expondremos a los ideólogos de regímenes monárquicos, liberales y socialistas surgidos en países de Europa del Este, el Magreb, el Africa subsahariana y América Latina.

Como en los libros anteriores, presentamos a los ideólogos socialistas en el contexto político en que se desenvolvieron y meditaron. Comprobaremos la fecunda diversidad del pensamiento socialista, ora en sus variantes francesas caracterizadas por el genio creativo de Saint-Simon, Fourier, Babeuf, Proudhon, Blanc; ora las reflexiones comunistas de los precursores ingleses Lilburne y Winstanley, el cooperativismo de Owen, el fabianismo de los Webb, Shaw, Keynes, Hobson, Wells; ora el socialismo alemán fundado por Marx, Engels, Kautsky, Bernstein, Lasalle, Luxemburg; ora el socialismo ruso de Her-

zen, Bakunin, Krokoptine, Plejanof, Lenin, Trotsky, Stalin y Gorbachov; ora el socialismo chino de Sut-Yat-sen, Mao Zedong, Zhou Enlai y Deng Xiaoping.

Nuestro propósito es explicar ideologías. Después de entenderlas, cada lector podrá formar su propio juicio, según su libre albedrío.

SOCIALISMO FRANCÉS DEL SIGLO XIX

La guillotina, aunque trabajó horas extras en los días despiadados del siglo XVIII, no decapitó a todos los aristócratas franceses, pero logró que las cabezas sobrevivientes pensaran de manera diferente. Muchos perdieron sus tierras vendidas a precio vil a sus arrendatarios, o las recompraron a través de los testaferros infaltables en las revoluciones. Otros nobles emigraron a la fuerza a los países vecinos, aguardando, provisionalmente nostálgicos, la hora del regreso a Versalles. No escasearon los miembros del antiguo régimen que asumieron el riesgo de adaptarse al nuevo régimen a base de astucia, realismo y de una inteligencia algo tortuosa... Comprendieron que sus pergaminos nobiliarios, después de Robespierre y Saint-Just, únicamente servían para alimentar el fuego de las chimeneas de sus carcomidos castillos y que más les valía acomodarse a la indeseada realidad de la revolución.

Claude Henry de Rouvroy, Conde de Saint Simon

Uno de esos aristócratas dolorosamente realistas fue Claude Henry de Rouvroy, Conde Saint Simon. Descendiente de los condes de Vermandois que presumieron de un abolengo entroncado a Carlomagno, y, también, de su antepasado, el famoso autor de las Memorias, Conde de Saint Simon, Claude Henry decidió diseñar una nueva sociedad extraída de los escombros violentamente triturados por la revolución. Una nueva sociedad, una nueva religión, una nueva industria. Empresa absolutamente utópica, que demostró, sin embargo, la formidable capacidad de los franceses de no cejar en la creación de nuevas sociedades, luego destruirlas y, después, reconstruirlas. A ese fatídico pasatiempo se dedicaron Montesquieu y Voltaire, Rousseau y Diderot en la generación de la Enciclopedia, hasta que arribó la generación de los verdugos del Terror. Bajó la venta de pelucas empolvadas y creció la demanda de lana de tejer a crochet excitada por el frenesí manual de las jacobinas instaladas al pie del patíbulo. Cuando la guillotina inició el insólito ejercicio de mutilar las cabezas de la nueva nobleza revolucionaria de Danton, Marat, Robespierre y Saint-Just, los verdugos se convirtieron en comerciantes de charcuterie y las comadres dejaron de tejer en público. Fue en ese momento que aparecieron en el escenario ya muy ensanchado de la política dos nuevas clases de actores: los bonapartistas y sus secuaces de la nueva burguesía republicana; y los socialistas y su cohorte de ideólogos.

Hay que orear la escenografía de la época para comprender cómo se reinventó el aristócrata Conde de Saint Simon en el ideólogo socialista Claude Henry Bonhomne.

Algo de rebeldía hubo en su DNA porque sus biógrafos dan cuenta que desdeñó los convencionalismos de la educación formal y obligó a sus progenitores a que contrataran al sabio enciclopedista D´Alambert para que le dictara lecciones a domicilio de matemáticas y ciencias

naturales. Claude Henry se aburría de la enseñanza del griego y el latín y de la lectura de los anacrónicos clásicos de la novela y el teatro. Temperamento nervioso, carácter enérgico, avidez de aventuras: signos tempranos de una personalidad proclive a la aventura que sus padres intentaron encajar entre el rojo de los uniformes militares y el negro de las sotanas inmortalizados por Stendhal, eligiendo la incorporación a la milicia. A los 16 años, más por influencia que por experiencia militar, recibió galones de subteniente. Disgustado por la decisión paterna, desesperado por amarrarse a una carrera militar en la que iba a ganar galones sin haber quebrado una espada, Saint Simon siguió la huella de otro aristócrata disconforme con los usos de su tiempo, el marqués de Lafayette, y se embarcó rumbo a Norteamérica con la fuerza expedicionaria que fue a luchar contra los detestados ingleses. Su carrera militar alzó vuelo continental. Llegó a Norteamérica con el grado de capitán y se puso a las órdenes del estado mayor por la intercesión de un familiar, también miembro de la milicia de Lafayette.

Quiso tener un bautizo de sangre en toda la regla y lo logró: participó varias veces en acciones de guerra contra las veteranas fuerzas británicas. En la batalla de Saintes cayó herido y fue capturado. Los ingleses odiaban la intromisión francesa y deliberaron sobre su fusilamiento. Lo salvó la firma de la paz. Es posible que. en el entreacto de la reconstrucción norteamericana, oyera hablar o conociera personalmente a Jefferson, Franklin, Washington, forjadores de una constitución que posibilitaba la creación de una nueva sociedad que recogió los principios de la Revolución Francesa, y que, poco a poco, asimiló los legados de otra revolución, la revolución de la industria y la nueva ciencia. A la experiencia norteamericana, experiencia decisiva en su desarrollo cultural, añadió la experiencia mexicana, donde encontró al emperador austríaco Maximiliano, al frente de un imperio de opereta, flanqueado por fuerzas francesas. Se asegura que Saint Simon propuso a Maximiliano la construcción de un canal para unir el

Pacífico y el Caribe a través de Panamá, según Antoine Berthier. América le significó al Conde de Saint Simon el conocimiento, siquiera directo y espontáneo, de la estructura y los modos de vida de la sociedad colonial, conocimiento que se insinuará, sobre todo, en sus posteriores construcciones utópicas de la sociedad. Se trata, en efecto, de un material que no será valorado como el contenido de una experiencia ingenua, sino que cobrará sentido desde los esquemas progresistas derivados de la lectura (a menudo sólo superficial) de filósofos franceses como Turgot y Condorcet. "He aquí por lo tanto —razona Antoine Berthier— un rasgo típico de la mentalidad de la época: el nuevo mundo aparece en la mentalidad de Saint Simon, y en gran parte de la visión del mundo de sus contemporáneos como materia dúctil donde pudiera llevarse a cabo las realizaciones de la nueva teoría política. A lo largo de su vida, el propio Saint Simon cuidaría de remarcar el significado de esta importante experiencia". En América vivió la experiencia militar, pero la influencia del nuevo continente operó en su espíritu como el principio de la apertura a nuevos horizontes en los que apelará no sólo a los cañones sino a las armas de la reflexión. Se retiró del ejército con el grado de coronel.

Cerró un período caracterizado por la nulidad de su libre albedrío. En adelante las decisiones serían fruto de su juicio individual. La monarquía francesa pasó del siglo de oro de Luis XIV a la brusca decadencia de Luis XVI. Antes de sumarse al ocio cortesano de Versalles, preludio frívolo de la disolución del sistema, se sintió atraído por el reino progresista del monarca español Carlos III en circunstancias que allá se cancelaba la educación basada en la escolástica de la Compañía de Jesús para abrirse paso a nuevos sistemas de investigación científica abanderados por una brillante élite de ilustrados españoles y americanos. Si en su ánimo germinó en esa época el proyecto de la reforma religiosa de una nueva sociedad, en España absorbió algo de la renovación intelectual alentada por Campomanes, Jovellanos, el Conde de Aranda, el perua-

no Pablo de Olavide, y otros intelectuales inspirados por los textos enciclopedistas. En su contacto con el Conde de Aranda, que postulaba una comunidad de naciones de lengua española dentro de un marco recusatorio del colonialismo anacrónico de los Habsburgos; y de su conocimiento de las ideas de Olavide, que concibió la transformación de los latifundios andaluces en parcelas de tierras campesinas, la imaginación social de Saint Simon entró en su primera fase de incubación reformista. Quizás a los contactos con los ilustrados españoles debió en parte la ductibilidad con que asimiló la Revolución Francesa. No aprobó la violencia iconoclasta del Terror, pero admitió que no tenía sentido prolongar la supervivencia de un statu quo ya en el último período de la desintegración. Escribió una carta a la Asamblea Nacional Constituyente, tomando la iniciativa de la supresión de los privilegios de nacimiento, renunciando al cargo de alcalde que le ofrecieron las autoridades revolucionarias y anunciando que, como republicano convicto y confeso, cancelaba por su propia voluntad el título de conde. Adoptó el nuevo nombre de Claude Henry Bonhomme. Sin embargo, los jefes revolucionarios desconfiaron de su conversión súbita y descubrieron una superchería mercantilista: usó su nuevo nombre para ocultar su origen aristocrático y dedicarse a la compra de tierras de dominio nacional para venderlas a mayor precio. Saint Simon alegó que se embarcó en esas oscuras transacciones para recuperar su economía personal arruinada por la confiscación de las tierras de los grandes terratenientes, entre los que figuraba su familia. La compra y venta de las tierras fue una operación que le dejó enormes ganancias, pero le convirtieron en un aristócrata sospechoso de la práctica de maniobras especulativas contrarrevolucionarias. Fue arrestado en noviembre de 1793 y estuvo en la prisión hasta octubre del año siguiente. Al emerger de la cárcel reemprendió nuevos negocios en la industria y las finanzas que lo sacaron a flote. Saint Simon cambió de nombre, pero la procesión iba por dentro. Llevó un tren de vida fastuoso. La mesa de su ca-

sona siempre estuvo colmada de invitados, y, también, de invitadas de remarcable belleza. El estilo de vida fue execrado como libertino por los puritanos de la revolución. Saint Simon fue un derrochador irremediable que invirtió las utilidades en el frenesí epicúreo hasta agotar la última moneda. Así fue oscilando entre la fortuna y la quiebra. Varias veces cayó en la miseria. Paradoja clasista: un ex mayordomo de su servicio lo cobijó largo tiempo. Al arreciar su hambre física, se la abrió el apetito intelectual en forma copiosa. Siguió cursos en la Escuela Politécnica y en la Escuela de Medicina. Se arrimó a los grandes científicos de la época, Monge, Lagrange, Helvetius, Holbach. Se propuso ser un enciclopedista del siglo diecinueve, bien informado de las investigaciones de las ciencias naturales y las artes.

Todo este cúmulo de conocimientos sustentó sus meditaciones sobre la suerte de Francia. Las luchas intestinas de las facciones revolucionarias habían paralizado la producción agrícola e industrial. Numerosos campesinos desertaron del campo y se fueron a probar suerte a París. Surgió una casta de nuevos ricos a la sombra de una frenética especulación. La burguesía reemplazó a la aristocracia, pero sin buenas maneras. Las hijas de los especuladores se casaron con los nobles arruinados. El vendedor de tocino tuvo más influencia que el marqués. En su austera buhardilla, apremiado por los editores, acosado por los deudores, Honorato de Balzac tomó notas de los modelos vivos engendrados por los cambios de la sociedad francesa. Saint Simon decidió dedicarse a la creación de un nuevo proyecto social, resultante de una amalgama de industria, ciencia y religión. Contrató como secretarios a dos jóvenes talentosos: Agustín Thierry y Auguste Comte. La historia y la sociología recibieron frutos óptimos de este célebre triunvirato. Comte, padre de la sociología reconoció, mucho tiempo después, las deudas intelectuales contraídas con las enseñanzas de Saint Simon, después de haber sido Pedro y haber negado tres veces el honesto reconocimiento al origen de sus ideas. Discípulos y amigos,

entre ellos eminencias como Poisson, Halévy, Olinde Rodrigues, Rouget de l'Isle, organizaron un comité de socorro al conocer que, por su pobreza aniquilante, el maestro llegó a perpetrar un intento de suicidio, a pesar que sus obras tuvieron excelente acogida del público; sin embargo, el maestro se acostó muchas noches sin probar bocado. La miseria acosó al conde, mientras su imaginación construyó las formas de una nueva sociedad en la que ingenieros y trabajadores y hombres de ciencia forjarían un nuevo socialismo, sin necesidad de cortarle la cabeza a ninguna persona. La muerte cerró los ojos del constructor de sueños en el año de 1825.

La obra de Saint Simon es tan amplia como confusa. Abarcó temas contrapuestos: de la industria al nuevo cristianismo, del nuevo sistema de medidas a la introducción de la fisiología en los estudios sociales, de la astronomía a la psicología, de la química a la física. Sin embargo, Marx y Engels también abarcaron la filosofía, la economía política, la historia, la antropología y las ciencias naturales. Como en ellos, como en Proudhon y Blanc, Fourier y Cabet, la idea del cambio de la sociedad fue la idea omnipresente en sus tratados. El sociólogo francés Emile Durkheim, que estudió la obra de Saint Simon con profundidad superior a la de sus contemporáneos, escribió: " Este hombre abierto a todo, que parece ir a la deriva en función de las circunstancias, fue un hombre de una sola idea, y es en vistas de realizarla por lo que pasó por todos esos avatares. Reorganizar las sociedades europeas dándoles como base la ciencia y la industria: he aquí el objetivo que nunca perdió de vista". Durkheim dividió las obras de Saint Simon en los siguientes grupos: 1) "Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos"; 2) "Introducción a los trabajos científicos del siglo XIX"; 3) "Cartas a la Oficina de Medidas"; 4) "Memoria sobre la ciencia del hombre y Trabajo sobre la gravitación universal". Desde el punto de vista sociológico, agrupó sus obras principales en el siguiente orden: 1) "Reorganización de la sociedad europea.1814. Por el señor Conde de Saint Simon y

su discípulo Agustín Thierry; 2) "La industria", al alimón con Thierry y Comte; 3) "El organizador"; 4) "El sistema industrial"; 5) "El catecismo de los industriales"; 6) "El nuevo cristianismo". Después de su muerte se publicaron "La organización social" y "De la fisiología aplicada a las mejoras sociales".

Sus discípulos Rodrigues y Enfantin reunieron sus obras completas en varios volúmenes. No obstante la diversidad y la extravagancia de sus obras, de ellas puede extractarse dos conceptos rectores interconectados: la unidad de las ciencias y la organización social. Este planteamiento lo califica como uno de los más audaces pensadores del siglo diecinueve; el siglo de los más grandes innovadores sociales de todos los tiempos. Durkheim señala que Saint Simon partió de la noción de que el sistema social es la aplicación de un sistema de ideas. "Los sistemas de religión, política general, moral, instrucción pública no son más que aplicaciones del sistema de ideas o, si se prefiere, son el sistema de pensamiento considerado en sus distintas facetas"("Memoria sobre la ciencia del hombre"). La concepción saintsimoniana de sistema de ideas es omniabarcadora. Comprende ciencias naturales, artes, filosofía, matemáticas, astronomía, en suma, todo el conocimiento sometido a proceso de revisión por Copérnico, Galileo, Newton, y los sabios enciclopedistas Monge, Laplace, Holbach, Helvetius, Bouganville. Pero el filósofo inglés Francis Bacon es el antecedente humanístico al cual se entroncó Saint Simon. En los aforismas del "Novum Organum", el filósofo ingles postuló la comprensión del conocimiento como la forma del poder de las futuras sociedades. Bacon alentó un conocimiento científico demostrable en el laboratorio, no un conocimiento basado solamente en deducciones especulativas. Recusó Bacon la lógica aristotélica en la que se cimentó la filosofía escolástica cristiana con estas palabras: "El silogismo consiste en proposiciones, las proposiciones consisten en palabras, las palabras son símbolos de nociones. Por consiguiente, si las nociones son confusas y apresuradamente abstraídas de los hechos, no hay consistencia

en la superestructura. Nuestra única esperanza yace en una verdadera inducción". Saint Simon recogió el legado de Bacon, renovado después por Kant y Hegel, para intentar la transformación del viejo sistema de ideas —los ídolos de la mente, el ídolo de la tribu, el ídolo de la caverna, el ídolo del foro, el ídolo del teatro— y unirlo a la organización social. Afinando más su concepción del conocimiento, Saint Simon estimuló la constitución de una Nueva Enciclopedia que atara los cabos sueltos de la Enciclopedia del Siglo de las Luces: "Los autores de la Enciclopedia Francesa han demostrado que la idea que se admitía generalmente no podía servir para el progreso de las ciencias... pero no han indicado la idea que se debía adoptar para sustituir la que habían desacreditado... una buena enciclopedia sería una colección completa de los conocimientos humanos organizados siguiendo un orden tal que el lector descendería por escalones de igual manera espaciados, desde la concepción científica más general hasta las ideas más particulares". El conde no estuvo a la búsqueda de un enciclopedismo meramente erudito. Exigió cambios en la ética de los representantes de la enciclopedia, cambios para que se pusieran al servicio del bienestar de la humanidad y no al servicio de su destrucción. Con tal propósito enrrostró a los hombres de ciencia su responsabilidad ante la sociedad: "Químicos, astrónomos, físicos, ¿cuáles son los derechos que os asisten para ocupar en este momento el papel de vanguardia científica? La especie humana se encuentra atrapada en una de las más graves crisis que haya sufrido desde los orígenes de su existencia; ¿en qué os esforzáis para acabar con esa crisis? ...Toda Europa es pasada a deguello ¿qué hacéis vosotros para parar tal carnicería? Nada. ¡Qué digo!, sois vosotros los que perfeccionáis los medios de destrucción, vosotros los que dirigís su empleo; en todos los ejércitos aparecéis al frente de la artillería; vosotros sois los que organizáis las operaciones de sitio a las ciudades. ¿Qué hacéis, os pregunto una vez más, para que se restablezca la paz? ¿Qué podéis hacer? Nada. La ciencia del hombre es la única capaz de llevar el descubrimiento de los medios sus-

ceptibles de conciliar los intereses de los pueblos y vosotros no estudiáis para nada esa ciencia..."

La idea no era nueva: Napoleón llevó a la campaña de Egipto una trouppe de científicos para conocer y estudiar la antigua civilización, Laplace entre ellos, y descifrar sus lecciones en beneficio de la era moderna. Saint Simon simpatizó con el proyecto de Bonaparte, tanto porque convocó a los hombres de ciencia cuanto porque cimentó un "nuevo orden" que atajó el caos de la revolución. Pero si el proyecto napoleónico aprovechó el uso de la ciencia para la guerra destructiva, la convocatoria del conde fue hecha en nombre de un proyecto pacífico de armonía social. Después de los estragos de la revolución del 79 y del expansionismo napoleónico, dos convicciones arraigaron en la mentalidad del aristócrata: orden y progreso. Su imperativo fue sacar a la sociedad francesa de las cenizas de la revolución para construir una nueva sociedad basada en la industria y la ciencia. Su proyecto no tomó en cuenta la solidaridad con los obreros deficientemente remunerados, y ésta es una de las razones del regateo ideológico que formulan los historiadores del socialismo francés, para insertarlo al lado de Fourier, Blanc, y, mucho menos, al lado de Babeuf, Blanqui, Cabet o Flora Tristán. En realidad, vale tomar en consideración que la noción de lo social tiene en Saint Simon características especiales. El propuso transformar la sociedad con un criterio incluyente no aceptado en su tiempo, es decir modelando una alianza de los productores industriales, obreros y empresarios que excluía a los ociosos o parásitos de las clases sociales. La alianza de productores y de clases integraba industriales, científicos y trabajadores en el mismo saco de la producción, siguiendo la línea de Adam Smith. Aceptó como un hecho cumplido que el egoísmo, materializado en ventajas económicas, ensombrecía a la mayor parte de los capitanes franceses de la industria. Pero no pretendió eliminar a los industriales y a los capitalistas a la fuerza, excluyéndolos de la nueva sociedad, sino, por el contrario, se propuso cambiarles la mente, modificar el egoísmo

en altruismo o colaboracionismo. Para alcanzar esta meta ultradifícil propició cambios audaces en la religión cristiana fundando una nueva iglesia. Insistió Saint Simon en la creación del "nuevo cristianismo", a base de una nueva moral que disolviera las barreras de clases y tendiera puentes de entendimiento y colaboración para alcanzar el Progreso con mayúsculas. De su posición positiva se nutrió el Positivismo sociológico de Comte, en otras palabras, la confianza racional en el Progreso forjado por los avances de la ciencia. Los laboratorios y gabinetes fueron los templos del Positivismo. Con su secretario Auguste Comte, investigó la sociedad con el apoyo de métodos científicos, objetivos y exactos como la Biología o la Física, intentando, por esa vía, la consagración de una Fisiología Social, que Comte llamó Sociología. "La sociedad no es en absoluto un simple aglomerado de seres vivos cuyas acciones no conocerían otra causa que la arbitrariedad de las voluntades individuales, no otro resultado que accidentes efímeros o sin importancia; la sociedad, por el contrario, —teorizó Saint Simon— es sobre todo una verdadera máquina organizada, cuyas partes contribuyen de manera diferente a la marcha del conjunto. La unión de los hombres constituye un verdadero ser cuya existencia es más o menos vigorosa o vacilante en función de que sus órganos cumplan más o menos regularmente las funciones que se les confían". Las metas de Saint Simon desbordaban las metas del socialismo populista. Después de Saint Simon, Marx persiguió cambiar el mundo, no solamente interpretarlo. Proudhon aspiró a cambiar la estructura de la propiedad para poder transformar la sociedad. Fourier organizó falansterios para que la vida comunitaria corrigiera los vicios de la sociedad industrial. Saint Simon, más utópico que todos ellos, aspiró nada menos que a cambiar la mente del hombre para cambiar la sociedad, pensando como un demiurgo social.

Al trasfondo cristiano de las ideas del conde se debió a que no existiera en el proyecto de Saint Simon lo que Cole recalca como la diferencia raizal con las otras con-

cepciones socialistas, "un antagonismo fundamentalmente entre obreros y patronos; hablaba de siempre de ellos como constituyendo juntos una sola clase con un interés común frente a todo el que se consideraba con derecho a vivir sin realizar un trabajo útil; y también contra todos los gobernantes y jefes militares que mantienen el reino de la fuerza contra la industria pacífica. Sólo después de su muerte sus discípulos sacaron de estos principios la conclusión de que la propiedad debe ser colectiva a fin de que el estado pueda encargar de su dirección a quienes puedan utilizarla mejor". Aquí apreciamos —en la relación entre Estado y Sociedad— otro rasgo peculiar de la filosofía social de Saint Simon. Mientras Proudhon y Bakunin preconizaron la desaparición del Estado: mientras Marx, Engels y Lenin abanicaron la construcción de un todopoderoso Estado uniclasista, Saint Simon concibió el Estado como una entidad meramente reguladora y administrativa, y entregó la dirección de la nueva sociedad industrial pluriclasista a un consejo de sabios. Saint Simon no discernió con nitidez la diferencia entre gobierno y estado, que constituye una diferenciación posterior a su época. En lo que no dejó duda fue en la limitación de los poderes del gobierno, sobrentendiéndose que su noción del Estado corresponde a un complejo sistema de consejos de administración. Intérprete objetivo del proyecto de Saint Simon, Durkheim presenta el esquema siguiente: "1) dado que la industria está llamada a convertirse en materia única de la vida social, los consejos encargados de dirigir la sociedad deben componerse de modo tal que puedan administrar con competencia la industria nacional, es decir, sólo deben contar con productores; 2) el gobierno, en el sentido ordinario de la palabra, el poder ejecutivo, sólo debe tener un papel subalterno de policía, de lo que se sigue, como corolario, que la organización industrial es indiferente a cualquier forma de gobierno. Es al consejo supremo de la industria al que correspondería dirigir la marcha de la sociedad y cumplir tal tarea bajo cualquier constitución; 3) en el ejercicio de sus funciones, procederá siguiendo

un método completamente diferente del empleado por los gobiernos de todos los tiempos". Aclara Durkheim que el rol de este consejo supremo de la industria es completamente distinto al rol administrador del gobierno.

En otras palabras, Saint Simon reestructuró el organigrama del manejo de la *república*, poniendo en el pináculo de la pirámide a la sociedad, concebida como una gran compañía industrial. Obviamente, esta nueva sociedad industrial no podía estar en manos de políticos, sino de una tecnocracia a cargo del máximo organismo de la gerencia industrial. No explica los mecanismos de elección del consejo supremo de la industria. Se confía, al parecer, en la acción espontánea de reajustes internos dentro de una sociedad reorganizada con patrones científicos. Cole no vacila en afirmar que el conde "fue el primero en ver claramente la importancia dominante de la organización económica en los problemas de la sociedad moderna y en afirmar la posición capital de la evolución económica como factor de las relaciones sociales". Apoyándose en la teoría del materialismo histórico, Marx y Engels revalorizaron la importancia del factor económico en la organización social, pero por un camino distinto al trazado por Saint Simon. La primordial diferencia conceptual entre el sansimonismo y el marxismo radica en que el primero se metió en las entrañas del sistema industrial, en tanto que el filósofo alemán se interesó por el resultado final de la producción industrial, esto es el reparto de las utilidades, o plus valía generada por la actividad productiva. Marx realizó un largo rodeo por los alrededores de la industria, y no profundizó su teoría en establecer las diferencias intrínsecas entre el modo de producción feudal eminentemente agrario y manual y el modo de producción industrial basado en la máquina. Descalificó la industria con argumentos éticos, tachándola de deshumanizadora porque aniquiló la mano de obra del carpintero y el tornero primitivos. En sentido contrario, Saint Simon advirtió que ciencia e industria están engarzadas y que pueden liberar económicamente al trabajador, convirtiéndolo en un productor calificado. Colisionaron la

visión pesimista a corto plazo de la industria, la del marxismo, y la visión optimista y utópica a largo plazo de la industria, la del sansimonismo. El sansimonismo concibió una noción del poder basada en la fusión desarrollista de ciencia e industria, distinta a los términos de ética distributiva del poder de los marxistas. La experiencia histórica del desarrollo de la tecnología industrial tiende a adjudicarle la certeza de sus predicciones al sansimonismo. El mundo industrial contemporáneo está regido por consejos de científicos casi invisibles y no por estamentos políticos visibles propiamente dichos. La creatividad tecnológica de los consejos invisibles rige la sociedad industrial que se materializa, poniéndose al alcance de los miembros de todas las clases de la sociedad cuando se enferman y requieren medicamentos, cuando se comunican y necesitan computadoras y satélites, cuando entran en conflictos bélicos y utilizan aviones supersónicos, submarinos nucleares y cohetes espaciales. La invisibilidad de los científicos es un componente fundamental del poder real de la tecnología trasnacional. Frente a esta supremacía científica del universo industrial, corresponde a los gobiernos el papel de regular patentes y cobrar impuestos. Ya no se lee a Saint Simon y muy pocos hombres discuten si fue fundador de una cierta especie de socialismo. Si por socialismo entendemos la modelación de una nueva sociedad que transforme los defectos del modelo tradicional de gobierno, no dudaríamos en acreditarle ese nombre a este extraño personaje que rompió la piel de su origen en el siglo diecinueve para predecir el mundo de los siglos siguientes. Un mundo distinto creado por la aplicación metódica del conocimiento científico a la producción de la industria. Un mundo antiguo y moderno, porque renueva la primacía del saber calificada originalmente por Platón y replantea la prioridad del conocimiento científico en la sociedad moderna, corroborando a Bacon, Condorcet, Kant, Hegel, Comte y otros pensadores. Los sabios al poder fue su tácita consigna. Los franceses no descifraron en su momento la profundidad de su mensaje y, así, después de las convulsiones del 79 y el

bonapartismo, insistieron en el cambio social por el cauce de la violencia revolucionaria en los movimientos sociales del 48 y el 72. Pierre Ansart se esfuerza inútilmente en el hallazgo de simetrías en los proyectos sociales de Saint Simon y Marx. Ciertamente ambos se apoyaron en el trabajo y en el predominio del factor económico en la construcción de la nueva sociedad. Pero ahí se detienen las coincidencias y estallan las divergencias. Saint Simon se introdujo en la naturaleza trascendente y positiva de la industria para rescatar dos aspectos fundamentales: la supremacía científica del desarrollo industrial y la alianza de los productores, articulando la tríada de científicos, empresarios y trabajadores. Todos ellos, razonó Saint Simon, formarán la sociedad de los productores, de las que estarán excluídos los rentistas parasitarios y los ociosos de cualquier origen social. No vio en la industria únicamente el maquinismo negativo que cavó diferencias entre empresarios muy ricos y obreros muy pobres por inequidad de la distribución de la riqueza, sino que rehabilitó el concepto general de industria y de industrioso, es decir de productores aliados en beneficio integral de la sociedad. Marx, por el contrario, rehusó rescatar lo aprovechable del desarrollo industrial y se constriño a discutir en varios volúmenes la plus valía como resultado final del proceso industrial. Engels calificó a Saint Simon como una de las cabezas más articuladas del siglo diecinueve en el prólogo a "Dialéctica de la Naturaleza". Los llamados materialistas científicos se limitaron a enfatizar las lacras sociales de la primera revolución industrial, sin profundizar en las posibles ventajas de la aplicación de la ciencia para liberar a los obreros de los arcaicos tormentos feudales del trabajo manual. La electrificación masiva ordenada por Lenin para transformar la atrasada sociedad rural del zarismo en una nueva sociedad industrial fue una excelente iniciativa socialista. Pero José Stalin y los dirigentes que le sucedieron se apartaron de los ideales éticos de Marx y Engels al crear una industria pesada concentrada en necesidades bélicas, posponiendo la industria dedicada al consumo de obreros y campesinos.

Discípulos de Saint Simon

Auguste Comte fue el continuador más valioso del pensamiento sansimonista. Fue amanuense y discípulo del conde, pero después negó al maestro, siguiendo la tradición de las generaciones parricidas. No pudo ocultar, sin embargo, que lo que denominó como Sociología procedía de la teoría de la Fisiología Social de Saint Simon. El sociólogo francés Emile Durkheim es uno de los pensadores tal vez más autorizados y solventes en el conocimiento directo de las relaciones intelectuales entre Saint Simon y Comte, pues fue un discípulo leal al magisterio de Comte, un discípulo que no renegó sino que perfeccionó la doctrina del maestro, consiguiendo la introducción de la sociología en el programa de estudios de la universidad de Burdeos. Durkheim aceptó que "la idea, la palabra e incluso el esquema de la filosofía positiva se encuentran en Saint Simon. El ha sido el primero en alumbrar la idea de que, entre las generalidades formales de la filosofía metafísica y la estrecha especialización de las ciencias particulares, había espacio para una nueva empresa cuyo plan ha trazado e intentado su realización. Es, pues, a él a quien, en buena justicia, hay que rendir el honor que se atribuye corrientemente a Comte... al exponer las concepciones de Saint Simon hemos podido ver todo lo que Comte le adeudaba y tendremos ocasión de constatar esa misma influencia en el detalle de las teorías. A pesar de ello, y exceptuando a Littré, los comtianos han negado tal filiación. Incluso han llegado a decir que era a Comte a quien Saint Simon debía todo lo que hay de justo y original en su doctrina. Pero los hechos se enfrentan a una tal interpretación". Siguiendo la línea de reconocimiento, el británico Cole sostiene en su clásica Historia del Socialismo que "se verá que el Saint Simon de las primeras opiniones fue precursor de Augusto Comte, el Comte de la Filosofía Positiva más bien que el posterior de la "Política Positiva". El positivismo de Comte fue en realidad, y esencialmente, un desarrollo de las ideas de Saint Simon, y la primera obra de Comte

fue escrita bajo la vigilancia de Saint Simon. No obstante, Comte mismo, en sus fases posteriores, reconoció la doctrina del Nuevo Cristianismo de Saint Simon, y también reflejó la concepción de Saint Simon acerca de los sabios como dirigentes de la educación y consejeros del Estado." Timasheff acepta que en el período comprendido entre 1817 y 1823 resulta incierto separar las ideas de Saint Simon y Comte. Pero las desavenencias se convirtieron en ásperas rivalidades y los separaron, sobre todo, cuando el discípulo, como suele acontecer, sintió que sus armas intelectuales eran iguales o superiores a las del maestro. Al final de su vida, muerto Saint Simon, Comte reconoció las deudas intelectuales y se reconcilió con su memoria. Sin embargo, la difusión de las ideas de Comte en Europa y América han ahogado el tardío homenaje.

Más leales pero menos inteligentes, otros discípulos organizaron el culto de las ideas de Saint Simon, degenerando al final de cuentas en una idolatría de naturaleza mística. El matemático de origen sefardita Olinde Rodrigues, el jurista Duveyrier, el poeta Halévy y el médico Baillo se apiñaron en el proyecto de crear un periódico que continuara la difusión de las ideas del conde, conocidas en los medios intelectuales franceses, pero desconocidas por el pueblo llano. Paradójicamente, el cientificismo de San Simon derivó en un misticismo abrigado y alentado por su obra de mayor resonancia espiritual, el Nuevo Cristianismo. Después del culto a la Diosa Razón y del laicismo impulsado por Bonaparte, Francia sintió un vacío espiritual y cubrió la supuesta necesidad con una nueva corriente religiosa. El respaldo incesante de la Iglesia Católica a la monarquía, las deserciones de curas de provincia transformados por la revolución en jacobinos iracundos, la desamortización de los bienes eclesiásticos entregados a los agricultores, la irrupción política de exclérigos como Fouché, Siéyes y Talleyrand, y, sobre todo, el apogeo de los científicos materialistas, afectaron la credibilidad católica y ensancharon la separación entre la iglesia y el estado. Saint Simon achacó a la teocracia medieval la responsabi-

lidad histórica del mantenimiento del orden feudal. En los momentos crepusculares de su existencia, el conde estuvo convencido que era depositario de la misión de transformar la sociedad francesa bajo el imperio de postulados éticos que restauraran las creencias religiosas, pero sin doblegar los valores científicos. Durkheim relata que hacia 1821 se fundó la Sociedad de Moral Cristiana que tuvo entre sus más entusiastas cofrades al duque de Broglie, Casimir y Agustin Thierry, el novelista y pensador Benjamin Constant, el historiador Guizot, testimonio de cuán hondo había cavado en las conciencias la renovación del cristianismo postulada por Saint Simon. La pretendida renovación religiosa no aspiró a llevar a cabo cambios teológicos radicales sino que intentó erradicar del cristianismo las desviaciones de tipo político. Concluyó infiltrando nociones extrañas a la doctrina cristiana. Los sansimonistas se sintieron atados a una misión como si fueran caballeros de la Orden de los Templarios. La misión fue grande, pero de difícil especificidad. En los hechos no fue más allá de la obligación de predicar una nueva moral a través de órganos informativos permanentes. Se insistía en regenerar la moral cristiana, pero no se definió con claridad y precisión qué se conservaba y qué se expulsaba. La iglesia católica no consideró al sansimonismo religioso como una herejía de envergadura, semejante al luteranismo o al calvinismo. Mantuvo reserva y silencio, un buen tiempo. Advirtió la iglesia que no merecía una condena oficial lo que fue a la postre una chifladura de intelectuales embebidos de un racionalismo desorbitado que los empujó a expresiones de escepticismo combinadas con ciertas dosis de panteísmo. La exposición teórica del Nuevo Cristianismo fue truncada por la muerte del conde, que sólo alcanzó a definir el sansimonismo como una moral con su dogma, su culto, y su clero. Aunque existen vacíos en el discurso sansimonista, fluyen ideas y tendencias que mueven a considerarlo no tanto como una religión sino como una invocación a la solidaridad social de los productores industriales, por un lado, y también, por otro lado, como el resultado del

impacto traumático en la teología escolástica de algunos conceptos científicos como la ley de la gravedad, la rotación de la tierra alrededor del sol, el vapor y el calor como fuentes de energía. Voltaire fue anticlerical, y, al mismo tiempo, deista. Diderot fue perseguido por su repudio a los cánones estéticos y éticos consagrados por la ortodoxia de su tiempo. Saint Simon reveló la realidad del dualismo de materia y espíritu y pensó que la sociedad industrial debía fundamentarse en valores morales diferentes a los establecidos por el feudalismo y la monarquía. Ciencia y religión son compatibles, a criterio de Saint Simon, a condición de aceptar que el trabajo no es servidumbre sino liberación; que la ciencia debe enaltecer al hombre y no subyugarlo; que la religión cristiana no debe usarse para convalidar regímenes sociales intrínsecamente injustos.

Sansimonianos post mortem no se paralizaron por la complejidad doctrinaria del Nuevo Cristianismo y se lanzaron tras la tierra prometida. Estuvieron convencidos que debían cumplir el mandato del nuevo Mesías, fundando una iglesia con su culto y sus dignatarios.

Berthélemy Prosper Enfantin (1796-1864)

Procedió de una familia de la Drome en la que sobresalieron varios generales del Imperio. Su padre fue banquero de Dauphiny, pero un golpe de fortuna dejó las finanzas familiares en un hilo de araña. Berthélemy dejó el colegio transitoriamente porque su padre no podía pagar el costo del pensionado. Al rehacerse los bienes familiares, ingresó en 1813 a la Escuela Politécnica, ayudando a convertirla en el símbolo de la dirigencia técnica reclutada por la nueva sociedad sansimonista. En 1814 dictó en las calles de París una lección de audacia y coraje: combatió a las fuerzas extranjeras que invadieron París, luchando, al lado de una parvada de adolescentes, en las colinas de Montmartre y Saint-Chaumont. Con ayuda de parientes dedicados a la industria del vino, se consolidó como experto en atender a la clientela de Alemania, Países Bajos, Suiza y Rusia. En la capital de los zares enlazó amistad con un grupo de politécnicos franceses contratados para la construcción de ferrocarriles en Rusia que se reunía en tertulias sobre filosofía, economía y sociología. Trabajó un tiempo en un banco de San Petersburgo. A su regreso a Francia, Enfantin se desempeñó como cajero de la Caja Hipotecaria, pero ya era otra persona, una persona ganada por nuevas ideas sobre la sociedad. Algunas noches acudía sigilosamente a las reuniones secretas de grupos de carbonarios. Por medio de Olinde Rodrigues, conoció al maestro Saint Simon. Reclutado a la causa, se dedicó al cumplimiento de los proyectos del Maestro. Después de su muerte, participó en la fundación del "Productor", órgano oficial del movimiento, compartiendo la dirección del periódico con Olinde Rodrigues, reputado como heredero espiritual del maestro. Los principios sansimonistas ganaron más adeptos entre los alumnos de la Escuela Politécnica. El "Productor" circuló de salón en salón. Sobresalió entre los politécnicos el ingeniero de minas Michel Chevalier, que, al dejar las aulas, adhirió a la orden de los Neo-Templarios. Con su condiscípulo Hippolyte Carnot,

Chevalier se agitó en la difusión del ideario sansimonista y se convirtió en firme aliado de Enfantin en el desarrollo de la doctrina en su etapa más intensa. Espigando conceptos aquí y allá de sus textos numerosos, codificó el evangelio conocido como "La doctrina Saint-simoniana" (1826-1828) en el que sentó cátedra en diversos temas, a saber, la abolición de la propiedad hereditaria, la formación de un Banco Central que facilitara recursos a los productores dignos de apoyo financiero, la creación de grandes empresas industriales, la construcción de los canales de Suez y Panamá, y de una vasta red de ferrocarrilles internacionales.

Circuló en Francia una version de que los sansimonistas pudieron tomar el poder del gobierno francés durante la breve apoteósis que conoció en la Revolución de Julio. Enfantin y Bazard, según esta versión, pudieron establecerse en las Tullerías para proclamar el nuevo gobierno. Requirieron el apoyo militar de Lafayette, jefe de la guardia; sin embargo éste no avaló los planes conspirativos. Entretanto, consiguió Enfantin que se nombrara ministro a un ilustre sansimonista, Laffite. Nuevos adeptos magnánimos aportaron fondos cuantiosos al movimiento. Uno de ellos fue Henri Fournel, ingeniero de minas, director de las usinas de Creusot, que renunció al cargo, dejó su casa, sus bienes, para entregarse a la nueva religión del sansimonismo. Luego de los proyectos materiales se pasó a los proyectos religiosos. El movimiento sansimoniano, antes constreñido a las franciscanas habitaciones de una vivienda de la Rue Taranne, se desplazó a una nueva y aparatosa sede en el Hotel des Gresves de la Rue Monsigny que cautivó la curiosidad morbosa del tout París. Luego se organizó una iglesia propia regida por una jerarquía de Padres Supremos, Tabernáculo de la Ley Viviente. Bajo los Padres Supremos funcionó un colegio de 16 miembros que formaron el clero de los Apóstoles. Enfantin y Bazard se turnaron como Padres Supremos. Pero se abrió paso un cisma desencadenado por al antagonismo de las ideas de Enfantin y Bazard. Saint Simon propugnó en sus textos

la igualdad de los sexos, después de sucumbir a la inteligencia de Madame de Stelh y proponerle matrimonio, sin éxito. Los sansimonianos plantearon la elección de una Madre Suprema de idéntico nivel del Padre Supremo en las jerarquías del Nuevo Cristianismo. Madame Bazard aspiró al rango de Madre Suprema, pero su candidatura, alentada por su consorte, agravó la división cismática. Enfantin quedó como Padre Supremo único para evitar el desmembramiento de la iglesia sansimoniana. Entre el asombro y el disgusto, las autoridades se decidieron a poner en vereda a los predicadores que azuzaban a su feligresía a la práctica del amor libre y a la abolición de la herencia. Luego el discurso religioso entró al terreno cenagoso de la política. El sansimonismo vaciló. Unos lo aceptaron como un partido político. Otros reclamaron que era una religión.

Atacaron a los sectores de la burguesía que se alinearon tras la Monarquía de Luis Felipe y a los grupos económicos devotos del laissez-fairer liberal. Resultó una empresa incierta la configuración del sansimonismo en medio del tráfago de las tendencias políticas. Para poner término a la confusión y darle cohesión a los principios, adquirieron el antiguo diario liberal Le Globe y confiaron la dirección al escritor socialista Pierre Leroux, militante del credo sansimonista, pero en forma moderada. Los sansimonistas aspiraban a dirigir la sociedad, pero para ellos el sufragio no era un medio viable para arribar al poder. Ni Francia, ni ningún país europeo, estuvo en aptitud de entregar el manejo de la administración pública a ningún partido o secta religiosa sin la consulta de las urnas electorales. Ante esa situación. los sansimonistas llegaron a ser definidos como tecnócratas autoritarios, sin lograr convencer a sindicatos y empresas privadas de su competencia científica. En el plano internacional, Le Globe zahería el armamentismo prusiano, alentaba la anexión de Bélgica y reclamaba la alianza de europeos y árabes para administrar técnicamente los países del Magreb. En el desenvolvimiento de las jornadas del día a día, el sansimonismo fue

puliendo la construcción de una nueva estirpe de socialismo sin lucha de clases, basado en la exaltación del trabajo y los derechos de los productores, el rechazo a la riqueza que no procediera del trabajo, la apología de la planificación económica, la inclinación a los grandes proyectos de infraestructura y a una distinción cada vez más nítida entre sociedad y estado. Algunos sansimonistas como Phillippe-Benjamín Buchez (1796-1865) ocuparon importantes posiciones políticas como la presidencia de la Asamblea Constituyente y tendieron puentes de coincidencia con ideólogos como Louis Blanc en la formación de cooperativas de productores financiadas con préstamos estatales. "Trabajo para todos" fue el lema repetido para abogar por un desarrollo industrial participativo pluriclasista. Sin embargo, no faltaron franceses que regatearon tomar en serio al sansimonismo por el escándalo de sus disputas religiosas internas algo jocosas. Las reyertas domésticas de quién era el Padre Supremo y quién la Madre Suprema condimentaron la chismografía de las commère. Las invocaciones a la práctica generalizada del amor libre para derrocar" la tiranía del matrimonio" fueron interpretadas como ofensas libertinas a la moral pública y llevaron a la prisión por un año a Enfantin. Después de la traumática experiencia carcelaria, Enfantin se aplicó a otros menesteres menos controversiales, aunque siempre perduró en su personalidad cierto hálito mesiánico. Buscando una nueva Madre Suprema llegó a Egipto, donde revivió el proyecto de construcción del canal de Suez, al final en manos de otro ilustre sansimonista, Ferdinand de Lesseps.

En nuestros días, el sansimonismo suele ser interpretado como supérstite de la arqueología política francesa decimonónica. Pero si se observa objetivamente se apreciará que sus ideas no han perdido vigencia sino que han sido absorbidas por otras corrientes modernas sin conocer sus deudas con el pensamiento de Saint Simon. Más aún, las ideas originales de Saint Simon han sido asimiladas por el imaginario ideológico contemporáneo. Verbigracia, el industrialismo sansimoniano tiene su equivalente

en el desarrollismo. El uso de la ciencia en el desarrollo tecnológico es tan connatural a la sociedad moderna que se olvida el nombre de quien lo alentó hasta la víspera de su muerte. El aliento sansimoniano a las obras ambiciosas de ingeniería ganó a los egresados de la Escuela Politécnica de Francia y creó una mentalidad. Los politécnicos franceses son sansimonianos pura sangre. Lesseps, politécnico sansimoniano, construyó el Canal de Suez y puso la primera piedra del canal de Panamá. La leyenda del conde Saint Simon flota sobre el canal de Suez y el canal de Panamá cuando lo surcan las naves de todas las banderas del mundo.

Francois Marie Charles Fourier (1772-1837)

Con inteligencia y astucia, Federico Engels llevó agua a su molino cuando elogió a Saint Simon y a Fourier en "Del socialismo utópico al socialismo científico". Reconoció en Saint Simon "una amplitud genial de conceptos que le permite contener, ya en germen, casi todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas posteriores". A Fourier lo destacó como un virulento antagonista de las bondades del capitalismo industrial: "Fourier coge por la palabra a la burguesía, a sus encendidos profetas de antes y a sus interesados aduladores de después de la revolución. Pone al desnudo despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués, y la compara a las promesas fascinadoras de los viejos ilustrados, con su imagen de una sociedad en la que reinaría la razón, de una civilización que haría felices a todos los hombres y de una ilimitada perfectibilidad humana". Quizás Fourier está más cerca de Rousseau de lo que pensó el brillante panfletista alemán en su carga vitriólica contra los enciclopedistas. Y no sólo de Juan Jacobo sino también de Moro y de Campanella. Los falansterios fourieristas retrocedieron a los viejos ideales utópicos de la vida comunitaria, sencilla y eglógica, en la que las diferencias de clase social y de sexo se disolvían en aras de una existencia colectivista liberada de prejuicios y desigualdades. Al crear los falansterios, Fourier reaccionó, al mismo tiempo, contra la violencia de la revolución del 79 y contra la deshumanización del industrialismo. En cierta manera, el fourierismo fue una respuesta temprana al sansimonismo. El conde vio en la industria una forma de sublimar la producción maquinística y la llevó al paroxismo al tratar de convertirla en la base de una nueva religión. El viajante de comercio de Besancon razonó en sentido contrario, convencido que la producción masiva del sistema industrial deformaría las relaciones humanas y que la opción de romper el sistema de producción a través de máquinas consistía en que los seres humanos se desenvolvieran en una producción

estrictamente minimalista, limitándose a satisfacer ellos mismos sus necesidades básicas. Cole reconoció las diferencias medulares de los sistemas sociales de Saint Simon y Fourier: "Saint Simon y sus partidarios siempre estaban trazando vastos planes en los cuales se daba sobre todo importancia a una producción abundante y eficiente, a una organización en gran escala, y una amplia planificación y a mayor uso posible del conocimiento científico y tecnológico. A Fourier no le interesaba nada la tecnología; le desagradaba la producción en gran escala, la mecanización y la centralización en todas sus formas. Creía en las comunidades pequeñas como más adecuadas para satisfacer las necesidades reales del hombre limitado."

El origen social determinó las diferentes perspectivas de Saint Simon y Fourier. El conde emergió de la sociedad francesa monárquica cuya forma de vida fue el de una clase social privilegiada, pero en su madurez ideológica propuso la modificación del modo de producción feudal para sustituirlo por una sociedad basada en la convivencia de productores y en el desarrollo científico de la industria. El viajante de comercio Fourier brotó de la clase media de la provincia —la provincia constituye en Francia una categoría social sui géneris y también representa una visión del país y el mundo— que detestaba la grandilocuencia de los idearios sociales y desconfiaba de los predicadores que pretendían reformarlo todo, la sociedad, la economía, hasta la religión. Fourier, como viajante de comercio, sufrió las tribulaciones de depender de las decisiones de una casa matriz impersonal que un día podía aumentarle las comisiones de las ventas u otro día cesarlo intempestivamente sin suministrarle explicaciones.

La pérdida de la herencia territorial mudó la ideología de Saint Simon. La pérdida del empleo, la desocupación, conllevó consecuencias trágicas a Fourier y a la clase media francesa desestabilizada por la mudanza de un régimen político a otro, del bonapartismo a la Monarquía de Julio, de la República al Segundo Imperio. Los golpes de estado, los cambios de caudillo, la crónica fragilidad de

los gabinetes ministeriales, y, particularmente, la codicia de la nueva burguesía financiera, con el frenesí de sus torvas especulaciones, ahogaron los movimientos populares y sumieron a la incipiente clase media en una permanente inestabilidad económica a lo largo del siglo diecinueve. Como respuesta al stress desencadenado por el industrialismo y las finanzas especulativas, Fourier concibió el falansterismo, la vida comunal en pequeños grupos humanos asociados para cultivar la tierra, fabricar sus herramientas, edificar sus viviendas, y, sobre todo, para llevar una existencia austera sin rendirle culto a los oropeles de la civilización industrial, ni aceptar las angustias espirituales derivadas del materialismo de la macroeconomía productiva.

El regreso a la aldea no fue un anacronismo, no fue el conflicto entre el telar de la abuela y el ferrocarril. Fourier, autodidacta pulido en el empirismo de loa oficios, creó el falansterio como parte de una concepción de la historia llamada por él "la teoría de los cuatro movimientos", expuesta en la obra del mismo título editada en 1808. Según el planteamiento de Fourier, la historia humana registra cuatro movimientos: salvajismo, barbarie, patriciado y civilización, (esquema seguido por Engels. y, antes, por el antropólogo inglés Morgan) cuyas ideas debatió en "El origen de la familia, la propiedad y el Estado". El movimiento de la civilización corresponde al industrialismo, razón por cual es pertinente considerar el fourierismo como una antítesis socialista de carácter comunitario al capitalismo decimonónico. Ante la irracionalidad deshumanizadora del capitalismo industrial que ata al individuo a la producción y a la compra de artículos prescindibles, despojándolo de su libre albedrío, el falansterismo significó desde cierta perspectiva la recuperación de la identidad del hombre para desdeñar el sofocamiento productivista y así poder elegir sus necesidades dentro de un entorno diseñado por él mismo. En otras palabras, se invirtió el sentido de la problemática social: el modo de la producción no determina las necesidades materiales del hombre; es el hom-

bre el que decide el modo de producción, aplicando su libre albedrío. En el falansterio desaparecería la alienación capitalista denunciada por Karl Marx en los Manuscritos. Cuando Engels escribió "Del socialismo utópico al socialismo científico" en 1880 no reparó en la fuerza dialéctica del falansterio de Fourier a la vista de sus ojos. El socialista francés se anticipó en más de cien años a la Escuela de Francfort en el desarrollo teórico del concepto de la alienación. El raciocinio socialista de Fourier posee un contenido armónico distinto a la conflictividad del socialismo marxista. Planteó la elaboración de proyectos destinados a la transformación de la "irracional sociedad burguesa en un régimen de armonía en el que el hombre satisfaga libremente, sin coacciones, sus legítimas necesidades. "La sociedad armónica" resulta del agregado de los falansterios cuya base radica en el trabajo universal. Los falansterios agrupan a hombres y mujeres, sin desniveles de derechos, en los que éstos deliberan y toman decisiones por consenso sobre qué producir, qué consumir y cómo vivir. No existen autoridades fuera o por encima del falansterio, no hay dictadura económicas o políticas, no tienen cabida las luchas o pugnas por controlar el poder. El falansterio es una organización libre al margen del Estado. Confió Fourier en obtener la ayuda espontánea de empresarios capitalistas en la organización de los falansterios. Todos los días, a la hora del almuerzo, se sentaba en una mesa de un conocido restaurant, con un juego de cubiertos, a la espera de candidatos a inversionistas de los falansterios. Al final, se cansó de esperarlos en Francia. Sin embargo, en otros países se constituyeron nuevos falansterios con la participación libre de ciudadanos atraídos por las ideas de Fourier. A medida que escribía nuevos libros, Fourier fue cambiando el nombre del sistema de asociación: unos le llamaron comunitarismo, otros cooperativismo, otros mutualismo, otros unidad universal, solidaridad, Falansterismo. Los nombres pudieron cambiar, mas no la esencia de las ideas en las que no se percibieron ingrediente de intenciones políticas, por lo menos hasta que él vivió. Es-

pontáneamente se fundaron filiales en Inglaterra, donde Hugo Doherty publicó un vocero periodístico y tradujo las obras principales de Fourier. En Estados Unidos surgieron en forma independiente personalidades del mundo intelectual adeptas a los principios de los falansterios y se establecieron cerca de 30 colonias a partir de 1840. El novelista Nathaniel Hawthorne, el periodista C.H.Dana, el ensayista Emerson, el político Albert Brisbane, entre otros personajes de la escena norteamericana, divulgaron las ideas de Fourier. En Francia se creó la Coopérative des bijoutiers en Doré. Los Trascendentalistas de Nueva Inglaterra abrazaron con entusiasmo los ideales reformistas y en 1844 fundaron la comunidad Brook Farm. Siguieron el mismo camino muchos años más tarde los miembros de las comunidades hippies de Estados Unidos y Europa como rechazo a las calamidades de la sociedad postindustrial, la alienación, la guerra y a las formas codificadas de convivencia humana y producción industrial.

Victor Prosper Considérant (1808-1893)

Oriundo de Besancon, la misma tierra de Fourier y Proudhon, tierra de revolucionarios, Víctor Considérant estudió en el mismo liceo donde ancló su maestro, luz y guía. En la Escuela Politécnica de París palpitaba la mística de los discípulos de Saint Simon. Pero fue en Besancon donde recibió las primeras lecciones de fourierismo de dos de los más devotos militantes de la región, los esposos Muiron y Clarisse Vigoureux. Completó la enseñanza al desposar años más tarde a la hija de los Vigoureux, que financió las aventuras periodísticas del fourierismo y sus campañas electorales. Considérant, además de ingeniero talentoso, tuvo disposición para las letras. Fue un prolífico escritor y periodista y un tenaz propagandista del movimiento. Su nombramiento como capitán de ingenieros en Metz no mermó su labor progandística. En el Politécnico su apodo fue "el falansterista". Fourier estuvo al tanto de sus antecedentes y cuando ellos se conocieron personalmente ya estaban tendidos los puentes de la fraternidad. Colaboraron juntos en los diarios "Nouveau Monde" y "La Réforme industrielle". Después de la muerte del maestro en 1837, Considérant se convirtió en el líder del movimiento fourierista y fue el principal responsable de la integración en la corriente socialista francesa.

Como aconteció con los discípulos de Saint Simon, Considérant politizó el movimiento. Los principios elaborados para servir de guía solamente de los miembros de los falansterios se desbordaron a la arena pública. Tomó parte activa en la Revolución de 1848. Fue elegido diputado de la Asamblea Constituyente y formó parte de la Comisión de Luxemburgo propuesta por Louis Blanc para legislar sobre los derechos de los trabajadores franceses.

Algunos fourieristas objetaron el giro político impulsado por Considérant. El maestro repudió la civilización urbana y predicó la vida comunitaria, al margen de metas políticas específicas. Pero fue este discípulo el que llevó el movimiento fourierista a las calles. Cole señala la contra-

dicción de Considérant entre sus libros y sus hechos: en sus primeras obras propugnó la abstención política, argumentando que las sociedades políticas estaban condenadas a desaparecer y que debían crearse nuevas formas de participación distintas a las organizaciones tradicionales. Sin embargo, después de examinar la creciente adhesión de la pequeña burguesía a los banquetes políticos y a la proliferación de organizaciones obreras, en el contexto de un creciente politicismo, Considérant reevaluó el abstencionismo que había predicado y estimó que el fourierismo debía luchar en el frente legislativo para introducir la filosofía comunitaria y no prevaleciera lo político. ¿Su irrupción en el escenario político representó el abandono de la vida comunitaria, núcleo fundamental de la doctrina fourierista? Sostuvieron algunos fourieristas ortodoxos que la politización del movimiento fue un proyecto personal anterior a su elección como diputado. Asientan su criterio en que Considérant corrió como candidato a la cámara de diputados en Colmar y Montbeliard en 1839 y en 1843 intentó ingresar al consejo general de Montgarges. En años anteriores a la Revolución de 1848, Considérant insistió en que el movimiento fourierista debía organizarse como un partido y comprometerse activamente en las campañas a favor de la democracia republicana. Con este propósito en la mente convirtió "La Phalange", fundado como una revista de tipo pedagógico en un diario político denominado "La Democratie pacifique" en 1843. En el primer número el nuevo diario publicó un largo editorial que era un manifiesto político que exhortaba a luchar pos los derechos de los trabajadores, recogiendo principios sansimonistas de colaboración entre el capital, el trabajo. El editorial en cuestión se editó posteriormente con el título "Manifiesto a la Democracia del siglo XiX". Especulan algunos historiadores del socialismo que El Manifiesto Comunista de Marx y Engels fue elaborado como si se tratara de una respuesta al Manifiesto que abogó por la concertación de clases, siguiendo la dirección ideológica del sansimonismo. Más adelante, en otro editorial Consi-

dérant incluyó el fourierismo en los rangos del socialismo militante con la frase: "Todos los socialistas son republicanos; todos los republicanos son socialistas". A pesar del posicionamiento político alentado por Considerant, el fourierismo no caló en las clases trabajadoras francesas por varios motivos. Uno de ellos fue que los obreros y campesinos interpretaron a los falansterios como si fueran campamentos de burgueses epicúreos. Otro motivo de frustración entre los trabajadores fue que Considérant fue catalogado como un intelectual de la clase media sin agallas revolucionarias. Esto se comprobó cuando Considérant no alcanzó votos significativos de apoyo en las barriadas de obreros de París, aunque fue elegido diputado. En funciones legislativas fue apreciado como aliado político de los monarquistas en los debates de la Comisión de Luxemburgo. Las percepciones sobre la línea parlamentaria de Considérant se complicaron mucho más cuando Alexis de Tocqueville en el debate parlamentario lo presentó como uno de los conspiradores obstinados en la restauración del régimen jacobino del Terror Revolucionario. Los comunistas, por su lado, lo atacaron sañudamente por defender la teoría de la colaboración de clases. Luis Napoleón Bonaparte lo llamó a colaborar con el gobierno de 1849, pero se apartó de los grupos aglutinados por el sobrino del emperador cuando éste se propuso derrocar la república romana y restaurar al Papa. Ese mismo año regresó a la cámara de diputados, como opositor a Bonaparte. Invitó a colaborar en "La democracia pacífica" a parlamentarios de izquierda, como Ledru-Rollin y Félix Pyat, entre otros. Finalmente el diario que dirigía fue calificado como instrumento de la insurrección y, antes que lo apresara la policía napoleónica, Considérant huyó a Bruselas. Estos episodios pusieron a prueba la integridad ideológica de Considérant. A partir de entonces, Francia ya no fue la tierra de elección de los falansterios. En 1852, Considérant fue a Texas invitado por Albert Brisbane con el propósito de fundar una colonia de fourieristas norteamericanos. La novedad del falansterio entusiasmó un

tiempo a los tejanos habituados a vivir en granjas en la soledad de las vastas llanuras. Este último experimento comunitario de La Reunión se estableció en los bancos del Río Rojo. Algo no funcionó en el híbrido experimental de capitalismo y comunitarismo. Fuera por aburrimiento, fuera por incompatibilidad con la idiosincasia de los tejanos, fuera porque Considérant dejó de ser el alma del movimiento y otros intereses esfumaron su dedicación a la causa fourierista, el experimento fracasó en medio de la vorágine de la Guerra Civil de Estados Unidos. Se dijo que este último experimento consumió los restos de la fortuna de su esposa. Cuando Considérant retornó a Francia se unió a la Asociación Internacional de Trabajadores y tuvo un papel remarcable dentro de la oposición socialista en el comienzo de la guerra de 1870 y en la Comuna de París en 1871. Del fourierismo apolítico, eminentemente comunitario, sólo quedó la leyenda. En los últimos años de su existencia, revivió el movimiento fourierista sólo en el dictado de sus clases en la Sorbona y en las tertulias nostálgicas que presidió de los cafés del Barrio Latino.

Pierre Joseph Proudhon (1809-1865)

Con plenitud de derechos indiscutibles, Pierre-Joseph Proudhon puede reclamar el singular privilegio de haber sido un escritor auténticamente proletario, nacido en el seno de la clase trabajadora francesa del siglo diecinueve. Oriundo del Besancon, del Franco Condado, como Fourier, y Considérant, su padre fue fabricante de toneles de cerveza; su madre era una modesta cocinera. Proudhon vivió orgulloso de su genealogía y siempre defendió a los obreros, cumpliendo a cabalidad el apotegma marxista de que el origen de la clase crea la conciencia y no ésta a aquélla. De acuerdo a sus biógrafos, desde niño, fue un trabajador manual. Se desempeñó al inicio de sus oficios como tonelero auxiliar de su padre; luego fue mozo de labranza, carretero y tipógrafo. Autodidacta prodigioso, aprendió griego, latín y hebreo, leyendo los libros que recibía la imprenta de iglesias y sinagogas. Durante varios años fue un zagal cuidador de vacas. Pero los vecinos demandaron a sus padres que lo matricularan en la escuela del pueblo por su inteligencia excepcional. Asombró a los profesores por su capacidad singular para absorber conocimientos, Pierre Joseph obtuvo en 1938 una beca escolar codiciada, la pensión Suard de la Academia de Besancon, de 1.500 francos por tres años. La pensión permitió que leyera frenéticamente, acumulando conocimientos en sociología, economía, derecho, gramática, historia y otras asignaturas que transparentan sus obras. Fue un dialéctico natural, con una capacidad de raciocinio de primer orden, al igual que un excelente prosista. En sus obras escribió frases que parecen alegatos de un abogado brillante, que no argumentaba ante los jueces sino ante la opinión pública. Estas cualidades le permitieron moldear progresivamente ideas que, pulimento tras pulimento, lo definieron como un anarquista intransigentemente opuesto a la propiedad privada, al Estado, al control político de la clase obrera a través de un partido, entre otras posturas. Sus posiciones ideológicas ganaron la simpatía de Carlos Marx, entonces

exilado en París. Sin embargo, sus críticas al comunismo, su rechazo a la dictadura del proletariado, exasperaron al filósofo alemán. Entre el pensador alemán y el escritor proletario frances se levantó una muralla de discrepancias, al método dialéctico de Hegel y de Marx. Proudhon acudió a la fuente de la desinterpretación de Hegel, es decir a Kant, observando que "Kant, habiendo divido los conceptos en cuatro familias compuestas, cada una, de tres categorías,, mostró que esas categorías se engendraban, por decirlo así, una de la otra, siendo constantemente la segunda la antítesis o la opuesta a la primera, y la tercera procedía de las otras dos por una especie de composición. Hegel generalizó esta idea ingeniosa... el sistema de Hegel ha vuelto a poner en boga el dogma de la Trinidad: panteístas, idealistas y materialistas se han hecho trinitarios; y muchas personas se han imaginado que el misterio cristiano iba a ser un axioma de metafísica. Veremos en seguida que la naturaleza cuando se le abarca en conjunto, se presta igualmente bien a una clasificación cuaternaria que a una clasificación ternaria; y que, si nuestra intuición fuese más comprensiva, se prestaría probablemente a otras muchas por consecuencia que la creación evolutiva de Hegel se reduce a la descripción de un punto de vista escogido entre mil... por lo demás, el sistema de Hegel ha valido serias reconvenciones a su autor: se ha lamentado que su serie no sea, muy a menudo, más que un artificio de lenguaje en desacuerdo con los hechos; que la oposición entre el primero y el segundo término no estaba suficientemente marcada y que el tercero no los sintetiza. Nada nos sorprende en estas críticas: Hegel, anicipándose a los hechos en vez de esperarlos, forzaba sus fórmulas y olvidaba que lo que puede ser una ley de conjunto no basta para justificar ´pormenores. En una palabra, Hegel se había encerrado en una serie particular y pretendía explicar, por medio de ella, la naturaleza, tan variada en sus series como en sus elementos... hacia 1854 me di cuenta, que yo

había seguido en mi "Sistema de las contradicciones económicas", por decirlo así, prestándole confianza, fallaba en un punto y servía para embrollar las ideas mejor que para iluminarlas". Marx advirtió que la crítica al método dialéctico ternario dirigida a Hegel lo arrastraba también a él y desmoronaba la base primordial del materialismo dialéctico. Se enfadó mucho y respondió que Proudhon no había comprendido la dialéctica. Como sabemos, "Miseria de la Filosofía" de Marx fue una réplica demoledora a "Filosofía de la Miseria" de Proudhon. Este no respondió, porque sus objeciones continuaban en pie, dejando a la posteridad el libre examen de la consistencia científica de un método de razonamiento que los marxistas transformaron en una ley de validez incuestionable como si se tratara de una ciencia natural o de principios de física.

Las especificidad doctrinaria de Proudon se expresa primordialmente en su obra "¿Qué es la propiedad?", simplificada in extremis en el slogan "la propiedad es un robo". Para entender su razonamiento sobre la propiedad, hay que situarlo en su contexto histórico. Como Babeuf y otros ieólogos del siglo XVIII, Proudhon cuestionó que la Revolución Francesa no abolió la propiedad sino la transfirió a otros agentes, a la postre, tan nocivos en su hegemonía económica como en el incentivo de la desigualdad de las clases sociales. La Igualdad pregonada en letras mayúsculas por la Declaración de los Derechos del Hombre fue para Proudhon una quimera considerando que la tenencia de la tierra, antes en manos de señores feudales, pasó después a manos de seudocampesinos oportunistas. Bonaparte codificó la propiedad privada bajo el control de la nueva burguesía napoleónica. La Monarquía de Julio, la República y el Segundo Imperio no alteraron el régimen de la propiedad privada, consagrándola más bien como fetiche del poder de la burguesía.

Babeuf y sus igualitarios enrrostraron a la revolución del 79 el mantenimiento del statu quo de la propiedad. Proudhon reaccionó frente a las contradicciones, articulando una investigación minuciosa sobre los orígenes

históricos de la propiedad. En el capítulo segundo de su obra analizó el fundamento de la propiedad como Derecho Natural. "La Declaración de los Derechos del Hombre ha colocado el de propiedad entre los llamados naturales e imprescriptibles, que son, por este orden, los cuatro siguientes: libertad, igualdad, propiedad y seguridad individual. ¿Qué método han seguido los legisladores del 93 para hacer esta enumeración?. Ninguno. Fijaron estos principios y disertaron sobre la soberanía y las leyes de un modo general y según su particular opinión. Todo lo hicieron a tientas, ligeramente-A creer a a Toullier, "los derechos absolutos pueden reducirse a tres: seguridad, libertad, propiedad. ¿Por qué ha eliminado la igualdad. Será porque la libertad la supone, o porque la propiedad la rechaza. El autor del Derecho Civil comentado nada dice sobre ello: no ha sospechado siquiera que ahí está el punto en discusión." Luego desmenuza uno a uno los fundamentos contemplados en el Derecho Civil para entrar a fondo a la génesis del derecho de propiedad. Dice "¡Cuánta diferencia en la propiedad! Codiciada por todos, no está reconocido por ninguno —leyes, usos, costumbres, conciencia pública y privada, todo conspira para su muerte y para su ruina."

A partir de este análisis Proudhon se deslizó implacablemente para anotar y subrayar la escala de derechos que separa y también iguala al propietario del que no tiene propiedades. En lo concerniente al pago de impuestos señala que se pagan para asegurar el ejercicio de sus derechos naturales, para mantener el orden y efectuar obras públicas de utilidad y esparcimiento. Pregunta si es más costoso defender la libertad del rico que la del pobre o si el impuesto proporcional garantiza privilegios a favor de los grandes contribuyentes o significa en si mismo una iniquidad. Si el Estado obtiene más dinero de los grandes contribuyentes debe invertir más en su seguridad, Si esto es así, la igualdad resulta una falacia porque el Estado más protege al rico que paga más impuestos y desprotege, o brinda una seguridad débil, insegura, al pobre que paga

menos o no puede tributar. Con esas incongruencias a la vista, Proudhon pregunta si es justo reducir a la miseria a 45 mil familias poseedoras de títulos de la deuda pública, que el Fisco no redime, o que siete u ocho millones de contribuyentes paguen cinco francos de impuesto cuando podrían pagar tres solamente. Dedujo Proudhon que si la propiedad es un derecho natural, no se le debe conceptuar como un derecho de naturaleza social sino antisocial, dado que propiedad y sociedad son conceptos que se rechazan recíprocamente, como dos imanes por sus polos semejantes. La propiedad, para ser justa y equitativa, debe tener, razonó Proudhon, por condición necesaria, la igualdad. En el capítulo segundo de su tratado, abordó otro asunto esencial en el derecho de propiedad, esto es la ocupación de la tierra. Describió las características de la propiedad en el régimen napoleónico, del Consulado al Imperio. Remarcó que el Emperador, "hombre personal y autoritario, como ningún otro", cobijó el régimen de propiedad, existente en la monarquía. Como Bonaparte distribuyó propiedades entre sus hermanos y oficiales, constituyendo una nueva oligarquía, el tratadista francés observó que la ocupación se consolidó como fundamento de un sistema de propiedad privada tanto en Francia cuanto en el exterior. Pero obviamente no fue Napoleón el primer conquistador en disfrutar de las ventajas de sus victorias militares y tampoco el primer gobernante amparado en la ocupación. Una prolija investigación de los regímenes de propiedad de la antigüedad clásica, revisó el análisis histórico de las fuentes del Derecho Romano, tomando como paradigma el modelo de propiedad estudiado por Cicerón. Cita en latín al jurisconsulto romano cuando compara la tierra a un amplio teatro. El teatro —dice Cicerón— es común a todos; y, sin embargo, cada uno llama suyo al lugar que ocupa; lo que equivale a decir que cada sitio se tiene en posesión, no en propiedad. Con ironía aseveró Proudhon que en el teatro no se puede ocupar simultáneamente un lugar en la sala, otro en los palcos y otro en la galería. Asimismo no se puede tener tres cuerpos como

o existir al mismo tiempo en tres distintos lugares. Acudió al juicio de Grotius, que sostiene que "primitivamente, todas las cosas eran comunes e indivisas: constituían el patrimonio de todos". ¿Cómo se produjo el fraccionamiento de la tierra común? Primero en la guerra y en la conquista; después, en los tratados y en los contratos. Pero al haberse obtenido por la violencia de guerras y conquistas, y los tratados y contratos que derivaron de ellas, arribó a la conclusión que la propiedad obtenida por los métodos de imposición a los propietarios originales, sería realmente nula y creando un estado permanente de iniquidad y de fraude. Reforzó Proudhon sus argumentos sobre la ilegitimidad de la propiedad de la tierra, con la transcripción de la opinión de Reid, jefe de la escuela jurídica escocesa: "El derecho de propiedad no es natural sino adquirido: no procede de la constitución del hombre, sino de sus actos. Los jurisconsultos han explicado su origen de manera satisfactoria para todo hombre de buen sentido. La tierra es un bien común que la bondad del cielo ha concedido a todos los hombres para las necesidades de la vida: pero la distribución de este bien y de sus productos es obra de ellos mismos; cada uno ha recibido del cielo todo el poder y toda la inteligencia necesarios para apropiarse una parte sin perjudicar a nadie". Proudhon pasó revista a los juicios sobre la propiedad de los tratadistas de la antigüedad y de la modernidad, Destutt de Tracy, el economista José Dutens, Sismondi, Cousin. Extendió la investigación al arrendamiento de la tierra, discerniendo sus ventajas y desventajas como instrumento de producción. Los fisiócratas franceses ponderaron la producción de la tierra como la base más importante de riqueza. "Según Quesnay y los antiguos economistas, la tierra es la fuente de toda producción; Smith, Ricardo, De Tracy, derivan, por el contrario, la producción del trabajo. Say y la mayor parte de los economistas posteriores enseñan que tanto la tierra como el trabajo y el capital son productivos, esto es el eclecticismo en economía política. Proudhon llevó sus comentarios sobre las opiniones de los tratadistas franceses,

hasta el punto crítico de aseverar como conclusión personal que la tierra, el trabajo, el capital resultaron productivos. Adujo que estos tres elementos son necesarios cuando se articulan coherentemente, pero, tomados separadamente, son estériles. Argumentó que la economía política hilvana la producción, la distribución, el consumo de la riqueza o de los valores; pero, interrogó Proudhon, de qué valores. Respondió él mismo de los valores producidos por la industria humana, es decir, de las transformaciones que el hombre ha operado en la naturaleza para su uso. De acuerdo a las observaciones del tratadista francés, el trabajo del hombre sólo tiene valor cuando media su actividad inteligente. La sal del mar, el agua de las fuentes, la hierba de los campos, los árboles de los bosques, no tienen valor por sí mismos. La mar, sin el pescador y sus redes, no suministra peces; el monte, sin el leñador y su hacha, no producen leña para el hogar, ni madera para el trabajo; la pradera, sin el segador, no da heno ni hierba. La Naturaleza es como una vasta materia de explotación, que no debe pertenecer a nadie en particular. La Naturaleza produce recursos naturales para la humanidad. En el sentido económico, sus productos con respecto al hombre, no son todavía productos. Escribió Proudhon: "El martillo y el yunque, sin herrero y sin hierro, no forjan; el molino, sin molinero, y sin grano, no muelen, etc. Reunid los útiles y loas primeras materias; arrojad un arado y semillas sobre un terreno fértil; preparad una fragua, encended el fuego, cerrad el taller, y no produciréis nada", Contaminado por la prosa oscura del filósofo Hegel, Marx no se comunicó a los trabajadores con el estilo didáctico y transparente de Proudhon. Más allá de conclusiones enmendadas por el transcurrir de los cambios sociales y tecnológicos, las cualidades expositivas de Proudhon habrían convencido a las clases trabajadoras con el don de la sencillez. Sin embargo, "¿Qué es la propiedad?", por extrañas razones, no alcanzó la difusión internacional de las obras de Marx, a saber "Contribución a la crítica de la economía política" y, sobre todo, "El Capital", áridas y sin pizca de

sal. Proudhon prefirió la sencillez a la pomposidad de las palabras. La claridad fue, y sigue siendo, cualidad indispensable para forjar la conciencia ideológica de los trabajadores. La voluntaria sencillez de la prosa de Proudhon no es un valor estrictamente literario. Es un instrumento estilístico de premeditado contenido social, una estrategia de comunicación dirigida a la clase obrera francesa. Se propuso demostrarle a los trabajadores las raíces históricas de la propiedad, el proceso del desmembramiento de la propiedad colectiva en propiedad privada, el uso de la violencia y la usurpación que late en las entrañas de la propiedad privada. Sin embargo, Proudhon no consideró que sus opiniones constituyeron la última palabra sobre la propiedad, o sobre cualquier otro tópico, ni mucho menos que se les debía conceptuar como axiomas científicos. Fue un ideólogo muy conciente de su fabilidad, de que lo que hacía era infiltrar dudas y no definiciones dogmáticas y arrogantes; explicó así su posición: "Jamás creeré bueno el sistema de sorprender la buena fe de mis lectores. Odio tanto como a la muerte a quien emplea subterfugios en sus palabras y en su conducta. Desde la primera página de este libro me he expresado en forma clara y terminante, para que todos sepan, desde luego, a qué atenerse respecto a mis pensamientos y de mis propósitos, y considero difícil hallar en nadie ni más franqueza ni más osadía. Pues bien; no temo afirmar que no está muy lejos el tiempo en que la reserva tan admirada en los filósofos, el justo medio tan recomendado por los doctores en ciencias morales y políticas, han de estimarse como el carácter de una ciencia sin principios, como el estigma de su reprobación. En legislación y en moral, como en geometría, los axiomas son absolutos, las definiciones ciertas y las consecuencias más extremas, siempre que sean rigurosamente deducidas, verdaderas leyes. ¡Deplorable orgullo! No sabemos nada de nuestra naturaleza y la atribuimos nuestras contradicciones y, en el entusiasmo de nuestra estúpida ignorancia, nos atrevemos a decir: La verdad está en la duda, la mejor definición consiste en no definir nada. Algún día

sabremos si esta desoladora incertidumbre de la jurisprudencia procede su objeto de nuestros prejuicios, si para explicar los hechos sociales sólo es preciso cambiar de hipótesis, como hizo Copérnico cuando rebatió el sistema de Ptolomeo". Concordó Proudhon con Adam Smith y Saint Simon, con Marx, en sostener que la propiedad está en razón del trabajo, no de la propiedad misma, descalificando al propietario que es un rentista ocioso que arrienda la tierra. En el caso del arriendo de la tierra desarrolló cálculos matemáticos para deducir la inequidad de la compensación que recibe el arrendatario, si se trata de familias en proceso de constante crecimiento humano que ejecutan labores con el empleo de mano de obra abundante, pero son retribuidas como si se tratara de un arrendatario solitario. Reprobó el sistema feudal de explotación de la tierra, sobre todo el derecho de capitación, esto es el impuesto que abonaba cada individuo al señor feudal. Del análisis integral de la obra de Proudhon se desprende que su lema de que la propiedad es un robo no fue el exabrupto de un anarquista enemigo de la propiedad per se. El análisis exhaustivo de los regímenes de propiedad condujo a Proudhon no a negar la propiedad sino a postular su distribución social en consonancia con un nuevo orden social en el que libertad e igualdad representaran sinónimos de propiedad y ésta resultara reflejo del trabajo. "Si no se crea la identificación de los valores fundamentales para una convivencia civilizada, la propiedad resultará homicida, porque exterminará lentamente al trabajador si la usura sustituye a la justa retribución. Sin la expoliación y el crimen, la propiedad no es nada. Con la expoliación y el crimen, es insostenible. Por tanto, es imposible... en Francia, 20 millones de trabajadores dedicados al cultivo de todas las carreras de la ciencia, el arte y de la industria producen todas las cosas útiles a la vida del hombre. La suma de sus jornales equivale cada año hipotéticamente a 20 mil millones; pero a causa del derecho de propiedad y del sinnúmero de aubanas, primas, diezmos, gabelas, intereses, ganancias, arrendamientos, alqui-

leres, rentas y beneficios de toda clase, los productos son valorados por los propietarios y patronos en 25 mil millones. ¿Qué quiere decir esto? Que los trabajadores, que están obligados a adquirir de nuevo estos mismos productos para vivir, deben pagar como cinco lo que han producido como cuatro, o ayunar un día cada cinco. Si hay un economista capaz de demostrar la falsedad de este cálculo le invito a que lo haga, y, en este caso, me comprometo a retractarme de cuanto he dicho sobre la propiedad".

La explicación de Marx sobre la apropiación de la plusvalía por el capitalista en desmedro del obrero quizás no es tan convincente como ésta de Proudhon, mucho más amplia en el concepto integral de ganancias, y más didáctica para la comprensión del coeficiente intelectual de los trabajadores.

Cuando apareció "¿Qué es la propiedad?" a mediados de 1840 la reacción fue de escándalo. Empezó la persecución judicial contra el libro calificado como un libelo peligroso que podía lanzar a campesinos y obreros a la ocupación violenta de tierras y fábricas. Pero éstos no dieron señales claras de haber leído el libro. Marx, por entonces un periodista de la Gaceta de la Renania, comentó "Qué es la propiedad" en el diario y, más adelante, le dedicó cincuenta páginas en "La sagrada familia". Los comentarios revelaron la simpatía y hasta la admiración de Marx por el libro de Proudhon. Comentó el filósofo alemán: "Proudhon no escribe solamente en nombre de los proletarios; él mismo es un proletario. Su obra es el manifiesto científico del proletario francés y presenta una importancia histórica distinta de la elucubración literaria de un crítico cualquiera". No hay duda que las ideas de Proudhon sobre la propiedad estimularon las reflexiones de Marx acerca de la desigualdad social en términos generales. Después se conocieron en París. Marx se consideró el maestro y clasificó a Proudon como un naive en ciencias políticas. Sin embargo, la amistad viró a enemistad enconada cuando en la "Filosofía de la Miseria" el escritor proletario francés rechazó la tesis marxista de captura del poder y constitución de un Estado fuerte controlado por los comunistas.

Proudhon confesó que Marx no le perdonó haber anticipado sus teorías antes que ambos conocieran sus respectivas obras. Marx replicó "Filosofía de la Miseria" con "Miseria de la filosofía". Proudhon siguió desarrollando su tesis sobre la propiedad privada en la "Carta a Blanqui" de 1841 y la "Advertencia a los propietarios" de 1848, que exacerbó las denuncias en los tribunales de Besancon. Más adelante Proudhon reveló que no todas las propiedades fueron maléficas y fundó una empresa de transporte de carbón en sociedad con un excondíscipulo, Antonio Berthier. Posteriormente fue socio de una imprenta, fundó periódicos, y se interesó en el servicio de ferrocarriles.

La vida de Proudhon dió un significativo giro pasando de la teoría social a la praxis política en el año de 1848, al ser elegido diputado a la Asamblea Nacional, coincidiendo con la proclamación de la Segunda República. "Estos diputados se asombran de que yo no tenga cuernos y garras" dijo el escritor refiriéndose al asombro que su presencia levantó entre los políticos de la burguesía. Para ellos, Proudhon era casi satanás, el ser maligno que predicó la abolición de la propiedad privada, el anarquista que osó destruir la sociedad francesa, un supérstite jacobino de las ideas de Babeuf. Los estigmas políticos cultivados por sus adversarios se fueron desvaneciendo a medida que el hombre de carne y hueso superó su caricatura teórica, que el refinado cultor de la palabra escrita dominaba la oratoria parlamentaria para expresar sus ideas, sin temer a los jueces ni a los miembros de las bancadas de oposición. Su independencia de criterio se descargó tanto a los sectores de la izquierda como a los de la derecha. Atacó los talleres nacionales propuestos por el socialista Louis Blanc, calificándolo un narcótico para adormecer al pueblo. Al mismo tiempo se opuso en el Parlamento a la represión ordenada por el general Cavaignac contra la revuelta popular. Fundamentando su rechazo a la represión, pronunció un valeroso discurso, expresando que "el proletariado realizará un nuevo orden por encima de la ley establecida y procederá a la liquidación de la burgue-

sía". Cuando Luis Bonaparte llegó a la presidencia de la república y dos años después se proclamó nuevo emperador bonapartista, Proudhon lo criticó duramente en su periódico "La voz del pueblo", Fue condenado a varios años de cárcel, pero logró huir a Bélgica. En una visita clandestina a París fue descubierto y encarcelado en la tenebrosa prisión de Santa Pelagia, en la que siguió escribiendo nuevas obras y desplegó copiosa correspondencia exhortando la alianza de la clase media y el proletariado para derrocar a Luis Napoleón. Armand Cuvillier destaca sus contactos con el anarquista ruso Mijail Bakounine y el escritor alemán Kart Grun. Proudonh comparó sus tesis con las de Saint Simon, Fourier, Blanc, Blanqui y, específicamente, con las de Marx y se ubicó como anarquista libertario. Proclamó la libertad como necesidad del ser humano y fustigó los matices franceses del despotismo, desde los manejos especulativos de la economía y el poder político de los financistas y políticos de la Segunda República hasta la dictadura del proletariado marxista, desde la intolerancia de los dogmas católicos hasta la hegemonía de los partidos políticos. Fue el primero en emplear en Francia la palabra anarquismo. En su libro "Confesiones de un revolucionario" escribió la frase que talvez mejor lo define dentro de la complejidad de su pensamiento: "La anarquía es el orden sin el poder". Pero la crítica de la propiedad privada fue el eje ideológico del que dimana, por antítesis, su visión de una nueva sociedad. Valores esenciales al nuevo orden como libertad, igualdad y fraternidad deben llenar el vacío heredado a la revolución del 79. Con propiedad privada, sostuvo Proudhon, no pueden existir la libertad y la igualdad. La propiedad auspicia el despotismo y la desigualdad. Sin embargo, no explicita con claridad qué nuevas formas de propiedad podrían garantizar la libertad y la igualdad, dado que combatió el comunismo y, consiguientemente, la propiedad colectiva, Adversario del Estado como estructura de coacción social, propuso una unidad organizativa basada en las asociaciones libres de trabajadores. Sin embargo, sus propuestas

lucen incompletas, insuficientes, hasta contradictorias. En "Capacidad política de las clases obreras" intentó precisar sus conceptos sobre el sistema político ideal, pero subsistieron las carencias que se detectan en otros libros suyos: "El sistema político, después de la teoría de Luxemburgo, puede definirse: una democracia compacta, basada en apariencia sobre la dictadura de las masas, pero donde las masas no tienen más que el poder que es necesario para asegurar la servidumbre universal". Quizás la misión de Proudhon fue diseminar críticas y no el diseño de sistemas políticos orgánicos.

LOUIS BLANC (1811-1882)

Hijo de un funcionario de Napoleón Bonaparte establecido en España, Louis Blanc asimiló por ósmosis el sentido pragmático del bonapartismo, pero para ponerlo al servicio de medidas legales a favor de los trabajadores franceses cuando se convirtió en legislador. Es el menos utópico de los socialistas franceses. Comparado con Saint Simon, quizás se le ve carente de la visión de conjunto de una sociedad de productores y científicos; comparado con Fourier coincidió con su fe en la buena voluntad de los hombres para agruparse en asociaciones libres al servicio del trabajo comunitario; comparado con Proudhon, contrasta su moderación doctrinaria, y destellan el fervor de la historia tomada como maestra de la vida y el derecho como fuente de la justicia social. Su espíritu conciliador le valió oposiciones a la izquierda y a la derecha del espectro político de mediados del siglo diecinueve. Prouhon lo fustigó en "Confesiones de una revolucionario", escribiendo que buscaba la revolución desde el poder para implantar un sospechoso socialismo gubernamental, agregando en otro libro que fue "una sombra desmedrada de Robespierre". Los políticos de la Revolución del 48 lo menospreciaron por su insistencia en la creación de talleres obreros y distorsionaron premeditadamente su proyecto original, subordinándolo al Estado.

Sin embargo, Blanc no se desalentó por esas torpes maniobras y dejó un legado histórico que persiste en el socialismo democrático moderno.

Cuando su padre cesó en el cargo en España al desmoronarse el primer bonapartismo, Blanc regresó a Francia con una mentalidad distinta a la del caudillismo napoleónico. Se concentró en el estudio del derecho y la historia. Al graduarse de abogado le asistió la convicción de llenar los vacíos del Código Civil en materia de legislación social. Advirtió Blanc que la revolución del 79 manejó un populismo superficial y escenográfico que no se tradujo en medidas protectoras de los trabajadores sino que,

al final de cuentas, consagró el predominio de una nueva burguesía francesa. Napoleón gobernó obsesionado en consagrar una nueva dinastía monárquica como barrera a un posible retorno de los Borbones y vió en el pueblo solamente una cantera humana de la tropa que lo acompañó heróicamente de los valles de Italia y Austria a las estepas de la Rusia de los zares. Blanc comprendió que los hijos y nietos de los veteranos ya no estaban dispuestos a empuñar otra vez el fusil y correr tras otra aventura expansionista; querían un espacio decoroso para subsistir con garantías de empleos estables y derechos sociales específicos. Se convenció que se podía sacar de las sombras a la clase obrera sin la violencia del 79, sin el militarismo oligárquico de Napoleón. Dedicó su existencia a trabajar para que el Estado legislara a favor de los olvidados de las revoluciones. Según su criterio ideológico, lo que necesitaban los obreros franceses eran leyes que construyeran un Derecho Laboral, no proclamas revolucionarias ni cañonazos. Fue así que para educar la conciencia de los detentadores del poder publicó fundó la Revista del Progreso, tribuna proyectada a la difusión de los derechos de los trabajadores. En las páginas de la revista aparecieron las monografías que reunió después en su libro "La organización del trabajo". Complementó más adelante sus ideas laboralistas a través de tratados como "Le socialisme: droit au travail", "Catéchisme des socialistas" y "Plus de girondins". Para no convertirse en un predicador de medidas abstractas, Blanc propuso la creación de los Talleres Nacionales, con el fin de entregarles la producción de las herramientas indispensables para el desarrollo industrial. En la línea de Saint Simon, aceptó la colaboración de capital y trabajo, de industriales y obreros, en una división del trabajo en la que los obreros asumirían la responsabilidad de producir y abastecer de toda clase de piezas y herramientas de producción a las fábricas francesas. Como señala Cole, su idea fue que el Estado debía proporcionar los recursos financieros para poner en marcha los "Atelier Nationaux", donde los obreros elegirían democráticamen-

te a sus directores y jefes de talleres. El proyecto planteó con un siglo de adelanto el régimen de cogestión, vale decir la coparticipación obrera en la administración y producción de las empresas industriales. Los Talleres Nacionales pudieron ser inicio de una metodología productiva sin precedentes que, sin proponérselo, pudo adversar el proyecto marxista. Al estallar la Revolución de 1848 que implantó la Segunda República, Blanc estimó que había llegado el momento de llevar a la práctica el proyecto de los Talleres Nacionales. El diario de debates de la Asamblea Nacional registró las constantes intervenciones de Blanc demandando la creación de los Talleres Nacionales. Los representantes de los poderes financieros de la Segunda República rehusaron entregar la producción de las herramientas de la industria a los obreros bajo un régimen autonómico en el que los empresarios no podían fijar unilateralmente las condiciones sociales de la producción. Blanc abogó, asimismo, por la creación de un sistema de talleres rurales adscritos a granjas y otras modalidades de producción y convivencia agrícola donde los campesinos podían asociarse en como comunas al estilo de los falansterios de Fourier. Terratenientes e industriales, sin embargo, se unieron en el sabotaje a la ley de talleres y granjas. Exageraron las complicaciones que representaría llevar a la práctica un sistema técnicamente complejo cuyos costos de mano de obra sobrepasarían los salarios y cuyos retrasos en la entrega de repuestos o en la asimilación de nuevas tecnologías podría llevar a la paralización o al colapso a una estructura necesitada de continuidad productiva. Maniobrando con astucia, los empresarios le dieron largas al proyecto de Blanc, creando la llamada Comisión del Luxemburgo encargada de estudiar la coparticipación de capitalistas y trabajadores. La agenda oculta de los empresarios fue no oficializar la participación obrera en la dirección de las fábricas. Francia pudo recuperar el liderazgo perdido por la revolución tecnológica emprendida por su archirival histórico Inglaterra si el gobierno hubiera refrendado la experiencia pionera de cogestión obrero-pa-

tronal planteada por Blanc. Empero engendró una caricatura de talleres con el indisimulado propósito de llevarlos premeditadamente al fracaso y desacreditar el proyecto de Blanc. En "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", Marx anotó la maniobra republicana contra el proyecto de los Talleres Nacionales, con estas palabras: "Talleres Nacionales: tal era el nombre de los talleres del pueblo que Louis Blanc predicaba en el Luxemburgo. Los talleres de Marie (se refiere a los talleres paralelos organizados por Marie y Emile Thomas por disposición gubernamental), proyectados con un criterio que era el polo opuesto al del Luxemburgo, como llevaban el mismo rótulo, daban pie para un equívoco digno de los enredos escuderiles de la comedia española. El propio Gobierno provisional hizo correr por debajo de cuerda el rumor de que estos Talleres Nacionales eran invención de Louis Blanc, cosa tanto más verosímil cuanto que Louis Blanc, el profeta de los Talleres Nacionales, era miembro del Gobierno provisional. Y en la confusión, medio ingenua, medio intencionada, de la burguesía de París, lo mismo que en la opinión artificialmente fomentada de Francia y de Europa, aquellas workhouses eran la primera realización del socialismo, que con ellas quedaba clavado en la picota. No por su contenido sino por su título, los Talleres Nacionales encarnaban la protesta del proletariado contra la industria francesa, contra el crédito burgués y contra la república burguesa. Sobre ellos se volcó por esta causa todo el odio de la burguesía. Esta había encontrado en ellos el punto contra el que podía dirigir el ataque una vez que fue lo bastante fuerte para romper abiertamente con las ilusiones de Febrero. Todo el malestar, todo el mal humor de los pequeño burgueses se dirigían también contra los Talleres Nacionales, que eran el blanco común. Con verdadera rabia echaban cuentas de las sumas que los gandules proletarios devoraban mientras su propia situación iba haciéndose cada vez más insostenible. Una pensión del Estado por un trabajo aparente: he ahí el socialismo." Desilusionado por la duplicidad gubernamental, virtualmen-

te estafado por la deformación de su proyecto social, Blanc se unió a las protestas obreras por la represión y se exiló a Bélgica para evadir las acusaciones de complicidad descargadas para violar su fuero parlamentario. Se estableció con su familia en Inglaterra, taller de experimentación del owenismo. Hacia 1848 las ideas de Robert Owen estaban en trance de reparación. Empresario convencido de la necesidad de tender puentes de cooperación con la clase obrera, pasó de la filantropía al cooperativismo y a un activo apoyo al movimiento sindical británico. El reconocimiento de Owen al derecho al trabajo lo vinculó doctrinariamente al pensamiento de Blanc, pero también resaltaban las diversidades del modus operandi de la praxis. Las preocupaciones educativas y morales de Owen respecto de los obreros figuraban en Blanc como consecuencia de los derechos que garantizaran empleo estable y jornales remunerativos. Lo prioritario para Blanc fue la estabilidad del trabajo en los Talleres Nacionales; con ingresos crecientes y satisfactorios, después, los trabajadores recibirían educación y principios morales. El Estado debía transformarse en el centro de las reivindicaciones laborales, ora como financista de los Talleres Nacionales con préstamos sin intereses a través de un banco de los trabajadores, ora como garante de la participación obrera en la producción de bienes de capital para la industria y el agro. Frases legendarias de Blanc como "a cada uno según sus aptitudes, a cada cual de acuerdo a sus necesidades" o "el Estado es el banco de los pobres" se incorporaron al imaginario socialista de todos los tiempos. El historiador que Blanc llevó dentro afloró impetuosamente en Inglaterra al tener al alcance de la mano valiosos documentos sobre la revolución de 1789 atesorados en el Museo Británico. Entre 1840 y 1870 escribió trece volúmenes sobre la historia de la revolución. La experiencia inglesa no escapó a su tenacidad de investigador, pero su cerebro y su corazón seguían en Francia. Volvió a su país cuando se desmoronó el Segundo Imperio. El destierro de más de dos décadas no amenguó su inquietud política. Se propuso, y lo logró,

regresar a la Asamblea Nacional para volver a la carga con el proyecto frustrado por la Segunda República de los Talleres Nacionales y sus anexos económicos y jurídicos. La crisis internacional se interpuso en su camino. La guerra franco-prusiana arrebató a los obreros y los llevó al campo de batalla. Se postergaron las reivindicaciones legislativas. La prioridad fue la defensa de Francia. Las tropas prusianas avanzaron sobre París y, sin proponérselo, la ofensiva bélica excitó y rescató tendencias revolucionarias aletargadas por el conflicto. Los trabajadores, ante el peligroso vacío generado por la acefalía militar y política, asumieron la defensa y el gobierno de la comuna de París. A la reacción del sentimiento patriótico se sumó la organización de un gobierno espontáneo surgido de las troneras instaladas en las colinas de la ciudad. El sistema de comunas municipales regía en Francia, desde tiempo atrás, con excepción de París, debido a los temores pequeño burgueses a las consecuencias revolucionarias de la autonomía. Pero la guerra determinó que brotara de hecho la comuna de París cual un clamor de los barrios obreros donde se habían levantado las barricadas contra los invasores prusianos. La comuna constituyó un gobierno autónomo elegido por los sectores populares de París. Por otro lado se formó la Guardia Nacional, integrada por milicias de valerosos ciudadanos que suplieron las carencias del ejército regular, creándose un ejército popular con oficiales nombrados por los representantes de los distritos más pobres. El gobierno popular surgido por generación espontánea no existía en las doctrinas de Saint Simon y Fourier; tampoco en el discurso de Blanc. Palpitaba en escritos de Proudhon como "La capacidad política de las clases obreras" y en las perspectivas imprecisas de la acción revolucionaria predicada por Blanqui, Babeuf y Tristán.

Marx ponderó la Comuna de París como la primera experiencia de las masas proletarias en la toma del poder de una nación, aunque al margen de la doctrina marxista. Objetivamente hablando, ¿cuál de las escuelas o tendencias socialistas inspiró la Comuna de París? Todas y ningu-

na. Un poderoso aliento socialista exhaló la comuna, pero cuando los parisinos hablaban de "la sociale", la social, no especificaron si lo social fue entendido como sinónimo de las doctrinas de Saint Simon, Fourier, Proudhon. Louis Auguste Blanqui fue elegido presidente del Concilio de la Comuna de París cuando estaba en la prisión y no pudo compartir los vaivenes de la revuelta. Bien puede interpretarse el apelativo a la social como equivalente al fenómeno de socialización, esto es la respuesta social de los parisinos para acometer los problemas comunes. En el contexto de esta clase de socialización no se enarboló alguna bandera socialista específica que guiara el gobierno autónomo de la Comuna de París. Entre los 92 miembros del Concilio Comunal hubo un cruce de clases sociales, periodistas, médicos, reformistas republicanos, jacobinos nostálgicos del 79, activistas obreros unidos por las reivindicaciones sociales frustradas. En su innúmera variedad ideológica, los unió el rechazo al invasor extranjero, el sentimiento nacionalista muy fuerte en las horas del desastre. El patriotismo imperó en la primera fase; luego fue reconociendo peculiaridades políticas antagónicas al republicanismo pequeño-burgués. Entre otras lecciones históricas, la Comuna de París demostró que el pueblo, al igual que su capacidad para elegir a otros a través del sufragio universal, tuvo capacidad para autoelegirse y, por ende, para autogobernarse, todo ello en medio de un dramático vacío de poder. La Revolución de 1789 puso a prueba la capacidad francesa de reacción colectiva frente a un orden injusto. Pero se expresó ante todo como multitud. La Comuna de París marcó la metamorfosis de la multitud en pueblo organizado. En pueblo organizado para autogobernarse y autodefenderse, sin la intermediación de representantes indirectos, como parlamentarios y militares formales. En menos de sesenta días de jornadas legislativas, la Comuna dictó decretos paradigmáticos, a saber, la abolición de los turnos nocturnos en las panaderías de París, abolición de la guillotina, concesión de pensiones a las viudas y los hijos de los miembros de la Guardia Nacional, caídos en

combate; la devolución de las herramientas de trabajo en manos de las casas de empeño, posposición de las amortizaciones de las deudas a plazo fijo, el derecho de los trabajadores a asumir el mando de empresas abandonadas por sus propietarios. Asimismo se aprobó la separación del Estado y la Iglesia, el uso de los templos y escuelas para reuniones políticas, la entrega gratuita de libros, cuadernos y materiales de enseñanza, y de alimentos a los estudiantes más pobres. La experiencia de autogobierno de una capital abandonada a su suerte por el gobierno y el ejército nutrió interpretaciones acomodadas a la óptica de sus exegetas. Louis Blanc mantuvo una posición ambivalente cuando sus simpatizantes aguardaban quizás una definición favorable a los trabajadores de París parapetados en la comuna. Probablemente, la concepción convencional de gobierno y gobernantes mediante mecanismos de elección impidió que Blanc enjuiciara la tentativa de autogobierno de la Comuna como usurpación de poderes legítimos y temiera que detrás de la agitación popular se ocultaran poderes políticos que no alcanzó a distinguir. Fue una prueba de fuego para esclarecer cuál podía ser la reacción del abogado e historiador ante el estallido súbito de un régimen popular que rompió los moldes de los sistemas convencionales de gobierno. Mientras Blanc vaciló por las lagunas de su información de la coyuntura comunitaria, Lenín, en 1911, antes de tomar el poder, escribió que "la Comuna surgió espontáneamente, nadie la preparó de modo conciente. La desgraciada guerra con Alemania, las privaciones durante el sitio, la desocupación del proletariado y la ruina de la pequeña burguesía, la indignación de las masas contra las clases superiores y las autoridades, que demostraron una incapacidad absoluta, la sorda efervescencia en la clase obrera, descontenta de su situación y ansiosa de un nuevo régimen social; la composición reaccionaria de la Asamblea Nacional, que hizo temer por el destino de la República, todo ello y otras causas se mezclaron para impulsar a la población de París a la revolución del 18 de marzo, que puso en manos de la

clase obrera y de la pequeña burguesía que se había unido a ella". Las perspectivas de una alianza entre la clase obrera y las fuerzas armadas inauguraron potencialidades políticas que atemorizaron a Blanc, enemigo de la violencia social, pero que Lenín aprovechó sagazmente en la revolución de los bolcheviques.

Louis Auguste Blanqui (1805-1881)

Atormentada existencia fue la de este socialista francés, el más radical de todos. Por sus ideas revolucionarias, pasó treintaicinco años en diversas prisiones. Su célebre frase pronunciada en la audiencia de 1832 puntualizó temprano la fibra de su temperamento: "Si, señores, esta es la guerra entre los ricos y los pobres: los ricos son los agresores. Ellos consideran como una acción nefasta que los pobres opongan resistencia. Cuando ellos hablan del pueblo dicen que es un animal que se defiende ferozmente si es atacado". Su padre, de origen italiano, Jean Dominique Blanqui, formó parte de los girondinos de la Convención Nacional que votaron a favor de la decapitación de Louis XVI; después fue subprefecto durante el Primer Imperio. Afrancesado por la anexión del condado de Niza en 1792, Blanqui inició su formación en el Institute Massin y el lycée Charlemagne con su hermano Adolfo, destacado economista ajeno a los avatares políticos. Inició estudios de Derecho y Medicina, pero la política ejerció sobre él una atracción fatal. A los diecisiete años se vinculó a los carbonarios y tomó parte activa en el proceso contra cuatro sargentos de La Rochelle, condenados a muerte por pertenecer a la sociedad secreta y fomentar disturbios en su regimiento. Los carbonarios conspiraban por la caída de la Monarquía de los Borbones y el complot produjo la iniciación de Blanqui en el mundo subterráneo de las sociedades secretas. Fue herido en las manifestaciones estudiantiles del Barrio Latino contra Charles X. En 1829, el socialista Pierre Leroux lo admitió en la redacción de Le Globe, donde hizo sus primeras armas como divulgador de las ideas republicanas antagónicas a la resurrección de la monarquía. En las tertulias de Le Globe conoció, probablemente por primera vez, a través de Leroux y sus colegas, las características doctrinarias del socialismo utópico, más consistente en su criterio que la simple conversión de la monarquía en un estado republicano. Combatió el régimen de Charles X en los círculos de los estudiantes de

Derecho; lo arrestó la policía al encontrarle en posesión de armas. Al año siguiente fue nuevamente detenido y condenado a prisión por sus vinculaciones con la sociedad de Amigos del Pueblo, disuelta por el gobierno, en la que se mezcló con elementos extremistas como Buonarrotti, Raspail y Barbés.

El bautismo de fuego en las húmedas y pestilentes ergástulas deterioró muy temprano el estado de su salud. No se doblegó; al contrario, la represión fortaleció su temple de infatigable luchador social. Las puertas de otra prisión francesa se abrieron para el inquilino perpetuo condenado en 1836 por la fabricación de explosivos en apoyo de los preparativos de actos terroristas de la sociedad de las familias, organización republicana clandestina, dirigida por Armand Barbés. Los agentes policiales descubrieron una fábrica de cartuchos de pólvora en el corazón de París. El expediente abierto a Blanqui lo inscribió como un ciudadano dedicado a actividades muy peligrosas y sus pasos fueron seguidos constantemente por la policía.

Esta calificación policiva de Blanqui fue el principio de las señas de identidad de su singularidad política en la paleta de los socialistas utópicos franceses, buena parte de ellos más inclinados a las elucubraciones ideológicas que a la praxis de la violencia como vehículo de acción revolucionaria.

En esa perspectiva, por un lado, se ubican los socialistas moderados, Saint Simon, Fourier, Blanc, Cabet. Por el otro lado, se sitúan los socialistas partidarios de la violencia revolucionaria, anarquistas avant la lettre, que hoy podrían ser tipificados como terroristas, Blanqui y Babeuf. En otro espacio ideológico más a la izquierda, pero fundamentalmente teórico y proselitista, quedan Proudhon y Tristán. Subsisten lagunas y ambigüedades doctrinarias en la especificidad de Blanqui, que se expresó, dialécticamente, por negaciones, dejando en sombras sus precisas definiciones. Resultó más explícito en sus antítesis que en sus tesis.

Rechazó la formación de un partido de masas. Prefirió, y trabajó arduamente en la cohesión de una élite

de revolucionarios profesionales entrenada en armas y explosivos cuyo objetivo fue sabotear al estado burgués. Despreció el parlamentarismo, el sufragio y los mecanismos generales de la democracia representativa. Asistió a los congresos obreros internacionales para clavar su antagonismo al centralismo obrero y a la dictadura del proletariado abanderados por Marx y los comunistas. Aunque fundó varios periódicos y logró enhebrar algunas ideas en las pausas de sus entradas y salidas de las cárceles, fue, primordialmente, un rebelde sin una causa suficientemente explicada, un insurrecto por la insurrección misma, que se preparó para dominar el poder por un golpe de estado, sin tener muy claro qué haría al día siguiente, qué cambios estructurales impulsaría en el seno de la conservadora sociedad francesa, qué partido lo sostendría y cuáles alianzas fraguaría para gobernar, cuando antes había marcado severas distancias de sus pares socialistas. Todos los ingredientes de su posición política concurren a situarlo como un anarquista empeñado en la destrucción del Estado por métodos de violencia material, un anarquista de la familia de los anarquistas radicalizados que emergería con más fuerza a fines del diecinueve en los Balcanes. Sus escritos revelan que su pensamiento fue un caleidoscopio de retórica panfletaria de comunismo, anarquismo, anticlericalismo, antiestatismo, antijesuitismo y muchos antis más. Su comunismo no es el mismo de Marx y sus corifeos, como Blanqui insistió siempre en aclarar. Es un comunitarismo algo difuso que, por ejemplo, niega el derecho de propiedad privada del suelo y sólo la acepta como una propiedad personal que no comprenda el suelo. Sus análisis pasan súbitamente del pasado de la humanidad al presente francés, desconcertando al lector por el simultaneismo histórico que dificulta precisar su posición ante la coyuntura nacional. "El derecho de propiedad declina. Espíritus generosos profetizan su caída. La realidad la mina lentamente después de dieciocho siglos en los que la abolición sucesiva de sus servidumbres crea los tribunales de su poder. Desaparecerá un día con sus

últimos privilegios que le sirven de refugio. El presente y el pesado nos garantizan ese desenlace. La humanidad no es estacionaria. Avanza o recula. Su marcha progresiva la conduce a la igualdad. Su marcha retrógrada conduce a la esclavitud, última palabra del derecho de propiedad. La civilización europea perecerá, si retrocede a esa etapa. ¿Por un cataclismo? ¿Por una invasión extraña? Es el Norte, al contrario, el que será invadido por el principio de igualdad que los franceses conducen a la conquista de las naciones. El porvenir no tiene dudas".

En otros textos escogidos, bajo el título de "El comunismo, futuro de la sociedad" hilvana algunos conceptos forjados en su antitética global. "El estudio meditado de la geología y la historia —dijo— revela que la humanidad comenzó en el aislamiento, por el individualismo absoluto y que por una larga serie de perfeccionamientos desembocó en la comunidad. La prueba de este verdad se consolidó por el método experimental, la única valedera hoy día porque ha fundado la sociedad". El origen de la sociedad primitiva fue el comunitarismo, según lo aceptaron Morgan y Engels, al revés de lo que sostuvo Blanqui. Sin preocuparse por la información científica, Blanqui teorizó que "la observación de los hechos y sus deducciones irrefutables establecieron la marcha constante del género humano. Así se comprobará que todo progreso es una conquista, todo retroceso una caída del comunismo, que por su desarrollo se confunde con el de la civilización, que las dos ideas son idénticas; que todos los problemas de la historia ante las necesidades de nuestra especie tienen una solución comunista..." Luego de esta vaga teoría sobre las ideas de la humanidad, pasó abruptamente a temas domésticos como impuestos, correos, tabaco, empresas industriales, sociedades industriales, seguros mutualistas, ejército, colegios, prisiones, cuarteles, etc. Criticó a la economía política por supuestas blasfemias, de llamar utilidad a la riqueza natural, y valor a la riqueza social. Esto es, la utilidad es la abundancia y el valor, la escasez. Ridiculizó la avidez del capital, que gana la parte

del león y pesca en aguas revueltas jugando con los precios, al parecer, en alusión a los conceptos económicos de Sismondi, también refutados por Marx, pero con solidez académica ausente en Blanqui. Abogó por un comunitarismo distinto al asocianismo falanstérico de Fourier y al comunismo estatizante de Marx. Expuso: "bajo el régimen comunitario, el beneficio es para todo el mundo y no se perjudica a nadie. Las buenas cosechas son una bendición, las malas una calamidad. Todas las cosas se arreglan a la justicia y a la razón. Los stocks rebosarían de abundancia después de las crisis industriales y comerciales. Al contrario, la acumulación de productos, imposibles en el día de hoy llenos de desastres, no tendrán otros límites que su deterioro natural". En asuntos económicos, Blanqui se presenta, como repetidor de lugares comunes. Sin embargo, cuando retoma el tono panfletario, su prosa se engrandece: "Bajo las ruinas de la burguesía se yergue, más sabia y más terrible que el viejo patriciado, esta triple feudalidad financiera, industrial y comercial, que tiene a sus pies a la sociedad; la astucia en lugar de la violencia, el robo de alto vuelo es suplantado por el carterista". El furor panfletario lo impulsó a tachar de enemigos de la revolución a sansimonistas, fourieristas y positivistas por su "negativismo incorregible". Llama "rivales de boutique" a "las tres sectas que, por sus diatribas contra los revolucionarios, cierran los ojos a las nueves luces y las orejas a la palabra de vida". Imputó a los sansimonistas ser pilares del imperio y apologistas de la soberanía del capital, de la omnipotencia de la banca y la alta industria. Los comunistas no se salvan de sus invectivas. Les demanda no perder el sentido de las utopías y no precipitarse en los afanes políticos. "El Prisionero" le llamaron sus biógrafos. Fue, en verdad, un prisionero físico y psicológico. Las prisiones incubaron su rebeldía individualista, construyeron la soledad que lo mutiló espiritualmente y lo condujeron a repudiar, instintivamente, el colectivismo de los partidos. Blanqui confió más en la acción que en las ideas, como hemos dicho. Pero para un activista innato como él, constitu-

yó una auténtica desdicha que la hora capital de la acción de masas más importante del siglo diecinueve, la Comuna de París, lo sorprendiera en la prisión, sin poder acceder al comando de la revolución comunitaria como lo solicitaron unánimemente los parisinos de las barricadas. Pocos se arriesgan ahora a predecir cuánto tiempo hubiera tardado Blanqui en soportar un mando compartido con tanta gente alrededor. A pesar de sus contradicciones, sin embargo no se dudó de su integridad. No hubo agitación obrera en la que no estuviera presente, ya moviéndose en la clandestinidad, ya como un nombre omnipresente en los labios de los obreros. Sus largas temporadas en las cárceles, sus condenas a muerte trocadas en cadenas perpetuas, el conocimiento de sus padecimientos y de su coraje para luchar con fuerzas cada vez más debilitadas por su mala salud, crearon la leyenda de Louis Auguste Blanqui.

Francois Noel Babeuf (1760-1797)

El babuvismo es un anacronismo y, a la vez un audaz capítulo de futurismo político. En una operación espectacularmente paradójica, el babuvismo retrocedió a las canteras ideológicas de la Revolución Francesa para pretender rehabilitar el concepto de igualdad y repintarlo con brochazos de un socialismo seminanarquista, que afloró un siglo después.

Babeuf rehabilitó supuestamente ideas de Robespierre, construyendo la teoría de un primer Robespierre genuinamente revolucionario, en sustitución del segundo Robespierre ablandado por los termidorianos, partidario del derecho a la propiedad privada y enemigo del comunismo. Ilustres historiadores de la Revolución Francesa —Mathiez y Aulard— insinúan que algunos seguidores del "incorruptible" asumieron que el Terror fue la primera etapa de un período que empezó eliminando físicamente a los principales agentes de la monarquía, para pasar a continuación a la distribución de la propiedad y otras reformas de corte radical que plasmarían en términos sociales la revolución, en especial la igualdad de los franceses. De esa manera, se propusieron realizar lo que Robespierre no llevó a cabo, o no pudo realizar por las contradicciones de la coyuntura revolucionaria. Inspirada en un Robespierre idealizado en un pedestal romántico, un posible Robespierre prefabricado para salvarlo de sus contradicciones, apareció en la escena política, como un movimiento subterráneo, la Conspiración de los Iguales. "Bien pronto se hizo claro —según Max Nomad— que la caída de Robespierre significaba no sólo el fin del Terror, sino también la elevación de los beneficiarios de la clase media superior que se habían enriquecido a consecuencia de la destrucción del sistema feudal. Los perdedores fueron no sólo los partidarios del "incorruptible", sino también muchos otros jacobinos que, no obstante oponerse al Terror de Robespierre, no estaban dispuestos a aceptar el gobierno de los plutócratas, representados por

el corrompido Barrás, el hombre que inició a Bonaparte en su carrera y que luego hizo a un lado por el ingrato esposo de su desechada amante". Como Napoleón, el joven Babeuf buscó mitos románticos para suministrarle una pátina historicista a una nueva utopía. Los Gracos romanos y Robespierre fueron los modelos históricos del joven revolucionario llamado por Marx "el primer agitador comunista" y considerado por Jean Jaurés como el fundador de la política socialista francesa.

La gente que se agitó alrededor de Babeuf —Buonarroti, Marechal, Darthé, Germain, Debon, Lepelletier— pensó en términos más concretos, convencida que debían atraer a las masas con un ideario social actualizado. A partir de un Robespierre reconstruído a la medida, organizaron la Conspiración de los Iguales con el sustento de un manifiesto político que modificó el artículo sobre la igualdad en la Declaración de los Derechos del Hombre. Dicho artículo expresó, como se sabe, a la letra "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos". En otros artículos la Declaración reconoció la igualdad judicial y la igualdad fiscal". Pero en la Declaración no se consignó la igualdad de la propiedad, o la distribución igual de la propiedad de la tierra o de los bienes. El concepto de igualdad relacionado con la propiedad, tal como se desarrolló en el Manifiesto de los Iguales, profundizó el significado de igualdad de la Declaración de 1789, con criterios, completamente ausentes en Robespierre y en los otros tribunos jacobinos. De esa guisa, corresponde interpretar la Conspiración de los Iguales como un proyecto diseñado para prolongar, completar o perfeccionar los ideales esbozados, desde el punto de vista social, de la Revolución Francesa. Babeuf fue Robespierre más el socialismo colectivista. La Declaración se quedó en la filosofía del Siglo de las Luces, como anotó Touchard. El nuevo concepto de igualdad social, acompañado de un fuerte ataque a la propiedad privada y de apología a la propiedad colectiva, apareció en el Manifiesto inspirado por Babeuf, pero escrito por Marechal. Desde el preámbulo, el

Manifiesto redefinió el nuevo concepto de la igualdad de la propiedad: "Desde tiempo inmemorial, ellos hipócritamente repiten: Todos los hombres son iguales"; y desde tiempo inmemorial, la más degradante y monstruosa desigualdad insolentemente prevalece sobre el género humano". Para el Manifiesto, "la igualdad no es nada más que una bella y estéril ficción legal". Más aún, el Manifiesto criticó sin ambages el concepto de igualdad patente en la Revolución;" Necesitamos no solamente la igualdad de derechos transcrita en la Declaración de los Derechos del Hombre; queremos una igualdad bajo las raíces de nuestros hogares... que perezcan las artes, si fuera necesario, para obtener una igualdad real." Después de estos pasajes introductorias, el Manifiesto se concentró en precisar su juicio sobre la propiedad de las tierras: "La ley agraria, de repartición de la tierra, fue la demanda espontánea de los soldados de ciudades movidas más por el instinto que por la razón. Pero ahora buscamos algo más sublime y más justo: los bienes comunes o la comunidad de los bienes. No queremos más propiedad individual de la tierra. Exigimos el disfrute común de los frutos de la tierra: los frutos para todos... no puede haber ninguna diferencia entre las personas que no sea por edad o sexo. Si todos tenemos las mismas facultades y las mismas necesidades, debemos tener también la misma educación y la misma alimentación. Pueblo de Francia; Ha llegado el momento de las grandes decisiones...bajo el nombre de política, ha reinado el caos durante muchos siglos... ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, una gran casa abierta a todos los hombres. Ha llegado el día de la restitución total." Marcando significativamente diferencias entre la falsa revolución y la real revolución, según los ideales de los conspiradores, el Manifiesto expuso: "El día después de la revolución real, ellos (los ricos) dirán con asombro: ¿es tan fácil conquistar la felicidad colectiva? Es esto lo que queremos?

¿Por qué la queremos tan rápidamente? Y responderemos: sí, sin ninguna duda... Abran sus ojos y sus co-

razones a la felicidad total: reconozcan y proclamen con nosotros la República de los Iguales".

En abril de 1786 aparecieron en los muros de París centenares de placards con precisiones sobre el Manifiesto de los Iguales en forma de artículos de la nueva declaración de los derechos del hombre. En algunos de los artículos se agregó el concepto del trabajo al concepto de la igualdad. El artículo tres expresó: "La Naturaleza impone a todos la obligación de trabajar. Nadie puede, sin cometer un crimen, dejar de trabajar." Asimismo se incorporaron los frutos de la industria como bienes a los que tienen derecho todos los hombres. Otros artículos subrayaron que desigualdad y opresión son sinónimos: "nadie puede, sin cometer un crimen, expropiar los bienes de la tierra y la industria; la infelicidad y la esclavitud fluyen de la desigualdad y ésta de la propiedad. La propiedad es la más grande de las plagas de la sociedad, convirtiéndose en una verdadera ofensa pública." Por otro lado, perfilándose el audaz pensamiento socialista antes que robiesperrista de Babeuf y sus compañeros, se destacó que no debería existir diferencia de clases entre ricos y pobres: "los ricos deben renunciar a sus excesos a favor de los indigentes; la misión de la sociedad debe ser destruir la desigualdad y establecer la felicidad colectiva." De esa guisa. las ideas comunistas conviven con el espíritu de la Revolución del 89. Se aclaró así la ubicación ideológica de los conspiradores en la vorágine de los conflictos internos del 89, aclarándose que la Constitución de 1793 es la verdadera constitución de los franceses, atribuyéndole a la Constitución de 1795 haber sido impuesta por el Terror y por la influencia de los emigrados y de tener sólo el respaldo de un cuarto de los votos de la Carta del 93. Touchard apunta que el pensamiento de Robespierre y Saint Just fue eminentemente político, religioso y moral, y poco afecto a la economía. Ambos aspiraron a una sociedad de pequeños propietarios. Los "rabiosos" pidieron la cabeza de los agiotistas y monopolizadores enriquecidos con el mercado negro, por la ruptura del sistema de distribución monárquico. Ninguna de las familias revolucionarias del

79 se interesó en la colectivización de la propiedad predicada por los babuistas.

El redactor del manifiesto fue Silvain Marechal y el cerebro de la conspiración fue Buonarrotti, autor de la historia de la conjura que inmortalizó a Babeuf, alma de la Conspiración de los Iguales. Marcando las incongruencias surgidas alrededor del inspirador del babuvismo, el historiador Aulard asevera que las opiniones socialistas de Babeuf no fueron el motivo de la ejecución de Babuef y de la deportación de los conspiradores, sino el haber abogado por una "Vendée plebeya" que amenazó desmoronar la unidad de las familias revolucionarias en circunstancias que el Directorio trabajaba por soldar las fracturas que las anarquizaban y enfrentaban. Hay que tomar con pinzas la opinión de Aulard. Con el pretexto de eliminar las ejecuciones de dirigentes revolucionarios y en general las divergencias internas en la Revolución, el Directorio entregó la conducción del proceso revolucionario a la burguesía. La Conspiración de los Iguales pretendió atajar la desviación del proceso revolucionario, introduciendo una nueva concepción de la revolución, una revolución en la revolución, con su llamamiento a la igualdad de la propiedad, y la abolición de la propiedad privada. La Conspiración de los Iguales iba a arremeter contra los miembros de la burguesía urbana y agraria que acapararon la tierra y los bienes de la monarquía y la iglesia. Si los jacobinos no planearon destruir la propiedad, los miembros del Directorio menos iban a hacerlo. A ojos del Directorio, Babeuf fue más peligroso que el incorruptible Robespierre, dado que sometió a riesgo extremo a los detentadores del nuevo poder económico postrevolucionario. Por tanto, no es admisible que lo llevaron al patíbulo sólo por intentar desunir a las familias revolucionarias. Lo ejecutaron en proceso sumario por sus ideas sobre la propiedad colectiva. Babeuf representó el movimiento de impregnación del proceso revolucionario con postulados de socialismo colectivista. Por ese motivo de altísimo riesgo lo ejecutaron en forma sumaria, creyendo que matando al perro se acabaría la rabia en Francia.

ETIENNE CABET (1788-1856)

Un año antes de la toma de la Bastilla, nació en Francia un hombre que debió haber vivido, retrospectivamente, en las nacientes del río del tiempo que desaguaron en la Inglaterra del siglo XVI en la sociedad utópica del abogado Tomas Moro y "La Ciudad del Sol" del monje italiano Tommasso Campanella. Como Saint Simon, como Fourier, Cabet se obstinó en reparar las grietas abiertas por el desenfreno iconoclasta de una revolución que destruyó sin dejar los ladrillos del nuevo orden social. Su destino pudo ser continuar la escuela artesanal de su padre, fabricante de barricas de vino, como el padre de Proudhon; pero cuando vio a los compañeros de su padre irrumpiendo en las mansiones de Dijon, destruyendo los símbolos materiales de los viejos castillos, chamuscando tapices de Flandes, desportillando vajillas de monogramas dorados, Cabet se empinó sobre esos fútiles excesos y decidió que su tarea consistiría en soldar sociedades y no romper mampostería. Su padre enarcó las cejas en su taller de carpintería cuando Etienne le anunció que había decidido que sus días en adelante transcurrirían entre códigos o bisturíes.

Esta decisión dio la medida del carácter del más tarde abogado de Dijon. Ingresaría a la lucha política con las armas de su inteligencia. Abandonó las herramientas del taller de su padre y se fue a París a quemarse las pestañas en la lectura de los códigos reformados por Napoleón. Así resultó personaje de las novelas de Balzac, tránsfugas de la provincia, frustrados soñadores de la inhóspita capital. Como otros miembros de su generación, fue atraído por el mundillo clandestino de las sociedades secretas en las que se conspiró para eliminar los residuos vigentes del antiguo régimen. Los carbonarios italianos lo iniciaron en las ceremonias de la insurrección. Los masones de la Logia "Los amigos de la verdad" le instruyeron en los principios de la fraternidad y juró defender las libertades ante la escuadra y el compás. Se reunían en sótanos húmedos

identificados por contraseñas esotéricas. Los cabecillas lo pusieron a prueba para proteger la confidencialidad de las conspiraciones. No se conocería su nombre, ni podía descifrar la identidad de los conjurados. Si la policía los capturaba y los torturaba, no podía delatar a sus hermanos. Si incurría en la debilidad de prosternarse en un confesionario, los sacerdotes corruptos, que informaban los secretos de confesión a la policía, no lograrían extraerle algo que diera pistas sobre las conjuras en marcha para derrocar al gobierno. Así fue entrenándose para entrar en acción cuando sus jefes le comunicaron en 1830 que había llegado el momento de luchar contra los Borbones ultramontanos y abrirle los pasillos del poder a los liberales de la casa de Orleáns. La posibilidad de efectuar cambios con apoyo del régimen de Luis Felipe se esfumó cuando Cabet adhirió pasajeramente la burocracia judicial orleanista como funcionario en la isla de Córcega. Un año más tarde se retiró, decepcionado. Insistió en buscar reformas sociales dentro del statu quo, presentándose con éxito a la cámara de diputados. Fundó el periódico "Le Populaire", para ampliar el apoyo político a sus ideas. Al calor de las polémicas embistió a un ministro de estado, que pretendió limpiar en el campo del honor, las críticas a la incompetencia de su despacho. A medida que Cabet disparaba contra el gobierno, se estrechó el espacio de sus discrepancias. Su órgano de opinión fue clausurado por la imputación de incitar a la sedición a través de las páginas de "Le Populaire", recibiendo una condena a dos años de prisión. Se le cambió la sentencia por cinco años de exilio, estableciéndose en Bruselas hasta que la pertinacia de sus ataques le valió la expulsión a Londres, donde inició sus escarceos como publicista. No está claro si había leído la Utopía de Tomas Moro antes de residenciarse en la capital británica. De cualquier manera, allí, a la sombra del follaje libresco del Museo Británico, emprendió la lectura anotada de la Biblia de los socialistas, convenciéndose que había perdido el tiempo tratando de impulsar reformas gradualistas en una estructura social que requería una

transformación radical. No escribió un manifiesto como el que inspiró Babeuf, ni un alegato histórico como la historia de la revolución francesa de Louis Blanc. El género narrativo le brindó libertad de fantasear sobre una organización de nuevo cuño en la que no tuvo límite el vuelo de la utopía. "Viaje a Icaria" fue una novela en clave, escrita con una prosa recargada de información de orden administrativo. "Viaje a Icaria" es, al mismo tiempo, un texto literario y un texto político. Los que leyeron la obra como una novela vieron una ficción extravagante sobre una ciudad cuyos habitantes estaban reglados por derechos iguales sobre todo, sobre el lugar donde vivían, sobre el uso colectivo de los instrumentos de producción, sobre la igualdad de sexos, en suma, criterio igualitario en vestidos, costumbres, juegos, servicios públicos, etc. Esta ciudad perfecta era regida por principios comunitarios que buscaban borrar la más minuciosa diferencia social o económica. Relato de un viaje sobre un viaje anterior, se presentó como la exhumación del "Viaje y aventuras de Lord William Carisdall", personaje imaginario que en 1836 descubrió la ciudad fantástica de Icaria y pasó una temporada estudiando su organización. Es una villa de trazos arquitectónicos geométricos. Una ciudad circular atravesada por el curso de un río rectilíneo de resplandecientes aguas, premonición de las ruinas circulares de Jorge Luis Borges. En ambas orillas se levantaban viviendas de dimensiones iguales con un centro comunal en el que socializaban sus habitantes. Estaban prohibidos cabarets, cafés, salones de fumar, casinos, loterìas y bolsas de valores. "La ciudad es apropiada, sin cafés ni hoteles particulares, organizada según cuatro principios: Primer derecho: vivir. Primer deber: trabajar. A cada uno según sus necesidades. A cada uno según sus capacidades... El comercio menudo y la moneda se han desterrado. La base de la comunidad es una igualdad perfecta a la que todos se han asociado; su sistema republicano es regido por el sufragio universal. Como consecuencia lógica, todos los oficios son válidos, la educación se basa en la emulación

y el castigo, el desprecio público sanciona a los culpables en vez de tribunales y prisiones, es idéntico el mobiliario de cada casa, los vestidos son definidos por la edad y el sexo... la pasión enceguecida por la libertad es un error y el vicio, un mal funesto."

Algunos lectores de "Viaje a Icaria" asumieron que el argumento no estaba arropado por la fantasía y se convencieron de la posibilidad de vivir en una comunidad real ajustada al modelo concebido por Cabet. Al volver a Francia alrededor de 1840, acogido a una amnistìa general, usó "Viaje a Icaria" como caballo de batalla para predicar su refinado comunismo entre los crédulos franceses que acariciaron la opciòn de vivir sin saltar, traumáticamente, de una revoluciòn a otra. Cabet reabriò el diario "Le Populaire", teniendo ya un modelo social comunitario entrenado por las asociaciones obreras de Robert Owen. Martillando en las páginas del diario la creación de una Icaria lejos de Francia, Cabet consiguió reunir un puñado de adeptos a sus ideas en 1848 cuando Francia era sacudida por el derrocamiento de los Orleáns y la entronización de la República. Los pioneros viajaron en 1849 a Estados Unidos, con el fin de establecerse en Texas. Antes que partieran los icarianos, Cabet suscribió un contrato que, aparentemente, le adjudicó un millón de acres de buena tierra, suficientes para levantar una o varias Icarias reales. Los pioneros viajaron a Texas, pero las tierras no eran favorables a la convivencia comunitaria. La aventura fue un éxodo sin tierra prometida con un Moisés que se quedó en París. O los texanos habían estafado a Cabet. O éste había engañado a los icarianos. Mientras los frustrados comunitarios se las arreglaban para levantar sus cabañas entre tempestades de polvo en medio del aullido de coyotes, salió de Francia una segunda oleada de incautos.

Desengañado de sus ambiciones políticas en Francia, Cabet decidió abandonar el viejo mundo y unirse a los pioneros encallados en Texas. Unos emigraron a otros rincones de Norteamérica y otros volvieron a Francia, presas de la indignación por lo que llamaron la estafa de Icaria.

Cabet intento reparar el descrédito que lo ensombreció como arquitecto de una sociedad demasiado perfecta para ser verídica. Año y medio batalló en los tribunales para librarse de tan ominosas acusaciones. No se sabe cómo hizo para conseguir nuevas tierras y qué recursos utilizó para reclutar nuevos crédulos. Algunos de estos discípulos lograron organizar nuevas colonias icarianas. La propiedad colectiva de las tierras se fragmentó por la aparición de apetitos secesionistas. La mística comunitaria se reblandeció. El mercantilismo cavó divisiones entre viejos y nuevos icarianos. El sol de las praderas derritió las alas del Icaro galo. En esfuerzo final, Cabet reclamó un aceptado despotismo para restablecer el orden, fracasando en el intento. Tras su muerte en 1856, surgieron grupos de granjeros norteamericanos empeñados en asimilar lo bueno y exorcizar lo malo de las ideas de Cabet. Cuando el principal discípulo de Fourier, Víctor Prosper Considérant, apareció en Norteamérica en 1854, pretendiendo fundar nuevas comunidades, los vaqueros texanos movieron la cabeza, repitiendo con los labios entrecerrados por mascadas de tabaco que los franceses no tenían remedio.

Flora Tristan (1803-1844)

Lo mejor que le sucedió a Flora Tristán en todo lo peor que afrontó en su vida fue no recibir la herencia de su padre peruano, el coronel latifundista Mariano Tristán. Si hubiera recibido las tierras de su progenitor, negadas, cruelmente, por su avaro tío, quizás se hubiera frustrado su pasión social. En vez de luchar por los obreros de Francia, la habrían enervado las perezosas comodidades de los latifundistas y mineros arequipeños del siglo diecinueve. Aún si hubiese recibido el quinto de las propiedades que le regateó el hermano de su padre, habría subsistido el peligro de apoltronarse en la provincia como sus pueriles primas arequipeñas. En el año de su llegada al Perú —1834—, Flora ya conocía Inglaterra por los viajes anteriores de 1826 y 1831, en los que trabajó como dama de compañía de familias inglesas. Escarnecida, sin embargo, por la truculenta tacañería de sus parientes; ahuyentada por los temblores de Arequipa; anonadada por el juego irresponsable de los caudillos militares decimonónicos, y la existencia mediocre de los peruanos ricos, se alejó del Perú para siempre. La desastrosa experiencia en la tierra de sus antepasados aguijoneó el volcán reformista apagado en su espíritu. En los viajes posteriores a Inglaterra, observó Londres con ojos críticos.

"Cuatro veces he visitado a Inglaterra, siempre con el objeto de estudiar sus costumbres y su espíritu. En 1826 la encontré sumamente rica. En 1831 lo estaba mucho menos, y además la noté sumamente inquieta. En 1835 el malestar empezaba a dejarse sentir en la clase media, así también entre los obreros. En 1839 encontré en Londres una miseria profunda en el pueblo; la irritación era extrema y el descontento general" escribió en el prefacio de "Paseos en Londres". Pero fue en el Perú donde aprendió a separar la esencia de la apariencia, a descubrir la miseria humana empaquetada en oropeles, a distinguir el nóumeno de lo real. Los viajes al Perú y a Inglaterra contrastaron dos visiones de la sociedad humana, que le

dieron como síntesis otro sentido a su vida. Se diluyó la mujer atormentada por las persecuciones de su marido cretino y brotó la luchadora social consagrada a la defensa de los obreros avasallados por la primera revolución industrial. El Perú semirepublicano y semicolonial y la Inglaterra industrializada la indujeron a una introspección profunda, a un viaje al fondo de sí misma. No sería, como creyó, una paria itinerante, ni ama de casa sumergida en oficios domésticos, sino una reformadora social de amplio vuelo. Si su familia peruana le cerró el acceso a la fortuna de su padre a nombre de una ilegitimidad desmentida por sus rasgos físicos; si su marido se mostró atrozmente incompetente para comprenderla, buscó identidad en la innumerable familia de los desposeídos.

Difícilmente se llega a ideólogo socialista sin perder la identidad de origen. A Saint Simon le representó el desarraigo de la aristocracia feudal y a Marx la abjuración de la religión de sus padres. Dentro de una perspectiva convencional sobre su género, Flora perdió su sexo, aniquiló los estereotipos de la feminidad finisecular. Adelantándose a su tiempo, fue otra clase de mujer, la mujer que derrumbó mitos y estereotipos, George Sand y Madame de Stael, pero diferente. Emergió del budoir y de los alfombrados salones literarios de París para frecuentar los talleres de los artesanos y los tugurios sucios de hollín de los obreros. Antes de esas incursiones se sumergiò en Londres en otros ámbitos más tenebrosos, decidida tenazmente a penetrar en los escenarios de la decadencia de la urbe. Estaba preparada para no permitir que la deslumbraran las luces de la ciudad más grande del mundo: "No me he dejado deslumbrar por la apariencia; no he sido seducida por las brillantes y ricas decoraciones de la escena inglesa; he penetrado entre los bastidores, he visto el disfraz de los actores, el cobre de sus galones, y he escuchado su propio idioma. Frente a la realidad, he apreciado las cosas en su justo valor. Mi libro es un libro de hechos, de observaciones recogidas con toda la exactitud de la que soy capaz; y me he defendido hasta donde ha dependido

de mi, del lastre que supone el entusiasmo o la indignación. He señalado los vicios del sistema ingles, a fin de que en el continente se evite aplicarlos y me encontraría ampliamente recompensada si llegara a desengañar a mis lectores de las opiniones erróneas y de las ideas falsas que podrían haberse adoptado ligeramente sobre un país que no se le podría conocer sin haberse impuesto el penoso trabajo de estudiarlo".

La mirada crítica de Flora Tristán suministró a la posteridad uno de los retratos más valiosos de los contrastes sociológicos de Londres en la época en que la ciudad monstruo, como la llamó ella, fue centro internacional del capitalismo industrial. "Paseos en Londres" es el título calculadamente inocente de un recorrido por el infierno social creado por los desniveles de riqueza y pobreza de la primera revolución industrial. Más allá de lo que pudo parecer el título de un folleto turístico, Tristán nos presentó una visión caleidoscópica que integró lo más alto a lo más bajo, el West End y los arrabales londinenses. Pero, sobre todo, abrió la cerradura, escondida bajo la alfombra, de los sótanos del industrialismo: "Los faubouurgs, arrabales a causa de los arrendamientos baratos, encierran a los obreros, las mujeres públicas y aquella turba de hombres sin destino que la falta de trabajo y los vicios de toda clase conducen al vagabundaje, o a quienes la miseria y el hambre fuerzan a convertirse en mendigos, asaltantes, asesinos. El contraste que presentan los tres sectores de esta ciudad es aquel que la civilización ofrece en todas las grandes capitales, pero es más chocante en Londres que en ninguna otra parte... en los arrabales está aquella masa de obreros tan flacos, tan pálidos y cuyos niños tienen un semblante tan lastimoso. Enseguida, los enjambres de las prostitutas de andar desvergonzado, de miradas lúbricas; aquellas brigadas de hombres ladrones de profesión que, como aves de presa, salen cada noche de sus guaridas para lanzarse sobre la ciudad."

Baudelaire en "Las flores del mal" y Flora Tristán en "Paseos en Londres" desmitificaron los esplendores

urbanos europeos, revelando la multitud pululante de los marginales: unos vendiéndose a los transeúntes para subsistir, otros desvalijando a los burgueses; otros extenuándose en los suburbios de las ciudades manufactureras. Siempre la controversia por la propiedad privada, proudhonianamente polémica. Mercantilización del cuerpo para el placer. Mercantilización de la mano de obra para el trabajo. La división del trabajo preconizada por Adam Smith, llevada a sus límites extremos, se invalida y deforma, y genera consecuencias no previstas por el moralista escocés. Un siglo de industrialismo liberó a los trabajadores de los rigores del trabajo manual, pero los ató a las máquinas. "La división del trabajo llevada a su límite extremo y que ha hecho progresos tan inmensos en la fabricación —analizó Tristán— ha aniquilado la inteligencia para reducir al hombre a no ser sino un engranaje de máquinas. Si todavía el obrero estuviese preparado a ejecutar las diversas partes de uno o varias fabricaciones, gozaría de más independencia. La codicia del amo tendría menos medios de torturarlo; sus órganos conservarían suficiente energía para triunfar de la influencia deletérea de una ocupación que no ejercería sino unas horas. Los amoladores de las manufacturas inglesas no pasan de treinta y cinco años; el uso de la piedra de amolar no tiene ningún efecto dañino sobre nuestros obreros de Chatellerault porque tal amolado no es sino una parte de su oficio y no les ocupa sino poco tiempo, mientras que en los talleres ingleses los amoladores no hacen otra cosa. Si el obrero pudiera trabajar en diversas partes de la fabricación, no sería oprimido por su nulidad, por la perpetua inactividad de su inteligencia".

Flora no condenó la revolución industrial *per se*. Alabó el avance tecnológico del maquinismo, escuetamente, es cierto. Destacó que, por un lado, la distorsión de la división del trabajo, y por otro lado, los bajos salarios, muestran que la codicia de los industriales envileció el sistema cuyo espectacular desarrollo extrajo riqueza compartida muy exiguamente con los obreros ingleses. Observó Flora que, por

esta flagrante contradicción "la mayor parte de los obreros carecen de vestido, de cama, de muebles, de fuego, de alimentos sanos y a menudo incluso de papas. Son encerrados doce a catorce horas por día en salas bajas, donde se aspira con un aire viciado las hebras de algodón, de lana, de lino; las partículas de cobre, de plomo, de fiero, etc. Y pasan frecuentemente de una alimentación insuficiente al exceso de la bebida. Casi todos aquellos infelices son endebles, raquíticos, lacerados; tienen el cuerpo flaco, hundido, los miembros débiles, el semblante pálido, los ojos muertos".

No hubo vuelta que darle. Tristán tomó el partido de los obreros y empleó elocuentemente su talento para recalcar las contradicciones del capitalismo industrial británico con las pinceladas maestras de Goya o Daumier. No resulta hiperbólico aseverar que la visión sociológica de Londres de la Tristán supera la de Marx, y la de otros socialistas europeos establecidos el siglo diecinueve en la urbe inglesa. Engels escribió "La situación de la clase trabajadora en Inglaterra", editada en 1845, acompañada de información estadística de valor sociológico, pero no tiene parangón con la garra literaria de "Paseos en Londres". Espléndidamente dotado, como lo expresan "El 18 Brumario" y "Las guerras civiles de Francia" para escribir la gran crónica de Londres, Marx, optó por el tratado denso y árido. La influencia de Hegel ensombreció el estilo del pintor de la Revolución del 48, contaminándolo con la pesantez del raciocinio dialéctico cuando escribió "El Capital". Por contraste, las descripciones de Tristán sobre el hormigueo de las rameras callejeras y las degradaciones de los finishes son antológicas. En "La Sagrada Familia", Marx y Engels mencionaron a Tristán en los registros de lo que denominaron socialismo utópico: "Flora Tristán es el ejemplo de ese dogmatismo femenino que pretende poseer una fórmula y se la crea tomándola de la categoría de lo existente". Encajarla en el feminismo significa que no entendieron a Tristán.

Flora fue sensitiva no solamente a las zonas turbias de la ciudad, También registró su pluma a los ingleses

que trabajaban para mitigar las adversidades de los obreros. Concurrió a Fleet Street para conocer a los miembros del movimiento cartista, satanizados por whigs y torys. Conversó con algunos jóvenes cartistas de Irlanda. Leyó asiduamente su periódico y transcribió, el texto de la petición del sufragio universal, entre otros aspectos. Además del sufragio universal, los cartistas demandaron la derogatoria de "la carga de impuestos (que) nos hace encorvar hasta la tierra, los cuales no obstante están lejos de satisfacer las necesidades de nuestros gobernantes; nuestros negociantes tocan temblando el abismo de la bancarrota, nuestros obreros están hambrientos, el capital no procura ninguna ganancia y el trabajo ninguna recompensa".

Sin embargo, su gran experiencia de socialismo inglés la asimiló en la obra de Robert Owen. En el rico industrial ella apreció un importante cambio de identidad que quizás influyó en su propia transformación espiritual. Millonario industrial de fábricas de dos mil obreros, Owen decidió no seguir disfrutando individualmente los medios económicos de su propiedad para ponerlos al servicio de la educación y la concientización de los ingleses de los estratos bajos. Para que no se pensara que había sido ganada abiertamente por el ejemplo del industrial, Flora escribió en su obra que "a fin de evitar toda falsa impresión, declaro que no soy ni saintsimoniana, ni fourierista, ni oweniana. "Sin embargo, sus simpatías son transparentes, al igual que sus coincidencias con Louis Blanc en el apoyo a las leyes a favor de los obreros. Dijo de Owen: "Owen no ha estudiado filosofía, ni ha observado todas las clases de las sociedades europeas, en la época de las convulsiones de la Revolución Francesa y su espíritu no está dispuesto, como el de Saint Simon, a formular una organización social. No se eleva tampoco como Fourier a la ley del universo para descubrir la ley de la armonía que debe regir las sociedades humanas; nada de ello. Owen es el hombre de corazón amante, de espíritu justo y observador. Es instruído en las manufacturas, donde durante treinta años ha tenido un número considerable de obreros bajo sus órdenes, y donde ha estudiado todas

las miserias del pobre". Lo calificó "el San Juan del desierto que anuncia a Cristo, es el precursor de otro que vendrá a completar su creación, a animar esta estatua de Prometeo, a colorear de poesía esta vida material, a elevar el templo que las artes embellecerán".

De la exuberancia lírica, Flora avanzó al análisis frío y minucioso de las cooperativas que organizó el británico para extraerle el jugo hasta donde pudiera hacerlo en Francia. Como empresario Owen había recibido a obreros portadores de las lacras culturales que habían absorbido de familias estropeadas por el alcoholismo, la ignorancia y la pobreza. No pudo rescatar mucho de un material humano fracturado desde los genes. Se convenció, o lo convencieron sus asesores, que, formándolos desde niños en escuelas fundadas por renovadores doctrinas educativas, se podía crear nuevos ingleses y una nueva sociedad. En las escuelas ordinarias los niños aprendían a leer, a escribir y a calcular, pero de paso adquirían vicios funestos. Teniendo a la vista los perturbadores resultados de la escuela inglesa clásica, Owen pensó en adoptar métodos contra la corriente, como no enseñar nada al niño de dos años que no fuera la consecuencia inmediata de lo aprendido por instinto o por influencia del medio ambiente familiar. El principio cardinal era de orden moral, en sus palabras propias, cómo erradicar de sus corazones el menor atisbo de egoísmo, envidia, vanidad. El niño era admitido en la escuela a los dos años; permanecían en ella hasta los diez y, se le enseñaba a leer a partir de los siete u ocho años. El aprendizaje de ciencias y humanidades se depositaba sobre una base de ética que repelía o atenuaba la infiltración insidiosa de los antivalores. "La adopción del sistema que yo propongo —explicó Owen— ofrecería ventajas inmensas para las clases pobres, y estas ventajas son susceptibles de una demostración tan rigurosa como una proposición matemática". Sin embargo, las ideas de Owen levantaron hostilidades por doquier. Se aseguró que a los niños se les enseñaban doctrinas extrañas desprovistas de principios religiosos. Intrigas y calumnias se

desparramaron a tal extremo por Inglaterra y otros países europeos que Owen abandonó un tiempo el viejo continente e instalarse en América. Fundó en 1824 la colonia de New Harmony en el estado de Indiana. Sobre tres mil acres de tierras se subdistribuyeron las asociaciones. Según relata Tristán, se organizaron sociedades de artes y oficios y agricultura. Los niños fueron a escuelas regidas por los principios owenianos. Se desparramaron por todas partes las "cooperative society" que tropezaron con intolerancias y fanatismos típicamente anglosajones. Al retornar a Inglaterra revitalizó la semilla de las asociaciones. Los industriales lo despreciaron como un traidor a su clase. La iglesia anglicana, alentada solapadamente por ciertos aristócratas, emprendió una campaña contra el anciano disidente que aceptaba militantes de todas las iglesias occidentales y orientales y, para espanto de los obispos, llegó a fundar la Sociedad Universal de las religiones racionales. Los seguidores de Owen llegaron a sumar quinientos mil discípulos que no vacilaban en llamarse socialistas. Las numerosas páginas dedicadas por Flora Tristán a Owen y sus asociaciones testimonian cuánto la impactaron, cuánto intentó aprovechar de la experiencia singular del empresario inglés que se propuso cambiar las almas para transformar sociedades, algo que Saint Simon, Fourier, Proudhon, Blanqui y Cabet también se plantearon, desde otras perspectivas.

Flora Tristán adecuó el legado owenianо a sus espartanas posibilidades. En 1843 publicó "La Unión Obrera", adelantada con algunos capítulos que aparecieron en "La Phalange", órgano de difusión de las ideas de Fourier, dirigido por Considérant. "Paseos en Londres" le abrió espacio en los medios editoriales y otro libro, "La clase obrera", tonificó su prestigio de escritora. Flora supo, después de su experiencia inglesa, que de los libros debía pasar a la acción, debía conocer a los dirigentes obreros y viajar por el territorio francés, colaborar en la organización sindicalista, conocer fábricas y talleres, relacionarse directamente con los trabajadores. En realidad, hasta ese momento, no

conoció Francia, en igual medida que Perú e Inglaterra. Sus viajes le abrieron la Francia real, la Francia de la que París era únicamente una de las perlas del rosario. A "Paseos en Londres" debió seguir "Paseos en Francia". Pero, al final de su periplo, quedó tan cansada, tan esperanzada y al mismo tiempo tan decepcionada, tan acosada por la policía, tan feliz y tan deprimida, que no pudo emprender la que quizás pudo llegar a ser la obra máxima de su vida. Su avidez social no consintió reposo, no obstante su mala salud. Quiso conocer de primera mano cuanto le fuera permitido, de talleres a nosocomios, de orfelinatos a casas de cita, de parroquias provincianas a redacciones de los diarios, de manicomios a locales sindicales. Viéndola intrépida y desamparada, los sansimonianos, fourieristas e icarianos, siempre le echaron una mano, a pesar que Flora marcó las diferencias, y le abrieron las puertas de sus burós y le compraron los libros que vendió de puerta en puerta para financiar los hospedajes. A los discípulos del conde les repitió que la industria, lejos de configurarse como la clave para introducir la armonía en las relaciones de industriales y obreros, llevaba a una existencia miserable, como acontecía en Lyon y en Manchester. De los fourieristas dudó de sus falansterios y de sus apelaciones al amor libre. No creyó en fórmulas esotéricas. Fue devota de la acción, de la unidad de los obreros, de la conquista de derechos sociales, de la construcción de locales donde los hijos de los trabajadores y ellos mismos se educarían y atenderían su salud; y la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Res non verba. Su traducción del aforismo latino condensaba la realidad de los hechos y la fugacidad de las palabras. Fue sencillo y directo el ideario que formuló en "La unión obrera". Un ideario precursor en diversas instancias. La primera es la más significativa desde el punto de vista de la historia de las ideologías: enlazar la clase obrera mediante una unión estrecha, sólida e indisoluble hasta donde se pudiera. Se anticipó en cinco años al Manifiesto Comunista de Marx y Engels. La noción de la clase obrera como una clase social específica y autónoma

surgió por primera vez en "La unión obrera", no como una especulación filosófica ni como una disquisición sociológica sino como una conclusión pragmática suscitada por la división del trabajo de la revolución industrial. La clase obrera es componente básico de la producción industrial. Para que se cohesione como fuerza de producción y trabajo hay que articularla como una clase social dotada de un statu quo jurídico y económico. La teoría marxista de la lucha de clases definió la clase obrera como una clase social. La unión obrera, dentro de la perspectiva clasista, debía ser como la argamasa para presionar la constitución de su statu quo que reconociera al derecho universal al trabajo. El punto sexto propuso explorar las posibilidades de la organización de los trabajadores. Luis Alberto Sánchez observó en la biografía de la precursora, "aquella asociación internacional de trabajadores era la vieja Unión Obrera, amplificada, ecuménica y viril trocada en lógica —acaso por lo mismo más penetrante— al pasar a cerebros masculinos, emergiendo del impetuoso fervor de una mujer. Nadie recordó a la precursora en la célebre asamblea de Albert Hall. Pero ella, con su pensamiento y ejemplo, estuvo presidiéndola desde lejos, desde la eternidad o la nada. Tal vez, si con alguien se identificaba más su espíritu, era con el de cierto hombre de barbas confusas y verbo ardiente que solía discrepar rudamente de Marx: Miguel Bakunin". Esto en cuanto a los obreros organizados como clase económica con el aval del reconocimiento jurídico del Estado. Anexó a la propuesta del obrerismo organizado otra propuesta igualmente de impresionante calado: la igualdad de derechos laborales de hombres y mujeres y facilitar a las mujeres del pueblo el acceso a una enseñanza técnica, intelectual y moral que influyera sobre el bestialismo de sus cónyuges. Si no bastara la trayectoria humana de Flora Tristán como credencial de ingreso a la historia, serían suficientes estas propuestas expuestas de "La Unión Obrera".

Jean Jaurès (1859-1914)

En las alturas de los Pirineos, los aludes se forman a menudo con el desprendimiento de pequeños montículos de nieve que empiezan a rodar y a rodar hasta crear montañas descomunales que se precipitan, desatando hecatombes, sobre las poblaciones de los valles. De la misma manera, el asesinato del eminente socialista Auguste Marie Joseph Léon Jaurès por mano de un nacionalista fanático, nació, en las cumbres de la Revolución del 48 con incidentes que no parecían preludiar su epílogo en la catástrofe de la Primera Guerra Mundial. Todo empezó con el derrocamiento de Luis Felipe, vale decir la frustrada tentativa de la antigua aristocracia legitimista de los Orleáns que desembocó en la constitución formal de la República. Pero la vigencia monárquica sólo estaba congelada. Debajo de las costras del hielo, yacían ambiciones absolutistas disfrazadas de república. Nuevos reyes de las finanzas y la industria, los dirigentes republicanos tomaron el poder con la arrogancia y el desparpajo de los Borbones y los Orleáns. Así fue que, haciendo caso omiso del heroísmo de la clase obrera en la defensa de París, la represión ordenada por Adolphe Thiers contra los communards desatò torrentes de sangre por los barrios populares de la Ciudad Luz, identificándose republicanos y monárquicos en el mismo nivel de brutal reacción cuando se trataba de sostener lo que ambos regímenes entendieron como orden público. Como evocó el diplomático español José María de Areilza, "la invasión prusiana de Francia —la segunda en un siglo— trajo consigo la República, grata a Bismarck, y los avatares del sitio de París desembocaron en la rebelión de la Comuna, primer ensayo de asalto al poder, del proletariado en armas. Adolphe Thiers se encargó de llevar a cabo en forma implacable la represión de los insurrectos. La III República empezó su andadura liberal, burguesa, parlamentaria y radical, con un fuerte contenido laico y anticatólico, y una izquierda socialista que en parte recogía los restos de la extrema izquierda recién sublevada y sometida. La heridas de la guerra

franco-prusiana se curaron relativamente pronto, aunque el revanchismo se hizo presente en los círculos militares y en la aristocracia más antigua."

Entre la proclamación de la República en 1848 y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, se extendió el arco cronológico bajo el cual transcurrió la vida y la trayectoria política de Jean Jaurés, socialista de buena familia, hombre valeroso en los discursos y en los artículos periodísticos, pero pacifista de espíritu, abatido por las fuerzas contradictorias que chocaron en esas horas trágicas de Francia.

En 1878, Jaurès ingresó a la Escuela Normal Superior, donde se forma el intelecto francés, como el postulante que obtuvo las calificaciones más sobresalientes. Manteniendo un espectacular nivel académico, ocupó en 1881 el tercer lugar entre los egresados que se presentaron a las oposiciones de la cátedra de Filosofía. Sus maestros y condiscípulos no se asombraron, por ello, cuando Jaurès en 1885, a los veinte años, fue elegido diputado republicano por el departamento de Tarn. Un año después del ingreso de Jaurès a la Escuela Normal Superior, Francia fue convulsionada por episodios políticos que presagiaban el desencadenamiento de violentas tormentas. Mac-Mahon dimitió en 1879, entre amargado y temeroso de los espacios políticos que iban alcanzando los socialistas. Un socialista moderado, Jules Grévy, polémico adversario de la presencia clerical en la enseñanza, llegó a la presidencia de la república. Los jesuitas y otras órdenes religiosas fueron desalojados de los planteles educativos católicos al amparo de nuevas normas republicanas. Francia empezó a dividirse entre una derecha católica y una izquierda laica masónica.

Jaurès adhirió la línea del laicismo pedagógico de Grévy. En la cámara de diputados la violencia se encendía cada vez que rugía el "tigre" Georges Clemenceau, radical iconoclasta que antes había sido alcalde de Montmartre y que alcanzaría gravitante rol político años después como parlamentario y ministro. Como una cuña entre la dere-

cha conservadora y la izquierda ultramontana emergió inesperadamente lo que pudo erigirse en una tercera trinchera política, encabezada por el general Georges Boulanger, heraldo del caudillismo militar que encarnó después Charles De Gaulle. Boulanger cautivó a las masas con su gallardía militar puesta a prueba en la ocupación de Túnez. Pudo ser, en efecto, el prototipo de un neo-caudillismo populista que, contra la lógica que rige usualmente los desenvolvimientos políticos, el militar dilapidó. Mientras transcurrían estas experiencias políticas, entre suspiros y risas de escepticismo, Jaurès iba convirtiéndose en adalid de las reivindicaciones obreras, presentando leyes sobre jubilación de los obreros, libertad sindical y conquistas sociales que le ubicaron como reformista de la línea obrerista de Louis Blanc y Flora Tristán. Los obreros congestionaban el recinto parlamentario cuando sabían que Jaurès iba a presentar algún proyecto de ley favorable a sus aspiraciones, haciendo gala de una elocuencia legendaria. A principios de 1890 se consolidó como vocero de los socialistas independientes.

La historia de Boulanger, su romance folletinesco con Margarita Bonnemains, el duelo a sable con el Presidente Floquet y, particularmente, el teatral suicidio al pie de la tumba de su amada, descorrieron lentamente los cortinajes de la Belle Epoque, el París frívolo y licencioso, el decadente París de fin de siglo de la Bella Otero y Lian de Pougy, de Marthe Bibesco y Emilianne d´Alencon, cuyos favores disputaban encarnizadamente, con regalos suntuosos, magnates y monarcas —el Príncipe de Gales y el Kaiser, entre otros. Juntos pero no siempre revueltos, paralelamente a los salones y recámaras de las grandes cortesanas, convivían pintores, escritores, poetisas como Anne de Noailles, y también snobs, diletantis y refinados epicúreos, como el conde Robert de Montesquiou, y otros personajes inmortalizados por Marcel Proust. Mientras los habitantes de los faubourgs de París se divertían despreocupadamente hasta el amanecer, otros moradores, ajenos a las seducciones del hedonismo, soportaban in-

números arbitrariedades. Una de estas ilegalidades sublevantes alcanzó máxima resonancia nacional e internacional al destapar los prejuicios antisemitas disfrazados de nacionalismo en los altos mandos de las fuerzas armadas francesas. En una atmósfera caldeada por el nacionalismo antigermano, generado entre los militares franceses por las dos sucesivas derrotas ante Prusia, fue declarado traidor a la patria y condenado a prisión en la isla del Diablo, el oficial Alfred Dreyfus de origen judío. Posiblemente el caso Dreyfus habría podido esfumarse en las pasiones del nacionalismo y pocos se habrían arriesgado a salir de defensa de un traidor, que era judío por añadidura, o de un judío, que era traidor por añadidura, si el nuevo jefe de los servicios de contraespionaje no hubiera reparado que, estando encarcelado Dreyfus, se continuaba suministrando información clandestina al espionaje alemán con documentos escritos con una caligrafía similar a las del desvalido oficial. Al descubrirse los documentos, Dreyfus ya se encontraba en la isla del Diablo. De resultas de los entretelones del escándalo, se abrió un nuevo foso de odios raciales entre franceses, empujándolos más y más a los abismos del fanatismo a ultranza. En esta coyuntura se percibió la mezcla de nacionalismo y antisemitismo. Tiempo después, el nacionalismo se trasvasó a la política y no ha salido de allí hasta ahora. Patria del racionalismo y el irracionalismo, Francia sobrellevó estas fatídicas contradicciones y desgarramientos desde antes de su formación como estado. La lucha de romanos y galos, la masacre de hugonotes por católicos, las decapitaciones de monarcas por revolucionarios, de termidorianos por jacobinos, de jacobinos radicales por jacobinos moderados, prepararon el escenario que sostiene el tinglado de prehistoria e historia. Sin embargo, en pocas crisis como la que preludió la Primera Guerra Mundial, el irracionalismo arrasó al racionalismo tan contundentemente. En otras palabras, el pacifismo como expresión de la fraternidad socialista articulada por la Segunda Internacional, se opuso a una tercera versión del conflicto franco-prusiano que otra vez

iba a enfrentar a obreros franceses contra obreros alemanes, pero con uniformes de soldados. Por la formación humanística de su ideología socialista, Jaurés estuvo a la cabeza del movimiento pacifista, tópico por excelencia de sus discursos parlamentarios y de sus editoriales de L¨Humanité. Mucho colaboró a la difusión del pacifismo, la fusión del Partido Socialista de Francia, dirigido por Jules Guesde, y el Partido Socialista Francés, de Jean Jaurès. Con sus alborotadas barbas rubicundas y su corpachón de patriarca, Jaurés representó al socialista por antonomasia. Predicaba la paz de los pueblos por encima de todo, la formación de un ejército civil de trabajadores europeos para contrarrestar la movilización militar de los trabajadores.

En la corriente contraria, los sectores de la derecha nacionalista atizaban el revanchismo militar, proclamando que la guerra contenía las energías de la revitalización francesa. Charles Maurras y Maurice Barrés fueron los pilares pensantes del nacionalismo germanófobo. Monárquista de formación clásica y fiero antirrepublicano, Maurras fue el doctrinario del nacionalismo francés del siglo diecinueve. Un nacionalismo basado en la exégesis del pasado monárquico de Francia, pero que, apartándose de sus fuentes, giró hacia la extrema derecha totalitaria hasta confundirse con el fascismo y el nazismo, hundiéndose en el colaboracionismo de Vichy. Después de la guerra, Maurras fue sentenciado a muerte, conmutándosele la pena por prisión perpetua, privación de las libertades civiles y expulsión de la Academia Francesa. Se unió en 1899 a la Acción Francesa, fundada por Henri Vaugeois y Maurice Pujo, como una organización nacionalista cuya misión era rescatar los valores mutilados a partir del estallido de la Revolución Francesa y combatir a los judíos, a los extranjeros y a cualquier persona ajena a las tradiciones galas. El affaire Dreyfus dotó a la Acción Francesa y a Maurras de una plataforma para la divulgación de su antisemitismo militante. La Acción Francesa en 1908 creó una fuerza de choque, los camelots du roi, una versión precoz de los matones de camisas negras de la Italia mussoliniana. Se

presentaron como un movimiento idealista de los jóvenes amantes de las glorias históricas francesas. Mas los hechos no estuvieron conectados al idealismo: los camelots du roi irrumpían en las manifestaciones blandiendo garrotes para aporrear a los adversarios. Provocaron un escándalo contra un conferencista que, según los iracundos camelots, insultó a Juana de Arco. Un joven camelot abofeteó al presidente del consejo de ministros Aristide Briand; un grupo vociferante de la organización se manifestó contra el traslado al Panteón de las cenizas de Jean -Jacques Rousseau.

Por supuesto, el pacifista doctrinario Jaurès fue la bestia negra del belicismo callejero de Maurras y la Acción Francesa. Maurras apoyó clamorosamente la entrada de Francia a la guerra. Por su lado, el nacionalismo de Maurice Barrès fue, primordialmente literario. Polemizó con Jaurès en nombre del antisemitismo encarnado por Dreyfus (de lo que se retractó públicamente años más tarde); y por su tenaz oposición al traslado de los restos de Emilio Zola al Panteón Nacional; sin embargo, a fuer de católico, respetó la integridad moral del tribuno socialista y condenó emotivamente su asesinato en el Parlamento. Hubo en su nacionalismo condimentos contradictorios, cosmopolitismo y elitismo estético. Viajero impenitente por el Oriente, Barrés presintió la debilidad de una Francia minada por los avatares políticos internos que volvían a hacerla presa del pangermanismo imperialista. En las vísperas de la Primera Guerra Mundial, la derecha francesa creyó que la entente cordiale con Inglaterra, y la alianza con Rusia avalarían la suscripción de acuerdos militares para enfrentar al enemigo común prusiano. Por primera vez, después de los enfrentamientos con Napoleón Bonaparte, la política exterior de Inglaterra y Francia coincidió en una firme postura. Pero la agitación no amainaba en Francia. En medio de la pugna de nacionalistas y pacifistas, se produjo el asesinato del director de Le Figaro por mano de la esposa del ministro de hacienda Joseph Caillaux, en esos momentos criticado acremente por los escritores del

diario, por motivos políticos, en una "guerra sucia" sazonada con chismografía de alcoba. Briand, Millerand y Poincaré pidieron la cabeza de Caillaux, sin sospechar el desenlace que, como consecuencia de la divulgación periodística de cartas de amor dirigidas por Caixllaux a su ex esposa, salpicó sangre a la agitación política.

Bajo ese clima de nacionalismo exaltado, de división de la sociedad entre patriotas y traidores, un joven solitario, hijo de un alcohólico e hijo y nieto de damas afectadas por la locura, leyó los párrafos de un discurso de Jaurés en los que el profeta exclamó a sus correligionarios: "Yo he luchado por la Internacional Socialista más que ninguno de ustedes. Y he mantenido en los congresos y reuniones en el extranjero el criterio pacifista que se halla en el fondo de nuestra doctrina: los nacionalismos son una doctrina burguesa que lleva a la guerra. Nosotros no podemos ir a un conflicto para matarnos unos a otros, los obreros socialistas alemanes y franceses encajados en uniformes hostiles". A partir del último discurso de Jaurés, y de los ponzoñosos artículos periodísticos en que se pidió colgar al profeta de un árbol o del poste del farol más a la mano, Raoul Villain se dedicó a seguirle los pasos de su casa a la redacción de L'Humanité y de ésta al café Croissant donde cenaba con sus colegas. No conocía a Jaurés, pero la silueta era inconfundible aún en una multitud. No pudo agredirlo cuando Jaurés caminaba de la redacción al café porque temía la reacción airada de los viandantes. Cuando se enteró en cuál de los cubículos conversaba con los amigos, fingió ser un cliente, abrió el cortinaje y descargó las balas del revólver que un amigo le había prestado. Así, el intransigente pacifista Jean Jaurès recibió un trágico adelanto de los balazos que devastarían a millares de franceses en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. En el curso del proceso judicial, del que resultó absuelto, el furibundo nacionalista, reconfortado morbosamente por el crimen, lanzó una extraña bravata: "Jaurès me pareció un verdadero peligro para la patria. Lo vi como un hombre que oponía la huelga general contra la

movilización. Solamente pensé en la patria. Soy profundamente religioso, pero en el momento del atentado no tuve el menor escrúpulo de conciencia". Los republicanos españoles fueron la némesis de Jaurès: fusilaron a Villain al descubrirlo refugiado en Ibiza durante la guerra civil de los treinta.

Hombre de transición, Jaurès pertenece más al siglo diecinueve que al veinte, que sólo alcanzó a arañar. Se le define como un activista político de gran vuelo, no como un ideólogo profundo. Conoció a fondo la filosofía alemana y el marxismo, que es un epígono del pensamiento germánico. Empleó corrientemente el lenguaje marxista, incorporado es cierto al lenguaje universal de la insurrección social, pero no fue marxista, ni se convenció, como Sorel y Lenin, de la toma del poder a través de métodos de violencia política. Su rol en el socialismo francés se le puede desmembrar en dos etapas: una etapa lo presentó como legislador de las conquistas sociales obreras; la otra etapa como organizador del partido socialista. A diferencia de Briand, Millerand y Viviani, jamás aceptó nombramientos de ministro de gobiernos republicanos no socialistas, y bregó por la unificación del socialismo sin ceder a la tentación de los nombramientos de relumbrón. Se acercó a las organizaciones obreras partiendo de una estrategia concebida para sacar al socialismo del marco estrictamente teorizante y apegarlo a la realidad de los sindicatos. La Confederación General del Trabajo desconfió de los políticos. La reunificación del socialismo borró los temores de los obreros. Jaurès no intentó manipular a la Confederación; al contrario, elaboró leyes sociales por su propia iniciativa sin buscar la capitalización de las leyes por votos. A finales del siglo diecinueve, maduró mucho la conciencia de clase de los trabajadores. Las represiones fortalecieron la mística sindicalista; las huelgas tejieron un espíritu de unidad gestado en las luchas reivindicatorias, sin contraer deudas políticas con los miembros de las familias socialistas. A Blanqui y a Blanc les rindieron homenaje por su entrega a la causa obrera. Desdeñaron la

aproximación al comunismo, curados de espanto por las maniobras de Marx y Engels para controlar la Primera Internacional. Jean Jaurès poseyó pedestal propio entre los obreros franceses. Entre el filósofo y el obrero se interpuso un muro de conocimientos que ambos respetaban. Pero Jaurès fue admirado y venerado, después de su inmolación a la cruzada pacifista. Por otro lado, la necesidad de la difusión didáctica dirigida a las masas obreras lo llevó a la fundación de L¨Humanité y a participar activamente como periodista en la cohesión de un vocero de la clase obrera. "Como político y como periodista siguió siendo el filósofo de un amplio humanismo, y trató que los obreros fuesen completamente dueños de una sociedad en todos sus aspectos, y no solamente del Estado o de los asuntos económicos. Con este espíritu dirigió L¨Humanité tratando de hacer de cada número no sólo un medio de dar las noticias del día, sino también de transmitir un mensaje de emancipación social y cultural...bajo su control, L¨Humanité llegó a ser una gran fuerza educadora, que influyó sobre todo en maestros y en socialistas militantes, pero escrito con tanta sencillez que le permitía llegar a un círculo muy amplio de lectores con un atractivo que podían comprender y aceptar" considera Cole, en una interpretación acertada del papel del filósofo que dio lecciones de profundidad y sencillez a los lectores de las fábricas y talleres de Francia. En verdad, Jaurès entendió el socialismo como la conciliación de las corrientes filosóficas y políticas que abrigaban la exaltación de los valores humanísticos, involucrando religión, sociología, historia, ciencias exactas, economía política, todo cuanto concurriera a la integración del hombre dentro de la sociedad.

"El advenimiento del socialismo —escribió Jaurès— será como una gran revelación religiosa. No será un suceso milagroso cuando los hombres y mujeres que han crecido en la brutal oscuridad de nuestro planeta alcancen la justicia y la sabiduría cuando el hombre por medio de la evolución natural domine la naturaleza, es decir, triunfe sobre la violencia y el conflicto, cuando las fuerzas en

conflicto y los instintos se unan en la armonía de voluntades. ¿Cómo podemos evitar el preguntarnos si no hay en la raíz de todo esto, un secreto de unidad y bondad que da significación al mundo? ...una revolución de justicia y bondad, dirigida por la parte de la naturaleza que ahora llamamos humanidad, será, por así decirlo,. Un desafío y una señal para la propia naturaleza. ¿Por qué no iba toda la creación a luchar para librarse de la inercia y la confusión, si en la forma la humanidad ha alcanzado ya la conciencia, la comprensión y la paz? Así, desde la altura de su triunfo, la humanidad proclamará palabras de esperanza que alcancen las mismas profundidades que la naturaleza, y oirá la voz del deseo y la esperanza universales que contestarán a su llamada". Principios platónicos, socialistas, sansimonistas, masónicos, cristianos del primer día, y otros más se engarzan en el pensamiento sincrético del tribuno que pretendió exorcizar los demonios de las guerras, el odio que anida en los hombres, la maldad en las almas, el egoísmo y la avaricia en los empresarios, la envidia y la hipocresía entre los obreros, y concluyó ofrendando su propia vida a la causa de unir a los hombres de buena voluntad, por encima de razas, religiones, política, dinero. Quizás no lo consiguió en su tiempo, pero algo ha avanzado el mundo desde su sacrificio en un café de París llamado Croissant.

SOCIALISTAS INGLESES DEL SIGLO XVII AL SIGLO XIX

Mucho antes que la Revolución Francesa proclamara los principios de libertad, igualdad y fraternidad; antes que los ideólogos alemanes y franceses del siglo XIX pronunciaran la palabra socialismo, hacia la mitad del siglo XVII, Inglaterra fue convulsionada por guerras civiles que, de una y otra manera, plantearon el reordenamiento de las clases sociales anquilosadas por la monarquía. Los barones y obispos se concertaron en oposición a los abusos del régimen monárquico,con la Carta Magna y, varios siglos después, con la Petition of Rights y el Bill of Rights. También se abrieron paso las reclamaciones sociales de artesanos, trabajadores manuales, campesinos y hasta los militares, que formaron la base social del nuevo ejército de Cromwell. Concientes que la Petition of Rights y el Bill of Rigths constituían conquistas jurídicas y políticas que solamente protegían a los señores feudales, los civiles y militares de la clase media y la clase popular se unieron en la presentación de un pliego histórico de reformas sociales. En el primer momento actuaron en forma algo incoherente en el Parlamento. La variedad de pensamiento y objetivos desquició el comportamiento de las clases sociales puesto que no constitían un grupo laboral homogéneo. Unos alentaban reformas agrarias; otros coincidían en el apuntalamiento de los gremios de artesanos. Sin embargo, en medio de las diferencias ideológicas, existió un hilo conductor en las clases sociales marginadas del Bill of Rigths: obtener protecciones sociales, perteneciendo a la zona más vulnerable de la sociedad desintegrada por las guerras civiles. Finalmente, trataron de cohesionar en el Parlamento una nueva fuerza reformista casi como un partido político de izquierda, independiente de whigs y tories. Esta nueva corriente reformista se cobijó en el Derecho Natural para intentar la reivindicación de la igualdad de los hombres y

bregar para que las leyes que balancearon la monarquía no fueran prebendas exclusivas de los barones. En un alarde insólitamente revolucionario para su época, el movimiento reivindicatorio exigió que la República aprobara derechos y libertades iguales en sus alcances para todos los hombres. De esa forma se asentó una nueva doctrina social de inspiración estoica recogida por la Declaración de los Derechos de los Estados Unidos de Norteamérica.

Los "Levellers" o Niveladores, llamados con este nombre por sus detractores, representaron al grupo reformista que expresó en términos sociológicos la insurgencia de la nueva clase de comerciantes, agricultores, pequeños propietarios y artesanos. Las guerras civiles iluminaron la conciencia política de la nueva clase, unida por la sensata convicción de pertenecer a un estamento autónomo y antagónico de la nobleza y los barones feudales. La nueva clase asumió la decisión de luchar, si fuera necesario con apoyo de las armas, en la conquista de un espacio específico dentro de la estructura de la sociedad inglesa. Al desaparecer la censura monárquica, Inglaterra gozó de una atmósfera sin precedentes para la libre discusión de las corrientes políticas, económicas y religiosas que alumbraron al calor del derrocamiento del antiguo régimen. Tal como destaca Sabine en su tratado, el debate "puso al descubierto abusos, discutió la constitución, argumentó en pro y en contra de la tolerancia religiosa, atacó o defendió el gobierno de la iglesia y examinó su relación con la autoridad civil, postuló o negó todas y cada una de las formas de libertad civil y propuso en uno u otro momento la mayor parte de los artificios políticos que los gobiernos democráticos han ensayado desde entonces. Esta discusión, sostenida por medio de folletos, fue el primer gran experimento en materia de educación política popular que utilizó la prensa de imprimir como órgano de gobierno mediante la discusión".

Por la lógica de su discurso político, Cromwell no toleró el movimiento de reclamaciones sociales que él mismo había fomentado, involuntariamente, con la fractura del statu quo de la monarquía estuardiana. Las ma-

nifestaciones críticas de los soldados y oficiales del nuevo ejército, organizado por él para derrocar a Carlos, lo llevaron a la demarcación radical de sus límites. Los militares cromwellianos procedían del estamento de los pequeños propietarios de tierras, comerciantes y agricultores. De esa suerte, los civiles de la emergente clase media inglesa coyunturalmente militarizados poseyeron una perspectiva de la situación social distinta a la de los gañanes del campo reclutados a fortiori. Podemos imaginar la reacción de Cromwell cuando supo que los Consejos de solados reclamaban el sufragio universal, la abolición de la censura y de la Cámara de los Lores, la proclamación de la República (Commonwealth) y el recorte del poder de los generales al servicio del Parlamento. El Pacto del Pueblo (Agreement of the People), documento de pionero contenido constitucional, condensó el pensamiento de los niveladores, tanto civiles como militares, empeñados en ganar legitimidad a través del Parlamento. Se organizaron consejos de soldados en los regimientos. Se quebró la disciplina militar bajo la presión de soldados que demandaron se les consultaran las órdenes del comando.

Los principales propagandistas y agitadores del New Agreement of the New Model Army fueron los soldados. Las conspiraciones orientadas a la formación de un régimen cívico-militar, que postuló la igualdad ante las leyes y rechazó la concentración del poder tanto en la vieja aristocracia como en la dictadura cromwelliana, se desplazaron por la isla en los agitados años de 1648 y 1649. Convertido en un rey sin corona, Cromwell se dio maña para descuartizar el movimiento sedicioso que le estaba aserrando el piso. A los agitadores militares los expulsó de filas, los encarceló o los ejecutó en el patíbulo. A los dirigentes parlamentarios los aprisionó sin miramientos. El absolutismo reapareció con otro nombre, pero con métodos radicales. Las drásticas represalias alcanzaron a los regimientos amotinados derrotados por Cromwell y Fairfax en la batalla de Burford. Los niveladores fueron desnivelados violentamente.

John Lilburne (1615-1657)

El principal ideólogo de los niveladores, nació en Sunderland, hijo tercero de un caballero rural, aprendiz de un sastre puritano. Al par que aprendía el uso de las tijeras cortando paños, se le instruyó en la lectura de pasajes de la Biblia, en el libro de los mártires de Fox y en los escritos de los teólogos puritanos. Pero la inmersión de Lilburne en el mundo espiritual de los puritanos se llevó a cabo bajo la tutela de un médico puritano, John Bastwick, trabado con sus colegas William Prynne y Henry Burton en debates punzantes con los epicospalianos, que lo detestaban de antaño. Por decisiones del maestro de los panfletos, Lilburne se involucró en la impresión y distribución de libros puritanos sin la correspondiente licencia eclesiástica. A requerimientos de autoridad, fue arrestado en 1637 y llevado a la corte de la Star Chamber. Sin embargo se negó a prestar juramento y objetó que el proceso era ilegal. Lo sentenciaron a ser azotado en la cárcel de Fleet, o a ser llevado al Palace Yard de Westminster hasta que admitiera su culpa. Lilburne insistió contra viento y marea en que no había violado las leyes, presentándose como un chivo expiatorio de la crueldad del arzobispo Laud. No obstante sus alegatos, durante tres años purgó la sentencia. La prisión no amenguó sus protestas. En la mazmorra escribió numerosos panfletos clamando que era víctima de rencillas religiosas. El libelo circuló en forma profusa y se acuñó la fama de Lilburne como elocuente defensor de las víctimas de medidas arbitrarias de las autoridades religiosas. La situación de Lilburne llamó la atención de Cromwell, quien aprovechó las tensiones creadas por el Parlamento Largo de Carlos I para denunciarlo, en un discurso oportunista, como prueba de la tiranía de los obispos. La resonancia del discurso de Cromwell desembocó en la libertad de Lilburne por orden del Parlamento. Cuando estalló la primera guerra civil, Lilburne se alistó como capitán del regimiento de Lord Brooke. Flameó su valor en la arriesgada evacuación de la artillería de un regimiento de Cromwell. Pero fue hecho pri-

sionero y trasladado al cuartel general del rey en Oxford. Los realistas lo convirtieron en un trofeo por su condición de alto oficial de los cabezas redondas y le sentenciaron por alta traición. Su esposa reclamó la intervención del Parlamento, provocándose un virulento debate en la Cámara de los Comunes. El Parlamento amenazó con ordenar que se pasara por las armas a los prisioneros realistas si se ejecutaba a Lilburne. De resultas del forcejeo entre el Parlamento y el Rey, se acordó intercambiar a Lilburne por un oficial realista. Posteriormente se unió a las fuerzas del Conde de Manchester, alcanzando el grado de teniente coronel. Bajo esas circunstancias permaneció al lado de Cromwell, ajustándose entre ellos una estrecha amistad que se tradujo en el apoyo al líder de los cabezas redondas en sus pulsos de poder con el Conde de Manchester. Nuevos episodios militares destacaron el arrojo de Lilburne, verbigracia, la operación de rodear el castillo de Tickhill y negociar su rendición sin lanzar un solo disparo.

Su negativa a firmar un compromiso exigido a los altos oficiales del nuevo ejército desembocó en su renuncia. Para explicar las causas de su retiro del nuevo ejército, escribió un panfleto defendiendo la libertad de conciencia por encima de la ortodoxia de los principios puritanos. Fue inevitable el choque con Oliver Cromwell y los personajes que le acompañaron en la primera época de sus panfletos. Nuevamente fue arrestado en 1645 por denunciar las comodidades burocráticas de los líderes del Parlamento, mientras los soldados caían defendiendo la institución. Más adelante, en una secuencia que fue preámbulo de su desgarrada trayectoria, fue encarcelado en 1646 en la Torre de Londres por sus críticas al Conde de Manchester, presentándolo como simpatizante de Carlos I. Desde la Torre de Londres fluyeron nuevos y exuberantes panfletos en los que Lilburne describió las represalias que sufrió a manos de las autoridades del Parlamento, el clero, militares y magistrados. La pluma de Lilburne destiló ácido vitriólico en la denuncia de casos de hipocresía, corrupción y venalidades encubiertas a la sombra de la revolución.

John Lilburne configuró la formación de una tercera posición política, marcando distancias de monárquicos y republicanos. Los detractores de sus panfletos adujeron que Lilburne buscaba "nivelar" hacia abajo a los miembros de la sociedad inglesa del siglo XVII. Fue descrito como el ideólogo de los niveladores, es decir la cabeza pensante de los ingleses de clase media que reclamaban una mayor participación política a través del sufragio universal y exigían un status de igualdad de derechos y deberes para todas las clases sociales. El Pacto del Pueblo recogió el pensamiento de Lilburne, conocido como el manifiesto de los niveladores. Llevarlo de la teoría de los panfletos a la práctica de la realidad política resultó una carrera de obstáculos insalvables. El Pacto del Pueblo fue reducido a una esperanza quimérica de las clases sociales marginadas por la Revolución Inglesa. Lilburne se desengañó de la arrogancia de los parlamentarios, y las falsedades de Cromwell y su yerno Ireton. Se retiró de las actividades políticas y se convirtió en un cuáquero. Rodeado de su esposa, a punto de alumbrar el décimo fruto de la descendencia, falleció a la edad de 42 años. Los grabados de època lo presentan como un apuesto caballero de ondulada cabellera y estilizado bigotillo de villano de comedia. Detrás de esa extravagante apariencia, fulguró uno de los más grandes precursores de la democracia social de todos los tiempos.

Gerrard Winstanley (1609-1676)

La "Ley de la Libertad" (Law of Freedom) condensó el pensamiento de Winstanley planteado no solamente para la distribución de la propiedad agraria entre los campesinos sino, también, para asuntos constitucionales, educativos, penales, y de otras instancias que concurrieron a la creación teórica de una república comunista. Winstanley dejó correr la pluma para proponer que se implantara una justicia correctiva, la educación universal de los ingleses, la promoción de la investigación científica, la creación de los "postmasters" (funcionarios que recorrerían el país vigilando el bienestar de las comunidades) la elección anual de jueces y magistrados etc. Fundamentalmente, los cambios sugeridos por Winstanley se concentraron en el régimen de propiedad de la tierra, proponiendo que las tierras confiscadas por Cromwell a los aristócratas y eclesiásticos que combatieron en las guerras civiles en las filas de Carlos I, fueran divididas entre los campesinos sin tierras. Fue pionero de los programas revolucionarios contemporáneos de redistribución de tierras confiscadas y tierras baldías a los campesinos pobres. La propuesta no fue viable en términos de acción legislativa. Los cavadores no tuvieron representación en el Parlamento, ni ganaron apoyos legislativos de whigs o tories para aprobar una ley insólita para la época de distribución de tierras confiscadas. La otra opción significó lanzar a los campesinos a la revolución y recibir las tierras a viva fuerza, algo que Winstanley no estaba en condiciones de llevar a cabo. El fue, en realidad, un teórico que pretendía actuar por inspiración de Dios. En su obra se multiplican citas extraídas del Antiguo Testamento. Su convocatoria a la acción se limitó a exhortar a los campesinos ingleses que abandonaran el trabajo en tierras de propiedad privada y sólo cultivaran de las tierras comunales. Los terratenientes temieron que la prédica de Winstanley produjera el abandono masivo de la mano de obra rural de las fincas privadas y que los campesinos se organizaran en un movimiento po-

lítico. Los temores se exacerbaron entre los lores cuando comprobaron que la colina de St. George, próxima a Londres, se convirtió de la noche a la mañana en el centro de la rebelión de los radicales de Winstanley. Autócrata de horca y cuchillo, Cromwell no toleró una fuente de poder económico o político que pretendiera rebasar su control. Ordenó el desmantelamiento de las rústicas viviendas de la colina de St.George y emprendió la sañuda persecución de los campesinos allí establecidos. El movimiento de los cavadores, que estaba propagándose por el sur de la isla, se esfumó con la humareda de las ruinas de Saint George. El cerebro del movimiento logró escurrirse por las aldeas. Se conoció después que Winstanley, se entregó a la meditación religiosa. Cuando lo buscaron los campesinos sin tierras se excusó de volver a la política porque había abrazado la doctrina de los cuáqueros. Quedó, sin embargo, a través de los tiempos, el eco de sus palabras: "England is not a free people... till the poor that have no land... have a free allowance to dig and labour the commons lands..."

William Godwin (1756-1836)

Prueba palpable que niveladores y cavadores abonaron el terreno ideológico para los tiempos venideros fue el pensamiento de William Godwin, expuesto en dos volúmenes en su obra "Investigación sobre la justicia política y la influencia en la moral y la felicidad" ("Enquiry concerning Political Justice" de 1793). Brioso alegato contra las formas tradicionales de gobierno y las instituciones religiosas, se publicó a fines del siglo XVIII, también, como una reacción a la tesis de control de la natalidad de las clases pobres de Malthus. Godwin atacó al Estado y a los calvinistas radicales a los que había acompañado seis años como clérigo. Defendió el libre albedrío de las decisiones de la persona humana, la jerarquía del individuo, la libertad de conciencia y el derecho a la libre elección del destino del hombre. Hasta el momento de su alejamiento de los calvinistas radicales, Godwin no había soportado fuerzas coercitivas. Sostuvo que "cualquier gobierno es... un mal, una usurpación en el juicio privado y en la conciencia individual del género humano, añadiendo que "debe ver cada amigo del género humano el período auspicioso de la disolución del gobierno político, de ese motor bruto que ha sido la única causa perenne de los vicios de la humanidad". Atribuyó, asimismo, a la religión ser "un sistema de sumisión ciega y de hipocresía desanimada, embaucando a la gente en un sentido falso de virtud".

¿Fue un ateo? ¿Un anarquista *avant la lettre*? El profesor Gettell conceptúa que Godwin "proyecta un sentido anarquista a través de sus concepciones filosóficas y se manifiesta irreductible en cuanto se refiere a la actuación del Estado. Todos los gobiernos son perjudiciales, aunque se emancipen de la tiranía y la superstición. Godwin siente un culto apasionado por la justicia a la que define como expresión de la utilidad pública, y cree en la perfección del hombre bajo el influjo de la educación y de las instituciones. La fuente de todos los males radica en las instituciones humanas que perpetúan la ignorancia y

la abyección." Siguiendo los antecedentes ideológicos de Lilburne y Winstanley, Goodwin cuestionó la propiedad privada, propugnó la abolición de los medios de producción y las materias primas, reconociendo únicamente la propiedad intelectual y los enseres del individuo. Creyó en la bondad innata del hombre, recogiendo en parte el legado romántico de Rousseau, pero sin aceptar la teoría contractualista que liga el hombre a la sociedad y, por ende, al Estado.

No imaginó Godwin que sus ideales iban a ser bloqueados por el rechazo ingles a la Revolución Francesa. Los británicos ejecutaron a Carlos I y convirtieron la monarquía en un símbolo inocuo. No obstante ello, se escandalizaron por la decapitación de Luis XVI y los aristócratas que lo rodeaban en la corte de Versalles. La sempiterna rivalidad con Francia engendró el rechazo estratégico del gobierno de Pitt que, en contra de la corriente histórica de la revolución del siglo XVII, suspendió el Habeas Corpus, implantó la censura de prensa mediante la Gagging Act y gobernó con una política represiva, conocida como el "reino del terror", desatada contra todo lo que fuera considerado como apología de la violencia procedente de la Francia jacobina. Godwin y su yerno el poeta Percy Shelley asumieron la defensa de las víctimas de la opresión gubernamental. El primer juicio que ganó defendiendo a víctimas de la represión de Pitt indujo a Godwin a abrigar esperanzas favorables al rescate de la vigencia de las libertades civiles conquistadas por el Bill of Rights. Goodwin alegó en frase memorable que "es mejor no vivir en absoluto que vivir en miedo perpetuo". Godwin siguió la huella de Milton y los defensores de la libertad de expresión y de pensamiento. Su oposición a la excesiva concentración de propiedad privada apuntaló nexos con las corrientes socialistas fabianas del siglo XIX. En el año de 1797, Godwin conoció a la escritora feminista Mary Wollstonecraft, autora de una de las primeras batallas de defensa de género, "Vindicación de los derechos de la mujer". Godwin escribió otras obras como "Las cosas como son

o las aventuras del cabo Williams", 1794, Historia de la Commonwealth. 1824, y "Reflexiones sobre la educación, las costumbres y la literatura, 1797, Ideas del hombre, su naturaleza, hechos y descubrimientos, 1831, y "Cuentos de Shakespeare", 1807, dedicados a los niños ingleses. Murió en la miseria en Londres en 1836.

La Carta del Pueblo

Las reivindicaciones de los niveladores y cavadores del siglo XVII fertilizaron el campo de las reclamaciones de los trabajadores de la Revolución Industrial del siglo XVIII. Reclamaciones políticas y laborales que robustecieron la legitimación de las demandas de los trabajadores ingleses por la construcción de un espacio político autónomo, en el siglo XVIII, por los obreros industriales. La brutal represión de Cromwell quedó como una página negra del caudillo que achicó los poderes de la monarquía, pero fue renuente al reconocimiento de los derechos de las clases sociales marginadas. Cromwell quedó como premonición de la pesadilla del autoritarismo militar fascistoide. Los trabajadores ingleses no dejaron que se evaporaran los antecedentes históricos de los niveladores y volvieron a la carga con el refuerzo de la conciencia crítica incubada por la revolución industrial. Se formó la triple alianza de la clase media, obreros y disidentes religiosos, con el apoyo de organizaciones militantes como la London Working Men´s Association, la Birmingham Political Union y la Democratic Association. Resultado de tal concordancia fue la elaboración de la Carta del Pueblo que condensó el listado de sus antiguas demandas, a saber, sufragio universal masculino (propuesto por niveladores y cavadores), voto secreto, abolición del requisito de propiedad para llegar al Parlamento, pago a los parlamentarios, igualdad de distritos electores y elecciones anuales. Los fundamentos de la Carta del Pueblo puntualizaron las premisas sociales de los trabajadores en la comunicación dirigida al Parlamento el 14 de junio de 1839: "La carga

de impuestos nos hace encorvar hasta la tierra, los cuales, no obstante están lejos de satisfacer las necesidades de nuestros gobernantes; nuestros negociantes tocan temblando el abismo de la bancarrota, nuestros obreros están hambrientos, el capital no procura ninguna ganancia y el trabajo ninguna recompensa, la casa del artesano está desnuda de todo y la tienda del prestamista está llena de prendas...venimos delante de vuestra honorable cámara para decirles con toda humildad, que la continuación de ese estado de cosas no debe ser sufrido más. Que no podrá continuar largo tiempo sin hacer correr serios peligros a la estabilidad del trono y a la paz del reino..."

Demostrando que el silencio de los parlamentarios no les iba a impedir que no se escuchara su voz, los cartistas (como se llamó a los adherentes de la Carta del Pueblo) organizaron un Contra-Parlamento, convocando a la Convención General de las Clases Trabajadoras, cuyos representantes fueron elegidos por sufragio universal. Un millón trescientas mil firmas respaldaron la Carta del Pueblo; sin embargo, el Parlamento la rechazó un mes después de su presentación. El movimiento cartista coincidió con las protestas populares contra la Poor Law de 1834 y la acción del movimiento librecambista, creado por el rechazo de las Corn Laws, leyes proteccionistas de los cereales vigentes desde 1815. La política de los aranceles proteccionistas detonó en 1845 por la hambruna que azotó Irlanda y por la elocuente defensa parlamentaria del librecambista Richard Cobden. Sin embargo, la Carta del Pueblo fue archivada sine die en el Parlamento, en medio de la postura de tories y whigs, insensibles por origen de clase al clamor de los trabajadores. El movimiento de los cartistas empezó a desintegrarse por la fragmentación de los intereses contrapuestos de los sectores de la clase trabajadora. Radicales y obreros tuvieron aspiraciones opuestas. La socialista francesa de padre peruano Flora Tristán residía en Londres cuando surgieron los cartistas como representantes de las clases sociales golpeadas por la Revolución Industrial. Publicó el texto de la Carta del

Pueblo en su obra "Paseos en Londres". Comentó Tristán que los trabajadores "son los parias de la sociedad inglesa", debido a que el Parlamento no se ocupaba de ellos, en razón que enarbolar la meta subversiva a la gran burguesía británica de la igualdad de los derechos políticos, como base de sus reivindicaciones económicas. La Carta del Pueblo pudo ser la Carta Magna de los trabajadores ingleses. Tiempo después, los socialistas se empeñaron en reconquistar los derechos propuestos en el siglo XVII por los niveladores, recogidos por los cartistas en el XIX, y llevados a la práctica, parcialmente es cierto, por el empresario textil Robert Owen.

Robert Owen (1771-1858)

Si el conde de Saint-Simon encarnó la crisis de conciencia de la aristocracia francesa, Robert Owen representó el extraño caso del capitalista que, avergonzado de la frialdad deshumanizada de su clase de origen, como un acto de exorcismo individual, dedicó su fortuna a la educación y protección de los obreros y sus hijos. Capitalista de alma proletaria: no fue un excéntrico, tampoco un lunático que legó millones a sus mascotas caninas. Por encima de todo, Owen fue profundamente religioso, un humanista reflexivo, un espiritista guiado por una avanzada concepción de la filantropía. Flora Tristán lo conoció en Londres y visitó sus comunidades. La escritora franco-peruana conoció en sus desventurados viajes a empresarios capitalistas por completo insensibles a las penurias de sus propios trabajadores. Pero no reprimió alabanzas al escribir la semblanza de Owen: "Jamás la filantropía ha aparecido bajo una forma más universal, más llena de caridad que en la organización social de Owen: sectarios de Brama, de Confucio, de judíos, cristianos y musulmanes, niños, jóvenes y viejos, ricos y pobres, el filántropo práctico los reúne a todos. Su bandera es la tolerancia; su ley se deriva del principio de amor y fraternidad predicado por Jesús; él afirma la asociación por el imperio de los hábitos benévolos y por el interés individual identificado con el interés de todos". Self made man, hijo de un fabricante de monturas de Gales, dejó la escuela a los diez años para trabajar en la confección de cortinas. A los dieciséis años se mudó a Manchester, donde encontró trabajo en la venta al por mayor de ropa. Pisaba con optimismo y firmeza el umbral de la industria textil cuando tuvo conocimiento del éxito del industrial Richard Arkwright, con sus inventos en las factorías de Cromford. Muy rápido comprendió el potencial que encerraban las máquinas inventadas por Arkwright en la fabricación de ropa. Consiguió un préstamo de cien libras a los diecinueve años y se asoció con el ingeniero John Jones en la instalación de una hilandería.

Más adelante, fue gerente de una imponente fábrica de tejidos de Manchester. Empezó a encarrilarse hasta conseguir un desarrollo sólido como experto de la pujante industria textil. Su matrimonio con la hija de David Dale, propietario de las más importantes hilanderías de Gran Bretaña, selló su suerte. Con el apoyo financiero de varios hombres de negocios de Manchester, compró las cuatro fábricas textiles de su suegro en New Lamark por sesenta mil libras esterlinas. Bajo su control financiero y su estrecha dirección técnica, New Lamark se transformó en uno de los principales emporios textiles de Inglaterra. Ganó dinero a manos llenas.

Sin embargo, su vida efectuó un radical giro de tuerca. Repasando los días de su niñez, en que dejó los libros para trabajar al lado de su padre, se abocó a la misión de aliviar las condiciones de trabajo de los niños ingleses. En New Lamark vio niños de cinco años trabajando jornadas de trece horas diarias. Ya con poder para reorganizar el sistema de trabajo de sus factorías, Owen prohibió el trabajo de niños por debajo de los diez años y redujo sus turnos a diez horas. Dió un paso insólito en la Inglaterra del siglo diecinueve. Convencido que la educación fortalece en forma insospechada el desarrollo del carácter de los niños, decidió la creación de guarderías para atender a los hijos menores de edad de las trabajadoras y la instalación de escuelas para los obreros infantiles. Sus socios le recriminaron esos gastos sin precedentes en la educación de los trabajadores infantiles. Reaccionó comprando las acciones de los socios quejosos. En adelante sólo admitió socios comprometidos con la educación de los niños pobres en las factorías. No fue un alarde de filantropía del nuevo rico. Analizó los factores concurrentes en la formación de los niños ingleses, vale decir el medio ambiente que los rodeaba en sus familias y escuelas, la enseñanza a base de la memorización de fechas y números, la ausencia de métodos de investigación de las aptitudes innatas, y escribió una obra memorable, "La formación del carácter" (The formation of Charácter) de 1813, que sentó las bases de una

nueva educación infantil, ampliada después como "Una nueva visión de la sociedad ("A new wiew of Society) de 1814, en la que expuso sus propuestas formales para humanizar la sociedad industrial, dividida en empresarios opulentos y paupérrimos obreros. Algunos analistas de la revolución industrial tomaron sus ideas como locuras de un magnate excéntrico. Políticos ingleses como Robert Peel el Viejo tomaron con seriedad las iniciativas de Owen. De la comprensión de Peel el Viejo surgió la ley de fábricas de 1819. El 28 de abril de 1816, Owen compareció ante Peel en la cámara de los comunes. A la pregunta de por qué suponía que era dañino a los niños ser empleados a temprana edad, respondió lo siguiente: "Hace diecisiete años, un número de personas y yo mismo adquirimos el establecimiento de Mr. Dale de New Lamark. Encontré que allí había quinientos niños de casas pobres, principalmente de Edimburgo; aquellos niños eran de edades de cinco a seis años, de siete a ocho. Las horas de trabajo eran trece. La mayor parte tenía los brazos deformados, su crecimiento estaba atrofiado y los mejores maestros obtenían poco progreso en que aprendieran el alfabeto. Llegué a la conclusión que esos niños estaban perjudicados por estar trabajando en los molinos y las hilanderías a su poca edad por muchas horas. Por tanto adopté regulaciones y los puse en sistemas de trabajo menos dañinos".

Su experiencia laboral cuajó en conceptos pedagógicos sobre la formación del carácter de los niños: "Puede darse cualquier carácter, del mejor al peor, desde el más ignorante hasta el más ilustrado, a cualquier comunidad, aún al mundo en general, aplicando ciertos medios, los cuales están en gran parte a disposición y bajo la dirección o pueden llegar a estarlo de quienes poseen el gobierno de las naciones". El concepto de carácter que manejó Owen no fue estrictamente psicológico. Abarcó el medio ambiente y los valores morales y culturales que penetraban al niño desde el despertar al conocimiento del mundo que lo rodeaba. Pronto comprendió Owen que la etapa formativa de los niños era un primer paso para modelar nuevos

hombres mayores e insertarlos con un sólido blindaje cultural en los engranajes trituradores de la sociedad industrial. Elevó entonces sus reflexiones al plano superior de la organización social. Desde el mirador de exitoso empresario industrial, contempló los contrastes de abundancia y miseria, de riqueza y pobreza, generados por el uso intensivo de las máquinas que sustituyeron o rebajaron el número de trabajadores. Abogó por la implantación de topes máximos a las utilidades de las empresas, irritando a colegas que lo vituperaron como alguien que había sido financiero y naufragó en la demencia senil. También planteó Owen que los excedentes de las ganancias se reunieran en un fondo común destinado al bienestar de los trabajadores, además de invertirse en mejoras del sistema de producción fabril. Estuvo a un tris de ser expulsado de la dirección del emporio de New Lamark por ciertos socios exaltados por una iniciativa de esa calaña. Resistió a pie firme el vendaval de críticas y reasumió el comando bajo el aliento de asociados como el jurista Jeremy Bentham y el químico William Allen. Estableció el principio de cogestión en sus empresas, dándoles a los empleados participación en el planeamiento y ejecución del trabajo, así como la distribución de las utilidades. En New Lamark organizó tiendas de ventas de alimentos y ropa para sus trabajadores, a precio de costo; comedores donde comían los obreros, y otras pitanzas. Su finalidad era humanizar la empresa industrial, y, de paso, bloqueaba la lucha de clases entre trabajadores y empresarios, con métodos de violencia para conquistar beneficios de un nuevo régimen de trabajo. Fue así que, ante la indiferencia de los empresarios, se concentró Owen en implementar programas más audaces, como las aldeas de cooperación (villages of cooperation), que le convirtieron en el padre del cooperativismo. Al principio, las aldeas buscaron ayudar a los desocupados a ganarse la vida en actividades agrícolas. El proyecto daba para mucho más, en la medida que respondió a la filosofía general de mejoramiento de la calidad de vida de los cooperativistas. Flora Tristán comprendió

que el proyecto de Owen contenía más beneficios para los trabajadores que los falansterios de Fourier. Comentó: "Ahora es cuestión de formar un nuevo establecimiento en el cual la agricultura y las manufacturas serán ejercidas, pero en la cual la agricultura será la base: la experiencia ya adquirida por el señor Owen y la ventaja de comenzar de nuevo lo pondrán en situación de dar disposiciones bastantes superiores a aquellas existentes actualmente en New Lamark. La opinión más pronunciada que él expresa es que el capital empleado será pronto devuelto con interés, que los trabajadores estarán situados en un estado de bienestar desconocido hasta el presente en esta clase."

Owen emprendió giras ambiciosass divulgando las características sociales de las aldeas de cooperación y de los programas educativos de New Lamark. Imprimió sus discursos como panfletos que se distribuían gratuitamente. Según explicó en sus discursos, estaba convencido de contribuir en la creación de una nueva moral mundial, liberada de prejuicios sociales y religiosos. Sus críticas a la iglesia anglicana presentándola como miembro del statu quo provocaron disgustos y polémicas. Enemigo de la religión, ateo, distribuidor de los bienes privados a la comunidad de los pobres, éstas y peores acusaciones rasgaron la tranquilidad de las aldeas de cooperación. La campaña de calumnias obligó a la formación de un comité que llevó a cabo una auditoría general de los programas owenianos y dio a conocer los resultados en una memorable reunión en la taberna de Londres. La auditoría le fue favorable. Se desbarató la mayor parte de las acusaciones sobre la integridad moral del reformista. Después de la auditoría, Owen vendió sus negocios y se dedicó sólo a la filantropía social.

Sus detractores dejaron flotando la tacha de que Owen había achacado a todas las iglesias los males que afligían a las sociedades humanas. Desde los sermones en los púlpitos hasta las calles en las que pululaban los vendedores de Biblias, descendió un alud de ataques al filántropo. Owen se vio envuelto en una polémica, a medias religiosa, a medias de intrigas de baja ley. Desilusionado

por la incomprensión a sus cruzadas moralistas; desalentado porque, al revés de lo que pensó, las reformas del trabajo infantil no fueron aplicadas por los empresarios ingleses, viajó a Estados Unidos en 1825 para establecer nuevas aldeas de cooperación. Adquirió tierras en Indiana y fundó la colonia de Nueva Armonía. Puso al frente del manejo de la colonia a su hijo Robert Dale Owen. En 1827 vendió las acciones de todas sus fábricas en Inglaterra, incluyendo la histórica factoría de New Lamark. La familia Owen se trasladó a Nueva Armonía. El patriarca insistió en continuar propagando sus ideas de cooperativismo socialista en Inglaterra en los diarios "The crisis" y "The New Moral World". Fundó una nueva colonia en Hampshire. Sin embargo, ya por la monotonía de la existencia en las colonias, ya por el alejamiento progresivo de sus integrantes, ya por las rencillas intestinas entre los dirigentes de la comunidad que disputan el liderazgo, la experiencia social impulsada por Owen, finalizó en el mismo camino de extinción que las colonias de Fourier y Cabet en Estados Unidos.

Robert Owen vivió los años suficientes para presenciar cómo, sin ser un político, y sin gozar de las prerrogativas de los dirigentes de los partidos políticos, fue uno de los ideólogos más influyentes del socialismo cooperativista. Nunca quiso ser parlamentario, ni ministro. La irradiación y la implantación de sus ideas gravitaron en Inglaterra; en Europa superaron a la fuerza de los políticos. La legislación laboral británica e internacional es deudora de los cambios pioneros de Owen en el sistema industrial, particularmente en el régimen de trabajo de los niños. Colaboró decisivamente en la unidad del movimiento obrero inglés, apoyando la fundación de la Unión General de Oficios, la Gran Alianza nacional de Sindicatos y la Asociación de todas las clases, de todas las naciones", movimientos pioneros de los que, posteriormente, crearon los socialistas alemanes con el asesoramiento de Marx y Engels. La fermentación de las ideas cooperativas en los sindicatos obreros se hizo realidad gracias al impulso ger-

minal de New Lamark. Surgieron por todas partes de la isla de John Bull cooperativas de producción y de consumo como alternativa concreta a las crisis periódicas de abastecimiento y de carestía de productos de primera necesidad. "Hubo un rápido aumento de sociedades cooperativas de producción —señala G.D.H. Cole—, fundadas principalmente por trabajadores que estaban en discusión con sus patronos acerca de los salarios y de las condiciones de trabajo, y que trataban de prescindir de los patronos, o, al manos, que fuesen razonables, organizando por si mismos su producción y sus mercados. Había también numerosas tiendas cooperativas que en parte vendían productos de estas cooperativas de producción y en parte artículos producidos bajo condiciones capitalistas, y que trataban de revender a precios que redujesen el margen de distribución, y que, al mismo tiempo, proporcionasen un sobrante que podía emplearse a fin de reunir fondos dedicados al futuro desarrollo del sistema cooperativista".

El hombre práctico y el hombre visionario, el teórico ideológico y el instrumentador de proyectos sociales, cupieron equilibradamente en la personalidad proteica de Robert Owen. Conoció como pocos los sombríos laberintos de la revolución industrial y las consecuencias perniciosas del sistema por la inequidad de la división del trabajo que conllevó la división de clases. En su mensaje "To the Population of the World", al paso que diezmó las apocalípticas profecías de su contemporáneo Thomas Malthus, puso en guardia a la comunidad internacional de las calamidades sociales derivadas del capitalismo de la primera revolución mundial: "La gran verdad que tengo que declarar es que el sistema actuante en las naciones está fundado en una gran decepción, en la más profunda ignorancia, o una mezcla de ambas. Bajo los principios en que se basa, no es posible efectuar cambios... El sistema total no tiene cualidades salvables; sus virtudes son vicios de gran magnitud, sus bondades son groseros actos de injusticia y decepción. Se apoya en todas las formas de la extravagancia: ociosidad, fatuidad, inutilidad, y, por tanto, oprime la industria

y la utilidad... consecuencia de los efectos directos de este miserable sistema sobre la raza humana, la población de Gran Bretaña, la más avanzada de las naciones en la adquisición de riqueza, poder y felicidad ha creado y fomenta una teoría y práctica de gobierno directamente opuesta a los verdaderos intereses de los miembros del imperio, cualquiera que sea su rango o condición".

Los Ludditas

País ubérrimo en utopías y revoluciones que cambiaron el mundo político, económico, social, tecnológico, desde el siglo XVII en adelante, Inglaterra, también, fue tierra pionera en sindicatos, cooperativas, escritores ideológicos y, en este caso sui géneris, de extravagantes sectas iconoclastas. Ned Ludd creó una pintoresca rebelión de destructores de maquinaria industrial, denominados por su nombre los "ludditas", en el colmo de la desesperación forjada por el desempleo. Los "ludditas" irrumpieron en el escenario de la revolución industrial en la década de 1760, con garrotes y varillas de fierro, creyendo que destrozando telares, hilanderías, y los adminículos empleados en las fábricas, congelarían el tiempo y retrocederían a la era de los aparejos artesanales de madera. El hombre o la máquina fue la consigna del movimiento de los "ludditas" hasta que el brazo de hierro de la justicia los llevó al patíbulo, la cárcel o el destierro en la remota Australia. Lord Byron rindió tributo a los mártires "ludditas" con un discurso que resultó un epitafio sobre sus tumbas. Por otro lado, en un plano en el que la violencia era estrictamente intelectual, florecieron numerosos tratadistas académicos, y panfletistas tras las huellas de Lilburne, Winstanley, y Owen. Alrededor del pensamiento del filántropo del cooperativismo prosperaron los libros y folletería de John Minter Morgan como "The Practicability of Mr. Owen´s Plan (1819), y "The revolt of the bees" (1826); George Mudie, director del primer diario cooperativista The Economist de 1821; T.R. Edmonds, autor de "Practical, Mo-

ral and Political Economy" (1828); y especialmente John Francis Bray, impresor que escribió "Labour's Wrongs and Labour's Remedies" (1839). Otras generaciones de escritores sembraron la ruta al socialismo como el discípulo de Tom Paine, Thomas Spence, procesado varias veces por obras como "The Hive of Liberty" (1793) y "The restorer of society to its natural state" (1801).

La Liga socialista

Con la ebullición renovada de ideas que no se llamaron propiamente socialistas pero cuyo contenido ideológico se adelantó al acuñamiento formal del socialismo en Francia, se organizó en Inglaterra la Federación Social Demócrata (SDF) bajo la dirección de Henry M. Hyndman, estudioso de las obras de Marx, al que conoció en Londres, autor de "England for all", libro en el que revisó la realidad social inglesa con criterios marxista. En la práctica cruda de los hechos, Hyndman fue un sindicalista autocrático que expulsó a los discrepantes de sus métodos, hasta que, exasperado por su dictadura, un grupo de disidentes conspiró para removerlo, y tomó el control del vocero periodístico de la SDF. Poco después, el comité ejecutivo puso al voto la permanencia de Hyndman en la dirección, imponiéndose sus adversarios por diez a ocho votos. Viendo que la SDF no poseía significación en el ágora del socialismo internacional mientras éste prosperaba entre los sindicatos de Francia, Alemania, Bélgica, ilustres social demócratas como William Morris, Eleanor Marx, Ernest Belfort Bax y Edgard Aveling decidieron renunciar al partido y formar otra agrupación política más democrática en sus métodos, la Liga Socialista. Otras ramas de la SDF se inscribieron en la Liga Socialista, encabezadas por Edgard Carpenter y Walter Crane. Morris y Belfort Bax redactaron un manifiesto en el que abogaron por la adscripción al internacionalismo socialista revolucionario. Por entonces ya estaba en funciones la Primera Internacional; y en 1889 se organizó la Segunda Internacional. La actuación de los

socialistas ingleses en el panorama obrero internacional no estuvo en correspondencia con su trabajo pionero en la génesis del pensamiento reformista; no obstante esto, los proyectos llevados a cabo sirvieron de inspiración a muchos movimientos europeos, de manera particular, el cooperativismo. En verdad, el desarrollo socialista británico obedeció a fuerzas internas y no dependió del aliento extranjero. Sin embargo, el alumbramiento de la conciencia de clase de los obreros europeos había replanteado la necesidad de una colaboración sindical abierta entre los movimientos sindicales de cada país. La idiosincrasia inglesa no comulgó entonces y después con el internacionalismo, priorizándose siempre el desarrollo autónomo, unas veces por la desconfianza del hombre insular al hombre continental, otras veces porque Inglaterra poseía una secuencia histórica en la defensa de los derechos de los trabajadores cronológicamente anterior y, por lo mismo, de jerarquía superior a la de rivales históricos como Francia y Alemania. Según señala Cole, "los ingleses eran censurados constantemente en la Internacional por su incapacidad para crear un poderoso partido socialista unificado y por el retraso de su movimiento sindical respecto a la lealtad internacional hacia la lucha de clases". Este reproche no tuvo en cuenta que lo que Cole llama ausencia de "lealtad internacional hacia la lucha de clases" representó la renuencia de los socialistas ingleses de atarse a la teoría marxista de la lucha de clases, implantada por los social demócratas alemanes tutelados por Marx y Engels. Los comunistas lograron controlar la Segunda Internacional, después de expulsar a los anarquistas con Bakunin a la cabeza y de desconocer los acuerdos de Lasalle y Eisenach en el Programa del Gotha, vapuleado por Marx. Los socialistas ingleses conocían las maniobras comunistas para controlar la Segunda Internacional. Concurrieron a las reuniones de la Internacional, sin avalar las tesis marxistas, como lo reconoce Kolakowski. No se trataba, por consiguiente de incapacidad o displicencia política sino de una cautelosa estrategia de poner distancia con la dominación

comunista del sindicalismo europeo. Así lo comprueba la realización en Londres del Congreso Internacional Obrero de 1888 en el que los sindicalistas británicos insistieron en despolitizar el movimiento y ponerlo únicamente al servicio de la conquista de reivindicaciones laborales.

Los socialistas fabianos

Paralelamente a la maduración organizativa del movimiento sindical inglés se fortaleció la discusión ideológica socialista con la fundación en 1883 de la Sociedad Fabiana, foro de debate al que pertenecieron los talentos más significativos de la época, desde John Maynard Keynes y George Bernard Shaw hasta H. G. Wells, desde J. A. Hobson a Beatrice Webb, desde Ramsay MacDonald hasta Clement Atlee. En el primer esfuerzo organizativo se reconoce el trabajo previo de Edith Nesbit y Hubert Bland en 1883 al formar un grupo de debates con el cuáquero Edward Pease. Todos ellos se unieron a Havelock Ellis y Frank Podmore en 1884 en la fundación de la Sociedad Fabiana. En la Sociedad Fabiana tuvo constante presencia la élite de los intelectuales izquierdistas de Gran Bretaña. Como se conoce, los fabianos tomaron esta denominación del general romano Quintus Fabius Maximus, estratega del gradualismo y la cautela militar para debilitar y convencer, poco a poco, al enemigo. Dentro de esta perspectiva gradualista, los fabianos expusieron su discurso ideológico, libremente, sin dogmas ni directivas de comité. Kolakowski conceptúa que los principales básicos de los socialistas fabianos fueron la igualdad y la planificación económica. Desecharon la lucha de clases y la toma del poder por la violencia, desmarcándose del marxismo desde el inicio de sus debates. Prefirieron los medios pacíficos, eficaces, de persuación democrática dentro del sistema plural de partidos. Su propósito fue coadyuvar al debate político a fin de que los intelectuales y los partidos contribuyeran a la forja de una conciencia crítica contra el liberalismo, inclinándose a la adopción de los derechos

políticos y sociales reclamados por niveladores, cavadores y cartistas. Específicamente los socialistas fabianos efectuaron debates sobre la nacionalización de servicios públicos, los límites a la propiedad privada y los derechos y deberes de los trabajadores. Cien flores florecieron en la pradera ideológica del fabianismo. Convivieron filósofos y dramaturgos, sociólogos y economistas, novelistas y dirigentes políticos, cada uno de los cuales escrutó la tradicional sociedad inglesa de whigs y tories, desde el punto de vista socialistas y laboristas que, después, modificaron la dialéctica de los partidos. Los fabianos se unieron al Partido Laborista Independiente y a la Federación Social Demócrata en una coalición con los obreros del Comité de Representación del Trabajo y presentaron candidatos a las elecciones generales de 1900. Sólo dos de los candidatos, Keir Hardie y Richard Bell ganaron escaños en la Cámara de los Comunes, con más de 60 mil votos, votación no muy impresionante. En elecciones posteriores, Sydney Webb, esposo de Beatriz, ocupó posiciones en la Cámara de los Comunes en 1929 y fue secretario de estado a cargo de las colonias en el segundo gobierno laborista de Ramsay MacDonald.

Después de este preámbulo sobre su origen, podemos recapitular el pensamiento de los principales valores del socialismo fabiano.

BEATRICE WEBB (1858-1943)

Aleación de Madame Stael y las predicadoras del Ejército de Salvación, Beatrice née Potter, con su estilizada nariz de camafeo napolitano y una elegancia que no estropeó su populismo beligerante, fue la octava hija de un poderoso empresario de ferrocarriles. Si se lo hubiera propuesto, habría podido circular entre los brocados de la burguesía. Tal vez pudo ser la versión inglesa de la condesa de Noailles en los salones literarios de Londres.

De su abuelo Richard Potter heredó el talante radical, la vocación de ser una cruzada social de los barrios bajos de Londres. Cruzó la acera opuesta a la mansión de su familia y acomodó su inquietud en el lado izquierdo de la sociedad. La educación que no recibió en el aula la forjó leyendo al adusto filósofo darwinista Herbert Spencer y al sociólogo francés Auguste Comte, profeta del progreso de los laboratorios científicos. Hay quienes juran que fue el modelo de la Comandante Bárbara de la pieza teatral de Shaw. Su primer entrenamiento de trabajadora social se desenvolvió en las filas de la Charity Organization Society. Pero la decepcionó la caridad como ejercicio cristiano para remediar la pobreza. Instruyéndose en el legado de Owen, asimiló la lección de que había que atacar previamente las causas de la diseminada miseria. Joseph Chamberlain la conoció en una gira por los barrios pobres y cayó seducido por su agreste belleza. Esto sucedió en 1882. Tres años más tarde, se rompió la relación sentimental y cada uno siguió su camino: Chamberlain siguió trepando en el poder político y Beatriz se convirtió en el brazo derecho de Charles Booth, que investigaba las condiciones de vida de los trabajadores londinenses. Le encomendó la investigación del standard de vida de los trabajadores de los puertos en el East End y de los inmigrantes judíos. Mientras trabajaba en Lancashire se interesó en el funcionamiento de las cooperativas creadas en las ciudades industrializadas bajo la influencia de Owen. De esa experiencia surgió su libro "The Cooperative Movement",

escrito con el asesoramiento de Sidney Webb, que por entonces se agitaba en el cooperativismo. Los enlazó una química instantánea, que derivó a la amistad, luego a la afinidad ideológica y, finalmente, al matrimonio en 1892. Beatrice Potter pasó a ser legalmente, intelectualmente, Beatrice Webb, ícono de la significación de los fabianos en la historia de las ideas. Se comprometió con su esposo y los fabianos Edgard Carpenter, Annie Besant, George Bernard Shaw y Walter Crane, a coadyuvar en la reconstrucción de la sociedad inglesa dentro de una ética social que aboliera la discriminación política en sus más notorias y sutiles variedades, vale decir el reconocimiento del acceso pleno de las clases populares al sufragio universal, a la representación en el Parlamento, a la legalización del sindicalismo y a las conquistas favorables al bienestar de los trabajadores excluidos por la burguesía industrial. En "Breve Historia del socialismo", George Lichtheim niega la vocación populista de Beatrice y dice de ella, insidiosamente: "Beatrice Potter, una mujer joven, rica y mimada, con más belleza que cerebro, estaba dedicada a evitar el menor contacto con la clase obrera". El matrimonio Webb se liberó de la dependencia del trabajo asalariado gracias a la herencia que Beatrice recibió de su padre empresario de ferrocarriles. Beatrice y Sidney investigaron y escribieron juntos varios libros, entre otros, "The history of Trade Unionism" (1894), "Industrial Democracy" (1897). Convencido de la seriedad científica de las investigaciones de los fabianos, el filántropo Henry Hutchinson donó diez mil libras a la Sociedad Fabiana. Los Webb propusieron que la donación se invirtiera en la fundación de un centro de estudios universitarios del más alto nivel académico. Así fue que se fundó en 1895 The London School of Economics and Political Science (LSE).

Graham Wallas, prominente fabiano, fue el primer director. Al declinar Wallas se nombró al economista W. A. S. Hewins del Pembroke College de Oxford. Al parecer también se mencionó sin éxito el nombre de J. A. Hobson. Cuando los Webb emprendieron en 1898 una gira por Es-

tados Unidos, Australia y Nueva Zelandia, el LSE asentaba su reputación como centro de investigación y enseñanza de economía en cuyos seminarios se formó John Maynard Keynes, y tuvo como profesores a destacados economistas y politólogos extranjeros de orientación liberal antisocialista como Von Mises, Hayek y otros liberales adversarios de la planificación estatista. En un período de investigación de veintitrés años, los Webb publicaron once volúmenes sobre gobiernos locales de los países de habla inglesa. En 1905 el gobierno británico creó una comisión para revisar las leyes sobre la pobreza. Invitó a los Webb a formar parte de la comisión, conociendo sus trabajos críticos acerca de la obsolescencia de las Poor Laws del sistema británico. Los Webb presentaron un informe en minoría abogando por la derogatoria de las Poor Laws y por la adopción de nuevas leyes. El gobierno liberal de Herbert Asquith aceptó el informe en mayoría y desestimó el informe en minoría. El desprecio liberal atizó el celo de la visión reformista de los fabianos. Los Webb colaboraron en la fundación de un centro de investigación manejado por la Sociedad Fabiana y del semanario The New Statesman, como órgano de difusión de las ideas socialistas. Keynes, Shaw y Cole figuraron entre las firmas contribuyentes al semanario.

Punzantes críticas llovieron sobre los Webb por dos episodios políticos: Sidney aceptó el título nobiliario de Barón de Passfield, con motivo de su ingreso a la Cámara de los Lores; y ambos publicaron "Soviet Communism: A New Civilization", fruto de su visita a la Unión Soviética en 1932. Después de las purgas de Stalin y del pacto Molotov-Von Ribbentrop entre nazis y comunistas en la Segunda Guerra Mundial, insistieron en mantener su apoyo al comunismo soviético.

De acuerdo a Lichtheim, "el entusiasmo acrítico de los Webb por la Unión Soviética y el estalinismo de la época de 1930 procede claramente de la misma vocación autoritaria, lo mismo que el breve flirteo de Shaw con el fascismo italiano. No hay duda que los fabianos más prominen-

tes fueron "colectivistas burocráticos" antes de tiempo. Su versión del socialismo no era liberal ni marxista, razón por la que atraían al nuevo estrato de administradores, técnicos y empresarios industriales que comenzaban a tener dudas sobre el laissez-faire económico".

Beatrice Webb dejó una impresionante bibliografía, testimonio de estudios perseverantes sobre la clase trabajadora inglesa y de una fervorosa militancia en el socialismo fabiano. Su libro apologético sobre el comunismo soviético abrió dudas si apoyaba realmente aquel sistema que no toleraba disidencias internas, siendo ella una disidente notoria de la alta burguesía de Gran Bretaña. En su Diario explicó cómo llegó al socialismo y cuál fue su concepción del socialismo:

"He llegado al socialismo no sólo porque creo en el mejoramiento de las condiciones de las masas sino porque considero que con la propiedad colectiva de los medios de producción se puede arribar a la más perfecta forma de desarrollo individual, al más grande estímulo del esfuerzo individual; en otras palabras, el completo socialismo es consistente sólo con el absoluto individualismo". Sus detractores quedaron hundidos en la perplejidad.

Sus biógrafos han intentado responder las preguntas que su singular vida personal y de clase social suscitaron entre admiradores y detractores. En su Diario abrió sin reservas algunos pasajes de su vida sentimental como mujer de gran atractivo entre los hombres y de esposa que no llegó a tener descendencia. Sobre su affaire con Joseph Chamberlain confió: "En 1892 llegó una catástrofe a mi vida. En una cena conocí a Joseph Chamberlain. El amor me desgarró, revelándome una nueva libertad que despertó mi inteligencia. El tenía energía y magnetismo personal. Pero mi intelecto fue positivamente hostil a su influencia". De Sidney Webb, judío de estatura pequeña, musitó:

"Desde nuestro primer encuentro, me convencí que llegaríamos a amarnos. Su energía, su ingenuidad, su fe en los principios intelectuales, sus deseos de cambios y su capacidad para absorber conocimientos, me convencieron

de ser su compañera. Su carencia de posición social y de atractivo personal me dio la convicción de que era todo lo contrario a Chamberlain y a mi funesta emoción por ese gran personaje". Sobre su frustrada descendencia explicó: "Cierta o equivocadamente, decidimos abstenernos de hijos. La conclusión fue que con muchos sacrificios yo había transformado mi intelecto en un instrumento dedicado a la investigación social. La maternidad destruiría mi dedicación intelectual y, probablemente, la de los dos". La esposa de un sindicalista, Jennie Lee, recuerda en sus memorias que Beatrice Webb se afanó en entrenarlas a cómo vestirse, qué lenguaje usar y cómo comportarse en general cuando las invitaban a Buckingham Palace y otros grandes eventos sociales. Acota que Beatrice tenía bellos vestidos, pero no entendió la dignidad natural de esas humildes mujeres aventadas a los fastos sociales por la posición de sus maridos.

John Maynard Keynes (1883-1946)

Todavía en el siglo XXI, liberales y socialistas discuten las tesis de este economista inglés, hijo del profesor John Neville Keynes de Cambridge y de Florence Keynes, de Newnham Colllege de Cambridge. Educado en Eton, John Maynard Keynes se formó como un humanista interesado en los clásicos, la filosofía y, también, en las matemáticas en King´s College de Cambridge. En su primera etapa formativa se unió a los Apóstoles, secreta y elitista secta de discusión de temas políticos y literarios a la que pertenecían Lytton Strachey, Leonard y Virgina Woolf, E. M. Foster y Bertrand Russell. De la tutoría de estos eminentes críticos literarios, novelistas y filósofos, pasó a otra no menos importante desde la perspectiva política de la ideología vanguardista, la Sociedad Fabiana de los Webb y demás, gracias a su amistad con el matrimonio Woolf y el filósofo Bertrand Russell. Después de graduarse en 1905 se incorporó al servicio civil. Cuatro años más tarde ganó un Fellowship en King´s College. En poco tiempo compartió la cátedra con las labores de articulista y editor del Economic Journal. El provechoso ejercicio del periodismo le aligeró la mente para publicar su primer libro sobre temas económicos de la India, titulado "Indian Currency and Finance" de 1913. A partir de este libro, eligió la economía como materia de sus investigaciones imantado por la crisis que precedió al estallido de la Primera Guerra Mundial. Keynes abrigó sentimientos pacifistas, pero el expansionismo germánico rompió el pacifismo, entregándose a la causa de ayudar a su país a sortear de la mejor manera posible el desafío de la guerra. Los fabianos apoyaron la guerra de los boers, una guerra en la que los imperialistas británicos enfrentaron a los imperialistas holandeses. Publicaron el folleto "Fabianism and the empire", después que otro de sus miembros escribió que "el reparto de la mayor parte del globo entre las potencias, una situación de hecho, a la que no hay más remedio que hacer frente, se aprueba o se rechace, sólo es en la actualidad cuestión de

tiempo". ¿Esto debería sorprendernos?: el socialismo soviético y sus aliados y apologistas defendieron siempre el imperialismo ruso sobre las nacionalidades internas de la URSS y las naciones de Europa Oriental. Volviendo a Keynes, debemos recordar que trabajó en el Departamento del Tesoro ayudando a la creación de los recursos de guerra ingleses de la contienda. El pacifista Russell ironizó sobre el trabajo de Keynes, describiéndolo como inventor de "la manera de matar el máximo número de alemanes con el mínimo de gastos". Cuando concluyó la guerra Keynes integró la delegación británica que asistió a la Conferencia de Paz de Versalles. La nación alemana fue desmembrada por los acuerdos de las naciones vencedoras. Polonia, Francia, Austria, recuperaron los territorios anexados por el Kaiser. Se impusieron reparaciones de guerras y limitaciones armamentísticas para que los germanos agacharan la cabeza por varias generaciones. En medio del frenesí de las interdicciones, Keynes oteó que las reparaciones de guerra no iban a ser pagadas y que las sanciones de todo tipo alimentarían la resurrección de un nacionalismo que acabaría incubando otros conflictos bélicos. En desacuerdo con los términos de la rendición negociados en Versalles, renunció a la delegación, retornó a Inglaterra y dio consistencia a sus contrargumentos escribiendo la obra "The economics consecuences of the Peace" (1919). El libro encontró enérgicos desacuerdos entre los militaristas antigermánicos y se lamentó su nacionalismo flojo. Keynes insistió en sus puntos de vista: las reparaciones de guerra no iban a poder pagarse, después de las cuantiosas necesidades financieras de la reconstrucción alemana, y resurgiría, por causa de la carga abrumadora de las reparaciones, un sentimiento antieuropeo que volvería a quebrar el equilibrio estratégico del continente. En la misma perspectiva, pero con otros objetivos, Keynes destacó: "El tratado no incluye previsiones para la rehabilitación económica de Europa —nada que hacer de los derrotados poderes centrales en los buenos vecinos, nada que estabilizara los nuevos estados de Europa, nada que reclamar

a Rusia; no se promueve un compacto de solidaridad de solidaridad económica entre los Aliados. Ningún arreglo se alcanzó en París para restaurar las desordenadas finanzas de Francia, Italia, o para ajustar los sistemas del Viejo y el Nuevo Mundo. Fue un hecho extraordinario que el problema económico fundamental de Europa que se desmoronaba ante sus ojos fue el asunto que era imposible incitar el interés de los Cuatro. Reparación fue su principal excursión en el campo económico y eso se estableció en todos los puntos de vista, excepto el futuro económico de los estados cuyos destinos estaban manejando". Después de remontar esa visión global de la economía, Keynes dejó impresa en la conciencia internacional la advertencia que Versalles había sido el pretexto para talar el árbol, sin arrancar la mala hierba del bosque. El brillante economista regresó a su cátedra de la Universidad de Cambridge y a los seminarios de The London School of Economics, pero sin bajar la guardia de sus advertencias. Pasó a la dirección de The Nation, órgano periodístico de tendencia liberal, y desde sus páginas criticó las políticas económicas del gobierno conservador de Stanley Baldwin. Combatió el regreso al patrón oro patrocinado por Winston Churchill, como Canciller del Exchequer. "El patrón oro era una institución del laissez-faire —sostiene el economista George Dalton— porque se suponía que funcionaba de modo automático, autorregulador, de acuerdo con las transacciones de los mercados privados dentro y fuera del país. Cada país definía su moneda de acuerdo con su contenido de oro. Una libra esterlina equivalía a cinco dólares porque la libra se definía como un contenido de oro cinco veces al del dólar. Cualquier individuo privado, empresa o banco, en cualquier país que poseyera dólares, esterlinas, francos, marcos o rublos podía libremente cambiarlos unos por otros, o por oro, a un tipo de cambio determinado. Esta convención facilitaba enormemente las transacciones comerciales internacionales de importaciones y exportaciones en cuenta corriente, así como la inversión y los préstamos extranjeros en cuenta de capital."

Mientras el auge del intercambio comercial por la libre convertibilidad monetaria ilusionaba a los países desarrollados, Keynes, como un cíclope, penetraba con un tercer ojo, las sombras ocultas por el resplandor del librecambismo. En el interludio entre una y otra guerra, se casó en 1925 con la bailarina de origen ruso Lydia Lopokova y se retiró a la vida campestre en una granja de cerca de Firle en Sussex, donde residían los miembros del grupo de intelectuales y artistas de Bloomsbury, Virginia Wolf, y su esposo Leonard, Vanesa y Clive Bell, Duncan Grant y otros. Desde su retiro intelectual siguió los acontecimientos de Inglaterra y el mundo.

En la década de los veinte los intelectuales europeos estaban fascinados sobre lo que se comentaba acerca de la nueva sociedad soviética. Andre Gide efectuó el viaje ritual a la Unión Soviética, y regresó decepcionado. Romain Roland, Andre Malraux, Louis Aragon, Paul Elouard, manifestaron apoyo jubiloso, pero sin militancia, al primer comunismo soviético. En general, diversos intelectuales de origen burgués se adhirieron al socialismo marxista, ya como simples apologistas, ya como militantes comprometidos. En 1926 Keynes visitó la URSS para estudiar en vivo las políticas económicas basadas en la planificación estatal. A su regreso escribió "El fin del Laissez Faire". No suscribió la clásica palinodia del colectivismo económico en que muchos otros incurrieron. Con espíritu crítico observó: "Pienso que el capitalismo, sabiamente administrado, es probable que pueda resultar más eficiente que cualquier otro de los sistemas disponibles para alcanzar los fines económicos, pero que en sí mismo es altamente objetable. Nuestro problema es elaborar nuestras ideas acerca de lo que sea una forma satisfactoria de vida".

Así como analizó el sistema económico soviético, Keynes llevó a cabo el análisis de la economía capitalista norteamericano con motivo de la Depresión de 1929. El desempleo masivo provocado por la Depresión lo motivó a estudiar la forma de contrarrestar la crisis desde la óptica del gobierno. En una serie de artículos en "The Times"

comentó que los gobiernos podían salir de la Depresión con medidas adecuadas, pero inusualmente aplicadas o inéditas hasta ese momento, en los manejos del Fisco. Pero donde examinó a fondo los fenómenos económicos inherentes a la Depresión fue en su obra paradigmática que le ha valido reconocimiento universal "Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero" publicada en 1936 (A general theory of employment, interest and Money). Tratado rigurosamente técnico, difícilmente accesible a la comprensión de profanos en economía. Revisó las teorías de los economistas clásicos, empezando por los mercantilistas europeos, siguiendo con la división internacional del trabajo de Adam Smith; continuando con Say y Ricardo sobre el valor del trabajo y sus relación con los precios, aspecto discutido antes por Marx y Engels; examinando, también, los puntos de vista de economistas contemporáneos como Marshall, Edgeworth. el profesor Pigou, Hobson y otros, para puntualizar sus propios juicios de valor en un plano fundamentalmente académico. Sin empañar su objetividad científica, Keynes sentó sus disconformidades con los fundamentos teóricos del Laissez-Faire, que él acogió en su cátedra, hasta que el auge del libre cambismo y las transacciones del comercio internacional, se revirtieron negativamente en la crisis iniciada a fines de la década de los veinte: "Dirijo el peso de mi crítica contra la inadecuación de los fundamentos teóricos de la doctrina del Laissez-Faire, en la que fui educado y que enseñé durante muchos años —contra la idea que la tasa de interés y el volumen de inversiones se ajustan automáticamente al nivel óptimo, de manera que preocuparse por la balanza comercial sea perder el tiempo—; porque nosotros, la facultad de economistas, hemos sido culpables de presuntuoso error al tratar como una obsesión pueril lo que por centurias ha sido el objeto práctico del arte de gobernar". La Depresión norteamericana sirvió de laboratorio vivo para que Keynes estudiara el fenómeno con pruebas concretas a la vista y aportara un repertorio de recursos fiscales para conjurar la grave crisis que afectó la producción

de bienes por el bajón de consumidores y se proyectó al campo social con funesto desempleo. En sus notas finales sobre la filosofía de su teoría general, Keynes explicó: "Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos...desde fines del siglo XIX se ha logrado considerable progreso en la eliminación de las grandes diferencias de riqueza y de ingresos por medio de la imposición directa —impuesto sobre los ingresos e impuestos sobre herencias— especialmente en la Gran Bretaña. Muchos desearían llevar este proceso mucho más lejos, pero se lo impiden dos reflexiones: el temor de hacer de la evasión hábil un negocio demasiado atractivo y también de disminuir indebidamente el incentivo de correr riesgos; pero principalmente, en mi opinión, la creencia de que el crecimiento del capital depende del vigor de las razones que impulsan el ahorro individual y que una gran producción de ese crecimiento depende de los ahorros que hagan los ricos del dinero que les sobra". En líneas generales, Keynes llega a conclusiones más bien eclécticas de capitalismo y socialismo no solamente para conjurar las grandes distorsiones de una depresión sino también para aliviar las desigualdades sociales fomentadas por los desniveles de ingresos: "El estado tendrá que ejercer una influencia orientadora sobre la propensión a consumir, a través de su sistema de impuestos, fijando la tasa de interés, y, quizás, por otros medios. Por otra parte, parece improbable que la influencia de la política bancaria sobre la tasa de interés sea eficiente por sí misma, para determinar otra de inversión óptima. Creo, por tanto, que una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena; aunque esto no necesita excluir cualquier forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Pero fuera de esto, no se aboga francamente por un sistema de socialismo de estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es

la propiedad de los medios de producción la que conviene al estado asumir. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes la poseen, habrá realizado todo lo que corresponde. Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad". Las conclusiones de Keynes caracterizan la doctrina del socialismo fabiano en la medida que recogieron los principios del rol del Estado como orientador o regulador de la economía en función de necesidades de naturaleza social, sin atorar flagrantemente el impulso de la iniciativa privada. El New Deal de Franklin D. Roosevelt se inspiró en los principios de Keynes para resolver el crítico problema dejado por los gobiernos republicanos del Laissez-Faire. La falta de demanda de los productos básicos y el creciente desempleo en el campo y la ciudad fueron atacados con inversiones estatales en obras públicas, tipo el valle del Tennesee, que estimularon la recuperación económica. El gobierno laborista de post-guerra también aplicó medidas propugnadas en la Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero. Quedó firmemente aclarado lo que fue —y continúa siendo tiempo después en una nueva era moderna de soluciones prácticas— el socialismo fabiano en el campo de la orientación estatal de la economía. Unos dicen que es un capitalismo neto con algunos brochazos de socialismo; otros que es un socialismo con incrustraciones capitalistas. El economista George Dalton sostiene que "las políticas keynesianas justificaron, además, lo que la izquierda no comunista de Inglaterra y Norteamérica, que, en mi opinión incluía la mayoría de los economistas, pretendía llevar a cabo a toda costa: obligar al Estado a utilizar su poder para imponer tributos y gastar con el fin de reducir las desigualdades en la distribución de la renta y aumentar la prestación de servicios sociales benéficos." Los republicanos se rasgaron las vestiduras imputándole a Roosevelt la implantación de medidas que apuntaban a la

liquidación de la empresa privada según una supuesta receta decretada por Keynes. Después de la transición del crac, las necesidades armamentísticas de la Segunda Guerra Mundial crearon condiciones para el incremento de los gastos estatales en la industria de guerra en manos de empresas privadas, y sobre todo, el inicio de la formidable recuperación norteamericana, gracias a decisiones empapadas de doctrina keynesiana en regulaciones de la Reserva Federal instrumentando tasas de interés que reordenaron el caos dejado por el Laissez-Faire. Los gobiernos republicanos de la era post-Herbert Hoover respetaron a regañadientes las estipulaciones del New Deal sobre el movimiento bursátil y la fijación de las tasas de interés por la Reserva Federal. En Inglaterra, el gobierno de coalición de conservadores y laboristas no puso reparos al rol del Estado en la búsqueda de la plena ocupación. Pero no sólo el capitalismo reformado sino el socialismo post-comunista, también, acusa el impacto de la influencia del revisionismo de Keynes. Después de la planificación estatal de la economía sin espacio a la iniciativa privada implantada en China por el régimen de Mao Zedong, advino el pragmatismo de Den Xiao Ping combinando la orientación del Estado hacia la economía de mercado. Ni estatismo a raja tabla, ni laissez-faire químicamente puro. Mezclar lo mejor de cada sistema y descartar lo peor: tal es la regla, más empírica que ideológica, que se aplica en el llamado capitalismo occidental y en el reciclado socialismo asiático; definiciones cada vez más ambiguas dentro del espectro de las doctrinas económicas en una era en que los hechos marcan los resultados.

John Atkinson Hobson (1858-1940)

No fue exactamente un socialista fabiano, ni tampoco un social-demócrata del grupo de H. M. Hyndman. Fue, al principio, un liberal de izquierda, y después se aproximó al laborismo. Fue, en rigor, un economista independiente, que no transigió con nada o nadie que pretendiera alterarle sus planteamientos sobre el imperialismo británico y la crisis de la sociedad industrial. Quizás, tuvo un poco de cada uno de los grupúsculos socialistas, pero, en verdad, pienso que los sobrepasó, los superó a todos, al pasar de la micropolítica inglesa a la macropolítica del imperialismo internacional, con su clásico "Estudio del Imperialismo" (1902). En una autobiografía se definió el mismo con humor aliterativo como un miembro medio de la clase media nacido en el medio de Inglaterra. Pero sus posiciones ideológicas no se limitaron a la medianía; fueron absolutistas, confrontadas, sobre todo, con los puntos de vista de las sectas universitarias británicas, que le cerraron las puertas de las cátedras más prestigiosas. Estudió en las universidades de Oxford y Cambridge, pero tuvo que resignarse a enseñar literatura inglesa clásica en clases nocturnas de obreros y en clases diurnas a los estudiantes de secundaria. The London School of Economics rompió por breve temporada el pacto de la soberbia élite universitaria inglesa, gracias a los amigos fabianos que conoció en su época de Oxford. Después, el más ilustre de la economistas fabianos, J. M. Keynes, reconoció el valor de su teoría sobre los efectos negativos del ahorro exagerado, que antes había criticado. Sostuvo Hobson que "el ahorro, al tiempo, que hace aumentar el agregado de capital existente, reduce simultáneamente la cantidad de bienes y servicios consumidos. El hábito de ahorrar de manera inadecuada ocasionará, por consiguiente, una acumulación de capital por encima de la cantidad que resulta necesaria, y este exceso de capital dará lugar a un fenómeno de superproducción general", una constatación conectada al embrión de un concepto desarrollado antes por Marx

en "El Capital". Estas afirmaciones expuestas en "The Physicology of Industry" (1889) fueron acogidas en la comunidad económica como si fueran un disparate, hasta que Keynes les acreditó validez en sus obras. Pero antes de rectificar su apreciación, Keynes había escrito que era errónea la tesis de Hobson sobre el ahorro: "En la última frase de este pasaje aparece la raíz de la equivocación de Hobson, es decir su idea de que el exceso de ahorro es el que ocasiona de hecho la acumulación de capital por encima de lo que se necesita, cuando, en realidad, es un mal secundario, que sólo acontece por errores de previsión. El mal fundamental, sin embargo, es la propensión a ahorrar, en condiciones de pleno empleo, más de la cantidad de capital que resulta precisa, con lo que se imposibilita el pleno empleo". El catedrático encargado de informar sobre las aptitudes de Hobson para enseñar en Oxford lo descalificó, aseverando que el pretendiente a la cátedra exponía ideas económicas desaforadas como decir que la tierra era plana. Hobson estaba calafateado y no le prestó importancia a las intriguillas de las camarillas académicas. Años más tarde, Keynes rectificó sus objeciones a Hobson y proclamó a todos los vientos que "Physicology of Industry" "había marcado el comienzo de una nueva era en la historia del pensamiento económico". Esta reivindicación comprendió, también, a las obras que escribió a finales del siglo diecinueve, obras que denotaron la claridad y certeza de sus análisis de la crisis de la economía industrial: "Problems of Poverty (1891), Evolution of Modern Capitalism (1894), Problem of the Unemployment (1896) y John Ruskin: Social Reformer" (1898). En estas obras rebatió, en medio del escándalo de la academia de Oxford, la teoría clásica de la renta, sustituyéndola por la teoría de la distribución de la renta o de la utilidad marginal.

Pero la obra que ha puesto el nombre de Hobson en el tablero de la bibliografía especializada internacional es "Estudio del Imperialismo". La lumbre que prendió su entusiasmo por el análisis del imperialismo británico fue, entre otras causas, su experiencia periodística como corres-

ponsal del Manchester Guardian en Africa del Sur a donde viajó para informar sobre la segunda guerra de los Boer. Antes de "Estudio del Imperialismo" publicó sobre la misma experiencia bélica "War in South Africa" (1900) y "Psychology of Jingoism" (1901). "Tras su viaje a Sudáfrica, es decir a los tres meses del Tratado de Vereeniging, que había puesto fin formalmente a la guerra de los boers —informa el prologuista Jesús Fomperosa de la edición de Alianza Editorial— salió a la luz en agosto de 1902, el libro que estamos prologando "la primera crítica sistemática del imperialismo moderno", según Theimer y Campbell, y hasta la primera teorización sobre el fenómeno del imperialismo. La obra no encontró gran acogida hasta que los hechos no alcanzaron a coincidir con algunas de las previsiones de Hobson, y hasta que Lenin lo tomó como base de su citado libro y lanzó el nombre de Hobson a los cuatro vientos".

"Estudios del Imperialismo" es el epílogo del análisis de Hobson a la fenomenología del sistema capitalista. Extrapoló el examen de las teorías monetarias al plano ampliado de la dominación imperialista de la economía y la política de otros pueblos. Hilvanó otros análisis dedicado al militarismo, al excedente de población de los centros del poder, a la expansión de la colocación de bienes y servicios en mercados coloniales, a la aplicación de teorías racistas enmascaradas en principios como la civilización de las razas inferiores, la propagación del cristianismo entre los pueblos paganos y la defensa e irradiación de la cultura occidental. Esta summa de enfoques de la dominación europea, y sus causas y pretextos, construyó una visión global del imperialismo moderno, que enriqueció y amplió las perspectivas unilaterales (historicistas y económicas) que solían emplearse en las investigaciones hasta fines del siglo diecinueve. Apoyó su análisis de cada esfera de dominación imperialista con cuadros estadísticos y cifras confiables en general sobre la evolución de los principales países implantados en colonias de Asia y Africa. Gracias a su moderno método de investigación, en el que combinó conclusiones teóricas con información empírica,

"Estudios del Imperialismo" se constituyó en un modelo pionero de investigación en el pórtico del siglo veinte, modelo teórico del que Lenin fue discípulo aprovechado.

En medio de las alabanzas y proclamas jactanciosas que el poder imperialista promovía entre los ingleses de todas las capas sociales como expresión del orgullo nacional, que ni los socialistas se arriesgaban a poner en entredicho, Hobson levantó su sólida disidencia y emprendió un examen despiadado objetivamente científico, del imperialismo. Cuando Hobson tuvo ante sus ojos la lista completa de los pueblos africanos y asiáticos que Inglaterra había sometido a su expansión imperialista; y verificó el área total de la superficie controlada y el censo global de sus habitantes alrededor de 1898, Hobson, como ciudadano inglés, sufrió probablemente una crisis de conciencia. ¡Cómo una nación tan pequeña había llegado al control de casi dos continentes! Según un cálculo de la época, el imperio británico usurpaba trece millones de millas cuadradas con una población estimada entre 400 a 420 millones de habitantes, todo producto de conquistas territoriales arrebatadas en los últimos treinta años del siglo XIX. Las posesiones coloniales se dividían en tres grupos: 1) colonias de la corona administradas por funcionarios del gobierno británico; 2) colonias que contaban con instituciones representativas, pero con gobierno responsable en las que la Corona sólo tuvo derecho de veto; 3) colonias en las que la Corona sólo nombró al gobernador. Predominaban los protectorados en Africa y Asia regidos por segregacionismos étnicos entre blancos y africanos y asiáticos, considerados éstos como razas inferiores, ineptas para asumir cualquier forma de autogobierno o de convivencia o mezcla con ingleses. ¿Cuál fue el valor comercial del imperialismo ingles? Hobson demolió el mito del incremento de la riqueza inglesa, que fue bandera de los apologistas del imperialismo finisecular: "Veamos ahora si la enorme sangría de energías y dinero que supuso la expansión comercial británica fue acompañada de un crecimiento del comercio dentro del imperio en comparación

con el comercio exterior. Dicho de otra manera: ¿tiende la política de la Gran Bretaña a hacer al imperio británico cada vez más autosuficiente en términos económicos? ¿Es verdad que el comercio llega detrás de la bandera?" Hobson usó las cifras oficiales de la balanza comercial para arribar a una conclusión desmoralizadora: "el imperialismo no tuvo influencia apreciable en el volumen del comercio exterior hasta que no se tomaron medidas proteccionistas y discriminatorias durante la primera guerra mundial y después de ella... la detallada investigación estadística del profesor Alleyne Ireland en relación con el comercio de nuestras posesiones coloniales asesta un golpe aún más duro a la tesis de que el comercio llega tras de la bandera ...el total de las importaciones comerciales de todas las colonias y posesiones británicas ha aumentado a un ritmo mucho mayor que las importaciones procedentes del Reino Unido. El total de las exportaciones de todas las colonias y posesiones británicas ha aumentado a un ritmo mucho mayor que las exportaciones al Reino Unido".

Hobson discutió otro de los argumentos justificatorios invocados en esa época: el imperialismo como salida al exceso de población. A fines del diecinueve, Inglaterra fue una de las naciones más congestionadas del planeta; existía exceso de oferta de trabajo en el mercado local y la expansión se abrió como salida al excedente poblacional desde todo punto de vista. Pero, se pregunta si la expansión del imperio por ultramar justificó el imperialismo: "aún admitiendo que haya sido necesaria la emigración del exceso de la población británica ¿está justificado que Gran Bretaña gastara una parte tan importante de sus recursos nacionales, y corriera tan grandes riesgos para apropiarse de nuevos territorios en que instalar ese sobrante de su población?". Otro aspecto crucial por sus contrastes económicos es absuelto en el capítulo cuatro, titulado "Los parásitos económicos del imperialismo". Lo plantea en estos términos: si el imperialismo no benefició a la mayoría de los ingleses¿quienes, en verdad, recibieron esos privilegios económicos a un costo tan subido para la nación?

Respondió Hobson: "Viendo que el imperialismo británico de las últimas seis décadas es, evidentemente, un mal negocio, ya que, tras exigir enormes costos, no ha proporcionado más que un incremento pequeño, malo e inseguro de los mercados, y ha puesto en peligro, toda la riqueza de la nación al suscitar la violenta animadversión de otros países, podemos preguntarnos: ¿qué indujo a la nación británica a embarcarse en un negocio tan ruinoso? La única respuesta posible es que los intereses económicos del conjunto de la nación están subordinados a los de ciertos grupos privados que usurpan el control de los recursos nacionales y los utilizan para su beneficio personal... aunque el nuevo imperialismo ha sido un mal negocio para la nación británica ha resultado rentable para ciertas clases sociales y para ciertos grupos industriales y financieros del país. Los enormes gastos de armamentos, las costosas guerras, los graves riesgos y las situaciones embarazosas de la política exterior, los impedimentos y frenos a las reformas sociales y políticas dentro de la Gran Bretaña, aunque hayan sido tan dañosos para la nación, han resultado muy provechosos para los intereses económicos de ciertos grupos industriales y profesionales". Aquí Hobson penetró en el trasfondo de las campañas militares imperialistas de ayer y de hoy, en otras palabras, los intereses de la industria de guerra, volcada a la fabricación de armamento, pertrechos y abastecimiento en gran escala de las tropas desplazadas a los teatros de conflictos: "Si se investigara detalladamente qué se hace con los sesenta millones de libras esterlinas, que pueden considerarse como el gasto mínimo en armamento en el Reino Unido en tiempo de paz, se vería que la mayor parte de esa suma va a parar directamente a las arcas de ciertas grandes compañías que se dedican a construir barcos de guerra y transporte, a suministrarles carbón y equipo, a fabricar cañones, fusiles, municiones, aviones, y vehículos motorizados de todas clases, a suministrar caballos, carros, guarnicionería, alimentos, ropas para las fuerzas armadas, a las contratas de cuarteles y de otras necesidades que representan gran-

des sumas. A través de estos canales principales llegan los millones a muchas empresas filiales o subsidiarias, la mayoría de las cuales sabe muy bien que trabajan para equipar a las fuerzas armadas. Nos encontramos aquí con un importante núcleo del imperialismo comercial."

La industria de guerra imperialista desagua en un conglomerado de grandes negocios -la banca, los corretajes, la concesión de préstamos, para la promoción de otras industrias y sectores comerciales, que afirma Hobson, "constituyen el ganglio central del capitalismo internacional". Lenín profundizó el análisis de la participación del sistema financiero en "El imperialismo, etapa superior del capitalismo". No hay duda que su análisis procede en línea directa del pensamiento de Hobson: "Unidos por fuertes vínculos organizativos, manteniéndose siempre en estrecha e inmediata comunicación, situados en el mismo centro neurálgico de la capital financiera de cada Estado, controlados por lo que a Europa se refiere, fundamentalmente por hombres de una y característica raza, que tienen tras sí muchos siglos de experiencia financiera, se encuentran en situación excepcionalmente favorable para manipular la política de las naciones. Ningún movimiento importante y rápido de capital es posible más que si esas gentes dan su consentimiento, y si la operación se realiza actuando ellas como agentes. ¿Puede alguien pensar en serio que algún Estado europeo sería capaz de desencadenar una guerra a gran escala, o de negociar un préstamo estatal sustancioso si la Casa Rothschild y sus amigos se opusieran a ello? ...como estas personas tienen su riqueza y su capital financiero principalmente en valores bursátiles se interesan por loe negocios desde un doble punto de vista: primero como inversores, y segundo y sobre todo como agentes financieros... en cuanto especuladores o agentes financieros, dichas personas representan el factor más grave de la vida económica del imperialismo".

La irrupción vigorosa del capitalismo norteamericano en el escenario financiero internacional fue anunciada premonitoriamente por el economista inglés. Detectó

a principios del siglo XX el espíritu de aventura, la autoimpuesta misión civilizadora como fuerzas motrices del nuevo imperialismo norteamericano, gracias a que "su sensacional cambio de política fue consecuencia de la rapidez sin precedentes con que tuvo lugar la revolución industrial de los Estados Unidos, a partir de la década de 1880. Durante este período de la historia de Norteamérica, su riqueza sin paralelo en recursos naturales, su inmensa disponibilidad de mano de obra especializada y sin especializar, y su extraordinaria capacidad de creatividad y organización produjeron la industria manufacturera mejor equipada y más productiva que el mundo ha conocido hasta hoy. Estimuladas por rígidas tarifas aduaneras proteccionistas, las industrias metalúrgica, textil, de maquinarias-herramientas, del vestido, del mueble, y otras saltaron en una sola generación de la infancia a la plena madurez y tras una época de inmensa competencia de precios, alcanzaron, bajo el hábil control de los grandes creadores de trusts, una capacidad de producción mayor que la conseguida por los países industrializados más avanzados de Europa".

No hay cabo suelto en la argumentación general a favor o en contra de la expansión imperialista que Hobson no sometiera a su escalpelo. Revisó, por ejemplo, la tesis de la superioridad racial, lo que llama "el evangelio químicamente puro del imperialismo", mencionado "el francés chauvinista, el alemán colonialista, el ruso paneslavista, el americano expansionista, albergan las mismas convicciones generales, y con la misma intensidad, sobre la capacidad, el destino y los derechos de sus respectivas naciones". Destacó cómo en nombre de esas premisas de "burda sociología biológica", los portavoces de la expansión imperialista sostuvieron tesis atrevidas de raíz crudamente darviniana sobre la selección natural en el conflicto de razas y la inaudita inferioridad racial de africanos, asiáticos y americanos nativos, además de otros pretextos como la misión civilizadora de la cultura occidental y la propagación del cristianismo por los dominios

del paganismo, para que los ingleses cayeran encima de la India, Sierra Leona, Costa de Marfil, Hong Kong, Malaya, Birmania y el protectorado de la costa de Níger; los franceses sobre Argelia, Marruecos, Túnez y Senegal: los portugueses sobre Angola, Mozambique; los belgas sobre el Congo etc.

A excepción de un puñado de marxistas (Lenin, Bauer, Kautsky, Hilferding), los políticos europeos ignoraron las ideas de Hobson sobre el imperialismo, no hicieron caso a sus admoniciones sobre el ocaso de los imperios y, obviamente, no tomaron en cuenta sus recomendaciones acerca de una salida pacífica antes que estallara la explosión de los nacionalismos. Las frases finales del "Estudio del Imperialismo", sin embargo, mantienen una admirable actualidad porque las escribió el autor no como la declaratoria de una guerra social sino como una moraleja intemporal para las naciones de una u otra ideología embarcadas en la aventura de dominar otras naciones por interés económico, dominio político o de reclutamiento religioso: "El imperialismo es una alternativa perversa dentro de las opciones que presenta la vida de un país; alternativa provocada por intereses egoístas dimanantes de aquel ansia de adquisición cuantitativa y de dominio por la fuerza que aún perdura en las naciones. Como reminiscencia de las épocas lejanas en las que la lucha animal por la supervivencia era la regla. Si una nación adopta esa línea de conducta quiere decir que renuncia deliberadamente a cultivar esas cualidades interiores más elevadas que, tanto para un país como para un individuo, son la base de la ascendencia de la razón sobre los impulsos primitivos. El imperialismo es el vicio dominante de todos los Estados prósperos; su castigo resulta inevitable dentro del orden de la naturaleza".

George Bernard Shaw (1856-1950)

"Canendo e ludendo refero vera" fue la divisa del genial escritor irlandés que divirtió a los ingleses y al mundo entero a lo largo de un siglo, apelando a su sentido del humor para diseminar nociones libres de socialismo y, más que esto, su visión satírica de la sociedad y sus personajes, en innumerables obras de teatro, ensayos, misceláneas periodísticas y libros exitosos traducidos a todos los idiomas. Quienes acudieron a los teatros a admirar las puestas en escena de "Pygmalion", "César y Cleopatra", "Santa Juana de Arco", "La profesión de la señora Warren" y otras piezas teatrales más del prolífico autor no conocían, o habían olvidado, que, en sus comienzos, Shaw formó parte de la Sociedad Fabiana y redactó artículos periodísticos, ensayos breves y publicó multitud de folletos de discusión y divulgación de los ideales socialistas ingleses.

Fue el expositor máximo, y heterodoxo, del socialismo fabiano gracias a su *sense of humour* y a la ductibilidad de su manejo de la lengua inglesa, virtudes que le ganaron una innumerable legión de lectores. Mientras los Webb, Keynes, Hobson escribieron con solemnidad de tratadistas de sociología y economía, Shaw levantó la pluma con desparpajo para que lo entendieran los marineros en los docks de Londres y los transeúntes de Trafalgar Square.

Después de intentar abrirse paso como novelista y de subsistir muy frugalmente en los años mozos en que vagabundeó por las calles de Londres, saltó a la redacción de la Pall Mall Gazette y a los diarios y revistas populares. Fue un autodidacta a fortiori: atrapado por el wiskey hecho en casa, su padre apenas pudo mantenerlo con un presupuesto en el que no existieron gastos de educación. Lector encarnizado dotado de una retentiva prodigiosa, acumuló una vasta cultura literaria desde sus primeros, vacilantes pasos como modesto funcionario de una oficina gubernamental de Dublín. En su suelo natal fue conmovido por el pensamiento del periodista norteamericano Henry George, quien en su célebre obra "Progress and

Poverty" trazó un cuadro trágico de las consecuencias sociales de la revolución industrial entre los trabajadores y propuso un impuesto único sobre la renta a los propietarios de tierras improductivas. En 1860 Henry George llegó a Irlanda como corresponsal de un diario de San Francisco. En atestadas conferencias, planteó la reforma agraria, distribuyendo tierras entre los campesinos famélicos. Cuando arribó a Londres en 1876 GBS tenía la cabeza llena de las ideas del periodista norteamericano. Se concentró en escribir cinco novelas que desdeñaron los editores. Sin titubear continuó fatigando las imprentas. Fue en ese instante de penurias materiales y sueños literarios que se aproximó a la Federación Social Demócrata, cuyo líder, H. H. Hyndman, era un apóstol apócrifo descendiente de un abuelo que hizo fortuna en las Indias Occidentales. Hyndman era un déspota con los social demócratas; desmedidamente ambicioso, estaba dispuesto a transar con los marxistas o con los imperialistas de derecha. La lectura de la obra de Henry George lo lanzó al desafío de digerir "El Capital", en la sala de lectura del Museo Británico. El barroco tecnicismo de la teoría del valor-trabajo de Marx, convenció al irlandés que los obreros no entenderían las tesis marxistas a menos que alguien como él, apelando a un titánico esfuerzo didáctico, las simplificara al alcance de las masas. Mientras eso no ocurriera, Shaw, concluyó que "esta es una obra para que los revoltosos hijos de la burguesía —Lassalle, Liebknecht, Morris, Blax— pinten la bandera roja. Las altas y medias clases sociales constituyen los elementos revolucionarios de la sociedad; mientras el proletariado es un elemento conservador". En las reuniones de los social demócratas conoció intelectuales progresistas, como William Morris, Eleanor Marx, Annie Besant, Walter Crane, Edgard Avelino y Belfort Bax. Al apreciar que sus amigos se alejaban del manejo autoritario que prevalecía en las reuniones de la SDF, optó por la insurgente Sociedad Fabiana, atraído por la libre informalidad de los debates. Se sintió como pez en el agua en un ambiente dialécticamente distendido, guiado por ex-

posiciones de ideas antes que por la búsqueda de posiciones en las asociaciones obreras. Recuerda el historiador Cole que Shaw imprimió el folleto "¿Qué es el socialismo?" (¿What socialism is?) y tiempo después en 1887 escribió "El verdadero programa radical" (The true radical programme) "como réplica a las insuficiencias del nuevo programa del partido liberal. Los fabianos reclamaban el derecho al sufragio para todos los adultos, incluyendo a las mujeres; insistían en que se pagase a los miembros del Parlamento el impuesto sobre las rentas no ganadas por el propio esfuerzo (alquileres de tierras y casas); la jornada de ocho horas y la nacionalización de los ferrocarriles. En 1889 Shaw se convirtió a solicitud de sus colegas en editor de los famosos "Ensayos fabianos sobre socialismo" (Fabian Essays in Socialism), primera publicación del pensamiento fabiano que imprimió la serie de conferencias dictadas por siete de los intelectuales más representativos de la sociedad, Sydney Webb, Graham Wallas, Annie Besant, William Clark, Sydney Olivier, Hubert Bland, y él mismo, en el otoño y el invierno de 1888. Cole transcribe la opinión de Edgard Reynolds Pease. secretario de la Sociedad Fabiana de 1890 a 1913, en su "Historia de la Sociedad Fabiana: "Los Ensayos Fabianos defendían la tesis del socialismo en un lenguaje sencillo que todos podían comprender. Basaban el socialismo, no en las especulaciones de un filósofo alemán, sino en la evidente evolución de la sociedad como la observamos a nuestro alrededor. Aceptaron la ciencia económica como la enseñaban profesores ingleses de prestigio; construyeron el edificio del socialismo sobre el cimiento de nuestras existentes instituciones políticas que probaban que el socialismo no era más que el paso próximo en el desarrollo de la sociedad, que habían hecho inevitable los cambios producidos a consecuencia de la revolución industrial del siglo XVIII".

La identificación ideológica de Shaw con el socialismo fabiano se acentuó cuando intervino en las violentas demostraciones callejeras del Bloody Sunday Riot, provocado por las charlas en las esquinas de los barrios obreros

acompañadas por la distribución de literatura política. Esas experiencias de acción en las calles lo convencieron de alejarse de los trade unions y preferir el debate a la agitación sindical. Los fabianos fueron partidarios del gradualismo de los avances sociales obtenidos por la persuasión política y no por medio de la toma del poder por la violencia. Las diferencias entre el gradualismo reformista y los cambios revolucionarios marcaron el contraste entre el socialismo fabiano y el socialismo marxista. Shaw participó también en la redacción colectiva de "El Manifiesto Fabiano (1884), "Imposibilidades del anarquismo (1893), "El Fabianismo y el Imperio" (1900) y "Socialismo para millonarios" (1901). En esas obras se abogó por la equidad de los ingresos, la división de la tierra, la ampliación del derecho al sufragio, la jornada de trabajo de ocho horas. Shaw pronosticó que el socialismo "llegará por prosaicas vías de regulación pública decretados por parlamentos, parroquias, municipios, concejos comunales y juntas de escuelas". Trabajó activamente con Sydney Webb para que el fabianismo presentara candidatos al Parlamento, iniciativa presentada por ambos en "Un plan de campaña de trabajo". En 1893 se registró un paso importante encaminado a la formación del Partido Laborista Independiente. Shaw fue uno de los delegados de la Sociedad Fabiana a la conferencia de Bradford, en la que se debatió el proyecto político. Tres años más tarde se continuó avanzando en esa dirección: el escritor produjo un reporte que se presentó en el Congreso de Trade Union, en el que sugirió una política partidaria de fuertes ligas con el movimiento obrero. En 1900 cuajó este proyecto: la Sociedad Fabiana acordó unirse a la Federación Social Demócrata, y el partido laborista independiente en la formación del comité de representación laborista.

Las ideas socialistas de Shaw se filtraron sutilmente, sin convertirse en un predicador pesado, en sus célebres obras "Hombre y Superhombre (1902), La Isla de John Bull (1904) y "La Comandante Bárbara" (1905). La pobreza, los derechos de las mujeres y otras demandas del ideario fa-

biano circularon en esas obras. En su Diario Intimo Beatriz Webb condensó el valioso aporte de Shaw al socialismo fabiano con estas palabras: "Bernard Shaw es un compañero maravillosamente inteligente y agudo, desprendido del dinero. No conozco a nadie que use la pluma con más destreza para adquirir conocimientos nuevos y verterlos como opiniones. No es sencillo entender su personalidad. Durante doce años ha sido un devoto propagandista, machacando el ideario socialista más allá del trabajo rutinario de los dirigentes fabianos, como sólo lo hicieron Graham Wallas o Sydney Webb. Es un tenorio adorado por muchas mujeres. Vegetariano, anticonvencional en su ropa... conversador brillante, agradable compañía". El talento satírico de Shaw se manifestó, también, en la oratoria. Apeló a la extravagancia en los discursos, así como en las conferencias; la forma en que expresó sus opiniones disgustó a muchas personas, incluyendo miembros de la cofradía fabiana, que lo vieron como una especie de clown del socialismo. Enemigo de la solemnidad, arrancó sonrisas a los ingleses y a lectores de ultramar, introduciendo conceptos adversos al pensamiento convencional.

Herbert George Wells (1866-1946)

Fue otro de los famosos escritores ingleses atraídos por el socialismo fabiano, el socialismo de los intelectuales británicos. Su renombre literario contribuyó mucho, como el de Shaw, a que los ingleses tomaran con seriedad los ideales del fabianismo. Entre Wells y Shaw hubo afinidades ideológicas básicas; tópicos supérfluos pero influyentes los separaron. Mientras Shaw hizo reir a la gente con mordaces juegos de humor, Wells la llevó a preocuparse por los riesgos de un futuro asombroso y algo perturbador de ciencia-ficción, que él avizoró con una imaginación comparable a la de Julio Verne. Sus novelas "La guerra de los mundos" (1897) "El primer hombre en la luna" (1900), "La máquina del tiempo" (1895)."La isla del doctor Moreau" (1896), se popularizaron en versiones cinematográficas de Hollywood. Escribió también ensayos históricos y científicos, por ejemplo, "Esquema de la Historia" (The outline of history), y "La ciencia de la vida" (The science of life"). Los Webb se animaran a captarlo a las filas fabianas. Las obras más impregnadas de una visión socialista son: "Anticipations" (1901), "Mankind in the Making" (1903) "New worlds por Old" (1908). La rivalidad que surge entre las prima donnas tiñó las discrepancias entre Wells y Shaw. Testigo de la relación entre ambos escritores, el historiador socialista Cole dejó este testimonio del célebre desencuentro: "El duelo que se produjo en la Sociedad Fabiana entre Wells y Shaw fue un asunto curioso, porque consistió en un choque de personalidades más que de ideas."Al poco tiempo de entrar a la sociedad, Wells afloró una agresiva psicología individualista, una tendencia a imponer sus criterios, una carencia de vocación para cooperar con alguien. Cole relata que Wells se exasperaba de sus colegas y se lanzaba a trazar planes forjados sólo por él mismo. Sin embargo, reconoce que Wells "en sus mejores momentos fue extraordinariamente influyente como formador de socialistas". "Haced socialistas y realizaréis el socialismo" fue uno de los slogans que agitó dentro del

fabianismo. Cuando Wells advirtió que no se imponían sus iniciativas, intentó controlar la Sociedad Fabiana, presionando la convocatoria a nuevas elecciones de la junta directiva. Como no obtuvo resultados electorales suficientes para satisfacer su ego, renunció a la sociedad en 1909. Para aplacar su frustración escribió polémicos panfletos, "Los nuevos Maquiavelos" (The New Machiavelli) "Las fallas de los fabianos" (The faults of the Fabians), en los que atacó al matrimonio Webb por mantener la sociedad como foro de debate y no permitir que se transformara en un partido político, el Partido Socialista. Wells demostró que él tampoco fue un político común y corriente. Como reconoce Cole, "excepto su breve intervención en la política fabiana, no tomó parte en el movimiento organizado, socialista o laborista; se movió en torno de él, pero era demasiado individualista para prestarse a servir en una organización".

Su frustración política no desalentó su preocupación por el orden social a escala internacional y a escala cósmica. En sus escritos periodísticos y en sus libros pronosticó la fabricación de armamento moderno de consecuencias devastadoras y, como firme adepto al pacifismo, sólo aceptó la intervención de Inglaterra en la Primera Guerra Mundial como estrategia defensiva inevitable. Estimulado por las noticias sobre la revolución bolchevique, viajó a la Unión Soviética y se entrevistó con Lenin, Trotsky y dirigentes de primer nivel. Regresó desilusionado del perfil del régimen comunista. En "Esquema de la historia" comentó que el mundo podría ser salvado por la educación, no por la revolución. El pensamiento humanístico y la imaginación futurista de Wells se proyectaron a la esfera superior de un nuevo mundo de altos valores científicos. Su concepción del socialismo apuntó a la construcción de una sociedad planetaria regida por la inteligencia de una raza humana de arraigados principios educativos y éticos y no por la violencia de los conflictos bélicos. Abogó que los países se unieran en una investigación científica supranacional que hiciera factibles los viajes a la Luna y

al espacio sideral o la fabricación de una tecnología que rompiera las leyes del tiempo. En la novela "The shape of things to come" (1933) describió un mundo arrasado por décadas de conflictos internacionales con uso intensivo de armas nucleares. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Wells insistió febrilmente, hasta su muerte, en un nuevo orden mundial eminentemente racional.

En realidad, las distintas y contrapuestas versiones del socialismo de los fundadores del fabianismo, G.B. Shaw y de H.G. Wells, eminencias grises luminosas, no embonaron siempre en la realidad de los hechos. Sidney Webb aplicó un socialismo administrativo, burocrático, de nivel gremial y municipal, pero viable dentro del aparato de la gobernabilidad inglesa. Beatrice Webb fue adepta del socialismo cooperativista autogestionario; colaboró con las cooperativas de consumo de los sindicatos, parroquias, municipios, y apoyó la nacionalización de servicios públicos de transporte, energía, educación, iniciativas que fueron recogidas por los políticos laboristas. La legislación británica social se fundó, a veces sin admitirlo, en las iniciativas y estudios de los fabianos o de inspiración fabiana. Una tradición de socialismo cooperativista, sin alardes retóricos, eficaz y provechoso para la clase trabajadora. Así aconteció en Francia, donde la legislación social más debe quizás a las iniciativas de Louis Blanc que a las utopías de Fourier y Cabet, o a la grandilocuencia ideológica de Babeuf y Blanqui. En los hechos de la beneficencia social, el gradualismo reformista europeo ostenta realizaciones que no tiene el revolucionarismo ideológico, que mucho abarcó y poco apretó. El socialismo de Shaw, por otra parte, puede reclamar un lugar auspicioso en la historia de las ideas por sus sátiras sobre la banalidad de los lugares comunes burgueses, el pudor pusilánime de la era victoriana, la incongruencia de la existencia reglada únicamente por la propiedad privada, los prejuicios de la mentalidad femenina conservadora. En fin, un discurso dirigido a los cambios de hábitos y costumbres de la sociedad inglesa. Los juicios económicos de Shaw sobre

igualdad en los ingresos y otros de esa marca carecieron de originalidad y eficacia.

Por su lado, el socialismo de Wells rompió los esquemas del reformismo fabiano y de todos los socialismos. Auténtico futurólogo, abrigó Wells cambios culturales equivalentes a la forja de una nueva civilización mundial basada en la revolución científica y tecnológica: viajes interplanetarios, hombres invisibles, ataques a la Tierra por alienígenos, viajeros humanos que regresan al tiempo pasado, alimentos genéticos, manipulaciones genéticas de científicos extraviados. Concibió Wells, en suma, un socialismo libertario orientado al advenimiento de una especie sui géneris de anarquismo sin clases ni gobiernos. "Admito que el mundo anarquista es nuestro sueño —confesó Wells en "New worlds and old"—. Creo en el mundo presente, en este planeta, que algún día nos llevará a una carrera más allá de nuestros más temerarios y exaltados sueños, una carrera que inició nuestra voluntad y la sustancia de nuestros cuerpos, una carrera que nos conducirá a través de la Tierra, en medio de las estrellas; pero el camino será a través de la educación, de la disciplina y de la ley. El socialismo es la preparación para la más alta expresión del Anarquismo; dolorosa, laboriosamente, logrará la abolición de las falsas ideas de propiedad y la eliminación de las leyes injustas, las ponzoñosas y odiosas sugerencias y prejuicios; creará un sistema de derechos y una tradición de sentimientos y acciones valederas... el socialismo es la escuela del más noble y veraz anarquismo que hará libres a los hombres".

Fundación del Partido Laborista

El laborismo, como estructura política específica, fue resultado de la fusión del Partido Laborista Independiente, que fue un liberalismo radicalizado, de la Federación Social Demócrata, la Sociedad Fabiana, y de dirigentes sindicales obreros sin un cauce ideológico claramente posicionado. En los entretelones de los antecedentes laboris-

tas actuaron líderes decimonónicos como Joseph Chamberlain, liberal que renunció a su liderazgo asumiendo postura contra los derechos de Irlanda; también dirigentes sindicales como Keir Hardie, de origen liberal, Robert Blatchford, periodista animador de The Clarion, autor de "Merrie England", libro de enorme difusión en su tiempo. Tampoco fue ajeno a las inquietudes de cambios sociales el escritor William Morris (1834-1896), quien, conjuntamente con Dante Gabriel Rosetti y Edgard Burne-Jones, formó la Hermandad, grupo de artistas y críticos de arte eminentemente esteticistas inspirados en el Medioevo. Estaban bajo la influencia de John Ruskin, numen de Marcel Proust, renovador de las artes plásticas inglesas que zahirió a los pintores del siglo XIX motejándolos de servilismo ante la revolución industrial. En un momento de su evolución, Morris se apartó del grupo de los pre-rafaelistas, discrepando de la política pro imperialista del Primer Ministro Benjamín Disraeli, político mimado por la Reina Victoria. Morris publicó panfletos y artículos periodísticos de respaldo a la línea antiimperialista de William Gladstone, cabeza del Partido Liberal. Fue avanzando más y más a posiciones radicales: se ligó a la Federación Social-Demócrata y produjo obras de contenido socialista como "News from Nowhere", narración de utopía fantástica de un ciudadano que sueña vivir bajo un régimen colectivista.

Hacia finales del siglo, en 1895, fueron más claras las condiciones políticas favorables a la aglutinación de las instituciones y personas, disconformes con el statu quo. Los laboristas independientes carecían, por sus antecedentes liberales, de arrastre entre la masa obrera y ello se puso de manifiesto cuando Keir Hardie fue el único de los 28 candidatos en llegar al Parlamento. Un año más tarde se efectuó la reunión de los 129 delegados de los movimientos de vanguardia social en el Memorial Hall de Londres, en la que se aprobó la iniciativa de Hardie de crear una comisión de estudio de la fusión política. Ramsay MacDonald fue escogido como secretario de la comisión. La comisión acordó la presentación de más candidatos al

Parlamento para poder estructurar una política coherente de beneficios sociales a los trabajadores. La elección de 29 candidatos favoreció el cambio del nombre del Labour Representation Commitee (LRC) por el de Partido Laborista. Para los fabianos representó la culminación de las propuestas de G.B. Shaw y de H. G. Wells: el nuevo partido llevó el nombre de Laborista y no Socialista; fue la cristalización de los deseos de unificación ideológica y de unión interpartidaria, ambicionados por los precursores.

Por buen tiempo, el rostro del laborismo en el Parlamento encarnó en un obrero de líneas angulosas y barba de misionero, hijo de un carpintero y una empleada doméstica. James Keir Hardie (1856-1915) fue un niño pobre y melancólico, ayudante de panadería a los ocho años que trabajaba doce horas al día para ayudar a la manutención de la familia. Aseveran sus biógrafos que, en cierta ocasión, fue castigado por su impuntualidad un día que llegó tarde a la panadería por llevar al hospicio en agonías a su hermano menor. Cuando se trasladó a Lanarkshire entró a trabajar a una mina de carbón a los once años. Personaje de Dickens, nunca fue a la escuela; la calle fue su aula de enseñanza. Aprendió a leer los periódicos por su cuenta y,en muy poco tiempo, empezó a conversar con los mineros sobre aumentos salariales y condiciones de trabajo más saludables en los socavones carboníferos donde los pulmones acababan hechos polvo. En 1880 promovió la primera huelga minera de Lanarkshire. Al ser expulsado de la mina trabajó como periodista. No demoró en convencer a los colegas para fundar "The Miner", vocero de los trabajadores de las minas; más tarde cambió al nombre de "The Labour Leader". El taciturno obrero de enjutas mejillas tuvo madera de dirigente, como lo comprobaron Federico Engels y Eleanor Marx, hija del profeta, en sus conversaciones en Londres. Realizó una breve pasantía en sociedades religiosas, después de superar una crisis de ateísmo derivada de sus diálogos con los marxistas. Desde las páginas de "The Miner" apoyó al gobierno liberal de Gladstone, del que pronto se desilusionó por su insen-

sibilidad ante las reclamaciones obreras. Se convenció de la necesidad de un partido de base obrera para poder alcanzar reivindicaciones concretas. Trabajó arduamente con los trade unions y participó en los primeros pasos organizativos del Partido Liberal Independiente. Concurrió a las reuniones de la Segunda Internacional y se fogueó como dirigente obrero, alternando con socialistas de Alemania, Francia, Austria, Bélgica.

En resumen: el primer representante de los obreros en el Parlamento fue el prototipo del primer laborismo. Cole lo describe como "esencialmente un predicador y un propagandista, no un jefe parlamentario. Su elocuencia sencilla era adecuada para la tribuna pública, pero no para un Parlamento, excepto cuando tenían libertad para desahogarse. Tenía un odio profundo a la crueldad y a la opresión, y una mentalidad que consideraba todas las cuestiones sociales desde un punto de vista ético. Su socialismo, como el de Blatchford, era un evangelio de fraternidad y de justicia, de compasión por las injusticias y los sufrimientos de que era víctima el pueblo corriente, y con una fe sencilla en que la mayor parte de hombres y mujeres eran buenos y honestos en el fondo... Hardie aceptaba la lucha de clases como un hecho, y probablemente hubiese aprobado el considerarla como una necesidad histórica. Pero, aunque asimiló algunas nociones marxistas acerca del capitalismo y del desarrollo histórico, su mentalidad nunca hubiera podido ser de tipo marxista". Las nociones sobre socialismo y comunismo las extrajo Hardie, autodidacta inteligente, de los anales de la historia de las sociedades antiguas, no de la doctrina moderna. Así lo expuso en su obra "De la servidumbre al socialismo" (From Serfdom to Socialism) (1907): "Esta generación ha crecido ignorando el hecho de que el socialismo es tan antiguo como la raza humana. Cuando amanecía la civilización, el hombre primitivo vivió un rudo comunismo. Más tarde cuando se estableció en aldeas, el hombre vivió en el gregarismo comunal en el que la tierra fue propiedad comunitaria... cuando se pudrieron las viejas civilizaciones la voz de Je-

sucristo el comunista se oyó en la tierra como una brisa refrescante llevando remedio por todas partes". La inexperiencia de Herdie en los manejos parlamentarios, anexada a las rivalidades internas del laborismo, decidieron su renuncia y su reemplazo por Arthur Henderson. El laborismo obtuvo 40 escaños en las elecciones generales de 1910, y, en medio de esa efervescencia política, que demandó líderes consistentes en los trajines parlamentarios, Henderson fue sustituido por George Barnes como líder del partido en la Cámara de los Comunes. Un año después, la responsabilidad directriz recayó en Ramsay MacDonald, quien en esta etapa lució como el líder mejor entrenado dentro de las filas laboristas para encarar los desafíos del siglo veinte. El laborismo se transfiguró respecto de sus orígenes, con el aporte de los intelectuales fabianos y los curtidos dirigentes de los gremios obreros, erigiéndose en una influyente fuerza política: más aún, llegó años después a las cumbres del poder como una de las principales fuerzas gubernamentales de Inglaterra.

SOCIALISMO ALEMÁN DEL SIGLO XIX

KARL MARX (1818-1883)

Quedó congelada forever la imagen patriarcal del hombre de irritada mirada y barbas inmensas y ensortijadas, que, aunque le cubren media cara, delatan su ancestro hebreo. Su nombre hebreo fue Haim Mardochai Kissel, germanizado a Karl Marx. Sin embargo, su padre Hirsechel Levi, en alemán Heinrich Marx, descendiente de rabinos, como su esposa, y de oficio consejero de justicia como abogado del gobierno prusiano, abandonó el judaísmo y se bautizó, con su consorte e hijos, en la iglesia protestante. Fue práctica frecuente que los hebreos mudaran religión para huir de la intolerancia de los cristianos. Karl Marx no fue creyente. Se definió ideológicamente como ateo materialista. Pero en el fondo de su alma subyacieron siempre el mesianismo y la profecía. La noción del "pueblo elegido" la cambió a la "clase elegida". Conservó en su obra el dogmatismo de los rabinos. Huyendo de la teología religiosa, cayó en el determinismo científico, que es peor en las ciencias sociales. Y, a su manera y con sus propias palabras, condenó a los ricos capitalistas a no pasar, según la expresión bíblica, por el ojo de la aguja... de la revolución.

En 1835 inició estudios de Derecho en la Universidad de Bonn, más por decisión de su padre abogado que por llamado de la vocación. El medio ambiente universitario relajó la severidad de su formación familiar. Se aficionó a la cerveza en abundancia, y, según algunos biógrafos, se batió a duelo para dirimir lances de honor. Su padre lo envió a Berlín con la esperanza que los sabios profesores de la universidad encauzaran su formación jurídica al margen de las lides bohemias. Tomó los cursos de von Savigny, representante de la Escuela Histórica de Derecho. Y se matriculó, también, en cursos de filosofía a la sombra

de Guillermo Federico Hegel, llegando a militar en las filas del grupo de jóvenes hegelianos de izquierda. Pronto advirtieron los profesores que la capacidad analítica y la fibra polémica del renano más lo inclinaba a la filosofía. En 1841 alcanzó en Jena el título de Doctor en Filosofía con la tesis "Diferencia entre la filosofía de Demócrito y Epicuro". En el entreacto, otro filósofo, Bruno Bauer, fue expulsado de su cátedra universitaria por enseñar teorías conectados al materialismo. Marx iba a seguir el mismo camino de su amigo Bauer porque profesaba planteamientos opuestos al pensamiento conservador prusiano. En sentido contrario, el periodismo le abrió perspectivas de expresar las ideas con una libertad que la universidad negaba. Después del período de aprendizaje del periodismo, codirigió con Bauer la Gaceta Renana. La intensidad de las críticas al gobierno desembocó en la clausura de la Rheinische Zeitung. Marx salió rumbo a su primer exilio en París. En 1844 conoció en París al empresario industrial Federico Engels, miembro de una familia de la alta burguesía alemana, quien, convicto y confeso del ideario socialista, se convirtió en su mecenas particular y en su colaborador político permanente. En Francia se familiariza con el movimiento socialista y los trabajos teóricos de Saint-Simon, Fourier, Proudhon, Blanqui y Blanc. Con Produhon entabló cierta relación política que se rompió por las discrepancias del francés a la organización de un partido defensor de la dictadura del proletariado. También conoció en París al anarquista ruso Mijail Bakunin y al poeta y ensayista Heinrich Heine. Bajo presiones del gobierno prusiano, se suspendió la publicación de la revista" Anales franco-alemanes" que dirigió en la capital francesa. La estada en Francia propició su conocimiento directo del movimiento obrero mejor organizado de Europa y, sobre todo, presenciar y analizar acontecimientos como el 18 Brumario de Napoleón III y el proceso de maduración de la marea social que estalló en la Comuna de París, proceso que describe y examina en los artículos sobre las guerras civiles francesas. Marx creyó que presenciaba el principio

del primer gobierno revolucionario de Europa y no queda duda que la experiencia francesa influyó en el asentamiento de sus concepciones políticas. En Bruselas se incorporó a la Liga de los Comunistas. Redactó con Engels el Manifiesto Comunista antes de trasladarse a Colonia para organizar el reflotamiento de la nueva gaceta renana. Al clausurarse la nueva tribuna de oposición, fija su residencia en Londres, refugio de exilados políticos de todo el mundo. Lo acompañaron en sus desventuras su esposa Jenny von Westphalen y sus hijos. Vivió en medio de muy grandes penurias económicas. Curiosamente Marx sobrevivió, penosamente por cierto, gracias a dos apoyos económicos de origen capitalista: el que recibió proveniente de los fondos generados por la industria familiar de su amigo y mecenas Engels y los pagos de las colaboraciones escritas para el diario norteamericano New York Tribune, del que fue colaborador varios años por la intercesión amistosa del periodista Charles Danna, que conoció en Alemania. Como no escribía en inglés, Engels le ayudó en la redacción de los artículos. Varios de los artículos que aparecieron en el folleto "La revolución y la contrarrevolución en Alemania" fueron escritos por Engels. Al año de iniciadas las colaboraciones en el New York Tribune, Marx escribió directamente en inglés. Al inicio de su colaboración le pagaron por cada artículo el equivalente de diez rublos oro que luego se amplió a quince. Pero el ingreso económico fue insuficiente por la intermitencia de las colaboraciones periodísticas al New York Tribune. Su familia soportó dramáticamente los estragos de la pobreza. Su hijo Edgard murió a los ocho años de edad. Su hija Francesca se suicidó. Cuando murió la hija más pequeña Eleonora, según Riázanof, no tenía dinero para el entierro. Laura se desposó con el dirigente socialista francés Paul Lafargue. Ambos se suicidaron, años después de la muerte del patriarca de Tréveris, en 1911. Al parecer, también, Marx concibió una hija, que no legitimó, con la criada Helene Demuth. Sobreponiéndose a sus desdichas, Marx observó atentamente el trabajo social del escocés Robert

Owen en provecho de la clase obrera inglesa. Pero quizá lo más rescatable de la estada en Londres fue la redacción de "El Capital", escrito en las salas de lectura del Museo Británico. Ahí aprendió, con tardanza en su formación humanística y con rapidez inconveniente, las nociones fundamentales de la Economía Política" en su empeño de refutar los postulados de Adam Smith y, especialmente, el análisis de David Ricardo y Pierre-Joseph Proudhon sobre el valor del trabajo. En la convivencia de la filosofía, la crónica periodística, la historia y la economía política en su intelecto, ésta resultó la disciplina más débil, a pesar de que puso sus esperanzas en usarla para transformar el mundo miserable de los obreros. Sus difundidas aseveraciones sobre la economía en general y la plus valía en particular han subsistido mucho tiempo, bien es verdad por razones de propaganda política, evadiéndose el cotejo de sus ideas sobre la economía política con la realidad de los hechos económicos. La influencia de Hegel lo transformó en un teórico eminentemente especulativo de textos de otros economistas.

Al pasar a la acción política, el pensador tomó contacto directo con obreros socialistas, trabajando en la organización de la Primera Internacional, conocida como la Asociación Internacional de Trabajadores. A los disgustos familiares por la estrecha situación económica se anudaron pronto las riñas y divergencias con los dirigentes socialistas, Bakunin entre los primeros, por disputas en el control de las organizaciones obreras. El ruso y sus secciones partidarias fueron expulsados en el Congreso de La Haya de 1872. Entre murmuraciones por la ayuda económica que recibió del industrial Engels; entre las intrigas y bajezas de las luchas por el control del respaldo de los sindicatos; entre el desgaste mental por su producción intelectual llevada a cabo en condiciones heróicas, la salud de Marx fue apagándose lentamente, como faroles de gas al amanecer. A partir de 1873 no pudo dedicarse a las tareas políticas de carácter organizativo con la energía de otros años. Dedicó los restos de su estabilidad física a

cuidar la segunda edición de El Capital y a supervisar la primera traducción al francés. Rotas las barreras idiomáticas y burlada la implacable persecución de la censura de los regímenes derechistas, el pensamiento de Marx se difunde por Europa en medio de grandes discusiones, algunas de ellas en el seno de los socialistas mortificados por llamarlos utópicos, mientras al marxismo le otorgaba el crédito dudoso de ser un socialismo científico. Siempre los adversarios más críticos surgieron de los núcleos políticos internos. Engels fue solitaria excepción. A medida que disminuyeron las fuerzas de su camarada mayor, se acrecentó su labor como investigador, antologista y editor de los trabajos inconclusos e inéditos de Marx. Serios contratiempos pudo afrontar la bibliografía de Marx si no hubiera contado con la investigación y la perseverancia de Engels. Uno de los más tempranos divulgadores del pensamiento marxista en la Rusia zarista, Riázanof aportó testimonios significativos del apoyo de Engels a la divulgación de las obras de Marx: "Hay que reconocer que, para la difusión del marxismo, ningún libro después de El Capital ha hecho tanto como el Anti-Düring. Todos los jóvenes marxistas, Bernstein, Kautsky, Plejanof, que hicieron sus primeras armas entre 1880 y 1885, aprendieron en el libro de Engels. Y no sólo entre los dirigentes del partido influyó el Anti-Düring. En 1880, Engels, a pedido de los marxistas franceses, desglosó algunos capítulos que fueron traducidos al francés y cuya difusión no resultó inferior a la del Manifiesto Comunista. Dichos capítulos aparecieron intitulados "Socialismo utópico y Socialismo científico". Esta obra fue vertida inmediatamente al polaco y, un año después de publicarse una edición en alemán, apareció también en ruso. Todos estos trabajos fueron realizados por Engels en vida de Marx, quien a veces participaba en ellos, no sólo en consejos sino directamente, como, por ejemplo, el Anti-Düring, para el que escribió todo un capítulo. Poco después en 1880 se produjo una variación en el movimiento obrero europeo. Gracias, sobre todo, a Engels, a su infatigable trabajo, a sus brillantes

facultades de vulgarizador, las ideas marxistas progresaban cada vez más en aquel medio."

La tendencia predominante de los comentaristas contemporáneos estriba en dividir la producción de Marx en dos tiempos cronológicos: el joven Marx circunscrito al período de 1840 a 1845; y el maduro Marx del período bibliográfico restante. Pero el proceso de maduración de las ideas económicas y filosóficas de Marx se inició en su juventud. Las obras emblemáticas de este criterio de selección están representadas por los "Manuscritos económico-filosóficos de 1844 ", publicados en 1932, selección de publicaciones de los "Anales Franco-Alemanes", "Tesis sobre Feuerbach, "La ideología alemana" y "La Sagrada Familia", que son de 1845.

Las ideas económicas se desarrollaron y ampliaron en "Miseria de la Filosofía" escrita en el invierno de 1847 y 1848, como refutación de "Filosofía de la Miseria" de Proudhon. Luego se explayaron en mayor número de páginas en "El Capital". Nosotros preferimos el método de examinar a Marx como filósofo, como periodista e historiador, y también, en forma separada, como pensador de la economía política. Es válido observar que no hay líneas tajantes de separación entre filosofía, historia y economía. Antes al contrario, constantemente, estas disciplinas convergen y se entrelazan en los textos de Marx. Aún con las reservas derivadas de la imbricación de filosofía, historia y economía, el tratamiento analítico autónomo arroja mayor claridad sobre los segmentos de su pensamiento y propicia una ilustración ordenada de sus raíces, fuentes y del sincretismo que las agrupa al momento de su reformulación. Cohesionada por la tripartición interdisciplinaria, la obra juzgada separadamente en sus principales tópicos conceptuales, permite apreciar, objetivamente, los conceptos que resisten el test del tiempo y son renovados por la reinterpretación de varias generaciones de exegetas; y, por último, están las nociones que caducaron definitivamente.

Filosofía

Riázanof asevera que, desde la adolescencia, Marx arrastraba gérmenes de rebeldía ideológica: "Al hablar de la juventud de Marx he señalado un pequeño hecho característico. En una de sus composiciones de colegio, Marx demostró que existe, aún antes del nacimiento del hombre, una serie de condiciones que determinan fatalmente su modalidad futura. Así, ya en el colegio Marx conocía la idea que se deduce lógicamente de la filosofía materialista del siglo XVIII. El hombre es el producto del medio, de las circunstancias, lo que le impide ser completamente libre para seguir sus convicciones: no puede ser el artífice de su dicha. En otra tesis, como he manifestado ya, no hay nada de nuevo, nada que pertenezca propiamente a Marx, sólo que formuló, es verdad, lo que había leído muchas veces en las obras de los filósofos favoritos de su padre de un modo bastante original. Al entrar en la universidad y hallarse en un medio intelectual nuevo, en el que dominaba la filosofía clásica alemana, Marx le opone de inmediato al idealismo una concepción acentuadamente materialista. Por eso extrajo rápidamente de la filosofía hegeliana todas las conclusiones radicales que comporta y aclamó la "Esencia del Cristianismo" de Feuerbach. En su crítica del cristianismo de éste último llega a las mismas conclusiones que los materialistas radicales del siglo XVIII con la diferencia de que donde éstos sólo vieron engaño y superstición, Feuerbach, discípulo de Hegel, ve una fase necesaria de la civilización humana; más también para él el hombre es una figura tan abstracta como para los materialistas franceses del siglo XVIII".

Al parecer, Feuerbach arrastró a Marx a una lectura insatisfactoria del idealismo kantiano, o, en otro caso, Marx interpretó el idealismo de Hegel sin tomar en consideración el nexo con la matriz filosófica de la "Crítica de la Razón Pura". La interpretación cabal del idealismo o del conocimiento idealista renovado por Kant pudo evitar la desinterpretación filosófica de envergadura en que

incurrió al tomar el idealismo de Kant y Hegel como si fuera el idealismo clásico de raíz teológica. Marx creyó haber refutado el idealismo, doctrina que, según dedujo, impuso lo ideal a lo material, separó y distanció lo especulativo teológico de lo científico. "Cuando Kant habló del conocimiento —explica el filósofo español García Morente— se refiere al conocimiento científico matemático de la naturaleza tal como Newton lo ha definitivamente establecido... una de las tres corrientes que convergen en Kant es la físico-matemática de Newton...por lo tanto para Kant la teoría del conocimiento va a significar ante todo y principalmente no teoría de un conocimiento posible, deseable, como en Descartes, o de un conocimiento que se está haciendo, que está en fermentación como para Leibniz, sino la teoría del conocimiento significa para él la teoría de la físico-matemática de Newton. Eso es lo que él llama "el hecho" de la razón pura. Ese hecho es la ciencia físico-matemática de la naturaleza".

La "Crítica de la Razón Pura" no es una defensa del idealismo clásico versus el materialismo dieciochesco. Por el contrario, Kant partió del análisis de los conceptos materialistas de los griegos presocráticos, del Platón que mezcló idea y materia y, sobre todo, de Aristóteles con todo su bagaje de observación de los astros, de la economía de trueque y de intercambio monetario, pendulando entre filosofía y metafísica; y, fundamentalmente, basó su teoría del conocimiento en las investigaciones empíricas del francés Descartes y las observaciones físicas revolucionarias de Newton.

A partir de los descubrimientos de la física y la astronomía, Kant estableció la diferencia entre el *mundus sensibilis y el mundus inteligibilis.* En sus palabras, "la astronomía teórica que expone la simple observación del mundo estrellado representaría el primer mundo(el sensible); la contemplativa, por el contrario, (por ejemplo, explicada, según el sistema copernicano del universo o según las leyes de la gravitación de Newton), el segundo, o sea un mundo inteligible... por tanto, cuando decimos: los sentidos nos repre-

sentan los objetos como aparecen, pero el entendimiento como son, lo último no debe tomarse en sentido trascendental sino sólo empírico, a saber: como deben ser representados como objetos de la experiencia en el enlace universal de los fenómenos y no según lo que pueden ser fuera de la relación con la experiencia posible y, por consiguiente, con los sentidos precisamente, o sea como objetos del entendimiento puro". Subrayó Kant que "materia y forma (idea y materia) son dos conceptos que sirven de fundamento a todas las demás reflexiones; tan inseparablemente unidos están con todo uso del entendimiento. El primero significa lo determinable en general; el segundo, su determinación (ambos en sentido trascendental, pues se hace abstracción de toda diferencia entre lo dado y el modo de determinarlo). Antaño los lógicos llamaban materia lo general y forma la diferencia específica".

En la "Filosofía de la Lógica y la Naturaleza", Hegel tomó en cuenta los deslindes fundamentales del idealismo integral formulados por Kant y los incorporó a su raciocinio: "La filosofía de no sólo debe concordar con la experiencia de la Naturaleza sino que el nacimiento y formación de la ciencia filosófica tiene por supuesto y condición la física empírica".

Más aún, Hegel absorbió también los conceptos de Kant sobre espacio y tiempo formulados por el filósofo de Könisberg:

"El tránsito de la idealidad a la realidad, de la abstracción al ser concreto determinado, y aquí del espacio y el tiempo, que aparece como materia, es incomprensible para el intelecto y se hace siempre para él de modo extrínseco y como algo dado. La representación ordinaria considera la cosa de este modo; espacio y tiempo son vacíos, indiferentes respecto a su contenido y, por la materia; las cosas materiales, por una parte, han de considerarse indiferentes respecto del espacio y del tiempo, y, por otra parte, como esencialmente espaciales y temporales".

De esa guisa, al no tomar en cuenta las concordancias filosóficas de Kant y Hegel desde una nueva base

empírica forjada por la física de Copérnico y Newton, y privilegiar el materialismo de los franceses del dieciocho, Marx y Engels coincidieron en una despreocupación conceptual que vició su refutación del idealismo hegeliano. Su argumentación materialista atacó un pseudoidealismo estrictamente espiritualista, casi teológico, intrinsecamente opuesto al idealismo renovado por Kant y asumido por Hegel, frutos del raciocinio empírico asentado en los descubrimientos científicos de Newton. Marx cayó en lo que Kant clasifica como "paralogismos de la razón pura" que "consiste en la falsedad de un raciocinio por la forma, sea cual fuere por otra parte su contenido".

La tesis del materialismo histórico marxista formuló con nuevo nombre de origen sociológico lo que Kant antes explicó como la objetivación del sujeto en el espacio y el tiempo. Lo que le aconteció al filósofo Marx es que asumió como idealismo de cepa añeja el idealismo hegeliano sin parar mientes en que éste había superado el idealismo tradicional por influencia de Kant; y a base de esta interpretación unilateral construyó una noción conceptual ya inexistente del idealismo. Deformó así el renovado concepto de un neoidealismo de cimientos científicos, enjuiciándolo cono si se tratara de la metafísica clásica, sin reparar en que su punto de partida eran los avances de la física, química y las ciencias naturales en general. Pensó que había concebido una refutación al pensamiento de Hegel, cuando, en verdad, repitió la tesis kantiana del conocimiento post-newtoniano. En efecto, la ubicación del sujeto en el tiempo y el espacio determina su historicidad, vale decir el materialismo histórico investigado por Marx y Engels. "Una planta, un animal, la organización regular del universo (y también todo el orden de la naturaleza) —expuso Kant— revelan claramente que sólo son posibles de acuerdo con ideas, que si bien ninguna criatura singular, en las condiciones particulares de su existencia, coincide con la idea de perfección de su especie (como tampoco el hombre con la idea de humanidad, que hasta lleva en su alma como prototipo de sus acciones), esas

ideas, empero, están determinadas individual, inmutable y universalmente, en el entendimiento supremo, y son las causas originarias de las cosas, y única y exclusivamente el todo del enlace de las cosas en el universo es lo totalmente adecuado a esa idea".

Para decirlo con un ejemplo político, el socialismo es una idea matriz de acciones que buscan posicionar al hombre (sujeto), como prototipo de cambio del orden de la especie humana. La diferencia es únicamente enunciativa: Kant lo expresó en su lenguaje filosófico peculiar, en tanto que Marx dijo lo mismo con lenguaje sociológico. La sustancia conceptual es la misma, enfocada desde distintas perspectivas y fines. La historia, la revolución proletaria, son ideas situadas en el tiempo y el espacio. La diferencia sustantiva estriba en que la historia, como las ciencias sociales en general, no está regida por las leyes de las ciencias naturales atadas a la inmutabilidad de los fenómenos de la naturaleza. Las leyes de las ciencias naturales son fijas, inmutables: las ciencias sociales, son inestables y cambiantes porque proceden de la naturaleza ambigüa del espíritu humano.

El cientificismo del marxismo se nutrió del materialismo francés del siglo dieciocho, esto es el materialismo de Paul Dietrich, del Barón de Holbach, de Julien Offroy de la Mettrie, esto es un radicalismo anticlerical de levadura enciclopedista combinado a un materialismo basado en estudios coyunturales de ciencias naturales. La comprobación copernicana de que la tierra gira alrededor del sol y no es el centro del universo, suscitó una avalancha de teorías que pretendieron extirpar de cuajo la tesis religiosa del origen del cosmos. Los materialistas de la escuela dieciochesca se precipitaron a tomar las teorías de Copérnico, Newton y otros científicos renovadores como la prueba máxima de que la materia había desvanecido el espíritu, deduciendo que la nueva ciencia había destruido la religión. El materialismo liquidó el idealismo proclamaron a los cuatro vientos. "La religión que atacaron los hombres de la Ilustración —aclaró E. A. Gellner— contenía teorías acerca de la natu-

raleza del mundo, del hombre y la sociedad; estas teorías o bien entraban en conflicto con las teorías empíricas o naturalistas, o bien excluían totalmente la posibilidad de tales teorías. La religión contemporánea ya no pretende prejuzgar los hallazgos e investigaciones de la ciencia o interferir en ellos. Las investigaciones, no solamente de la naturaleza inanimada y de la biología, sino también del hombre, la sociedad y hasta de la misma sociología de la religión ya no encuentran oposición ni resistencia. Se las tolera o se les da la bienvenida. Es improbable que muchos de los investigadores contemporáneos, por ejemplo, de la aplicación de métodos cibernéticos a la psicología, tengan la sensación de estar cometiendo actos impíos, o socavando la religión, aunque seguramente hay muchos católicos romanos entre ellos". Descartes, Kant, Copérnico y Newton expidieron el certificado de defunción de la escolástica, como una teoría del conocimiento ligada a la teoría providencialista del origen del universo, inculcada por la iglesia romana. A Newton se le pasó por la mente decretar la muerte de Dios, como pensaron los adeptos del materialismo histórico y el socialismo científico.

El progreso de las ciencias naturales en base a las investigaciones científicas nutrió una suerte de endiosamiento secular en los llamados naturalistas. Construyó una nueva dogmática, que buscó reemplazar a Dios por la Ciencia. Engels escribió la "Dialéctica de la Naturaleza" con un toque similar de arrogancia cientificista. El y Marx dedicaron entre ocho a diez años, según aseguraron, a estudiar matemáticas, física, química; se creyeron aptos para proclamar la desaparición del idealismo teológico, y consolidar una nueva ciencia política, ajustando ciencia y dialéctica. De paso elucubraron el socialismo científico supuestamente regulado, por principios y leyes similares a las de de la física y la química. En "Del socialismo utópico al socialismo científico" Engels condensó su pensamiento ya aligerado de fórmulas químicas y ecuaciones algebraicas. Expuso que "la naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y las modernas ciencias naturales

nos brindan para esta prueba un acervo de datos extraordinariamente copiosos y enriquecidos con cada día que pasa, demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia por cauces dialécticos y no por los carriles metafísicos, que no mueve en la eterna monotonía de un ciclo constantemente repetido, sino que recorre una verdadera historia... sólo siguiendo la senda dialéctica, no perdiendo jamás de vista las innumerables acciones y reacciones generales del devenir y del perecer, de los cambios de avance y retroceso, llegamos a una concepción exacta del Universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres". En los tiempos precoces de los "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", el joven Marx alardeó que si los filósofos de la antigüedad habían interpretado el mundo, él iba a transformarlo. ¿Cuál era la varita mágica para transformar el mundo? Nada menos que la vieja dialéctica de Sócrates, Platón y Aristóteles. Para cambiar el mundo se lanzaron a la aventura de modificar la dialéctica de los griegos concebida como método de razonamiento. Por otro lado, como bien se conoce, desde los tiempos más remotos, los pensadores chinos concibieron la teoría del principio de contradicción como guía para descifrar los principios cósmicos que pautan las energías del universo en sus plurales manifestaciones: el Ying y el Yang. Frío y calor, luz y oscuridad, cielo y tierra, crudo y cocido, en suma el emparejamiento de las fuerzas físicas y mágicas del Cosmos corresponden al Yin y al Yang, que no repele sino armoniza las fuentes sustentadoras del universo. Al igual que los pensadores presocráticos, los filósofos chinos esbozaron las nociones de una suerte de dialéctica cósmica, en la que se entrecruzan fuerzas aparentemente antagónicas que constituyen una multiplicidad y al mismo tiempo una totalidad. Los cosmólogos griegos anteriores al humanismo socrático, razonaron, igualmente, una teoría de las fuerzas contrarias para explicar qué energía es la que hace posible la perennidad del Universo, de qué estaba hecho el

mundo. Tales de Mileto sostuvo que de agua o humedad. Anaximandro explicó que existen cuatro cualidades primarias, a saber, caliente y frío, seco y húmedo. Pero fue Heráclito el Oscuro, quien sostuvo que todo se mueve, nada se estanca, que todo lo que vive es por la destrucción de la materia opuesta, el fuego vive por la muerte del aire y el aire por la del fuego. Esta teoría indujo a Marx y Engels a pellizcar esta arcaica idea y actualizarla con su versión de la dialéctica socialista. Con el advenimiento de Sócrates y los sofistas, se produjo podríamos decir la fundación occidental de una dialéctica a nivel del hombre racional, ya no encauzada solamente a la investigación de las fuentes de la energía del cosmos. De esa dialéctica anterior a Cristo en aproximadamente cuatrocientos años se afirmó primero Kant y después Hegel. Pero de la levita de Hegel se agarraron Marx y Engels. Los pioneros de la dialéctica como método de pensamiento fueron Sócrates, Platón y Aristóteles. Sin el rastreo de estos antecedentes griegos y chinos, que no por conocidos debe dejarse de insistir en ellos, no se puede comprender la vastedad de la distorsión de un método de raciocinio conceptuado para que discurra el debate libre de las ideas. Los Diálogos de Platón reflejan la discusión de Sócrates y los sofistas sobre todo lo divino y humano. Sócrates fue, de alguna manera, un dialéctico encauzado en la búsqueda de la verdad. Sus adversarios dialécticos, los sofistas, fueron intelectuales errabundos, libres y anárquicos, caracterizados por el ejercicio de una inteligencia sutil empleada para enseñar fuera de la academia, discutiendo los tópicos de la cultura griega. Moralista extremista a su manera y estilo, Sócrates no toleró que los oradores forenses griegos de la escuela sofista defendieran a los delincuentes con la elocuencia que empleaban en la defensa de las víctimas. Incomprendido en su época, Sócrates fue el adelantado prototípico del escritor comprometido con la búsqueda de la justicia, que sublimó, siglos después, Jean Paul Sartre. Los sofistas, como los poetas puros, aseveraron que la moral y la belleza tienen objetivos diferentes a veces incompatibles y

que más importante es la forma que el contenido. Desprovistos del compromiso con lo que se estimara como ético o justo o noble, los sofistas entendieron que los conceptos sobre la verdad o lo justo son subjetivos y difieren de una doctrina a otra y de un hombre a otro; por consiguiente, ante el escepticismo sobre la diferenciación subjetiva de los valores como tales, el retórico puede usar sin cortapisas su inteligencia para instruir, para escribir o para actuar en los tribunales. Este flujo de ideas, de afirmaciones y negaciones, sin perseguir un resultado final, constituía la dialéctica. La discusión libre podía servir como guía para el buen gobierno de la ciudad, pero sin aferrarse al pensamiento único, implícito en la teoría socrática, que lleva a la degeneración de la dialéctica. Aristóteles dio un paso importante en el desarrollo de la dialéctica, cuando, en la Retórica y la Metódica, instruyó sobre el método de raciocinio que es el silogismo. "Digo, pues, que son silogismos dialécticos y retóricos —expone con sobriedad paradigmática Aristóteles— aquellos de quienes formulamos los tópicos; estos tópicos son conceptos comunes sobre cuestiones de derecho y física, sobre cuestiones de política y de muchas ciencias que difieren en especie, como el tópico del más y del menos. Pues no será más concluir de este un silogismo o formular un entimema en cuestiones de derecho que en cuestiones de física o de cualquier otra ciencia, aunque éstas difieran en especie; son, en cambio, específicas cuantas conclusiones deriven de las premisas en torno a cada especie y cada género".

Nacida como una forma de la retórica y la oratoria, la dialéctica silogística fue, en el pensamiento de Guillermo Federico Hegel, un elemento constitutivo de la nueva Lógica, concebida por él en la ciencia de la Idea pura, que es otra forma de formular la racionalización griega de la dialéctica. Advirtió Hegel que la lógica (dialéctica) "es la ciencia más difícil porque no opera sobre intuiciones ni tampoco, como la geometría, con representaciones sensibles abstractas y requiere la fuerza y el hábito de retirarse al puro pensamiento, cerrarse y moverse dentro de él. Por

otra parte, puede ser considerada como la ciencia más fácil porque su contenido no es otra cosa que nuestro pensamiento y sus ordinarias determinaciones, las cuales son, al mismo tiempo, las más simples y las más elementales". Oponiéndose a la interpretación unívoca de Hegel como expresión del idealismo absoluto, Nicolai Hartman manifiesta que Hegel "con penetración advirtió que la filosofía no se debe ocupar de lo "abstracto e irreal" —cuyo nudo resultado sería algo abstracto— sino de lo "real" entendido como lo "que se pone a sí mismo y vive en sí mismo; no se debe ocupar, pues de vacíos conceptos sino de la "existencia en su concepto". Otros filósofos alemanes más modernos, Gottfried Stiehler, insisten en el idealismo de Hegel: "lo que Hegel presenta no son disputas concretas históricas entre las clases sociales o grupos, sino debates de actitudes mentales, de figuras de la conciencia". Bien es verdad que Hegel no estuvo satisfecho con el uso griego de la dialéctica. Consideró que "la dialéctica no es otra cosa que un juego subjetivo, de ir y venir de raciocinios, donde falta el contenido y la desnudez está disfrazada con la sutileza de aquel modo de razonar". En el intento de saltar de la lógica pura a la lógica de la naturaleza, y de aplicar a la materia inerte lo que había sido, de Sócrates a Aristóteles, un fluir de conceptos contrapuestos, es que surgen las contradiccioness en el pensamiento de Hegel. Sostuvo el filósofo que "la dialéctica forma, pues, el alma motriz del progreso científico, y es el principio por el cual solamente la conexión inmanente y la necesidad entran en el contenido de la ciencia, así como en ella, sobre todo, está la verdadera, y no exterior, elevación sobre lo finito". Kant advirtió el riesgo de pasar de la psicología racional a la cosmología, aclarando que la proposición "yo pienso" se funda en una intuición empírica, pero que no se debía tomar el alma como si fuera fenómeno, ya que "en modo alguno presenta al sujeto de la conciencia como fenómeno porque no tiene para nada en cuenta la clase de intuición: si ésta es sensible o intelectual". Hegel desoyó la advertencia kantiana e intentó crear una "filosofía de la

naturaleza", argumentando que "la filosofía no sólo debe concordar con la experiencia de la Naturaleza sino que el nacimiento y formación de la ciencia filosófica tiene por supuesto y condición la física empírica". Así, en medio de tanteos y vacilaciones que se tornan luego tesis, antítesis y síntesis, Hegel dedicó un capítulo de "Filosofía de la Lógica y de la Naturaleza" a intuiciones que hoy sólo puede leerse como divagaciones en las que refuta a Kant y urde reflexiones sobre espacio, tiempo, materia, plantas, animales, en resumen, un galimatías pseudo científico que los hombres de ciencia contemporáneos no han tomado en cuenta porque carecen de base científica real. Frases como "la materia tiene individualidad en cuanto tiene el ser por si, de tal modo en si misma que se desarrolla en si y, por consiguiente, la materia es determinada por sí misma" dejan perplejos a los científicos. Schopenhauer, que conoció personalmente a Hegel comentó que "era un intelectual de estrechas miras, insípido, nauseabundo, e ignorante, que alcanzó el pináculo de la audacia garabateando e inventando las mistificaciones más absurdas". Hartman, exégeta de Hegel, reconoce que "no es extraño que su filosofía de la naturaleza, su antropología y su psicología, hayan tenido poca influencia, aún entre sus contemporáneos, mientras que su filosofía del derecho, de la historia y de la religión continuaron viviendo en la posteridad".

Pero el quid del asunto no es la filosofía de la naturaleza de Hegel *per se* sino su influencia sobre Marx y Engels en cuanto a estimularlos a la invención de otra dialéctica de la naturaleza, con cimientos básicos de economía política. Marx y Engels aceptaron oficialmente haber modificado la dialéctica de la Idea pura, pero silenciaron que se nutrieron de la filosofía de la naturaleza hegeliana y se presentaron como inventores del materialismo dialéctico, engendro de innegable filiación hegeliana. Al par que toma de Hegel las tres leyes de trueque de cantidad en calidad y viceversa; la de la penetración de los contrarios y de la negación de la negación, como soporte de la dialéctica de la naturaleza, Engels adujo que, no obs-

tante que no se propuso escribir un tratado de dialéctica, su meta es "demostrar que las leyes dialécticas son otras tantas leyes reales que rigen el desarrollo de la naturaleza y cuya vigencia es también aplicable, por tanto, a la investigación teórica natural", de lo que deduce su aplicabilidad al materialismo histórico. Engels fue más lejos todavía en su desacuerdo conceptual de Hegel en "Del socialismo utópico al socialismo científico": "La filosofía alemana moderna encontró su remate en el sistema de Hegel, en el que por vez primera —y ese es su gran mérito— se concibe todo el mundo de la naturaleza, de la historia, y del espíritu como un proceso, es decir, en constante movimiento, cambio, transformación y desarrollo, y se intenta poner de relieve, además, la íntima conexión que preside este proceso de movimiento y desarrollo... no importa que el sistema de Hegel no resolviese el problema que se planteaba. Su mérito, que sentó época, consistió en haberlo planteado. Porque se trata de un problema que ningún hombre solo puede resolver. Y aunque Hegel era con Saint-Simon la cabeza más universal de su tiempo, su horizonte hallábase circunscrito, en primer lugar, por la limitación inevitable de sus propios conocimientos, y, en segundo lugar, por los conocimientos y concepciones de su época, limitados también en extensión y profundidad. A esto hay que añadir una tercera circunstancia. Hegel era idealista; es decir, para él las ideas de su cabeza no eran imágenes más o menos abstractas de los objetos y fenómenos de la realidad, sino que estas cosas y su desarrollo se le antojaban proyecciones realizadas de la "Idea"... el sistema de Hegel fue un aborto, pero el último de su género..la conciencia de la total inversión en que incurría el idealismo alemán llevó necesariamente al materialismo; pero adviértase bien, no a aquel materialismo puramente metafísico y exclusivamente mecánico del siglo XVIII. En oposición a la simple repulsa, ingenuamente revolucionaria, de toda la historia anterior, el materialismo moderno ve en la historia el proceso de desarrollo de la humanidad, cuyas leyes dinámicas es misión suya descubrir... todo lo

que queda en pie de la anterior filosofía, con existencia propia, es la teoría del pensar y de sus leyes: la lógica formal y la dialéctica. Lo demás se disuelve en la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia".

Tomando de Hegel la dialéctica, la filosofía de la naturaleza y agregando la teoría de las relaciones de producción, es decir la gravitación de las relaciones económicas en la estratificación de las clases sociales, Engels y Marx fundaron el materialismo histórico, mediante el cual la existencia social es la que dicta la conciencia de clase. Hegel razonó que el pensamiento es real y que lo real es pensamiento. Ingresando al torneo de los juegos de palabras, los padres del marxismo corroboraron que la existencia crea la conciencia y no la conciencia la existencia. Estos postulados llevaron a la creación del socialismo científico, considerando que, poniéndole como base los descubrimientos de las ciencias naturales del siglo diecinueve, validaban la cientificidad del marxismo. De toda esta armazón teórica derivó, entre otros conceptos políticos, que la revolución del proletariado debía ser asumida como el resultado de la aplicación de leyes de carácter científico, exactas y precisas como la rotación de los astros y los ciclos de las mareas.

Antes de Marx y Engels, el filósofo alemán Feuerbach afirmó sustancialmente lo mismo, aduciendo que no es Dios el creador del hombre sino que el hombre creó a Dios a su imagen (algo que Diderot ya había expresado mucho antes). Feuerbach se propuso aniquilar los principios hegelianos del Estado, presentándolos como una sublimación de la Idea divina. Opuso a los conceptos teológicos conceptos antropológicos, fundamentando la supremacía del hombre como centro de su destino social. Aunque en la "Tesis sobre Feuerbach" Marx razonó sus divergencias con el pensamiento del filósofo y señaló diferencias con lo que llamó su materialismo crudo, es evidente que recogió de éste la base antropológica del materialismo histórico. Riázanof admite la influencia de Feuerbach sobre los filósofos de avanzada de la época: "basta comparar las obras

de Marx y Engels anteriores a 1845 con las de Herzen, Bielinsky, Droboliubof, Chernichevsky, para comprobar la analogía de ideas y puntos de vista de la exposición, analogía mayor cuanto más los escritores rusos se alejaban de Hegel para aproximarse a Feuerbach". Más allá de convergencias y divergencias, Marx mostró su agudo temperamento dialéctico, polemizando, sobre todo, con socialistas contemporáneos. A las discusiones célebres sobre la obra de Feuerbach se unen las sostenidas con las de Duhring, Ricardo, Proudhon, Blanqui, Say, Sismondi, Hess, Grun, Bauer, y las interminables polémicas post mortem que no cesan a pesar del derrumbamiento de la Unión Soviética y el revisionismo chino, que fusiona marxismo y economía de mercado, esto es replantea las antítesis marxistas.

En una disciplina eminentemente dialéctica, seguirá debatiéndose si Marx y Engels interpretaron correctamente el pensamiento de Hegel tomándolo como arquetipo del idealismo del siglo diecinueve, o si deformaron o simplificaron en demasía su complejo pensamiento, al minimizar la Dialéctica de la Naturaleza de Hegel, cuyo contenido arrastró el deslinde que ya había reelaborado Kant tomando como punto de partida la revolución científica de Copérnico y Newton, rectificadora de la teología escolástica. Recapitulando sus enunciados ideológicos, se les achaca igualmente la conversión del método dialéctico en rígidas leyes de interpretación unilateral de la historia social. Proudhon adelantó discrepancias por la triada de tesis, antítesis y síntesis en la construcción silogística que Aristóteles planteó como método de raciocinio, pero que Marx empobreció en un calabozo intelectual. Por otro lado, que la economía es un elemento influyente en la incubación de las transformaciones sociales es un tópico que nadie niega, pero aceptando la participación de otros elementos objetivos y subjetivos en los procesos de cambios. La refutación del determinismo económico conllevó el descrédito del materialismo histórico como filosofía, como visión del mundo. Exegetas modernos como Louis Althuser, reinterpretando la teoría original, reconocen que "el marxismo,

desde el punto de vista teórico, no es ni un historicismo ni un humanismo; que en muchas circunstancias tanto el humanismo como el historicismo reposan sobre la misma problemática ideológica y que teóricamente hablando el marxismo es, en un mismo movimiento, y en virtud de la única ruptura epistemológica que lo fundamenta, un antihumanismo y un antihistoricismo. Debería decir con todo rigor, un a-humanismo y un a-historicismo". Sin embargo, por lo que se conoce el marxismo que osa prescindir de Marx no es aceptado por los marxistas que aún quedan.

Leszek Kolakowski dijo que los teóricos marxistas suelen dividirse en dos grandes categorías intelectuales: aquéllos que se proponen demostrar la verdad del marxismo, estudiando los problemas de la filosofía, la historia, la economía o la sociología. La segunda categoría abarca los sociólogos, filósofos, e historiadores que aplican las conclusiones marxistas —la victoria final de la dictadura del proletariado, el derrumbe del capitalismo— para resolver los temas de sus disciplinas respectivas. Ahora bien: las más significativas discrepancias doctrinarias no partieron de posiciones capitalistas o liberales sino de pensadores socialistas, algunos coetáneos de Marx, otros surgidos poco después de su muerte, en plena ebullición ideológica socialista. Resulta importante revisar estas posiciones fulminadas por Marx y sus discípulos ortodoxos, a la luz de las pruebas de la realidad histórica y verificar en qué desbarraron y en qué acertaron.

Los disidentes

Eduard Bernstein (1850-1932)

En 1880, Bernstein conoció a Marx y Engels en Londres y sostuvo correspondencia en la que intercambiaron puntos de vista sobre el marxismo. Periodista, historiador y parlamentario, se agitó como divulgador de las obras de Marx y Lassalle y defensor de los principios de la clase obrera. Al parecer, su conocimiento directo del socialismo inglés más dedicado a la protección social concreta de las condiciones de vida de los obreros que a las discusiones teóricas típicamente germánicas, fue modificando su visión del marxismo. Kolakowski sostiene que su contacto estrecho con el socialismo fabiano influyó en los cambios de su percepción del marxismo; pero su concepción cada vez más pragmática del análisis social no parece conciliarse con el socialismo académico de los fabianos ingleses. Poco a poco Bernstein comprendió que la toma del poder por acción de los proletarios revolucionarios era una posibilidad y no un axioma político. Expuso sus puntos de vista en artículos periodísticos enfocados al análisis de conceptos hegelianos en el pensamiento marxista. La serie de artículos denominada "Problemas del socialismo" llevó a que fuera denunciado como revisionista por Karl Kautsky, Rosa Luxemburg y Clara Zetkin en un congreso celebrado en Stuttgart. Más que una revisión del marxismo fue una dislocación de aspectos medulares del marxismo lo que motivó el atrincheramiento ideológico de Bernstein. Incidió, por ejemplo, en resaltar que, lejos de refutar la pulpa filosófica de Hegel, Marx reafirmaba puntos sustantivos del filósofo prusiano. Fue uno de los primeros en anotar que la conversión de la dialéctica de Hegel en ley de la transformación social, fue, antes que nada, una especulación, un ejercicio de raciocinio abstracto carente de la validez de los hechos reales. El Estado como encarnación de la Idea divina de Hegel se transformó en el Estado como encarnación de la Idea del materialismo

dialéctico. Lo que en Hegel fue sólo una especulación, en el rabínico Marx sólo fue una profecía utópica, un dogma de fe del *sancta sanctorum* socialista. A juicio de Bernstein, la dialéctica hegeliana aprisionó de una vez para siempre la mente del que fuera joven hegeliano, estropeándole la lucidez al extremo de confundir filosofía con sociología, y construir una abstracción: el dogma del determinismo económico en la historia de la lucha de clases. Asimismo, Bernstein desbarató la teoría de la plus valía, insistiendo en la tendencia maníaca de Marx de intelectualizar la economía política con ecuaciones desprovistas de contenido real. Resaltó que en una rama económica como la industria, compleja en el desglose de sus costos, determinar el porcentaje de la plus valía, apropiada arbitrariamente por el industrial, correspondía a situaciones inestables, que por su elasticidad, no podían ser la columna vertebral del índice de explotación. Otros economistas alemanes, Sombart y Schmidt, ya habían apuntado la inconsistencia de la teoría del valor marxista. Pero lo que marcó la ruptura radical de Bernstein con el marxismo fue, como señala Kolokowski, las afirmaciones que "las predicciones de Marx acerca de la concentración de capital eran erróneas, como también lo era la teoría de la polarización de las clases sociales y la idea de un único cambio revolucionario que abolía el orden existente; según él la tarea de la socialdemocracia era socializar gradualmente las instituciones políticas y la propiedad y el partido ya había aceptado esto en la práctica...ésta era en esencia la doctrina revisionista, claramente incompatible con la letra y el espíritu del marxismo y con la parte teórica del programa del partido".

Mijail Bakunin (1814-1876)

Un clisé penosamente simplificado retiene en el tiempo la imagen de Mijail Bakunin como un anarquista semibárbaro extraido de las estepas rusas para alborotar el mundo. Sus emponzoñados adversarios desfiguraron al gran detractor del feudalismo zarista pintándolo como un agente secreto infiltrado en las organizaciones obreras. Uno de sus biógrafos denuncia a Karl Marx como uno de los instigadores principales de la orquestada campaña de descrédito internacional para conseguir con calumnias descalificadoras lo que no pudieron obtener en la batalla ideológica y en la pugna para controlar la Primera Internacional. "Este amargo odio, que a menudo asumió las formas más repulsivas debido a la completa ignorancia de los verdaderos objetivos y acciones de Bakunin (como resulta de la correspondencia publicada entre Marx y Engels), se expresó en una diseminación de calumnias tanto como en abusos administrativos de la Internacional, cuyo comité ejecutivo radicado en Londres estaba dominado por Marx. Un partido local en Ginebra y varios secuaces como Nicolás Utin y Paul Lafargue ayudaron a Marx en esta tarea. Las intrigas alcanzaron su punto culminante en el Congreso de La Haya de la Internacional (setiembre de 1872), donde Bakunin fue expulsado de la Internacional con una mayoría obtenida mediante trucos y viles maniobras, y además fue calumniado a instigación de Marx. Todos estos hechos han sido investigados plenamente y explicados tan a fondo que el juicio final enteramente posible en la actualidad, constituyen ciertamente un borrón en la memoria de Marx y Engels" asevera Max Nettlau.

La vida atormentada y trashumante de Bakunin podría pertenecer a una novela dostoievskiana. Hijo de un militar al servicio de los zares y militar él mismo por decisión despótica de su padre, creció en una enorme hacienda a orillas del Oruga en la provincia de Tver, adquirida por su abuelo Mijail Basilevitch Bakunin, consejero de estado y vicepresidente del Colegio de la Cámara en tiempos de la

emperatriz Catalina II. Tenía los atributos para desarrollar una brillante carrera militar bajo la sombra paternalista de los emperadores. Pensando como los progenitores de las generaciones rusas de su tiempo, su padre lo enroló a los catorce años en la academia de artillería de San Petersburgo, poniéndolo al servicio de la perpetuidad de la dinastía Romanov. Probablemente, mientras rumiaba su disconformidad con la carrera de las armas, Mijail no presumía qué clase de proyectiles dispararía contra el viejo orden a lo largo de su existencia errabunda. Los oficiales jóvenes modelados por el amante de Ana Karenina disfrutaban el ocio de las noches blancas enamorando a las mujeres casadas y ganaban ascensos codeándose con la nobleza. Mijail asistía a las tertulias sigilosas del político amigo de su padre Nicolai Nazarovitch Muraviev, donde se le revelaba un mundo diferente al de los cuarteles y al de la hacienda de su abuelo. Una violenta discusión con un general que ordenó su destierro a una desolada guarnición al oeste de Rusia en 1834 rubricó las diferencias entre la disciplina militar y la disciplina intelectual motivada por su mentor Muraviev. Este manejó influencias familiares con un hermano gobernador provincial para que lo trasladaran a la población polaca de Vilna, donde se asomó a los entresijos de otra sociedad férreamente estratificada, en la que los campesinos, como los militares, estaban obligados a cumplir órdenes sin dudas ni murmuraciones. Bakunin fortalecía su entrenamiento para abrigar una duda metódica, cartesiana, contra los dogmas del despotismo militar y social. Finalmente, después de una visita a la gens Bakunin, tomó la decisión de abandonar el ejército. Se declaró enfermo y dejó el cuartel antes que su padre pudiera bloquearlo. El afecto de su padre fue un abrazo de oso del que no resultaba fácil escurrirse. Le gestionó una destacada función en la administración civil de Tver, que Mijail rechazó, arguyendo que tomaría una pausa para seguir estudios universitarios. Su ambición fue ampliar sus conocimientos filosóficos y ganarse la vida como profesor, siguiendo los consejos de su amigo moscovita Stankevich,

entregado al estudio del pensamiento de Kant, Schelling y los románticos alemanes. A principios de 1836 partió a Moscú sucumbiendo a la fascinación de la ciudad cosmopolita donde bullían las frustraciones y recónditas esperanzas de los jóvenes emigrados de las provincias. Sació su hambre filosófica leyendo a Fichte, Hegel, Goethe, Schiller, Hoffman. De la filosofía accedió a la política. Se relacionó con Belinski y los círculos socialistas de Herzen y Ogarev. Su coetáneo Herzen reproducía el microcosmos de su vida: vinculación con la nobleza provinciana, distorsión entre las órdenes de su padre y sus decisiones personales, lecturas voraces de literatos y filósofos. Y particularmente, una reprimida rebeldía que lo instaba a repudiar el antiguo régimen pero sin objetivos claros de su acoderamiento ideológico final. Herzen fue arrestado al descubrir las autoridades que guardaba libros prohibidos y asistía a cónclaves en los que se denostaba a los Romanov. El destino de Herzen fue una prefiguración de lo que le aconteció después. Quiso estudiar en Alemania, pero su padre se negó a facilitarle dinero, ofuscado por el abandono intempestivo del medio familiar. Con dinero prestado por Herzen viajó a Berlín y después de breve estada en la capital partió a Dresde para vivir alrededor del hegeliano radical Arnold Ruge. Cuanto más se involucraba en los círculos políticos donde la palabra de orden fue quebrar el sistema, más se debilitaba su entrega a la enseñanza, donde sería un servidor del sistema. Alemania era una caldera donde hervían los principios socialistas arraigados en Francia. Sus primitivos sentimientos eslavófilos y antigermánicos cedieron a medida que entendía el ecumenismo del decálogo socialista sin fronteras de nacionalidades y razas. La policía política zarista se movía entre las sombras y vigilaba los pasos del joven Bakunin en los grupúsculos radicales. Su padre recibió una llamada de atención de las autoridades incrédulas de su ruptura con Mijail. La ruptura fue veraz y definitiva. Negó el regreso a Rusia y se convirtió en un profesional del exilio. Centro de conspiraciones y mentideros radicales, Zurich ostentó

la medida de la tolerancia suiza a los emigrados. Bakunin, un poco para que la policía no le pisara los talones en Alemania, partió con el popular poeta Georg Herwegh. El comunista alemán Wilhelm Weitling, adversario feroz de Marx, instaló sus reales en Zurich. Bakunin lo escuchó, como a otros tantos políticos radicales, y tomó apuntes sin adoptar decisiones en firme sobre su abanderamiento ideológico. Sus simpatías iban en dirección al comunismo y durante un tiempo se identificó como comunista; luego repudió su identificación con la por entonces incipiente y hermética corriente, al conocer el autocratismo de sus dirigentes y pudo pensar, como escribió Isaiah Berlin a propósito de los rechazos de Herzen sobre el comunismo, que era el zarismo de cabeza.

Los artículos de Bakunin en publicaciones alemanas manifiestan sus convergencias con los ideales socialistas humanísticos y sus divergencias contra el monopolio del dominio político de gavillas partidistas. Iba abriéndose camino a un puerto incierto, tanteando en la espesa oscuridad de las luchas que enturbiaban los principios que usaban de la libertad para abusar de las dictaduras de las camarillas de exilados. Al parecer la lectura de las obras de Proudhon fue el rayo de Patmos que abrió su mente a fórmulas que compatibilizaban la defensa de los desposeídos sociales como entidad masificada con la defensa de los derechos individuales casi instintivos, la libertad de pensar y decir y escribir sin tapujos sin censuras ni dogmas. Volcó estas inquietudes en las "Cartas íntimas a Herweg",en las que la correspondencia real o ficticia con el poeta fue pretexto para embestir contra las tiranías de Rusia contra Polonia, de la censura zarista contra los revolucionarios emigrados. La reacción rusa sobrepasó la iracundia. El zar Nicolás I confiscó las propiedades de la familia Bakunin, negó su derecho a las libertades civiles y ordenó su encarcelamiento en Siberia si fuera detenido en territorio ruso. Mijail respondió imperturbablemente, sin desbarrancarse por una desgarrada emotividad, y propuso en forma serena la creación de una federación republicana de países

eslavos, Polonia comprendida, con autogobierno en asuntos internos, y régimen unitario en asuntos externos. Más adelante pronunció en París un discurso abogando por la amistad de rusos y polacos en términos de supresión del imperialismo zarista. La audacia de sus propuestas federalistas no prendió en los círculos rusos de avanzada, mientras, por contraste, magnetizó a los patriotas polacos. Para desbaratar la osadía de sus planteamientos sobre Polonia, la embajada rusa dejó caer en los grupos emigrados la versión que Bakunin, en verdad, era un espía ruso desbordado por su exuberancia política. Mercenarios polacos filtraron la imputación al gobierno francés, preparando el terreno para exigir su expulsión. Más adelante, cuando residía en Alemania, agentes rusos soltaron la especie que preparaba un atentado contra la vida de Nicolás I. Bakunin entró a la clandestinidad, temiendo su captura para ser entregado a la policía rusa. Detenido en Sajonia, pasó un año en prisiones en Dresde y en la lúgubre fortaleza de Koenigstein estuvo a punto de ser fusilado por una sentencia de muerte, conmutada por prisión perpétua. Pasó después deportado a Austria. Privado de movimientos en una celda estrecha y miserable, con grillos en los tobillos, víctima de interrogatorios que le impedían el sueño, traicionado por camaradas transformados en enemigos, Bakunin resistió a pie firme, heroicamente, los sucesivos padecimientos. Para remate de males, un proceso sumario de extradición cumplió el severo anhelo zarista de martillarle el cerebro en una prisión de la tundra siberiana. La malévola intención era desprestigiarlo para que sus proyectos federalistas recibieran una marchita recepción, o ninguna. Castigado al confinamiento solitario en prisiones azotadas por el cierzo invernal fue conminado a escribir cartas de arrepentimiento por el conde Orlov. Escribió cartas que fueron simulacros de confesiones políticas. Alejandro II, sucesor de Nicolás I, destempló al conde Orlov, orgulloso de su logro político, diciéndole que no encontraba indicios convincentes de arrepentimiento en todo lo que había salido de la pluma de Bakunin, puesto

que no daba nombres de conspiradores, no ubicaba los lugares donde se complotaba y se limitaba a culparse de pecados políticos veniales. Bakunin escribió las confesiones al zar en el umbral del suicidio, temeroso de soltar la lengua y ser un delator a consecuencia de las abrumadoras torturas físicas y psicológicas. Convencido de que las confesiones eran una patraña, el zar no se opuso al cambio de escenario y así llegó a Siberia, después de un reencuentro con sus hermanos y con su antiguo tutor Muriatov. El frío de la estepa abrió los pulmones ahogados en las ergástulas, despejó la mente y revivificó el aliento revolucionario de Mijail. Exploró regiones deshabitadas y se interesó en la búsqueda de una salida al mar por el cauce del río Amur. Los intereses aparentemente geográficos escondían sus propósitos de evasión. Navegó el Amur y no se detuvo hasta llegar, pasajero clandestino en un barco japonés, hasta San Francisco, Panamá y Nueva York. Renació el conspirador internacional. Reanudó sus relaciones con los medios socialistas. Colaboró en "La Campana" de Alexander Herzen, diario que, según se chismeaba en Moscú y San Petesburgo, leía el zar para estar al tanto de las ideas de sus adversarios. Temas nacionalistas y paneslavófilos anidaban en los proyectos de Bakunin, todavía sin la impregnación de un derrotero político específico, después de su ruptura con Marx y Engels y su expulsión de la Internacional. Tampoco establecía puntos claros de concordancia con los polacos nacionalistas y los socialistas rusos y alemanes. Bakunin fue por un tiempo un político itinerante, sin identidad ideológica definida, un hombre a la búsqueda de si mismo, a pesar que cruzó continentes y habló con los hombres representativos de su tiempo. Fue en Italia donde sus ideas maduraron, aceptándose él mismo como un anarquista sui géneris, miembro algo distante con personalidad propia de la familia de Proudhon y Blanqui. Las intrigas de sus desleales correligionarios, las calumnias de los secuaces zaristas y las confesiones forzadas en prisiones de espanto no doblegaron el crédito de quien se empinó sobre los perfiles políticos de su época y

pudo entrever nidos secretos de dictaduras nefastas entre las promesas de fraternidad socialista, muy ajustadas a la realidad de los futuros regímenes comunistas. Un puñado de amigos acompañó sus restos a la tumba de Berna, en 1876. Ahora los neolibertarios rescatan el resplandor de lo que estiman su no extinguida trayectoria revolucionaria.

¿Qué principios, qué valores señalan la especificidad ideológica de Mijail Bakunin al revisarse su legado? ¿Es un anarquista prototípico? ¿En qué aspectos discrepa del marxismo?

Bakunin no poseyó el vuelo académico de Marx ni la grandilocuencia de Herzen. Compilados por G.P. Maximoff en textos rusos en cinco volúmenes, en la primera edición de sus obras escogidas entre 1919 y 1922, los escritos de filosofía política, buena parte de ellos artículos periodísticos o ampliación de éstos como en Marx, presentan nítidamente la exposición de sus afinidades y diferencias tácticas y conceptuales con el marxismo, que fue y sigue siendo la línea principal de sus referencias políticas. Fueron publicados en ediciones rusas, alemanas, francesas e inglesas como folletos o libros de escasas páginas, con títulos que constituyen índices de sus posiciones políticas.

Como ideólogo y militante, Bakunin conoció a fondo el movimiento socialista europeo. Dentro de su visión panorámica identificó no solamente las peculiaridades conceptuales de Saint-Simon y Fourier, de Proudhon y Babeuf, de Blanc y Cabet, sino que distinguió los fraccionamientos nacionalistas dentro del socialismo y las controversias internas para asegurarse la hegemonía de la dirección política de la Internacional. El examen de su análisis sobre los contenidos doctrinarios del socialismo francés muestra una interpretación lúcida de cada escuela y el progresivo establecimiento de sus convergencias y divergencias. Criticó el saintsimonismo porque no define con claridad si se propone crear un nuevo movimiento religioso o un movimiento político amparado en el desarrollo industrial, sin conflictos de clases, sin separación entre explotadores y explotados. "Los sansimonianos querían

reemplazar a la cristiandad —observa agudamente Bakunin— por una nueva religión basada sobre el culto místico a la carne con una nueva jerarquía de sacerdotes, nuevos explotadores de la multitud por el privilegio del genio, la habilidad y el talento". Sobre los discípulos de los falansterios de Fourier opinó lo siguiente:

"Los fourieristas, demócratas en un sentido mucho más amplio, —podríamos decir que mucho más sinceramente demócratas— concibieron sus falansterios gobernados y administrados por jefes elegidos mediante sufragio universal, y pensaban que cada uno encontraría en ellos la clase de trabajo y el lugar más apropiado para sus pasiones naturales. Las falacias del sansimonismo son demasiado evidentes para discutirlas aquí. Los fourieristas padecían dos errores: en primer lugar, creer sinceramente que a través de la persuasión y la propaganda pacífica podrían llegar a los corazones de los ricos hasta tal punto que vendrían por sí mismos a depositar los excedentes de sus riquezas en las puertas de sus falansterios; y su segundo error fue imaginar que sería posible construir teóricamente a priori un paraíso social donde la humanidad se establecería para siempre". Desaparecen sus dudas sobre el misticismo de los sansimonistas y el utopismo de los fourieristas, cuando encara su aproximación a las posiciones de Babeuf, Proudhon, Blanc y Cabet. Rescata de Babeuf su reencuentro con las fuentes de la Revolución Francesa, caracterizándolo como "uno de los últimos ciudadanos enérgicos y limpios de corazón que la Revolución creó y luego mató en tan gran número, y que tuvo la fortuna de contar entre sus amigos a hombres como Buonarotti, (y) combinó en un solo concepto la tradición política de la antigüedad con las ideas claramente modernas de una revolución social". Sus simpatías más vivas transitan por la vía de Pierre-Joseph Proudhon, con el cual coincide en el repudio a la constitución de un socialismo regimentado: "El socialismo de Proudhon, basado sobre la libertad individual y colectiva, sobre las acciones espontáneas de las asociaciones libres, sin obedecer otras leyes

que las generales de la economía social ya descubiertas o por descubrir en el futuro; este socialismo que funcionaba fuera de cualquier regulación gubernamental y de toda protección estatal, subordinando la política a los intereses económicos, intelectuales y morales de la sociedad, estaba destinado con el tiempo al federalismo".

El temperamento crítico de Bakunin entró en efervescencia cuando su enfoque analítico se posó en el marxismo. Dos líneas críticas sostienen su disidencia. Por un lado, como ruso, como miembro de la etnia eslava, enjuicia el marxismo como una maniobra política de los alemanes Marx y Engels, apoyados por Bebel y Liebknecht, para favorecer la supremacía del Partido Social Demócrata Alemán. Un partido alemán, con ingredientes burgueses y judíos, asume la forma de una conspiración antieslava al juicio crítico de un ruso de arraigados sentimientos nacionalistas y antigermánicos. Las divisiones nacionalistas estaban muy vivas en Europa, sobre todo entre germanos y rusos, a lo largo del siglo diecinueve, y aún antes. Quizás Bakunin respondió a la tradición eslavófila secular que compartieron desde siempre gobernantes y gobernados. Una tradición nutrida por la rivalidad latente entre emperadores rusos y emperadores prusianos tanto en el mantenimiento de sus posesiones territoriales ancestrales cuanto en las disputas alrededor del anexionismo recurrente del dominio sobre los países de Europa Central, Polonia, Checoeslovaquia, Hungría. En los viajes a Alemania algo comprobó Bakunin en los alemanes que trató, algo traducido en arrogancia y desprecio por los rusos comúnmente considerados como campesinos primitivos. Probablemente esas conductas germanas, además de la rivalidad histórica entre ambas nacionalidades, lo impulsó a no bajar la guardia sino a mostrarse vigilante y belicoso cuando trataba con alemanes, cualquiera que fuese el nivel de entendimiento o disentimiento. Puede percibirse, también, hostilidad antijudía, actitud frecuente en un país de progroms. Marx fue un judío vergonzante bautizado como protestante, jactancioso de su agresivo distancia-

miento de la religión mosaica, conducta que Isaiah Berlin definió como autoflagelamiento psicológico típicamente judaico. Se puede detectar una antipatía recíproca entre Bakunin y Marx que avinagró las relaciones políticas desde el principio de su trato personal hasta el rompimiento final. Este rechazo mutuo en el plano afectivo de un ruso y un aleman, ambos de grandes talentos polémicos, estalló en la etapa de preparativos de la Internacional. En la cadena de las incompatibilidades hay que considerar en primer plano las discrepancias doctrinarias. Bakunin fue un enérgico individualista como Proudhon; ambos firmementes socialistas, obstinadamente individualistas, no toleraban la existencia del autoritarismo en ninguna de sus formas, pero, por encima de todo, la más nefasta, la peor: el autoritarismo estatal pulverizador de la libertad del hombre como persona. Su raíz anarquista provino de su resistencia innata al Estado en la medida que representaba el estrangulamiento de la espontaneidad de las asociaciones libre de trabajadores. Para Bakunin, el Estado fue la personificación histórica del totalitarismo en sus diversas tendencias y variantes. Su proximidad con los anarquistas italianos y españoles reforzó su antiestatismo visceral. Vio en las ideas de Marx el continuismo del regimentarismo de todos los tiempos. Aplicado a los trabajadores, el regimentarismo se le presentó como una monstruosa conspiración. No vacila en afirmar "usaremos todos nuestros esfuerzos para mantener al proletariado eslavo lejos de una unión suicida con ese partido que por sus tendencias, directrices y medios no es un partido popular sino un partido puramente burgués, y, además, un partido alemán, es decir, antieslavo". Mezcla de emotividad nacionalista y fobia anti hebraica, el antiestatismo de Bakunin, específicamente, su oposición a que el Estado socialista fuera controlado por la élite de un partido, fue consecuencia de la maduración de una secuencia de conclusiones fácticas. Descubrió un contralenguaje en los planteamientos marxistas. Donde se decía dictadura del proletariado interpretó dictadura de un grupo minoritario. Donde se decía

gobierno revolucionario, según Bakunin, se escondía la realidad de un régimen burgués. Donde se magnificaba la destrucción del estado burgués, en verdad, iba a producirse el reemplazo de burgueses por burgueses en la conducción del mismo estado infectado por los aberrantes vicios de la nueva burocracia igualmente centralizada, signada por un despotismo atroz. Sus palabras manifiestan la penetración de los desenmascaramientos de la teoría marxista que el Estado Bolchevique llevaría a límites indescriptibles: "La teoría del Estado y la teoría de la dictadura revolucionaria se basan en igual medida en esta ficción de la representación popular y en el hecho efectivo de que las masas están siendo gobernadas por un puñado de individualidades elegidas —o incluso ni siquiera elegidas— en el día de los comicios por un tropel aborregado e ignorante siempre de por qué y a quiénes elige; se basa en esta representación ficticia y abstracta de la fantaseada voluntad general y el pensamiento del pueblo, que el pueblo viviente y real ignora del modo más completo. Entre la dictadura revolucionaria y el principio del Estado la diferencia estriba únicamente en la situación externa. En sustancia, ambos son idénticos: el gobierno de la mayoría por una minoría en nombre de la supuesta estupidez de la primera y de la supuesta inteligencia superior de la segunda". Afilando sus conceptos sobre la ficción del estado popular, escribió Bakunin:

"El primer paso en la revolución de las clases trabajadoras es llevar al proletariado a la posición de las clases dominantes...el proletariado centralizará los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir del proletariado elevado a la posición de clase dominante... Ya hemos expresado nuestro rechazo a la teoría de Lassalle y Marx., teorías que aconsejan a los trabajadores —sino como su ideal último, al menos como la tarea inmediata más importante— formar el Estado popular, el cual, según su interpretación, será solamente "el proletariado elevado a la posición de clase dominante"...pero el Estado implica dominación y dominación implica explotación,

lo cual prueba que el término popular (Volks-Staat), que desgraciadamente sigue siendo la consigna del Partido Social-Demócrata alemán, es una contradicción ridícula, una ficción, una mentira (sin duda, inconsciente) y para el proletariado, una trampa oculta muy peligrosa. El Estado, por muy popular que sea su forma, será siempre una institución de dominación y explotación y, por tanto, una fuente permanente de explotación y miseria. En consecuencia, no hay otro medio de emancipar económica y políticamente al pueblo, de entregarle bienestar y libertad, que abolir el Estado, todos los Estados, y desterrar de una vez para siempre todo lo que hasta ahora se ha llamado política".

Así fue que este ruso clarividente, en la víspera de la creación de la Internacional, años antes que los bolcheviques llegaran el poder en Rusia, desenfardeló las gasas que, con lenguaje sutil y supererudito, Marx, enmascaró la cruda realidad del futuro de los estados comunistas dictatoriales y todopoderosos. Se explican solas las razones, o sinrazones, de Marx y Engels para manipular la expulsión de Bakunin de la Internacional. Bien es verdad que aún las más embrionarias y leves formas del Estado, fuere cual fuere su origen y proyección, indignaron a Bakunin, antiestatista *par excellance.* Desde el fondo de su anarquismo puro y nihilista, exclamó: "El Estado no es la patria, es la abstracción, la ficción metafísica, mística, política, jurídica, de la patria... el patriotismo del pueblo no es sólo una idea, es un hecho. Pero el patriotismo político, el amor al Estado, no es la expresión fiel de este hecho: es una expresión distorsionada por medio de una falsa abstracción, siempre en beneficio de una minoría explotadora".

Economía Política

El meollo de la teoría marxista reside en la economía política. Su capacidad de transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista se concentra en lo económico. Si recapitulamos la visión retrospectiva de la

historia del socialismo anotaremos a los pensadores que antecedieron a Marx en la fundamentación de la incidencia de los hechos económicos materiales en los cambios de la estructura social. Los cavadores de Lilburne y los niveladores de Winstanley plantearon en el siglo XVII la distribución de las tierras de propiedad privada entre los campesinos ingleses. El análisis jurídico de Proudhon se encauzó a demostrar que el origen de la propiedad privada es resultante de la usurpación de las tierras colectivas de los primeros tiempos de la humanidad. La entrega de los medios de producción industrial a los obreros surgió en Francia en el proyecto de los talleres nacionales de Louis Blanc. La toma del poder por los trabajadores y el exterminio de los explotadores constituyó la entraña del Manifiesto de los Iguales de Babeuf, Buonarrotti y sus camaradas. Las desigualdades sociales procreadas por la revolución industrial fueron expuestas con sagacidad crítica por Henry George en su libro "Progreso y Miseria", que Marx leyó antes de escribir "El Capital".

En salvaguarda de la integridad intelectual de Marx debemos recalcar que reconoció sus deudas con la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa. Pero si los pensadores socialistas alemanes reconocieron el marxismo como cristalización sincrética de anteriores ideologías ¿dónde reside entonces la originalidad de Marx? El debate de Marx sobre la tesis del trabajo de David Ricardo —la injusticia del reparto de la plus valía— marca algunos contornos peculiares de su aportación.

Si no acotamos, con rigurosa objetividad histórica, la revisión de los textos de Marx dedicados a la economía política desembocaremos en el desaliento intelectual. El insistente fijismo de su temática encalla en un reduccionismo monótono. Esperábamos un análisis integral más a fondo de la revolución industrial, pero lo que encontramos es el abstraccionismo de la noción del valor del trabajo que debe mucho a la teoría que antes explayó el economista inglés David Ricardo. Estábamos preparados para el parto de los montes, pero en vez de la conmoción

de las montañas del industrialismo, apareció, silencioso, un diminuto roedor, la teoría de la plus valía.

No podíamos pensar otra cosa después que Marx alardeó de haber encontrado la filosofía que iba a transformar el mundo y no limitarse a su interpretación. Concentró su ataque no en desmontar el sistema de producción en serie de productos extraídos de la transformación de las materias primas, sino en el resultado final del proceso económico, esto es el salario. Después de haber puesto de cabeza la dialéctica hegeliana, usando argumentos procedentes del materialismo para deshacer la racionalización hegeliana, he aquí que Marx nos sorprende retornando al hegelianismo, en otras palabras, empleando idealizaciones abstractas, como un neohegeliano, para discutir un tópico eminentemente empírico como la economía.

Pocos profesionales de la economía moderna se han tomado el esfuerzo de refutar la conversión de la economía en filosofía de la teoría de la plus valía. Los datos empíricos de la economía indican que el pago del trabajo, lo que representa el salario, pertenece a una casuística elástica que se puede/debe reajustar mediante negociaciones sindicales o bajo la presión laboral de paros y huelgas. En otras palabras, la aproximación constante e insatisfecha al pago del trabajo no se circunscribe a fórmulas abstractas sobre qué es justo o equitativo: de acuerdo a la experiencia contemporánea, la discusión de salarios corresponde a un rejuego típicamente sindicalista en cualquier país. Es difícil que los trabajadores y los empresarios se pongan de acuerdo en concertaciones de salarios. El empresario promedio alega que pierde dinero y que los negocios no andan bien. En su turno, los trabajadores siempre se desenvolverán en la demanda perentoria de salarios que no satisfacen sus necesidades. Las empresas privadas regatean por principio los aumentos de salarios, argumentando frecuentemente que el desenvolvimiento de los precios de las mercancías es aleatorio y que, por ende, las ganancias o pérdidas fluctúan hacia arriba y hacia abajo, debido a factores diversos de orden coyuntural. Desde

los "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", Marx se abocó al análisis de fórmulas fijas, de las cuales obtuvo resultados fijos estructurados sobre la base de raciocinios especulativos. Sus deducciones apriorísticas son de este calibre: "El salario se determina por la lucha antagónica entre capitalista y obrero. Triunfa necesariamente el capitalista. El capitalista puede sostenerse más tiempo sin el obrero que éste sin aquél". En el razonamiento marxista no existen variaciones empíricas como competencias empresariales, alzas o bajas de las materias primas, fluctuaciones de la bolsa, ampliación, beneficios o pérdidas de mercados. Marx no tomó en cuenta la existencia de quiebras, fusiones, o absorciones de empresas pequeñas o medianas por conglomerados poderosos. Según el silogismo marxista, el capitalista siempre tiene fortaleza económica y siempre explota al trabajador. Un universo maniqueo de buenos y malos, fundado en principios de ética social, punto de partida para justificar la teoría de la lucha de clases, como proceso ineluctable. Otras afirmaciones de Marx son auténticas tautologías: "La acumulación del capital acrecienta la división del trabajo, y la división del trabajo multiplica el número de obreros; y a la inversa, al aumentar el número de obreros se acrecienta la división del trabajo y a su vez la división del trabajo hace que aumente la acumulación de los capitales".

Tal como la concibió Adam Smith, la división del trabajo es una metodología de producción para desconcentrar la mano de obra en la fabricación de una sola mercancía (recordemos la historia de los mondadientes) y así ampliar la fuerza laboral. Cuanto más se aplique la división del trabajo manual se producirán más mercancías, se crearán más puestos de trabajos y obtendrá más ganancias el industrial. Pero las ganancias no crean una acumulación de capital inmovilizado sino que se reinvierten para más división de trabajo, más trabajadores y más ganancias, si no se presentan factores de desestabilización productiva, labor o financiera. Con esta lógica simple y contundente se ha desarrollado la industria capitalista,

con avances tecnológicos e injusticias sociales. Mientras la industria crecía en el mundo en forma exponencial, Marx modeló una visión de la sociedad industrial que convertía a los trabajadores en robots patéticos: "A medida que se ve degradado, espiritual y corporalmente, al papel de una máquina y convertido de un ser humano en una actividad abstracta y un vientre, cae más bajo la dependencia de todas las oscilaciones del precio del mercado, del empleo de los capitales y del capricho de los ricos... una parte de la clase obrera cae en un estado de mendicidad o de hambre tan necesariamente como una parte de los capitalistas medios se ve arrastrada a las filas de la clase obrera... sin embargo, para la economía política, el obrero sólo existe en cuanto bestia de trabajo, como una cabeza de ganado, a las más estrictas necesidades físicas".

Basándose en las desigualdades sociales de la primera revolución industrial inglesa, Marx elaboró pronósticos sobre el porvenir de las clases trabajadores internacionales. En los "Manuscritos económico-filosóficos de 1844" diseñó la teoría del trabajo alienado, vale decir el trabajador que no piensa y es reducido a cosa, a materia inerte, a objeto de compra y venta por el capitalista. Continuó puliendo esta tesis en la "Contribución a la crítica de la economía política" y la amplió y consolidó en "El Capital": "A base de la Economía política misma, hemos demostrado que el obrero degenera en mercancía, que la miseria del obrero se halla en razón inversa al poder y a la magnitud de su producción, que el resultado necesario de la competencia es la acumulación del capital en pocas manos y, por tanto, la pavorosa restauración del monopolio". Marx enjuició el movimiento económico de la industria cual si fuera un moralista medieval. El dinero, y su secuela la usura, constituyen pecados capitales. El análisis sobre la usura procede de la crítica de Santo Tomás; las invectivas contra el dinero las tomó de Shakespeare y de los poetas y dramaturgos isabelinos. "El dinero corrompe el corazón, pervierte al hombre" repitió Marx con el Timón de Atenas de Shakespeare, cuyos versos recoge.

El examen de los modos de producción del siglo XIX, lo llevó a sostener que el trabajo en la sociedad industrial se alquila o se compra como mercancía; el trabajador mismo se transforma en mercancía. Pierde su naturaleza y la entrega al capitalista. Si el achacoso Fausto, de la alegoría medieval de Goethe, vendió su alma al diablo, para ganar el amor de una mujer joven, en la renovada alegoría industrial de Marx, el obrero pierde el alma por maquinaciones del diablo-capitalista. Afloraron los trasfondos místicos del filósofo materialista, defensor de la autenticidad de la personalidad espiritual del trabajador.

Sin embargo, en el debate sobre las ideas de Proudhon en "Filosofía de la miseria" o "Sistema de contradicciones económicas", Marx admitió la validez de puntos de vista de Ricardo y otros economistas europeos. que después radicalizó o negó. Escribió Marx en "Miseria de la filosofía": "La teoría del valor de Ricardo es la interpretación científica de la vida económica actual; la teoría del valor del señor Proudhon es la interpretación utópica de la teoría de Ricardo". En otro pasaje reconoció: "Ricardo pretende demostrar que la propiedad del suelo, es decir la renta no puede alterar el valor relativo de los productos agrícolas y que la acumulación de capitales sólo ejerce una acción pasajera y oscilatoria sobre los valores relativos determinados por la cantidad comparativa de trabajo empleado en su producción. Para apoyar esta tesis formula su famosa teoría de la renta de la tierra, descompone el capital en sus partes integrantes y, al final, no encuentra en él sino trabajo acumulado. Luego desarrolla toda una teoría del salario y de la ganancia y demuestra que éstos tienen sus movimientos de alza y baja, en razón inversa el uno del otro, sin influir sobre el valor relativo del producto. No ignora la influencia que la acumulación de capitales y su distinta naturaleza (capitales fijos y capitales circulantes), así como el nivel de los salarios pueden ejercer sobre el valor proporcional de los productos. Esos problemas son los fundamentales para Ricardo". Marx destacó que Ricardo es jefe de la escuela que determina

el valor por el tiempo de trabajo". Mas no aceptó que sus ideas económicas descienden directamente de la teoría de Ricardo del valor del trabajo y que la noción marxista de la plus valía es la ampliación de las ideas de Ricardo con el agregado de la asignación al trabajador de la utilidad que el capitalista, de acuerdo a Marx, no le retribuye, y se apropia de ella. La réplica a Proudhon aclara lo que Marx pensó en cierto momento del proceso económico. Desmintiendo a Proudhon, Marx se desmintió él mismo. El capítulo segundo de "Miseria de la Filosofía" se tituló Metafísica de la Economía Política, delatando el enfoque real de sus conceptos sobre el proceso económico: "Así como a fuerza de abstracción hemos transformado toda cosa en categoría lógica, de la misma manera basta con hacer abstracción de todo rasgo distintivo de los diferentes movimientos para llegar al movimiento en estado abstracto, al movimiento puramente formal, a la fórmula puramente lógica del movimiento. Y si en las categorías lógicas se encuentra la sustancia de todas las cosas, en la fórmula lógica del movimiento se cree haber encontrado el método absoluto, que no sólo explica cada cosa, sino que implica, además, el movimiento de la cosa".

La inclinación de Marx a las interpretaciones filosóficas de la economía explica las operaciones de salvataje de filósofos como Michael Foucault y Louis Althusser. Los economistas marxistas huyen de los capítulos de los Manuscritos, la Contribución a la Crítica y El Capital, dedicados a especulaciones filosóficas abstractas sobre la economía. "Para leer El Capital" de Althusser es una lectura filosófica del pensamiento económico de Marx. Lo reconoció el filósofo marxista francés con estas palabras: "No hemos leído El Capital como economistas, historiadores o literatos. No hemos hecho a El Capital la pregunta de su contenido económico o histórico. Hemos leído El Capital como filósofos, planteándole, por lo tanto, otro problema." Por su lado, Michael Foucault acopió argumentos tomados de la historia y la antropología para cohesionar una refutación al concepto de David Ricardo sobre el va-

lor del trabajo en el valor de cambio de las mercancías. La exégesis marxista supervalora el criterio de Ricardo para elevar la disidencia de Marx a la máxima potencia. En su afán dialéctico no toman en cuenta que Marx, apologista de la clase obrera, subvalorizó el valor del trabajo humano en la determinación del precio de las mercaderías, incurriendo en una contradicción. En la refutación del Programa del Gotha escribió Marx:

"El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es tan fuente de valores de uso (que son, igualmente, la riqueza real) como el trabajo, que no es más que la expresión de una fuerza natural, la fuerza del trabajo del hombre. Esta frase rebatida se encuentra en todos los abecedarios, y no es verdadera sino a condición de subentender que el trabajo es anterior, con todos los objetos y procedimientos que lo acompañan. Pero un programa socialista no debería permitir que esta fraseología burguesa silencie las únicas condiciones que pueden darle un sentido...los burgueses tienen excelentes razones para atribuir al trabajo esta sobrenatural potencia de creación". Se transparenta la disconformidad de Marx porque un empresario pequeñoburgués, David Ricardo, ponderó el valor del trabajo humano, sin ser socialista revolucionario. A Marx, probablemente, le habría gustado ser el autor intelectual de la frase de Ricardo: "En las etapas iniciales de la sociedad, el valor de cambio de dichos bienes, o la regla que determina qué cantidad de uno debe darse en cambio por otro, depende casi exclusivamente de la cantidad comparativa de trabajo empleada en cada uno". No reparó Marx que Ricardo acotó el valor del trabajo a las etapas iniciales de la sociedad cuando el intercambio comercial se constreñía al trueque o a la producción para el consumo autosuficiente. En el dinamismo de la revolución industrial, el trabajo siguió siendo un componente importante, pero fue uno más de una gama abigarrada de elementos de composición del valor final de las mercaderías. En la "Contribución a la crítica de la economía política" Marx morigeró la crítica inicial a la observación

de Ricardo, admitiendo "que es Ricardo, quien, al dar su forma acabada a la economía política clásica, ha formulado y desarrollado más claramente la determinación del valor de cambio por el tiempo de trabajo; es natural que se haya concentrado sobre él la polémica de los economistas". De los "Manuscritos" a "El Capital", el filósofo enmendó sus puntos de vista originales sobre el valor del trabajo, pretendiendo vanamente extraer conclusiones generales teñidas del dogmatismo de una casuística que no podía agotarse en el análisis de la primera revolución industrial y que continuaría multiplicándose con el desarrollo de la economía. De la tibia de un dinosaurio construyó el animal entero. Su análisis apuntaba a una conclusión que formuló con rotundidad de dogma, como censuró a Proudhon, siendo la economía una disciplina de validez relativa: el capitalista se apropia de la plus valía y de ella proviene la ganancia. Esta apropiación constituye el cimiento del modo de producción capitalista. Para abolir la explotación derivada de la apropiación de la plus valía, hay que liquidar el sistema de propiedad privada y de mercado del capitalismo y de esa manera, para entregarle a la clase obrera el beneficio íntegro de la plus valía, ésta debe asumir el control de un nuevo sistema económico y político. Marx no explicó si la plus valía seguiría subsistiendo en el régimen comunista y si toda la ganancia iría a los bolsillos de los obreros. La realidad de los salarios fijos y generales de los trabajadores manuales e intelectuales de los estados comunistas derribó la teoría de los beneficios de la plus valía entregada a los trabajadores y de todo lo derivado, supuestamente, a partir del rescate de lo que antes secuestraba el capitalista. Hay quienes sostienen que en la hostilidad de Marx por el trabajo *per se* residen los errores más traumáticos del determinismo económico. En el fondo del pensamiento del filósofo renano reposa el repudio al trabajo lucrativo. Ganarás el pan con el sudor de la frente, la arcaica maldición de las Escrituras, gravita en las raíces de la concepción del mundo marxista. Como el trabajo es una condenación de los dioses, el trabajador

es un condenado que perdió el alma al convertirse en víctima de la actividad laboral. ¿No es la alienación la consecuencia del pecado mortal del trabajo? La frase de Marx "el obrero es más pobre cuanta más riqueza produce" ¿no es una invitación a la supresión del trabajo? La inclinación a establecer leyes sobre la economía y la historia —leyes inmutables como las de la física y la química— es el impulso natural del teólogo al dictado de dogmas de fe. Leyes que son verdades reveladas. Ideologías que son, en rigor, teologías. Profetas transmutados en economistas. No hay explicación de errores de la planificación económica de los regímenes marxistas que no provenga de la yuxtaposición de teología y ciencia. El socialismo francés del siglo diecinueve aportó más conquistas a los trabajadores por las mejoras salariales que la sabiduría de las teorías de Marx. Sin aspavientos de transformar el mundo, el sindicalismo democrático ha luchado, y brega, para participar de las utilidades de las empresas, con sentido pragmático, sin filosofar sobre la plus valía y la alienación.

Por otro lado, en el conglomerado teórico de los principios marxistas emerge la subvaluación del desarrollo industrial. Por varios años Marx residió en el corazón del desarrollo industrial europeo un tiempo suficiente para conocer e interpretar, en forma directa e integral, qué representó la primera revolución industrial y qué perspectivas históricas y económicas inauguró el uso de máquina-herramientas en la racionalización del trabajo. Saint Simon entendió el mensaje de los contenidos de la revolución industrial y quiso llevarlo al plano religioso y científico, esto es persiguió el desarrollo integral de la industria, la morigeración de las diferencias sociales entre industriales y obreros, y la concurrencia equilibrada de los productores en el impulso de la industria. Lejos de comprender que en la utilización de maquinas se podía poner en marcha la liberación de los excesos del trabajo manual del siervo feudal, Marx profetizó que el obrero se convertiría en una máquina, en un explotado perpetuo, y, por consiguiente, no exploró la posibilidad de una reconversión humanísti-

ca del sistema industrial. La actitud antimaquinística de Marx es recusable habida cuenta que, en un siglo antes de su llegada a Londres, Inglaterra había emprendido, aunque en forma inequitativa desde el punto de vista social, importantes cambios de orden político con el sistema parlamentario; de orden jurídico con el Bill of Rights; y de orden económico con el paso del agrarismo al industrialismo. En el siglo XVII, con el abatimiento del absolutismo monárquico de los estuardos, empezó una revolución en Inglaterra que Marx no apreció para perfeccionarla por la carga de sus prejuicios mesiánicos. Su visión de la sociedad inglesa se circunscribió a las calamidades de los barrios bajos. Desocupados, prostitutas, mendigos, niños de la calle, ancianos abandonados, las víctimas de la desigual distribución de la riqueza, en resumen, poblaron su mente y lo indujeron a observar lo deleznable y perecedero y no lo rescatable y trascendente. Recopiló imágenes sociales verídicas de la narrativa industrial, pero dilapidó la información con interpretaciones de cariz teológico, omitiendo los datos económicos empíricos para la reconversión social del industrialismo. Se nutrió de representaciones de la realidad, no de la realidad sociológica plural. Rebatió textos sobre la realidad, pero no hay testimonios de sus visitas a los centros fabriles de Manchester y Birmingham. Se refugió en la biblioteca del Museo Británico en signo de su desprecio de erudito por la realidad circundante. Practicó la dialéctica a la manera griega cuando desmenuzó los textos de Petty, Boisguilleberet, Sismondi, Say, Smith, Proudhon, y algo Ricardo. Pero los textos son la representación de la realidad; el epifenómeno; la percepción de la realidad. En la filosofía son pertinentes las impresiones objetivas o subjetivas de la realidad. Mas en la economía política, empírica por naturaleza, fluctuante por los rejuegos coyunturales, elástica por el juego de oferta y demanda, el raciocinio se anula si se divorcia de la realidad. Tal fue el caso de Inglaterra. Veamos lo que dice un historiador moderno como Eric Hobsbawm, reconociendo que "esta transformación en la posición mundial de la economía bri-

tánica no se debió solamente a desarrollos económicos espontáneos internos a ella, sino también a una importante revolución en su política que subordinó en adelante todos los otros fines a un mercantilismo agresivo tendiente a la acumulación de capital y beneficios. Por otra parte, quienquiera que efectivamente haya constituído la clase dominante en Inglaterra post-revolucionaria está claro que esa política difería, por lo menos en un aspecto crucial, de la de los holandeses: en caso de conflictos los intereses del sector manufacturero prevalecían normalmente sobre el sector industrial y financiero". Así fue que Marx desdeñó los alcances cuantitativos debidamente dimensionados de la revolución industrial, limitándose a la creación de abstracciones metafísicas sobre el valor del trabajo, limitándose a cálculos coyunturales sobre precios de azúcar, café, remolachas, achicoria. Como estudio de una época especifica, los modelos matemáticos de precios de metales preciosos o de materias primas poseen valor académico. La praxis cambiante de la economía tiene en cuenta los modelos, pero sólo como elementos de referencia para no desbarrancarse en yerros de pronóstico. Sin embargo, el autor de "El Capital", sobre bases de tan frágil estabilidad, levantó un castillo de teorías para derribar el sistema capitalista. No se puso a pensar que el aprovechamiento de los obreros de las contradicciones internas del capitalismo —monopolios, carteles, burbujas especulativas de bolsas de valores— podían ser más sólidas que una insurrección proletaria en los países de la revolución industrial europea. La toma del poder por comunistas aconteció en un país sin proletarios, un país feudal de campesinos atrasados tecnológicamente y culturalmente ignorantes, a los que las abstracciones hegelianas de la economía política, o la teoría de la alienación, o cualquiera otra de las teorías de la biblioteca marxista los habría llevado directamente al surmenage. Francia, Alemania, sobre todo Inglaterra, bajo parámetros de sindicalismo libre, ostentan un mejoramiento de salarios que no alcanzaron trabajadores de los países marxistas. Como escribió Foucault, "el mar-

xismo se encuentra en el siglo diecinueve como pez en el agua, es decir, que en cualquier otra parte deja de respirar. Si se opone a las teorías "burguesas" de la economía y si en esta oposición proyecta contra ellas un viraje radical de la Historia, este conflicto y este proyecto, tienen como condición de posibilidad no la retoma de toda la Historia, sino un acontecimiento que cualquier arqueología puede situar con precisión y que prescribe simultáneamente, sobre el mismo modo, la economía burguesa y la economía revolucionaria del siglo XIX. Sus debates han producido algunas olas y han dibujado ondas en la superficie: son sólo tempestades en un vaso de agua".

Historia

Sin conclusiones económicas predeterminadas; sin la prisión conceptual de una dialéctica codificada, el talento de Marx discurrió con brillantez por un cauce libérrimo cuando abordó asuntos de índole histórica. Por su proximidad cronológica a los acontecimientos franceses que describe, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte" y "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", corresponden al estilo de la crónica de la historia, o a la crónica periodística. Marx poseyó un genio proteico desplegado en la filosofía, la economía política, la sociología y el periodismo. En el periodismo de opinión y en la crónica, las cualidades de Marx como escritor alcanzan el clímax. Desaparece la rigidez aforística de las exposiciones teóricas, de los Manuscritos y El Capital. Dinámica en las descripciones, satírica en el dibujo de los personajes, la prosa fluye con agilidad y amenidad, impregnando la narrativa periodística de una animación que invita a la lectura de la primera a la última página. Atrapa al lector de "Las guerras civiles de Francia" con esta frase de entrada: "Después de la revolución de julio, el banquero liberal Laffite acompañó en triunfo al Hotel de Ville a su compadre el duque de Orleáns y dejó caer estas palabras: "Desde ahora, dominarán los banqueros". Laffite había traicionado el secreto de la revolución.

La que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa sino una fracción de ella: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y hierro y de explotaciones forestales y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada aristocracia financiera. Ella ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos, desde los ministerios hasta los estancos". La crónica adquiere características de novela de misterio, en la que los banqueros y los dueños de los ferrocarriles y yacimientos mineros surgen como miembros de una sombría conspiración que Marx va descubriendo, página tras página, con maestría narrativa balzaciana. En un estudio literario sobre "Papa Goriot" señalé los nexos estilísticos entre la novela de Balzac y "El 18 Brumario" ("Tres versiones del Rey Lear"). Ratifico ese señalamiento estilístico. Como Balzac, Marx extrajo de la realidad francesa imágenes delatoras y juicios políticos sobre los poderes económicos ocultos cuyos hilos manipulaban no tanto los aristócratas neorestauracionistas de Luis Felipe, que fueron su fachada, sino los nuevos monarcas de las finanzas, la sórdida nobleza del dinero. La Monarquía de Julio, y la pequeña burguesía que la acompañó, fueron excluídas de la escena política, como también los campesinados, por los agentes de un nuevo poder político escondidos detrás de las oficinas de los bancos. Marx explica cómo gobernaron los reyes de las finanzas a través de sus agentes parlamentarios, cómo se aprovecharon de la deuda pública para especular, cómo provocaban oscilaciones extraordinarias y repentinas en las cotizaciones de los valores del Estado para comprarlos cuando estaban a la baja y venderlos cuando estaban en alza. Con ironía y agudeza satírica escribió Marx: "La monarquía de julio no era más que una sociedad de acciones para la explotación de la riqueza nacional de Francia, cuyos dividendos se repartían entre los ministros, las Cámaras, 240 mil electores y su séquito. Luis Felipe era el director de esta sociedad, un Robert Macaire en el trono. El comercio, la industria, la agricultura, la navegación,

los intereses de la burguesía industrial, tenían que sufrir constantemente riesgo y quebranto bajo este sistema. Y la burguesía industrial, en las jornadas de julio, había inscrito en su bandera: *gouvernement à bon marché*, un gobierno barato". Mientras la nueva burguesía se hartaba de ganar dinero con especulaciones de valores del estado y leyes dadas para el enriquecimiento a todo vapor, las fábricas cerraron las puertas, los agricultores se arruinaron por las plagas que devastaron los sembríos de papas y las bajas de precios por la derogatoria de los aranceles de cereales importados y los comerciantes quebraron poniendo en la dura calle a millares de mujeres y hombres asalariados. Bajo esas circunstancias de crisis económica y laboral estalló la revolución de febrero. Francia fue el laboratorio de observación más fecundo para los estudios de Marx. Y las convulsiones desencadenadas por la nueva élite del poder, creada a la sombra de la monarquía de julio y la insurgencia de la República en el cuadro de una intensa agitación social, influyeron en el afinamiento de las teorías marxistas. Lemas antisemitas contra los miembros de la dinastía Rothschild presentados como "los judíos reyes de la época", caldeaban el ambiente revolucionario.

En su reseña periodística del ambiente de la época, Marx enumeró prolijamente los factores y elementos que contribuyeron a que un gobierno provisional de cariz republicano ocupara el espacio de la monarquía mortecina de Luis Felipe, con Guizot a la cabeza. Pronto el pueblo francés aprendió a distinguir que las etiquetas no lo dicen todo y que los factores reales de definición son los actores sociales y, sobre todo, las decisiones políticas. Bajo el paraguas de la República se agazaparon sectores de la burguesía financiera, demostrando una vez más su capacidad de camaleones políticos para acomodarse según los colores en alza. Marx deduce el fenómeno del mimetismo ideológico por las fracciones burguesas agrupadas alrededor de los obreros de la barricadas, ora de diversos sectores republicanos que reclamaban una porción de la tajada de la victoria contra el orleanismo. A los ojos de los socialis-

tas y de Marx, la República se proclamó bajo la presión de los obreros de París y pudo manifestarse en forma masiva y beligerante ante las puertas del Hotel de Ville en pocas horas, en tanto el gobierno provisional de Guizot mantenía sus vacilaciones e indefiniciones programáticas. La República se proclamó sobre la base de sustentación de un mosaico de apoyos políticos, entre los cuales pugnaba por abrirse paso y cohesionarse el socialismo democrático de Louis Blanc. Punto cardinal del proceso revolucionario fue la gravitación de Blanc, pero Marx le regatea protagonismo y guarda silencio, en asuntos e iniciativas que le incumbieron específicamente. Marx vio a Blanc como un adversario reformista; difuminó su gran capacidad de penetración en medios laborales por iniciativas como la Organización del Trabajo, tema de uno de sus libros medulares, la creación de los Talleres Nacionales y su rol en la Comisión de Luxemburgo, encargada de cohesionar una pionera legislación social de protección a los obreros. Atribuyó parte de esas iniciativas al obrero Marche. Cuando describe a los 20 mil obreros que desfilaron ante el Hotel de Ville a los gritos de ¡organización del trabajo!, ¡queremos un ministerio de trabajo!, no aclara que el proletariado asumió y proclamó banderas que fueron parte del bregar tenaz de Blanc. Cuando mencionó el nombre de Blanc entre los integrantes de la Comisión de Luxemburgo no aclaró que dicha comisión se formó como resultado de la tenacidad de Blanc como diputado, y la llama "esta criatura de los obreros de París", diluyendo en la anonimidad el rol del socialista francés. La misma táctica empequeñece la creación de los Talleres Nacionales por iniciativa de Blanc. Dijo Marx: "El propio Gobierno provisional hizo correr por debajo de cuerda el rumor de que estos Talleres Nacionales eran invención de Louis Blanc, cosa tanto más verosímil cuanto que Blanc, el profeta de los Talleres Nacionales, era miembro del Gobierno provisional. Y en la confusión, medio ingenua, medio intencionada de la burguesía de París, lo mismo que en la opinión artificialmente fomentada de Francia y de Europa, aquellas Workhouses

eran la primera realización del socialismo, que con ellas quedaba clavada en la picota". Reconoce Marx que la creación de Blanc fue desfigurada y desacreditada en forma ruin por sectores de la burguesía industrial. Blanc propuso los Talleres Nacionales para que los obreros tuvieran espacio propio en el engranaje de la industria, y constituyeran la mano de obra encargada de producir los insumos productivos, de clavos a herramientas, y de cierta clase de maquinaria, y de esa manera se combatiera el desempleo desatado por el maquinismo a ultranza entre trabajadores artesanales. Los industriales rehusaron entregar a los obreros esa parte de la cadena de la división del trabajo, temiendo ser dependientes de sus enemigos de clase en un área indudablemente estratégica para la continuidad del aparato productivo. Maliciosas campaña de la prensa parisina controlada por los industriales presentaron a los trabajadores como si recibieran una pensión del Estado, pintando al socialismo como protector del parasitismo burocrático. Denigraron los Talleres Nacionales hasta lograr su disolución. El gobierno de Guizot creó sus propios talleres, contratando obreros de dudoso origen para formar, como observó Marx, una guardia proletaria salida de su propio seno, distinta a la fuerza laboral de los talleres de Blanc. La maniobra dividió a la clase obrera. "Además de la Guardia Móvil, el Gobierno decidió rodearse también de un ejército obrero industrial. El ministro Marie enroló en los llamados Talleres Nacionales a cien mil obreros lanzados al arroyo por la crisis y la evolución. Bajo aquel pomposo nombre se ocultaba sencillamente el empleo de los obreros en aburridos, monótonos e improductivos trabajos de explanación, por un jornal de 23 sous... en ellos creía el Gobierno provisional haber creado un segundo ejército proletario contra los mismos obreros. Pero esta vez la burguesía se equivocó con los Talleres Nacionales, como se habían equivocado los obreros con la Guardia Móvil. Lo que creó fue un ejército para la revuelta" —expuso Marx, quien detectó también estas maniobras de falsificación del movimiento obrero en el gobierno de Luis

Bonaparte en "El 18 Brumario", otro de sus más brillantes desarrollos de la crónica histórica.

"El 18 Brumario" cerró los escenarios finiseculares del ciclo de convulsiones políticas y sociales. Con la avidez investigativa que aureoló sus crónicas de la crisis francesa, Marx nos introduce en los bastidores del golpe de mano del sobrino del general y lo retrata como otra táctica de la burguesía para llegar al poder con otros hombres pero con los mismos fines de enriquecimiento y perversión social: "Bajo los Borbones había gobernado la gran propiedad territorial, con sus curas y sus lacayos; bajo los Orleáns, la alta finanza, la gran industria, el gran comercio, es decir, el capital, con su séquito de abogados, profesores y retóricos. La monarquía legítima no era más que la expresión política de la dominación heredada de los señores de la tierra, del mismo modo que la monarquía de julio no era más que la expresión política de la dominación usurpada de los advenedizos burgueses. Lo que por tanto separaba a estas fracciones no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre el campo y la ciudad, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo". Desolado, rabioso, el filósofo alemán vió en la República y el Segundo Imperio otros dos actos de la misma farsa política. Y al verificar que Luis Bonaparte y sus secuaces formaron la Sociedad del 10 de diciembre con la canalla de París, con carteristas y chulos, con licenciados de la tropa y saltimbanquis, imitando el ejército proletario del gobierno republicano, es decir, caricaturizando otra vez el movimiento obrero, se convenció que, si un gobierno de obreros llegaba al poder de Francia, su primera decisión debía ser arrojar a la burguesía de los estamentos de gobierno. La Comuna de París completó el análisis de Marx sobre causas y consecuencias de la crisis social francesa y europea. Los levantamientos populares de París lo convencieron de la necesidad de la toma del poder por medio de la violencia revolucionaria. La presencia de diversas tendencias revolucionarias en las barricadas dis-

gregaba el mando y representaba una debilidad política a subsanar. Asimismo, como observó Engels, otras fallas de la Comuna fueron la ausencia de un ejército fijo y las políticas autónomas, carentes de mando central unificado, de los quartiers. La Comuna se le reveló como el primer gran ensayo de la toma del poder por los obreros, como la antesala de la revolución social debidamente estructurada. Sin embargo, la revolución proletaria no se materializó contra todos sus pronósticos ni en Francia, ni en Alemania, ni en Inglaterra, países en las que aparentemente estaban dadas las condiciones objetivas para llevarla a cabo. Señaló Marx que la Comuna de París perdió tiempo en organizar elecciones democráticas, en no aplastar Versalles con sus militares y civiles y en no controlar los movimientos y transacciones financieras del Banco Nacional de Francia, cuyos depósitos financiaron la reorganización del ejército represivo. Tiempo después, en 1917, se produjo la primera revolución comunista en Rusia, uno de los países de la Europa Oriental menos industrializados, donde la explotación estaba concentrada en la agricultura. Karl Marx se llevó a la tumba la respuesta a las contradicciones entre teoría y de praxis planteadas por la revolución rusa, al fallecer el 14 de marzo del año 1883. La dialéctica marxista establece la secuencia del capitalismo al socialismo en los cambios sociales revolucionarios. He aquí que el salto del feudalismo al socialismo, sin pasar antes por el capitalismo, trastrocó las leyes dialécticas previstas por el marxismo. La primera revolución comunista surgió al margen de la dialéctica marxista. En el capítulo dedicado al comunismo ruso examinaremos más al detalle los cambios pragmáticos emprendidos por la revolución bolchevique.

Marxistas alemanes disidentes

Karl Kautsky (1854-1938)

Hijo de un ciudadano de nacionalidad checoeslovaca y de una alemana; formado intelectualmente en Austria; trabajador incansable en la organización del Programa de Erfurt, basado en la ideología marxista, Kautsky fue considerado al principio de su trayectoria política como prototipo del revolucionario internacionalista. Pero a medida que su pensamiento político fue evolucionando y trazó interpretaciones ideológicas que no concordaban con la ortodoxia marxista, lo mismo que estrategias distintas a la toma del poder a través de la insurrección armada de la clase trabajadora, como sucedió en Rusia, fue criticado acremente por Lenin como un traidor a la revolución comunista. La supuesta traición de Kautsky ha permanecido como resultado de un proceso político cerrado.

¿En qué consistió la "traición de Kaustky" sentenciada por Lenin y coreada por los teóricos marxistas? Si partimos del hecho que Kautsky fue uno de los más importantes e influyentes divulgadores alemanes de la ideología marxista en una época en que apenas se le conocía y que visitó frecuentemente a Marx y Engels en Londres en busca de la aprobación de sus labores de activista del movimiento comunista, debemos aceptar que por mucho tiempo fue un militante respetado y autorizado. En 1881 residió en Inglaterra al lado de Marx y Engels durante seis meses. Se desprende de esta intimidad política que Marx conoció su trabajo como divulgador socialista en la prensa alemana y austríaca y su amistad con Bebel y Liebknecht dentro del partido social demócrata alemán, al que se afilió, siendo estudiante universitario, en 1874. Su temprana obra "La influencia del aumento de población sobre el progreso social" de 1880, en la que refutó los planteamientos de Malthus, le acreditó en los medios social-demócratas. La solvencia de sus tareas revolucionarias le llevó a

fundar "Die Neue Zeit" en 1883, órgano periodístico, inicialmente mensuario, después semanario, estimado como la publicación marxista más seria de Alemania y Europa. Reforzó mucho más su prestigio como operador político con su participación, al lado de Edward Bernstein, en la redacción del Programa de Erfurt, plataforma fundamental del partido social-demócrata alemán de 1891. Concurrió regularmente a las reuniones convocadas por la Primera Internacional, en las que, conjuntamente con Marx y Engels, combatió a Bakunin y a sus compañeros anarquistas. Cuestionaba entonces la vía de acceso al régimen comunista en Alemania a través de leyes dictadas en el contexto del sistema parlamentario convencional. Empero, al advertir que las condiciones políticas alemanas no eran propicias a la toma del poder por acciones revolucionarias y que los sindicatos abogaban por la conquista de reformas favorables a los trabajadores, Kautsky fue abandonando, poco a poco, la tesis marxista de la precipitación del colapso económico del sistema burgués por los excesos de la acumulación capitalista. Ni el capitalismo se derrumbaba, ni los obreros alemanes estaban preparados para tomar el poder por la violencia armada. Cuando por efectos de la guerra se disolvió la Internacional, de acuerdo a Kolakowski, Kautsky se ubicó entre el nacionalismo del partido social-demócrata y el derrotismo revolucionario del ala izquierda. Cuando se produjo la revolución rusa, Kautsky la criticó fuertemente, un poco por su nacionalismo antieslávico y progermánico, otro tanto porque la revolución bolchevique no le inspiró confianza por su distanciamiento de las premisas marxistas. Fue por ello que los leninistas lo tildaron de traidor al pensamiento marxista, pasando por alto que en 1887 había publicado "Las doctrinas económicas de Marx" y otras obras como "Tomás Moro y su Utopía" (1888), "Los antagonismos de clase en 1789" (1889), "Precursores del socialismo moderno" (1895) y "Origen del cristianismo" (1908). Kolakowski estima que, desde el punto de vista ideológico, las obras más significativas de Kautsky, son "La ética y la interpre-

tación materialista de la historia" (1906) y "La interpretación materialista de la historia" (1927). Kautsky fue, en realidad, un marxista ortodoxo en el sentido que aceptó en sus trabajos teóricos la validez del determinismo científico y el materialismo histórico con la estrictez escolástica que los monjes del Medioevo se ciñeron al tomismo aristotélico. Desde esta perspectiva, tacharlo de traidor puede responder a una pasión antes que a un enjuiciamiento doctrinario. Sus conflictos con los bolcheviques rusos fueron, principalmente, de orden táctico. Sostuvo que Marx no alentó la dictadura del proletariado como una norma inflexible y que, por tanto, fue Lenin el que quebrantó la ortodoxia ideológica. Marxistas modernos (P. Favre) sostienen que si bien Kautsky estaba convencido en la validez apodíctica de un marxismo regido por un determinismo cuasidarwiniano, falló al creer que la social-democracia alemana llegaría el poder político sin fusilamientos ni persecución de opositores. Mientras llegaba la hora del colapso ineluctable del capitalismo —profecía de Marx— los trabajadores debían trabajar dentro del sistema burgués para lograr conquistas sociales. "La creencia en la inevitable evolución hacia el socialismo encamina muy pronto a Kaustky a lo que parece ser su preocupación dominante: justificar el inmovilismo político de su partido. En efecto, si el capitalismo se dirige inevitablemente a su destrucción, el proletariado puede conformarse con esperar confiadamente el momento en que sólo tenga que recoger la herencia de la burguesía" sostiene Favre. Los exegetas marxistas esconden que Kaustky repitió el error teórico de Marx, esto es subestimar al adversario ideológico, no aceptar que el capitalismo poseía energías internas para reciclarse y repotenciar el progreso material de la primera revolución industrial, sin sucumbir, por una indigestión de dinero y mercados, como dedujo el fundador de la doctrina. La disidencia real de Kautsky llegó cuando abandonó las prescripciones de toma del poder por la violencia armada del proletariado al iniciarse el período democrático de la República de Weimar. Pasó los veinte años fi-

nales de su vida polemizando con los rusos, recibiendo invectivas de Lenin, Trosky y Bujarin. Al irrumpir Hitler en 1933, Kautsky partió al exilio, sin superar la repetición ponzoñosa de una traición que no era traición en el fondo, porque, también, los rusos, profundamente revisionistas en teoría y en praxis, más revisionistas, inclusive, que él y Bernstein, podían ser tachados de lo mismo desde la perspectiva de una intransigente ortodoxia marxista. Pero el remoquete de traición continúa acompañando el nombre de Kautsky en la bibliografía comunista y nadie se lo ha podido quitar.

EUGEN KART DÛHRING (1833-1921)

Una fulminación análoga sepultó al socialista alemán Eugene Duhring (1833-1921). No fue propiamente marxista, pero se interesó vivamente en la teoría marxista diseminada entre sus coetáneos alemanes. Duhring estuvo preparado académicamente para oponerse a las tesis de Marx. Se graduó de abogado en la Universidad de Berlín; después fue docente en las disciplinas de Mecánica, Filosofía y Economía Política. Al inicio de su obra, se asió a una base ideológica que lo ubicó como un positivista que no admitía concepciones del mundo y del conocimiento que no se ciñeran estrictamente a la realidad. Repudió la separación de Kant entre fenómeno y nóumeno. Denunció cualquier asomo de misticismo en la filosofía política, porque, pensaba, significaba velar los contornos de la realidad. En su autobiografía se declaró discípulo de Lucrecio y, por ende, enemigo de los intentos de explicar la creación del universo como resultado de la influencia de potencias divinas. Este intento de separar la religión de la filosofía lo aproximó a Feuerbach y a Comte. En cierto modo, fue un materialista convencido que, aún la presencia del dualismo entre espíritu y materia, correspondía a una concepción integral de la realidad. Para Duhring, la adecuación del pensamiento a las cosas ratificaba el hecho de que el universo sólo contiene una realidad, que es la materia. Sin embargo, el pensamiento de Dûhring se modificó algo después de la aparición de su primer libro, aceptando la coexistencia de valores espirituales y materiales. En una de sus últimas obras, "Dialéctica de la Naturaleza", en la línea de Hegel, ratificó la convivencia de espiritualismo y materialismo. Aceptó la existencia de una teleología, y se manifestó en contra del principio de la lucha por la sobrevivencia de las especies de Charles Darwin. Avanzó su eclecticismo al campo económico, rebatiendo la lucha de clases y la toma del poder por los obreros. Asimismo, criticó el capitalismo y al marxismo, y abogó por un comunismo de valor ético, mediante el cual

persiguió fusionar el socialismo alemán sincronizado con el socialismo francés, experimentado en luchas sindicales por reivindicaciones laborales y salariales. Duhring decía estar convencido que Marx pretendía llevar a los trabajadores a una confrontación suicida con el desarrollo industrial. Para evitar, en su criterio, el descarrilamiento estrepitoso de la clase obrera alemana, criticó encarnizadamente las tesis del marxismo, alcanzando audiencia en las filas de la social-democracia alemana. Se opuso a la conversión de la propiedad privada en gubernamental y abogó por un socialismo cooperativista regido por autogestión obrera. En asuntos económicos expresó su identidad con las ideas del escritor norteamericano H. C. Carey. Ambos estuvieron sugestionados por una versión de la teoría del valor en la que se concilian los intereses del capitalismo y el laborismo. Predicó el nacionalismo económico en el sentido de un proteccionismo aduanero que privilegiara el consumo de productos fabricados en el país. El fuerte nacionalismo arancelario se tradujo en una no menos implacable xenofobia contra judíos, griegos y extranjeros en general. Años después de su muerte, los nazis rescataron el antisemitismo de Dûhring.

Le salió al paso Engels, con su conocida capacidad polémica, después de tratar el tema de sus ataques en la correspondencia con Marx. Ambos estuvieron alarmados por lo que consideraron influencia nociva del pensamiento reaccionario de Dûrinhg en las filas del partido socialdemócrata, en cuyo órgano de divulgación apareció un comentario elogioso sin firma (atribuido después a Bebel). Se comentó en los círculos socialdemócratas que, entre los lectores de las obras sobre nacionalismo económico y filosofía de Dûhring, estaban Johann Most, Friedrich W. Fritzsche, Bernstein y Bebel. Marx y Engels decidieron atenuar la influencia, acordando publicar "La revolución científica de Herr Eugen Dûhring", más conocido como "El Anti-Duhring". En las mismas páginas del "Volksstaat", donde aparecieron los elogios a Duhring, a partir de abril de 1875, se inició la publicación de la serie de artícu-

los de Engels contra las ideas de Dûhring. Empezó con el artículo titulado "Vodka prusiano en el Reichstag". Dos años le tomó a Engels escribir los artículos divididos en tres partes dedicados a la filosofía, economía política y el socialismo de Dûhring. En 1878 se reunieron los panfletos en un libro, pero las leyes anti-socialistas impidieron la difusión de todas las obras escritas por Engels. Apareció una segunda edición en Zurich en 1886.

Engel hiló muy delgado para marcar diferencias conceptuales entre el materialismo mecanicista de Duhring y el materialismo histórico de Marx. Duhring sostuvo que en la sociedad liberada no existirían los cultos religiosos ni la enseñanza a base de principios de la escolástica. En una palabra, se prohibirían los cultos religiosos. Engels tampoco aceptó el culto religioso alentado por la sociedad burguesa, con la atingencia que el materialismo histórico parte de la noción de que el pensamiento, la religión, son reflejo de la estructura económica de la sociedad. El ensayo de la tercera parte dedicada al Socialismo fue una coyuntura aprovechada por Engels para ampliar, o aclarar, nociones marxistas sobre el modo de producción capitalista y la crisis que se cernía sobre el capitalismo por los excesos de la acumulación capitalista sin obtener el ensanchamiento de los mercados del consumo (una negación inconcebible en un marxista que no previó el surgimiento del imperialismo, después examinado por Lenin). Muy poco se refiere Engels a los conceptos económicos de Duhring. Pareciera que a Engels le interesó que los social-demócratas entendieran con más claridad las nociones económicas básicas del marxismo que refutar las ideas de Dûhring. En la correspondencia ambos se pusieron de acuerdo en que parte de la refutación fuera una exposición de las tesis marxistas, es decir desvanecer los atisbos del desviacionismo inducido por Duhring en los social-demócratas alemanes; un desviacionismo, o revisionismo, que introdujo dudas sobre la infalibilidad marxista, semejantes a las formuladas por Bakunin, Proudhon, Blanc, Bernstein, Lasalle, Kautsky, acerca de tópicos como la dictadura del prole-

tariado o la quiebra del capitalismo por contradicciones inherentes al modo de producción capitalista. En "Materialismo y empiriocriticismo", Lenín prosiguió el trabajo de esclarecimiento de Engels, zahiriendo el concepto de leyes universales de Duhring. El empeño de Engels expuesto en el Anti-Dûhring comprueba cuánto preocupó a los responsables del evangelio marxista el peso de las ideas de quien fue un materialista científico, ateo, cooperativista, afecto a una nueva construcción socialista. El capítulo del Anti-Duhring dedicado al Socialismo no se arriesga a descalificarlo como ideólogo pequeño-burgués, ni se utiliza el epíteto de traidor o revisionista, descargado contra otros adversarios. Insinúa que ha tomado ideas de Rousseau, Proudhon y Blanc, sin reconocer derechos de autor. Le desagrada a Engels lo que Duhring llama "la soberanía del individuo". Se refocila en pellizcar las ideas de Dûhring sobre el estado, la educación, la familia, el matrimonio, la atracción sexual. Ante la ausencia de antítesis conceptuales de fondo, Engels remata tachándolo de irresponsabilidad y megalomanía.

FERDINAND LASSALLE (1825-1864)

En la pugna por conquistar el control de las organizaciones obreras alemanas, Marx y Engels tropezaron con el significativo escollo de Ferdinand Lassalle, hijo de un próspero hombre de negocios de origen judío, que desempeñó un papel activo en la revolución de 1848. Lassalle fue uno de los más importantes dirigentes fundadores de la Unión General de Trabajadores de Alemania, una de las primeras organizaciones obreras en asimilar la influencia del socialismo en su variante francesa. Lasalle aspiraba a conquistas laborales como las de Blanc, esto es organizar cooperativas de productores con crédito del Estado. Era partidario del sufragio universal y, por tanto, proclive a ingresar al sistema parlamentario para bregar por una legislación social favorable a los trabajadores. Los dirigentes obreros alemanes admiraron con simpatía las ideas de Marx en términos generales, pero desde muy temprano levantaron reservas sobre las tesis marxistas de la dictadura del proletariado, de la desaparición del capitalismo industrial y financiero bajo la presión de sus contradicciones productivas y en casos como la transformación del trabajador en una máquina de producción por efectos de la alienación de la venta de su trabajo, no entendieron ni aprobaron las peculiaridades de su interpretación de la economía política. Lejos de sentirse máquinas o robots, los obreros alemanes crearon sindicatos y partidos políticos para presionar en forma agresiva y constante a los patronos por mejoras salariales, sin perder un segundo en discutir si el cálculo de la plus valía en qué grado favorecía a los patronos y a ellos perjudicaba. Lo que hicieron fue no bajar la guardia un instante para organizarse y obtener progresivamente mejores condiciones de vida que regateaban o negaban los patronos. Esta diferencia entre el pragmatismo sindicalista y el teoricismo marxista, entre lo que los comunistas llamaron y siguen llamando reformismo y el revolucionarismo muchas veces retórico de los marxistas ortodoxos, no cabe duda que frustró el en-

tendimiento de los ideólogos y activistas del movimiento social europeo de mediados del siglo diecinueve. La aprobación del Programa del Gotha de 1875 fue resultado de los acuerdos de las organizaciones obreras de Lassalle y las organizaciones controladas por Wilhelm Liebknecht (1826-1900) y August Bebel (1840-1913), que dieron origen a la fundación del Partido Social Demócrata de Alemania, sobre la base de una gran plataforma de reivindicaciones sociales. Sin embargo, Marx embistió el Programa del Gotha, porque él como intelectual despreció las negociaciones entre trabajadores y empresarios por no ajustarse a sus elucubraciones de filósofo de tendencias apocalípticas. Los social-demócratas alemanes querían menos horas de trabajo, más dinero y sólidas perspectivas para ganar escaños en el Reichstag y consolidar legalmente las conquistas obreras, no una filosofía que los rebajaba a objetos materiales y centraba la controversia obrero-patronal en una noción de plus valía que, por su abstraccionismo, les resultaba árida y confusa. La represión de Bismarck disolvió un tiempo las organizaciones social-demócratas, pero reaparecieron a la caída del hombre de hierro del prusianismo y obtuvieron una gravitación considerable en la gestación de la legislación laboral hasta que el nazismo las reprimió brutalmente. Lassalle, Bebel y Liebknecht, leyendas del movimiento obrero alemán, tuvieron formación universitaria, publicaron libros, pero, fundamentalmente, fueron hombres de acción afincados en el empirismo de las luchas sociales. Gracias a su pragmatismo político, la social-democracia soportó las tempestades de la persecución policial de los junkers prusianos.

"El Partido Unido Social Demócrata disfrutó sólo de un corto período de actividad abierta. Al gobierno alemán le preocupó el número creciente de votos que estaba obteniendo —en 1877 llegó a la cifra de 500.000, explica Max Nomad— y al año siguiente encontró en los atentados terroristas de dos individuos desequilibrados un pretexto para promulgar leyes antisocialistas que prohibían toda clase de actividad radical... las leyes antisocialistas estuvie-

ron en vigor desde 1878 hasta 1890. Durante este período el Partido Social Demócrata estuvo proscrito y actuó clandestinamente. Las publicaciones del partido se introducían de contrabando, primero desde Suiza y, más tarde, desde Londres. A los sindicatos, que al principio fueron suprimidos, junto con el partido, se les permitió funcionar de nuevo en 1883; en ellos los socialistas encontraron un campo propicio para la propaganda. En consecuencia, los socialistas obtuvieron un número cada vez mayor de votos en cada elección, y alcanzaron un total de casi millón y medio en 1890. En ese mismo año, pocos meses antes de las elecciones generales, se revocaron las leyes antisocialistas".

Así nació la social democracia en Alemania, en medio de afirmaciones y disidencias, en medio de las críticas de los ideólogos y de las resoluciones prácticas de los dirigentes obreros, unos vaticinando la revolución iconoclasta del día del juicio final de la sociedad burguesa, otros apostando a cambios sociales más beneficiosos que retóricamente sonoros, dentro del aparato legislativo de regímenes adversos. Aquellos que antaño desacreditaron el reformismo de la social democracia, ahora, de regreso de las esperanzas utópicas, reconocen su vigencia, su realismo, su difícil equilibrio entre la vorágine del capitalismo y el comunismo. En ataques periódicos de puritanismo, marxistas moralistas presentaron a Lassalle como un libertino disfrazado de obrero, enredado en la defensa de una aristócrata presumiblemente su amante. El desenlace entre funambulesco y patético de Lassalle en un duelo provocado por rivalidades amorosas no ha logrado desacreditar la huella humana del dirigente que ostentó muchos años la dirigencia del movimiento obrero gracias al carisma político que le abrió siempre las puertas de los sindicatos, cualidad por completo opuesta a la melancólica personalidad del filósofo renano. La antipatía y las diferencias estratégicas distanciaron a Lassalle de Marx, a quien respetó un tiempo como su maestro. Prevalecieron las diferencias. Lo comprobó G. D. H. Cole al escribir que "el hombre llegó a ser una figura principal del socialismo

alemán y, de hecho, el creador del primer movimiento socialista considerable en aquel país fue Lassalle. Sin duda, Lassalle conocía bien los escritos de Marx, y cuando se refiere a Marx lo ensalza como su maestro. Pero Lassalle era, por naturaleza, un caudillo y no aceptó la jefatura de otro, ni en la práctica ni en la teoría; y, aunque Marx al principio se sintió atraído por las brillantes cualidades de Lassalle, y tuvo la esperanza de guiarlo, aunque no es posible concebir que si los dos hubiesen residido en Alemania, habrían podido trabajar juntos. En la política práctica, Lassalle siempre fue el jefe, seguro de transitar el camino acertado; en cuestiones teóricas, a pesar de estar dispuesto a tener toda clase de consideraciones con Marx como pensador, en los hechos habría procedido, sin tener en cuenta las objeciones de Marx".

Rosa Luxemburg (1870-1919)

Una aureola de martirologio nimba la personalidad de la luchadora polaca de origen judío Rosa Luxemburg, la Rosa Roja de los comunistas, la Juana de Arco de la revolución socialista. Desde que nació con el mal congénito que impidió el crecimiento normal de su estatura, su vida fue una continuidad de penalidades y sacrificios personales y políticos que no impidió sino que, por lo contrario, exacerbó la persistencia de su ideario. Empezó y epilogó combatiendo, ya contra el ala moderada de la dirigencia social demócrata, ya contra el programa y la estrategia de la heterodoxia marxista, como lo fue el leninismo ruso, ya contra la coacción incesante de los gobiernos que la zarandearon de la persecución policial a la cárcel, del exilio a su aniquilación por atroces torturas. Como Proudhon o como Blanqui, Rosa Luxemburg es la representación de la soledad patética de una revolucionaria que el día de hoy carece de un partido que le rinda homenajes más o menos periódicos, o de una capilla ideológica que ventee sus ideas de cuando en cuando. Nunca fue aceptada oficialmente en el olimpo del comunismo internacional, porque Lenin estampó en su martirizada piel el estigma de ser una revisionista indeseable. Ahora se revisa a la revisionista y, tras la lectura de su vida y de su obra a la luz de la ambigua contemporaneidad, casi no se discute que ella fue, por encima de todas las imputaciones, una racionalista que no claudicó ante las imposiciones del pensamiento único en sus contradictorias metamorfosis.

Se duda del año de su nacimiento —¿en 1870? ¿en 1871?— en la ciudad polaca de Zamosc, cerca de Lublin, en la época en que una descuartizada Polonia estaba bajo la férula de los zares, otra bajo el imperio austro-húngaro, otra bajo la bota prusiana. Los biógrafos han establecido que su padre fue Eliasz Luxemburg III, comerciante de maderas, y que su madre fue Line Lôwenstein. Pero, como hija de la diáspora, temprano se dio cuenta que pertenecía al mundo de los oprimidos religiosos y políticos, y

que su destino la encaminaba al internacionalismo. Desde esa perspectiva se entiende su militancia en la agrupación radical clandestina Proletariat, cuando estudiaba, adolescente de 16 años, en el instituto femenino Gymnasium de Polonia. Fundado en 1882, esta agrupación fue canibalizada cruelmente tras el fracaso de una huelga general que llevó al cadalso a sus principales dirigentes, y a la prisión, o al destierro, al puñado más conspícuo de militantes. Rosa no se había inscrito formalmente en el partido. Pero, al unirse después a una de las fracciones que logró reestructurarse, se le identificó en los archivos de la policía como una estudiante potencialmente peligrosa para el régimen. Concluyendo la secundaria con buenas notas, se vio en la disyuntiva de fugar a Suiza a iniciar estudios universitarios en la Universidad de Zurich. En las clases de filosofía, historia, política y economía política entabló amistad con socialistas rusos como Plejanov, Lunacharsky, Axelrod que pusieron en sus manos sus primeros textos de marxismo. Los nombres de Marx y Engels embriagaron sus ilusiones universitarias. Bajo su guía ideológica se especializó en Teoría del Estado, crisis económicas europeas, historia de los movimientos europeos. Escribió su tesis doctoral sobre el tema del desarrollo industrial polaco. En contra de las corrientes polacas nacionalistas, postuló que la independencia de su país no debía producirse como hecho aislado sino como parte de las revoluciones de Alemania y Rusia. Ventiló ésta y otras ideas en las páginas de "La Causa de los Trabajadores", órgano periodístico editado por grupos de la izquierda socialista polaca.

La Liga de Trabajadores Polacos y el movimiento Proletariat se conectaron con otros grupos afines en la fundación del Partido Socialista Polaco, acto en el que intervino Leo Jogiches, activista que la acompañó en su trayectoria política, desde entonces. Como representante del partido socialista polaco, concurrió a partir de 1893 a las reuniones de la Segunda Internacional, en las que se familiarizó con algunos representantes de la social democracia alemana. La diminuta figura y el aire juvenil de Rosa contrastaba

con la energía de sus discursos en los congresos socialistas polacos en los que no demoró en plantearse una divergencia entre los socialistas polacos del exterior y los que se agitaban en el país. Cuando sus padres le informaron por carta que se habían derogado las leyes antisocialistas de Bismarck, Luxemburg viajó a Alemania con el propósito de enrrolarse en las filas del partido social demócrata alemán, sin romper sus vínculos con la izquierda polaca, cuya propaganda tomó por su cuenta. En Berlín presenció cómo la vehemencia de la reincorporación al escenario público desencadenó la carrera frenética de los dirigentes social demócratas alemanes en dirección a las puertas del Reichstag. La controversia sobre el revisionismo de Bernstein dividía a la social democracia. En los cuestionamientos de Bernstein, Luxemburg creyó atisbar una tendencia al reformismo, opuesto a la toma del poder por la insurrección armada de los trabajadores. Para atajar el ensanchamiento de la disidencia interna, Luxemburg escribió un texto destinado a la polémica: "¿Reforma Social o Revolución?", caballo de batalla al cual ella misma se encaramaría con el tiempo al estallar la revolución rusa. Marx había lanzado la consigna de atacar el revisionismo y se cumplían cuidadosamente sus directivas todavía en 1906. Rosa fue el eje de un grupo de estudios marxistas integrado por Clara Zetkin, Kar Liebknecht y Franz Mehring, que formó el ala izquierda de la social democracia. Es posible que en esa etapa comprendiera que el revisionismo no solamente dependía del enfoque —abierto o cerrado— que se le atribuyera a la formulación ideológica sino también de la estructura socioeconómica, diferente en los países europeos, desde la cual se formulaba la propuesta revolucionaria. En Inglaterra, Francia y Alemania, el desarrollo industrial permitía en principio el desencadenamiento de la revolución con obreros. En países de mayorías campesinas —Rusia, Polonia— obviamente el movimiento revolucionario debía ser asumido por las masas rurales, en flagrante discrepancia con los postulados marxistas. Los revolucionarios rusos pasaron en 1917 del feudalismo al socialismo, quemando la etapa del capitalis-

mo. A falta de obreros en las capas sociales, Lenín apeló a los campesinos como masa humana de apoyo a la construcción del Estado Comunista. El industrialismo fue obra de la revolución rusa que a posteriori engendró el proletariado.

¿Fue Lenin, al movilizar campesinos, un revisionista, o, simplemente, un realista que se apoyó en la única fuerza social que tuvo a mano? Prisionera de los esquemas marxistas, Luxemburg se aferró a la escolástica socialista y achacó a Lenín un desviacionismo que sembró muchas controversias porque rebatió la biblia marxista *ab initio* de los procesos revolucionarios. La revolución bolchevique desbarató la dialéctica marxista cuyo paso primordial debió ser forjar una antítesis obrera y no una antítesis campesina al capitalismo. En una operación de rescate del entumecimiento ideológico marxista, Cole cita un pasaje de Marx que, supuestamente, al conocer las perspectivas de una revolución en Rusia, podría haber admitido la posibilidad de una revolución socialista de base campesina: "La única respuesta posible que puede darse ahora es ésta: si la revolución rusa llega a ser la señal para una revolución obrera en el occidente, de tal modo que las dos revoluciones se complementen entre sí, la propiedad comunal que existe en Rusia puede llegar a ser el punto de partida para una evolución socialista".

Si realmente Marx llegó a decir lo que transcribe Cole explicaría una flexibilidad política inédita en sus textos; o pudo ser el inicio de éste y otros cambios de criterio para atajar la obsolescencia que carcomió sus razonamientos económicos antes de la edición del primer tomo de El Capital. El silogismo capitalismo versus socialismo arrojan comunismo fue modificado por la praxis a la hora de introducir la revolución en China y en los países asiáticos —Vietnam, Norcorea, Camboya— y latinoamericanos —Cuba— de economía básicamente agraria. Pasó mucho tiempo para que la escolástica marxista reconociera la necesidad de la adaptación de la teoría a la praxis de las peculiaridades socioeconómicas de cada país, de cada región, de cada segmento de desarrollo. Rosa Luxemburg

fue una de las numerosas víctimas de las contradicciones doctrinarias del marxismo. Ella no se limitó a señalar las incongruencias teóricas del leninismo ante el marxismo, rehusando el ensamble del marxismo-leninismo acaudillado por el dirigente bolchevique. En su libro "La acumulación del capital" se desvió de la teoría de las crisis capitalistas de Marx, provocando una oleada de críticas de los guardianes del mausoleo ideológico. Respondió a sus detractores en la obra inconclusa "Introducción a la economía capitalista". Sus desacuerdos doctrinarios, al principio dedicados al ala derecha de la social-democracia, se multiplicaron posteriormente al ala moderada y posteriormente al ala izquierdista. Ante la apertura de tantos frentes internos dentro de la social-democracia, en 1916, al desencadenarse la Primera Guerra Mundial, Luxemburg formó la Liga Espartaquista, con Liebknecht, Zetkin y Mehring. Ellos usaron colectivamente el seudónimo de Espartaco para fustigar el apoyo de la social-democracia al nacionalismo prusiano belicista. Rosa propuso medidas audaces contra la corriente de nacionalismo prusiano: la declaratoria de una huelga general y la negativa de los obreros a incorporarse a filas. Por otro lado, atacó la dictadura bolchevique aplicada por Lenin, repitiendo la frase "la libertad siempre ha sido y es la libertad para aquellos que piensen diferente". En 1919, Luxemburg y los espartaquistas fundaron el Partido Comunista Alemán, dejando la social democracia con mal sabor de boca. Paradojalmente, su ex alumno social demócrata Friedrich Ebert, encabezó el gobierno que entregó a los fascistas de los Cuerpos Libres la sofocación de una conspiración comunista en la que Rosa, atrozmente torturada, perdió la vida.

Ella estaba en el proceso de actualización de las premisas marxistas a la realidad social, buscando la adecuación entre ideología y praxis, cuando empezó la publicación de sus obras de reflexión. La deducción marxista del derrumbamiento del sistema capitalista por la acumulación de capital y el desempleo masivo de los obreros fue contrariada por la evolución económica. El capitalismo

se fortaleció a contrapelo de las apreciaciones teóricas de Marx que pronosticaron, también, la debacle provocada por una producción creciente sin proporción al número de consumidores. No era concebible que los industriales interrumpieran la producción de mercaderías con el único objetivo de desquiciar el movimiento sindical, y luego siguieran produciendo a voluntad. Treinta años después de la muerte de Marx, Luxemburg certificó, también, la defunción de la teoría marxista de la crisis final del capitalismo. Por otro lado, entre la indignación de los ortodoxos, elaboró una nueva dialéctica, la que denominó Dialéctica de la Espontaneidad y la Organización. Pretendió sostener que la lucha de clases podía surgir espontáneamente al calor de los conflictos coyunturales, sin obedecer a reglas fijas. "La clase trabajadora de cada país sólo aprende a luchar en el curso de sus combates... la social democracia es sólo la avanzadilla del proletariado, una pequeña pieza del total de la masa trabajadora; sangre de su sangre, carne de su carne. La social democracia busca y encuentra las vías, las consignas específicas, de la lucha de los trabajadores solamente en el desarrollo de esta lucha y adquiere la certeza del recto camino sólo a través de esta lucha" expresó Luxemburg en "En la hora de la revolución, ¿qué es lo siguiente?". La revolucionaria polaca envió un mensaje incómodo a los que creyeron que la acción política debía ligarse a priori a un guión en el que se especificaba cada uno de los pasos a seguirse. Por otro lado, la palabra espontaneidad no existe en el pensamiento y el vocabulario de Marx y Engels. La espontaneidad de la lucha de los trabajadores es un concepto antagónico a la planificación típicamente marxista de los requisitos revolucionarios. Símbolo de la planificación ideológica es la dialéctica del materialismo histórico que prevee cambios secuenciales de un sistema político a otro sobre la base de una lucha de clases derivada de las condiciones objetivas de una específica estructura socioeconómica. El paso de la planificación a la espontaneidad de la lucha de clases representó una heterodoxia inadmisible en el código marxista. Pero

Luxemburg se arriesgó a ser estigmatizada como desviacionista porque comprobó que en la acción revolucionaria muchas veces no encajó la prioridad de la teoría forjada en la especulación y no en los hechos. Espontaneidad y organización podían conciliarse en la medida que ésta fuera consecuencia de aquélla, es decir que la lucha de clases como producto de una respuesta espontánea de los trabajadores debía determinar las características de la organización. Ampliando el pensamiento revisionista, sostuvo Luxemburg que "la social democracia es simplemente la personificación de la moderna lucha de clases del proletariado, una lucha que es conducida por la conciencia de su propia consecuencia histórica. Las masas son realmente sus propios líderes, y crean dialécticamente su propio proceso de desarrollo. ("El liderazgo político de las clases trabajadoras"). Pero el mensaje político fue más explícito a los dirigentes de la social democracia cuando escribió que "la moderna clase proletaria no desarrolla su lucha de acuerdo establecido en un libro teórico; la actual lucha de los trabajadores es una parte de la historia, una parte del progreso social, y en el centro de la historia, en el centro del progreso, en el medio de la lucha, aprendemos cómo debemos luchar... esto es exactamente más loable, esto es por lo que este colosal trozo de cultura, dentro del moderno movimiento obrero, define su época; que las multitudinarias masas de obreros fraguan primero con su propia conciencia, con sus propias creencias, e incluso a partir de sus propios conocimientos, las armas de su propia liberación". ("La política de las huelgas de masas y los sindicatos"). Este pasaje del texto de Luxemburg fue un ataque directo a las críticas del Programa del Gotha, en las que Marx desaprobó los acuerdos de los obreros alemanes por su apartamiento de las reglas teóricas. Para Rosa la dirigencia debía seguir a las masas de trabajadores y no al revés como prescribe el manual del partido, que subordina la masa a la cúpula partidaria. Sus divergencias con la revolución marxista se desprenden del rol monopólico del

partido sobre las masas. "El liderazgo ha fallado —escribió la víspera de su muerte—... el liderazgo puede y debe ser regenerado desde las masas. Las masas son el elemento decisivo, ellas son el pilar sobre el que se construirá la victoria final de la revolución..." el orden reina en Berlín" ¡Estúpidos secuaces! Vuestro "orden" está construído sobre la arena. Mañana la revolución se levantará vibrante y anunciará con su fanfarria, para terror vuestro: ¡Yo fui, yo soy y yo seré!"

Las críticas fueron descargadas contra los líderes de la frustrada revolución alemana, pero Lenín sintió, también, el foetazo. No le perdonó a Rosa la discrepancia con su método de acción. Desde entonces, los marxistas-leninistas pronuncian su nombre sólo para denigrarla. Sin embargo, el decurso de las acciones comunistas conceden razón a Rosa Luxemburg. La dictadura del proletariado encalló en la dictadura del partido y ésta en la dictadura del secretario general del partido. Las ondas concéntricas del poder comunista fueron visualizadas por la filosa piedra que lanzó al charco esta polaca de físico frágil y certera clarividencia, cuyas ideas sobreviven en la praxis contemporánea.

SOCIALISMO DEL SIGLO XIX EN RUSIA

El socialismo apareció en Rusia tardíamente, pudiera decirse como si fuera una orquídea tropical en la tundra siberiana. Antes de la Revolución Bolchevique, el subdesarrollo cultural implantado por el despotismo feudal zarista, anuló la posibilidad de que prosperaran doctrinas políticas conectadas al racionalismo ideológico del socialismo francés, alemán y británico. En Inglaterra, el socialismo fue resultado de la incubación de un proceso ideológico que arrancó con la Revolución antimonárquica del siglo XVII y se asentó con la Revolución Industrial del siglo XVIII. En Francia, el proceso de racionalización política empezó en el Siglo de las Luces. En la Rusia zarista, por el contrario, no existió una historia cultural con los traumas enriquecedores de la Revolución Inglesa y la Revolución Francesa. A su manera, los emperadores Pedro y Catalina llevaron a cabo procesos transitorios de modernización dentro de variantes restringidas del despotismo ilustrado, con límites que impidieron la occidentalización de sus estructuras ideológicas. En Rusia no hubo Renacimiento, Reforma, Contrarreforma, Ilustración, y el Industrialismo arribó con retraso. Como señala el historiador polaco Leszek Kolakowski, "En estas circunstancias fue natural que el pensamiento religioso y filosófico ruso no se desarrollara en forma similar a como lo hizo en la Europa Occidental. Rusia no cultivó el pensamiento escolástico, ni desarrolló las facultades de la lógica y el análisis... que fueron el legado de la filosofía medieval de Occidente.

Por otra parte, Rusia no participó en la civilización del Renacimiento y no fue convulsionada por el espíritu de escepticismo y relativismo que tan profunda huella dejó en la cultura europea."

Sin embargo, en el siglo XIX, el subdesarrollo cultural zarista empezó a crujir levemente durante la monar-

quía de Nicolás I. Fue consecuencia de la fisura abierta en el centro del control policial zarista por las polémicas entre eslavófilos y occidentalizantes. La masa campesina, premeditadamente puesta al margen de la educación, apenas conoció the clash of civilizations producido entre los apologistas de la Madre Rusia folklórica y los estudiantes y escritores y artistas que ansiaban romper la clausura cultural instrumentada por los Romanov.

La forma más segura de culturizarse fue salir de Rusia: leer, escribir, publicar, pintar, discrepar, protestar contra el status sólo podía lograrse viviendo en las ciudades europeas, sin ser víctima del ostracismo interno o ser encarcelado por los esbirros del despotismo zarista. Tampoco no todo fue color de rosas, sin embargo, para los ideólogos franceses, ingleses y alemanes, frecuentemente deportados o censurados. Pero en esos países no se llegó a los extremos rusos, donde bajo los zares nunca existieron la libertad de expresión y la libertad de pensamiento. "Entre 1849 y la muerte de Nicolás I en los últimos meses de la Guerra de Crimea no prendió la chispa de pensamiento liberal. Gogol murió como reaccionario impenitente, pero Turgueniev, que en un artículo se atrevió a elogiarlo como genio satírico, pronto fue encarcelado por ello. Bakunin se hallaba en prisión; Herzen vivía en el extranjero; Belinsky había muerto; Granovsky, deprimido, guardaba silencio, y en él se desarrollaban tendencias eslavófilas", glosa, melancólicamente, Isaiah Berlin. Fuere por la represión zarista, fuere por la carencia de desarrollo industrial, fuere por el analfabetismo campesino, las ideas socialistas no germinaron en la Rusia semieuropea, semiasiática.

Bajo esas limitaciones, el socialismo apareció un producto de importación trasplantado por un puñado de rusos que, de Herzen a Lenin, batalló para divulgarlo en el medio social y cultural menos auspicioso en el conglomerado de los países del Viejo Continente. El precursor de la simiente socialista, o liberal, fue Alexander Herzen, aunque con peculiaridades derivadas de su origen social y su retórica ampulosa.

Alexander Herzen (1812-1870)

El proceso de trasplante de los principios socialistas desde Europa fue impulsado por el hijo de un terrateniente ruso y de una dama alemana sin abolengo, que en su nombre ruso —Herzen, es decir corazón—trasuntó la tragedia sentimental de su nacimiento. Su padre Ivan Yakolev heredó fincas y tierras cuyas rentas le permitieron asolearse de cuando en cuando en la Costa Azul y recorrer de cabo a rabo el continente. En sus andanzas conoció y contrató en Alemania a Luisa Haag, como institutriz de los hijos que pensaba procrearía con alguna rusa de su estirpe, por añadidura, adepta de la Iglesia Ortodoxa. La disciplinada fidelidad de Luisa, la convirtió en madre de un hijo procreado con su patrón Ivan Yakolev. Luisa era luterana, impedimento religioso en el código familiar de los nobles rusos ortodoxos. Por incompatibilidad de religión, Ivan no pudo inscribir a su hijo Alexander con el nombre del gentilicio en el registro civil de la aldea. Pero familiares, amigos y vecinos siempre supieron que el niño era un Yakolev biológico. La familia vivió apartada de saraos y del ambiente mundano de Moscú para no infringir públicamente las reglas de la descendencia aristocrática. Esa vida recoleta fue alterada por la invasión napoleónica a las estepas rusas. Un general del ejército bonapartista, al que Iván Yakolev conoció en París, le pidió llevara un mensaje del emperador francés al emperador ruso. Yakolev aceptó el encargo y lo cumplió; pero, a partir de su ocupación como correo de Napoleón, fue considerado como sospechoso de traición. Iván pensó que se le recompensaría por actuar como mediador oficioso de los mensajes de los emperadores. No ponderó la incomprensión ultranacionalista del monarca que prefirió prenderle fuego a Moscú que pactar con el invasor francés que antes intentó seducirlo con la concertación de una alianza para repartirse Europa. Nicolás I ordenó a Yakolev que se fuera a vivir a sus tierras del interior con la estricta prohibición de viajar a Moscú. La inclinación al aislamiento de su per-

sonalidad se acentuó a fortiori: el retiro forzado lo llevó a la misantropía. Alexander creció odiando a los Romanov, lamentó el cruel enclaustramiento de su padre, que le rodeó de tutores de francés, alemán e inglés, presintiendo que algún día tendría que abandonar la despótica Rusia de los Romanov, rompiendo el aislamiento al que había sido condenado. Cuando las tropas franceses emprendieron la retirada a París, derrotadas por el invierno, Nicolás I entonó una victoria de notas operáticas, ocultando la colaboración del aliado más poderoso que sus cañones. Iván Yakolev se encerró en las habitaciones de la mansión solariega mascullando sarcasmos contra la insoportable felicidad del zar. La madre de Alexander fue blanco de la cólera in crescendo del patriarca que vociferaba de rabia por no haberse casado con una influyente aristócrata. Berlin relata que alrededor de 1820, Iván Yakolev fue "un hombre melancólico y derrotado, incapaz de comunicación con su familia ni, ciertamente, con ninguna otra persona. Se transmutó en un carácter "difícil" como el del viejo príncipe Bolkonsky, en "La Guerra y la Paz". Ivan Yakolev emergió de los recuerdos de su hijo como un ser humano autoritario, severo, cerrado a la razón y a la piedad, que atronaba las habitaciones de la casona familiar con sus caprichos y sus sarcasmos. Las puertas y ventanas permanecieron cerradas, las persianas permanentemente bajadas. Salvo unos cuantos viejos amigos y su propio hermano, no quiso recibir a nadie. Alexander lo describió en sus memorias como un producto del "encuentro de dos cosas tan incompatibles como el siglo XVIII y la vida rusa; una colisión de culturas que había destruído a un buen número entre los miembros más sensibles de la pequeña nobleza rusa en los reinos de Catalina II y sus sucesores".

Cuando Iván Yakolev falleció, Alexander recibió una herencia abrumadora: una conflictiva mezcla de sentimientos, el rechazo al autoritarismo despiadado de su padre y el odio al despotismo zarista, el repudio al enclaustramiento físico y al sofocamiento intelectual. Toda su vida persiguió la búsqueda de legitimidad social a tra-

vés de ideologías que auspiciaran la concordia humana. La existencia de Herzen basculó entre conflictos externos e internos, herencia psicológica legada por su dostoievskiano progenitor, prototipo del padre de los Karamazov. Este dualismo enajenó su vida. Fue un emigrado forzoso la mayor parte de su tiempo vital. Pero ni un instante amainó su amor por Rusia, ni vaciló en dedicar su pluma, su talento, su fortuna, a la crítica del despótico feudalismo de los Romanov. En Europa representó el antiRomanov, y fue un adversario elocuente y tenaz, que difundió en diarios que él mismo financió los novedosos y desordenados ideales de una nueva Rusia brumosamente socialista en la que los mujiks pudieran saciar su hambre milenaria. Desdichadamente, esa nueva Rusia, cuando cayó en manos comunistas, fue, como dijo Isaiah Berlin, "el zarismo de cabeza".

Herzen ingresó en 1834 a la universidad de Moscú, donde completó estudios de humanidades. Controlada por autoridades académicas que eran la extensión del estado zarista omnipotente, la universidad expurgaba libros y folletos; censores impertérritos, olían subversión en cualquier texto de lengua francesa, o, en términos generales, extraño a la lengua madre eslava. Su madre le enseñó alemán y así pudo leer a Goethe y Schiller, y la Crítica de la Razón Pura de Kant. Manos amigas le prestaron obras de los historiadores franceses Guizot y Thierry. Asimismo, llegaron a sus manos algunos libros infiltrados de contrabando, de los socialistas franceses Saint-Simon, Fourier, Blanc, Proudhon, Blanqui. Por otro lado, Alexander se aproximó a los miembros de una juventud dedicada a certámenes de exaltación patriótica. En una ocasión fue arrestado por haber estado presente en un festival donde se leyeron versos de Sokolovsky, versos que no elogiaban al zar. Las autoridades lo sentenciaron a radicarse por un tiempo en la ciudad fronteriza de Vyatka. Versiones locales murmuraron sobre sus tormentosos amores con una mujer casada de ojos rasgados de la vecindad asiática. Arrepentido de la clandestinidad amorosa, con su prima

Natalia, también un complicado temperamento romántico, intercambiaron correspondencia. Se fugaron y se desposaron ante hechos consumados que vencieron la oposición familiar. Allí residió hasta la visita del zarevitch, después Alexander II, acompañado por el poeta cortesano Zhukovsky, que recitó en público versos de infecciosa adulonería. Como demostración de la generosidad del heredero del trono, se permitió a Herzen, mudarse a la ciudad de Vladimir, donde actuó como editor de la gaceta oficial. Regresó a Moscú en 1840. Inició su amistad con el crítico literario Vissarion Belinsky. Le asignaron un puesto en el ministerio del interior de St. Petersburg. Pronto perdió la posición burocrática por comentarios de café sobre la muerte violenta de un oficial de la policía. El ostracismo ambulatorio lo ancló en Novgorod, con un nombramiento de consejero de estado en 1842. A su regreso a Moscú, miró a ambos lados de su patria. Por un lado, surgían sus amigos intelectuales, el crítico Belinsky, el novelista Turguenev, Bakunin, aún no enrrolado al anarquismo, el poeta y amigo de la infancia Nikolai Ogarev, que después se le unió en el extranjero, el ensayista literario Annenkov. Todas eran "Almas muertas", no en la comprensión de la obra de Gogol, sino por la futilidad de una existencia en la que los espíritus se marchitaban y capitulaban en un medio intelectual crucificado por la persecución de mediocres comisarios culturales. Por el otro lado, avistó el páramo de la incultura de las provincias, donde todo ser pensante era tenido como un sospechoso y donde los burócratas y los popes ortodoxos vigilaban las huellas dejadas en la nieve por hombres, mujeres, siervos de la tierra y ciervos de los bosques.

Al morir su amargado padre en 1847, Alexander Herzen recibió la herencia que lo libró de zares, popes y mujiks. Una comitiva de familiares y amigos le escoltó a la frontera con Alemania. Tiempo después se radicó en la Francia de 1847, un año antes que estallara la revolución en la que conoció las virtudes y miserias del movimiento político. Observó que también en Francia los pobres ponían el pe-

cho para recibir las balas y que los burgueses lucraban con las canonjías del poder arrebatado por la Monarquía de Julio de Luis Felipe de Orleáns. Las crónicas escritas por Herzen transmitieron su versión muy personal de los conflictos de los obreros y empresarios del flamante régimen republicano francés. Algunos lectores rusos las consideraron crónicas virulentas por sus afirmaciones contundentes sobre la corrupción de la burguesía francesa.

Herzen emergió del corazón tenebroso del feudalismo ruso. No tuvo otros parámetros políticos de referencia que no fueran los rusos para evaluar el crédito o descrédito de un régimen como el republicano que había derrotado el penúltimo intento de la monarquía nostálgica. Berlin recalca que Herzen en París empezó a pensar como si fuera un socialista utópico. Desde ese prisma sensitivo atisbó los acontecimientos europeos. El fracaso de la Revolución del 48 le provocó una profunda desilusión. Pensó que la alianza de obreros y burgueses inauguraba jornadas apoteósicas en la nueva era de la república y que desaparecerían definitivamente los rescoldos monárquicos del régimen orleanista; sin embargo, para desilusión de Herzen, después se rompió la alianza, transformando en verdugos a los republicanos y en mártires a los obreros. La conclusión de Herzen fue que los obreros no confiarían más en coaliciones políticas con los industriales y financistas.

Las revoluciones que en 1848 sacudieron Europa Occidental no movieron una fibra del status político de Rusia. De hecho, los movimientos revolucionaros no atravesaron los Urales. En cambio, los movimientos sociales europeos gestaron una crisis en las reflexiones políticas de Herzen, es cierto, una crisis más en la serie de crisis personales que arrastró Herzen desde su infancia hasta los sinsabores que atravesó en las provincias rusas en su juventud. Bajo esas condiciones espirituales, la escritura de Herzen erupcionó al llegar a Francia con una retórica que liberó sus inhibiciones y complejos, derramándose, como magma, sobre los acontecimientos de Francia y Rusia. Al leer sus artículos periodísticos y destaparse sus conexiones con agitado-

res del anarquismo y el socialismo, los diplomáticos rusos establecidos en Francia conminaron Herzen a regresar a la patria. Rehusó hacerlo y continuó atacando al régimen: en represalia a sus críticas, le confiscaron sus bienes y los de su madre. Sin embargo, el influyente banquero James Rothschild le dio una mano: gracias a sus contactos con asesores financieros de los zares en Europa, logró que se levantara la confiscación, y, así, Herzen recuperó la independencia económica decisiva para el desarrollo de su obra intelectual y su independencia personal.

¿Herzen fue realmente un socialista? ¿Cuál fue su contribución al nacimiento del socialismo ruso del siglo diecinueve? Herzen no dejó un tratado ideológico en regla, con doctrina, estrategia y programa. No hay en sus libros desarrollos de una ideología específica o coherente que conduzca a su identificación política. Como un anillo de brillantes en los dedos de un gesticulador, su pensamiento despide luces, claroscuros, matices, tonalidades. A veces destelló como socialista, a veces como liberal, a veces como anarquista. Berlin piensa que Herzen se envolvió en la agitación revolucionaria sistemática y en su estilo fue el fundador del movimiento revolucionario ruso. Personalmente considero que el mismo Berlin es como la reencarnación de Herzen, un desterrado ruso de gran estilo que pasó por la escuela de la lógica de Oxford, un Herzen imaginativo y polémico que huyó de los comunistas rusos, como aquél de los monárquicos, combatiéndolos, desde su tronera individual, con deslumbramiento metafórico incomparable. Herzen fue asistemático en sus ideas; careció de la organización mental y de la experiencia indispensables para modelar una ideología política y/o organizar un partido, o las secciones del partido, en el extranjero. Agitador sí fue Herzen, en el sentido más inteligente, pero desordenado, de la dialéctica política. Divulgador formidable de antítesis sociales: reveló al escandalizado mundo occidental, como no lo hizo ningún ruso en el siglo diecinueve, la realidad espeluznante de un estado feudal primitivo, organizado como un establo:

terratenientes los reyes, caporales los nobles, silvestre ganado los campesinos. Aristócrata de ancestro, demócrata y republicano de elección, liberal de irrenunciable individualismo; socialista en el estilo doméstico de un terrateniente compadecido de la mala situación de los siervos de la casa hacienda. Personalidad bipolar desde la infancia, Herzen mezcló hipocondría y exaltación. Trató personalmente en Francia a Bakunin, Proudhon, Blanc; en Londres conoció a Marx, en Berlin a los social demócratas alemanes, en Inglaterra a los socialistas fabianos y a los laboristas ingleses. Si sus fines hubieran sido de naturaleza política se habría afiliado probablemente al anarquismo o al socialismo. No lo hizo porque desconfió muy temprano de los políticos, y rechazó someterse a organizaciones de estatutos puntuales. Como escritor, no arriesgó su independencia a las capillas ideológicas. Se expresó a su voluntad y riesgo soberanos, sobre todo, en los diarios que financió y dirigió en el extranjero. Trabajó incansablemente en el periodismo toda su vida en Europa, convirtiéndose en una especie de agencia de noticias cuyo propósito central fue exhibir el tiránico gobierno de los zares. Entre los diarios que auspició el más popular y eficiente fue "La Campana", editado con el apoyo de Ogarev en Londres; esta campana repicó tenazmente contra el totalitarismo zarista, unas veces llamando a la insurrección, otras veces doblando con tonos elegíacos contra el régimen que quiso enterrar. Sus Memorias, lo mismo que sus artículos periodísticos y su correspondencia, tienen el contenido miscelánico de de una crónica parisina de salón, a veces un libelista apasionado, a veces semeja un estoico romano que dicta sus reflexiones poco antes de morir. Antes dijimos que no fue un político clásico. Debemos recalcar que fue un intelectual que se ocupó de tópicos políticos. Su prosa sobrepasó la retórica asépticamente homogénea de tratados, manifiestos y proclamas. Fue un fabiano ruso asistido por talento y emoción social. Creyó que se dirigía a los rusos y a los europeos finiseculares. En verdad, sus reflexiones poseen la jerarquía de una profecía universal.

Así lo probó cuando, analizando la insensibilidad de los dirigentes europeos, penetró el futuro, anunciando calamidades sociales:

"Toda Europa se saldrá de su curso normal y se hundirá en un cataclismo general... las ciudades tomadas por asalto y saqueadas quedarán en la pobreza, la educación declinará, las fábricas suspenderán sus labores, las aldeas se vaciarán, el campo se quedará sin manos que lo trabajen como después de la Guerra de los Treinta años. La gente, exhausta y muerta de hambre, se someterá a cualquier cosa, y la disciplina militar ocupará el lugar de la ley y de toda clase de gobierno ordenado. Entonces, los vencedores empezarán a luchar entre ellos por el botín. La civilización y la industria, aterrorizadas, huirán a Inglaterra y a los Estados Unidos, salvando de la ruina general, algunos su dinero, otros su conocimiento científico o su labor inconclusa. Europa quedaría como Bohemia después de los husitas. Y entonces al borde del sufrimiento y el desastre estallará una nueva guerra interna: la venganza de los que no tienen contra los que tienen. El comunismo recorrerá el mundo en una violenta tempestad: temible, sangriento, injusto, incontenible. Bajo truenos y rayos, entre el fuego de los palacios en llamas, sobre la ruina de las fábricas y los edificios públicos se anunciarán los Nuevos Mandamientos, los nuevos símbolos de la fe" ("Cartas desde Francia e Italia"). Los Romanov no leyeron esta advertencia del apocalipsis que iban a desencadenar los bolcheviques.

Concuerdo con Kolakowski en su juicio sobre cómo un aristócrata terrateniente rompió el cascarón de su clase para erigirse en antagonista del sistema capitalista desde una perspectiva que no fue propiamente revolucionaria, sino, antes de nada, de orden cultural:

"Herzen fue adversario del capitalismo y de la civilización occidental no porque crearan riqueza o explotación sino porque degradaba a las personas por el culto exclusivo de los valores materiales: la idea universal de prosperidad destruía la personalidad, la sociedad se vol-

vía espiritualmente vacía y sumida en la mediocridad general. Como rico miembro de la aristocracia, libre de las preocupaciones materiales y viviendo en el confort de las capitales occidentales mientras denunciaba la filosofía de la riqueza, Herzen fue una figura sospechosa para muchos radicales, pero ganó mucha popularidad con su llamada a una tradición que permitiera a Rusia alcanzar la justicia social desdeñando a la vez los valores capitalistas... el suyo fue un ataque al capitalismo desde el punto de vista de la aristocracia más que del socialismo. Sin embargo, Herzen llevaba en el corazón la causa del pueblo y estaba ansioso no sólo por preservar los valores creados por las clases privilegiadas sino por extenderlos a todos".

Formalmente, su carrera literaria empezó con la publicación de un ensayo sobre el "Diletantismo en la ciencia" (1842), usando el nombre de Alexander en turco, esto es Iskander, como se llamó en el Oriente a Alejandro Magno. Pareció que abrazaba un naturalismo al modo de los enciclopedistas franceses del dieciocho, con la obra escrita en ruso "Cartas sobre el estudio de la naturaleza" (1845-46). Luego escribió una novela poco difundida "¿Quién fue el que falló?" (Whose fault") (1847) que después se reimprimió en ingles en Londres como relatos cortos con el título de "Cuentos truncados" (Interrupted tales).

En 1850 aparecieron "Desde la otra orilla" y "Cartas de Francia e Italia". También editó el ensayo "El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia". Su opus magna fueron sus Memorias, al principio editadas en ruso, y después en francés bajo el título "El mundo ruso y la revolución", tres volúmenes, traducidos al inglés con el título "Mi exilio en Siberia".

Herzen creyó que su prédica reformista había calado en la retrógrada Rusia, cuando, tras la muerte de Nicolás, accedió al trono su hijo Alejandro II, que remodeló los circuitos judiciales, estableció el juicio por jurados y aflojó las cadenas a la prensa. Se comentó en la corte rusa que el emperador recibía diariamente en su despacho un ejemplar de "La Campana". La apertura zarista fue sólo

un chubasco de libertad. La revuelta polaca contra Rusia de 1863 puso término a las reformas y se regresó al absolutismo de vieja escuela. Herzen comprendió que el conato de libertad sólo fue un trabajo de barnizado del mismo sistema, y volvió a amurallarse en el escepticismo. Este repentino cambio de postura lo envolvió en polémicas con liberales como Chicherin y Kavelin que creyeron que la libertad individual podía alcanzarse solamente a través de la racionalización de las relaciones sociales. Replicó Herzen que esa ilusión liberal constituía un punto de apoyo al orden existente en Rusia, bajo la hipótesis quimérica de imaginar que lograrían un estado ideal basado en el racionalismo hegeliano mediante las truncadas reformas de Alejandro II. Otro frente polémico se le abrió a Herzen en debates con los radicales encabezados por Chernyshevsky y Dobrolyubov. Los radicales pretendieron que Herzen usara "La Campana" como vocero de la revolución y llevara la bandera del conflicto de clases. Se opuso a esta y otras propuestas que le propusieron poner el diario al servicio de movimientos revolucionarios extremistas. Argumentó Herzen que los radicales aspiraron a canjear dictaduras, pasando la subversiva socialista en reemplazo de la dictadura zarista, adelantándose a lo que después aconteció con los comunistas. Recordando su pasado de terrateniente, abogó por el rescate de la comuna rural tradicional que predicaban los populistas, los narodniki, y llegó a creer que, a través de la comuna, se podría llegar a un socialismo rural, sin dictaduras de partidos políticos. El arcaico mir de la propiedad común de la tierra se proyectó como una vía rusa al socialismo, una vía autóctona desconectada del marxismo dependiente del pensamiento europeo. Los populistas presentaron a Herzen como a un precursor hasta que fueron barridos del escenario ruso por los bolcheviques. Los jóvenes nihilistas fueron más drásticos, calificando a Herzen como un aristócrata anacrónico, una reliquia arqueológica que congelaría el tiempo con el retorno al mir. Los ataques nihilistas fueron tan demoledores que ahogaron los elogios

tardíos de Leon Tolstoi al brillante pensador que, igual que él, buscó las raíces del pasado rural para reivindicar al oprimido campesinado ruso. Se dijo con maledicencia calculada que Herzen y Tolstoi fueron santones idealizados por el feudalismo para expiar sus culpas. Mientras los dicterios nihilistas caían como obuses sobre la cabeza del fatigado escritor del exilio, surgieron nuevas constelaciones políticas. Fue necesaria la empresa de rescate ideológico y cultural de Isaíah Berlin para reinsertar su figura de fauno de los boques profundos de la Madre Rusia en el mural del siglo veinte.

SOCIALISMO ITALIANO DEL SIGLO XIX

ANTONIO LABRIOLA (1843-1904)

Con su sombrero alón y sus mostachos románticos, Antonio Labriola representó el socialismo italiano, que, no obstante su tardía filiación marxista, conservó los atributos del pensamiento académico de todos los tiempos: confianza ciega en las ideas, separación del teórico del activista revolucionario, defensa del espiritualismo y las buenas maneras del gentiluomo. No se le irrespeta si se dice que fue un socialista de cátedra, un profesor de filosofía que veneró a Sócrates y a los maestros griegos de la mayéutica y exigió siempre a sus interlocutores el reconocimiento a las viejas canteras del pensamiento clásico. No ocultó su desagrado por los activistas políticos.

Filósofo que escribió para filósofos, según la expresión de Norberto Bobbio, Labriola llegó al marxismo a través de un proceso de decantación surgido en Italia durante la larga polémica sostenida con los positivistas liberales del grupo de Wilfredo Pareto. Oriundo de Turín, hijo de un maestro, su juventud recepcionó la gravitación dialéctica de la Joven Italia de Mazzini. En su época de estudiante en la Universidad de Nápoles, en 1861 recibió la influencia de las ideas de Hegel, que enfatizaron un tema sensitivo a los intelectuales italianos de la vanguardia: la unidad alemana mediante un Estado fuertemente centralizado. Labriola aspiró entonces a los mismos ideales. Estuvo convencido que Hegel había superado a Kant en cuanto a la visión de un nuevo estado, encarnación máxima de la Idea, esto es, la sabiduría científica y la fortaleza moral de la nación. Sin embargo, al leer los textos canónicos del marxismo, sobre todo los principios del materialismo histórico, Labriola se desprendió del idealismo hegeliano criticado por Marx y Engels, y se arrepintió de

pasada de la temprana apertura de su obra a la filosofía de Spinoza, adversario de dogmas religiosos. Renegando del idealismo de Hegel y del antidogmatismo de Spinoza; polemizando con los positivistas de la democracia liberal; pero, por encima de todo, rompiendo lanzas contra el pensamiento conservador italiano, Labriola se convirtió en el primer teórico del socialismo italiano de contextura marxista. Llegó al marxismo, de acuerdo a Bobbio, "después de una áspera y atormentada meditación... había comprendido que el socialismo no podía ser considerado sólo como "un codicilo, un agregado, una nota, una apostilla del gran libro del liberalismo"; que "la revolución social es completamente distinta de la burguesa, en sus fines, en sus medios y en su táctica". Reconoció que el socialismo ut sic, "mientras tiene las piernas largas en el reino de las ideas, tiene el paso breve y lento en el campo de la realidad". Kolakowski, quizás el estudioso no italiano que mejor ha interpretado cabalmente la obra filosófica de Labriola, asevera que "su conversión al socialismo no fue repentina sino gradual. En 1889 escribió en una conferencia "Sobre el socialismo", que a partir de 1873 había criticado el liberalismo, abrazando "una nueva fe intelectual" en 1879, basada especialmente en los estudios de los tres años anteriores. Su ensayo "Sobre la idea de libertad" (1887) no muestra una clara tendencia marxista, pero sus escritos de la década de 1890 reflejan el punto de vista de una "escuela" definida. "Sobre el socialismo" es una explícita declaración política en la que critica a la democracia burguesa y defiende el internacionalismo socialista, la causa del proletariado mundial. Su obra marxista más conocida es "Ensayo sobre la concepción materialista de la historia" que contiene una presentación general del materialismo histórico y un análisis del Manifiesto Comunista; fue publicada en 1896, y en la segunda edición de 1902 incluyó un artículo polémico sobre el libro de Masaryk acerca de los fundamentos del marxismo."

En la historia europea del socialismo no existe un socialismo italiano del siglo XIX, tal como existen el so-

cialismo francés y el socialismo ingles, vale decir corrientes de ideas políticas propias que formaron tendencias y escuelas con peculiaridades de autonomía ideológica. No hubo un socialismo autóctono creado conforme a la realidad social y a la tradición cultural de Italia. Como producto ideológico importado, el socialismo llegó a Italia por dos vías: la vía marxista transitada por Labriola a partir de las fuentes de Marx y Engels; y la vía sui géneris del francés George Sorel en la que se mezclaron marxismo, sindicalismo y fascismo, a través de las "Reflexiones sobre la violencia". Labriola fue el principal divulgador del socialismo marxista, limitándose a exponer ideas generales sobre el materialismo histórico, sin aportar algo original a las ideas madres del marxismo. Fue, estrictamente hablando, un glosador del marxismo. Creó una cátedra libre de enseñanza del marxismo. Captó algunos discípulos importantes, Benedetto Croce, el principal, al que le unieron vínculos indirectos de familia. Croce perdió a sus padres en el terremoto de Casamicciola de 1883. Fue acogido en el hogar del político conservador Silvio Spaventa, primo de su padre. Entre los políticos y escritores que concurrían a las tertulias de Spaventa, Croce conoció a Labriola, profesor de filosofía de la Universidad de Nápoles, a quien trató con más asiduidad, tiempo después, en la Universidad de Roma. Labriola fue un tiempo el guía espiritual que Croce necesitaba para liberarse del trauma de su orfandad y de la visión pesimista de la vida que lo desgarraba. El encuentro con Labriola fue decisivo en su formación universitaria: se interesó en la filosofía alemana y leyó a fondo los tratados de Marx inducido por el comentario de Labriola sobre el Manifiesto Comunista. Croce fue ganado por el marxismo. Pronto, sin embargo, Croce se liberó de la cruz de la influencia marxista y marcó distancias del maestro Labriola, pero con gran dignidad académica. Por inspiración del maestro escribió el volumen "Materialismo histórico y economía marxista".

Observando a Labriola dentro del cuadro de conjunto de los comunistas italianos del siglo XX, se le debe re-

conocer la flexibilidad teórica que inauguró el marxismo a la italiana, lo que se llamó el marxismo abierto de Enzo Berlinghieri, Antonio Gramsci y otros, que, a diferencia del dogmático Palmiro Togliatti, señalaron espacios de formulación teórica más compatibles con la realidad social italiana que con el comunismo a la soviética. Desde el punto de vista del marxismo heterodoxo, Labriola, tal como destaca Kolakowski, "jugó un papel importante en la historia del marxismo. El suyo fue quizá el primer intento por reconstruir el marxismo como una filosofía de la praxis histórica, considerando a éste como un concepto en términos del cual había que interpretar todos los aspectos de la vida humana, incluída la actividad intelectual y su producto. De esta manera se opuso a la ideología cientificista que imperaba en al marxismo de su época." En otras palabras, Labriola rehusó el imperio del reduccionismo determinista del marxismo clásico que redujo la interpretación de la sociedad a la superestructura económica. La escasa divulgación de sus ensayos marxistas lo salvaron de ser condenado como un revisionista. Labriola combatió el revisionismo de Bernstein, pero su inclinación al marxismo abierto lo califican, también, como un revisionista de cepa humanística que exigió prioridad a la actividad intelectual como generadora de cambios. El paso del tiempo y el ensanchamiento de su vía de apertura del marxismo han actualizado su postura teórica planteada a principios del siglo XX en Italia, y continuada posteriormente en otros lugares del cambiante mundo socialista.

POPULISMO Y MARXISMO RUSO DEL SIGLO XX

Debajo de las doradas cúpulas bizantinas del Kremlin; en los subterráneos de los palacios marmóreos de Petersburgo; bajo los trigales del Cáucaso y las tierras pantanosas del Círculo Glacial Artico; desde las aldeas de la península de Kamchatka hasta las orillas del Mar Negro se arrastró una corriente extraña y heterogénea, de reproche y descontento acumulados contra el despotismo de los zares. Fue una insatisfacción instintiva, preideológica, espontánea, que no necesitó movimientos organizados ni doctrinas filosóficas para expresarse. Sobre todo en la segunda mitad del siglo diecinueve, por aquí y por allá del inmenso territorio, estallaron, en forma intermitente y efímera, revueltas de campesinos, motines de aldeanos, protestas de estudiantes, lamentaciones de judíos, mientras en las sombras de la clandestinidad pululaban grupos secretos de terroristas, panfletos de narodniki, ejemplares amarillentos de "La Campana" de Herzen escondidos entre las maletas de algún viajero de París. Los detonantes seculares de las convulsiones apagadas a sangre y fuego fueron el hambre y las miserables condiciones de vida. A partir de las reformas liberalizadoras de Alejandro I (1801-1825) que crearon el Consejo de Estado y la Duma (Parlamento), empezó a formarse una incipiente clase media de funcionarios que, tímidamente al principio, alumbró la formación de una conciencia crítica sobre el aplastante absolutismo de los zares. Curiosamente, la derrota de Napoleón no alentó la euforia triunfalista que quizá pudo llevar a la ampliación de las primeras reformas administrativas. Antes al contrario, Alejandro I se envolvió en un manto ultraconservador, que, con excepción de la autonomía del reino de Polonia, congeló el embrionario reformismo modernizador. La hoja de ruta conservadora

y represiva fue continuada por Nicolás I (1825-1855) que aplastó a cañonazos la revuelta liberal decembrista de San Petersburgo. Al mismo tiempo que, con gula imperialista, ensanchó los confines territoriales rusos, Nicolás gobernó uno de los regímenes zaristas más corruptos y despiadados. Por toda Europa se oyeron críticas a sus órdenes de abrir fuego de artillería sobre la población civil de San Petersburgo. Nicolás temió que la Revolución Francesa se extendiera por el Viejo Continente, con decapitaciones de reyes y asaltos a los palacios. Para contrarrestar sus temores, la policía secreta persiguió a los intelectuales entusiasmados por la revolución, se intensificó la represión y estableció campamentos de prisioneros en Siberia. Vivió como si fuera un sismógrafo político, con oídos atentos a lo que aconteció en Francia, listo para aplastar cualquier conjura de tufillo francés que se insinuara en su reino primitivo. Cuando supo en 1848 que Luis Felipe de Orleans había sido derrocado y se proclamó la república, de acuerdo a la historia recogida por Isaiah Berlin, montó a caballo y salió del palacio a la búsqueda de su hijo Alejandro. Al encontrarlo en su palacio bailando rodeado por frívolos cortesanos ordenó que cesara la música; de inmediato comunicó a su hijo y a sus amigos libertinos que Francia se había convertido en una república por un golpe de estado y que debían prepararse los rusos para repeler aquellas malsanas ideas francesas. Antes, en 1830, Nicolás destruyó el movimiento nacionalista polaco impulsado por la aristocracia y la pequeña nobleza campesina de esa nación; algunos intelectuales rusos, como Herzen, apoyaron la independencia polaca, como una forma de oponerse a la dictadura zarista. Después de la recuperación de Varsovia por los polacos y la expulsión de los residentes rusos, Nicolás planeó un año más tarde una dura contraofensiva, mandando al ejército zarista con órdenes de fusilamiento de los dirigentes de la revuelta y de instrumentar deportaciones sin límites.

Creyendo que el aseguramiento de la posesión polaca podía ser algo así como el abreboca de una operación im-

perialista de vasto alcance, Nicolás se lanzó a la conquista progresiva de los pueblos del Imperio Otomano, usando la excusa de que quería proteger a los cristianos ortodoxos de la presión musulmana. Al lanzarse a la torpe aventura, no calculó bien la reacción de las potencias europeas ante su irrupción en Turquía. Creyó que los ingleses se quedarían con los brazos cruzados, en una época alterada por los apetitos imperialistas. Así fue que cometió uno de los errores diplomáticos más nefastos de la historia de los Romanov, error que puso de cabeza el alineamiento europeo que ganó Rusia al unirse a Inglaterra contra Napoleón Bonaparte, ocasionando que la pérfida Albión le saliera al paso por el Mar Negro y que Francia, bajo el gobierno de Napoleón III, en un rápido movimiento de astucia, se aliara a su tradicional rival Inglaterra. Los ex adversarios tornados en socios coyunturales comprendieron que Nicolás agredió al sultán turco Abd-ul-Mejid como punto de partida de una penetración más profunda por la región. Rusia apareció como adversaria o rival de la expansión inglesa y francesa por el Oriente. La proximidad geográfica con los apetecidos bocados territoriales vecinos al Mar Negro le concedió ventajas que disgustaron a sus competidores de la empresa expansionista. Cuando las naves rusas destrozaron a la flota turca y los marinos zaristas desembarcaron en los puertos del sultán, los ingleses y franceses decidieron salir al paso antes que el brote imperialista adquiriera dimensiones que congelara y bloqueara su propio expansionismo. El representante diplomático ruso, Príncipe Menshikov, llevó instrucciones de obtener un tratado que abriera a Rusia la posibilidad de intervenir si se amenazaba a los cristianos ortodoxos. Al no aceptar el Sultán los términos del nuevo tratado, el zar ordenó la salida de tropa a Moldavia y Valaquia. Inglaterra y Francia presentaron ultimátum a Rusia, exigiendo su retiro del Danubio. La guerra de Rusia contra la coalición de Inglaterra, Francia, Austria y Prusia inauguró inéditos escenarios de conflicto al imperio zarista. Realmente no había planes para una contienda de ese alcance. Jamás el zar temeroso

de las revoluciones occidentales había pensado ir al campo de batalla contra las principales potencias de Europa.

Bajo esas circunstancias geopolíticas, la indeseada guerra de Crimea, fruto de un conflicto no previsto para el cual el imperio no estuvo preparado, fue un desastre desde todo punto de vista. Quedaron al descubierto los pies de barro del oso de las estepas. A pesar de la duración del conflicto a lo largo de dos años, y las indecisiones estratégicas de la coalición franco-británica en la toma de Sebastopol, las tropas rusas fueron derrotadas en la batalla de Balaklava en 1854. Sebastopol cayó en 1855. En 1856 se suscribió el Tratado de París, fracaso diplomático ruso de traumático impacto en el invencible reinado de los zares.

Las consecuencias geopolíticas internas y externas de la derrota de Crimea plantearon la urgencia de nuevas estrategias al sucesor Alejandro II. El imperio zarista mostró el talón de Aquiles del sistema en aspectos militares y sociales. La guerra de Crimea fue como un ensayo de las tecnologías de la primera guerra mundial, con frentes simultáneos por mar y tierra y, particularmente, por el uso de trincheras. El conflicto reveló que Rusia no tenía capacidad logística para atender necesidades bélicas de envergadura (transporte y abastecimiento de tropas, unidades navales de rápido desplazamiento). Pero lo peor que se puso de manifiesto fue la inferioridad rusa ante la superioridad europea en grado superlativo en recursos materiales y en otros aspectos. Todo ello fue responsabilidad del atrasado sistema de gobierno, carente de lealtades internas por el abismo que dislocó la comunicación de gobernantes y gobernados.

Sin embargo, los rusos entendieron la amarga lección de Crimea y se concentraron en cambios internos hasta donde lo permitía el feudalismo zarista. La incompetencia expuesta en Crimea trató de conjurarse durante el régimen de Alejandro I: se concedieron libertades religiosas y educativas, se implementó una amnistía general abriendo las cárceles nutridas por Nicolás, y se elaboró un sistema ju-

dicial menos rígido. Talvez las más importantes reformas transcurrieron en el campo social. Doblegando la oposición de los recalcitrantes terratenientes, Alejandro aprobó en 1861 la emancipación de los siervos y la distribución de tierras de cultivo entre ellos. Pero fue una superchería. Las tierras se vendieron bajo condiciones económicas lesivas a los campesinos y favorables a los dueños, lo que revocó, en los hechos, el espíritu de las reformas, que propulsó la constitución de asambleas aldeanas o zemstvos, por supuesto, controladas por terratenientes. La agricultura tenía en contra los condicionamientos congénitos, a saber, técnicas atrasadas de cultivo, tierras en barbecho en demasía, climas extremos, heladas crónicas. Comparada con Inglaterra y Francia, la industrialización rusa fue tardía y limitada. La intervención del Estado zarista en la industrialización, la construcción de ferrocarriles y la apertura de centros de producción minera se acentuó a partir de 1880.

En medio de esas tinieblas, los escritores rusos del diecinueve se las arreglaron para escribir obras que reflejaron el espíritu vivo de la Madre Rusia y transmitieran indicios de posiciones críticas, tratando de emerger del hoyo de la censura más torpe y trivial. Turgueniev, Gogol, Chejov, Dostoiewski, Tolstoi, Andreiev, en la narrativa; Belinsky, Chernishevsky, Nekrasov, Annenkov, Kropotkine, Plejanof, en la crítica literaria y en el ensayo doctrinario; navegaron como peces abisales en el corazón de la oscuridad, fosforeciendo en la superficie, intermitentemente, para burlar, sin suerte muchas veces, a los rústicos, implacables censores.

El desastre de Crimea contribuyó, de alguna manera, al resurgimiento del nacionalismo ruso. Cerradas las fronteras a los contactos culturales de la modernidad europea, la nación se volcó al interior de sus viejas tradiciones, a la recuperación de sus arcaicas raíces, pero con intenciones críticas. El populismo ruso surgió enlazado con el movimiento eslavófilo también como réplica espontánea al modernismo europeísta. No fue un movimiento orgánico

de carácter doctrinario dotado de principios a priori. En verdad, la miseria de la nación campesina estaba por doquier al alcance de la vista y no requirió teorías para percibirla y comprender que el malestar social debía abolirse. Fue como una fuerza geológica, un geiser que brotó de la profundidad, buscando salida para encausar sus energías debidamente. El populismo nació, de acuerdo a Berlin, "durante los grandes disturbios sociales e intelectuales que siguieron a la muerte del zar Nicolás I y a la derrota y la humillación producida por la guerra de Crimea; cobró fama e influencia durante la década de 1860 y 1870, y alcanzó su culminación con el asesinato del zar Alejandro I, después de lo cual declinó. Sus jefes fueron hombres de muy distintos orígenes, opiniones y capacidades; en ningún momento fue más que una no muy organizada red de pequeños e independientes grupos de conspiradores, con sus simpatizantes, que a veces se unían para la acción común y otras veces operaban por su cuenta. Estos medios solían diferir acerca de sus medios y de sus fines. No obstante tenían en común ciertas ideas fundamentales, y poseían la suficiente solidaridad moral y política para que se les pueda llamar movimiento".

Nikolav Gavrilovich Chernyshevsky (1829 -1889) fue uno de los más importantes representantes del populismo y de la represada energía crítica del populismo radical. Sus contradicciones fueron notorias pero aleccionadoras. Por un lado, remontando la ola liberalizadora de los siervos de la tierra iniciada por Alejandro, alentó la reformulación de la comuna rural como fuente de la justicia social y la igualdad de los rusos. Por otro lado, utilizó la filosofía materialista de Feuerbach para denigrar el cristianismo supersticioso estimulado por el subnivel doctrinario de los popes rurales. Chernishevsky rechazó el industrialismo europeo, por considerarlo un sistema productivo que llevaba implícita la deshumanización explotadora de los obreros. Enfatizó en su novela "Qué hacer" y en sus escritos polémicos que el sistema industrial resultaba incompatible con la tradición y la idiosincrasia rural y

propugnó sacar a Rusia del feudalismo, manteniendo la supervivencia de la comuna campesina, la Obschina, y la agrupación colectiva de comunas llamada Mir. Como dice Berlin, "Chernyshevsky creía en la necesidad de conservar la comuna campesina y de difundir sus principios por la producción industrial. Creía que Rusia podría aprovechar directamente de los avances científicos de Occidente sin pasar por las agonías de una revolución industrial.

Cuando el marxismo empezó a divulgarse en Rusia alrededor de la década de 1870 se trazó la línea demarcatoria entre el populismo eslavófilo y el modernismo europeo, el choque clásico entre la tradición y la modernidad. Los populistas llevaron amplia ventaja al principio de la polémica con los marxistas, dado que las tesis de Marx no sintonizaban con la realidad social rusa. La mano de obra procedía del campo en más de un noventa por ciento, en tanto que era comparativamente insignificante la de origen industrial. En esas circunstancias sociales y económicas, el populismo se asentaba en una base maciza; en cambio, el marxismo invocaba fundamentos frágiles para sustentar la dictadura del proletariado sin obreros, el derrocamiento del ficticio capitalismo industrial sin capitalistas en un país de terratenientes feudales. Cole resumió las contradicciones presentes en aquella época, recordando que "la gran cuestión planteada mucho antes por Herzen todavía estaba sin resolver. ¿Tenían los rusos, buscando su emancipación, que recorrer el camino recorrido por el Occidente, a través del capitalismo y del desarrollo industrial, a un socialismo basado en el poder de la clase obrera industrial, o podían, aprovechando las lecciones del Occidente, avanzar por una ruta diferente hacia un socialismo predominantemente agrario basado en la comunidad aldeana, sin necesidad de llegar a ser industrializado o de la "dictadura capitalista", que en otras partes se había desarrollado paralelamente con la industrialización?" Teóricamente los populistas ganaron el debate. Pero lo perdieron pragmáticamente. El populismo sólo constituyó una fuerza difusa, retórica, sin una consistente organización política. No

tuvo cuadros de profesionales y militantes como para aspirar al ejercicio del poder. Chernishevsky, Mikhailovsky, y los otros escritores narodniki fueron críticos románticos del zarismo feudal. Fueron conspiradores tenaces contra el régimen zarista, pero la coherencia revolucionaria fue la gran ausente. El socialismo campesino fue una romántica utopía en el contexto prerrevolucionario del siglo XIX. Sin embargo, la primera generación de marxistas rusos manejó el debate con calculado tino, elogiando a los precursores populistas en la batalla ideológica, evitando recalcar su inocuidad política en la hipotética toma el poder. Karl Marx alimentó al principio cierta fobia contra los rusos, conociendo que eran aristócratas reciclados como Herzen los que administraban en Europa la propaganda antizarista. Cambió su postura, sin embargo, cuando conoció las potencialidades insurreccionales en Rusia. Se asegura que aceptó una vía campesina a la revolución que condujera en un gran salto del feudalismo al socialismo. En la introducción a la traducción rusa del Manifiesto Comunista, Marx estampó este revelador pasaje:

"Ahora la cuestión que se plantea es si la comunidad aldeana rusa (una forma de propiedad colectiva comunal que en gran parte ha sido ya destruida) puede pasar inmediatamente a la forma comunista superior de propiedad de la tierra, o, si, por el contrario, tiene que pasar desde el principio por el mismo proceso de desintegración que ha determinado el desarrollo histórico del Occidente. La única contestación que es posible dar a esta pregunta es la siguiente: si la revolución rusa llega a ser la señal para la revolución obrera del Occidente, de modo que la una sea complemento de la otra, entonces la forma presente de propiedad de la tierra en Rusia puede ser el punto de partida de un desarrollo histórico". Si es veraz el reconocimiento del padre del marxismo de una heterodoxia que contradijo la esencia de sus tesis, los máximos adalides teóricos de la segunda generación de marxistas rusos (Plejanof, Lenin, Bujarin, Trotsky), no le hicieron caso y a contravía de su autocrítica, prescindieron de los campesinos como fuerza

revolucionaria; en vez de someterse a la realidad de la obschina y el mir, hicieron que se inclinara a la estrategia política elaborada por ellos y no vacilaron en proceder a una drástica industrialización a marchas forzadas. De grado y fuerza, las comunidades campesinas fueron suprimidas y reemplazadas por las granjas colectivas.

El comunismo ruso fue una victoria de la praxis y una derrota de la teoría.

George Plejanof (1857-1918)

El proceso de transición del populismo radical a la teoría marxista encarnó en George Plejanof, presentado por sus discípulos como el intelectual que "bajó los diez mandamientos de Marx del Sinaí y los entregó a la juventud rusa". Hijo de terratenientes, procedía de la Rusia Central, de la provincia de Tambor. Su padre lo presionó para que siguiera la carrera militar: ingresó a la escuela de cadetes de Voronezh y en 1783 pasó a la Academia Militar Constantino de San Petersburgo. Pero su carácter colisionó con la disciplina militar que lo obligó a cumplir órdenes sin derecho a réplicas. Convenció a su padre que el futuro de Rusia se encaminaba por la ruta de la minería. Abandonó la milicia y se matriculó en el Instituto de Minería de la Universidad de San Petersburgo. Allí, un condiscípulo le prestó obras del escritor populista Chernyshevsky. El populismo le convenció con su defensa de los campesinos y la apología de los valores culturales y morales de la Rusia ancestral. Desde la niñez, Plejanof convivió con los campesinos de las tierras de propiedad de su padre. Sintió por esos hombres taciturnos una mezcla de piedad y respeto que lo atraía y lo rechazaba, sin que en esa época poseyera noción de la ambigüedad de su posición individual. Pero la prédica de Chernyshevsky y Mikhailovsky se le metieron en el cerebro, convencido de que la conducta de su juventud ante la miserable situación de los mujiks debía superarla, como ajuste de cuentas con su pasado. Fue entonces que decidió dedicarse a trabajar, como un compromiso generacional, por la rehabilitación de los campesinos. Las autoridades universitarias comprobaron que Plejanof, en vez de concentrarse en el estudio de los yacimientos diseminados por el territorio ruso, estuvo dedicado a la lectura de los libros de los populistas. Comprometiendo más la situación antiacadémica, pasaba horas conversando con los revolucionarios Pavel Akselrod y Lyov Deutsch. Las autoridades universitarias le dieron un ultimátum. Pero como siguió enzarzándose en la lectu-

ra de la literatura populista, y vinculándose a los grupos radicales, lo expulsaron del instituto. Rusia perdió un ingeniero de minas, pero se ganó a la larga al primer teórico marxista. Ya dedicado a la actividad política clandestina se hizo notorio en dos actos: exaltó en un homenaje público al poeta radical Nekrasov contra oponiéndolo al poeta romántico Pushkin; el otro acto fue su participación como orador en una manifestación callejera en San Petersburgo en contra de la represión policial, en la que el ejército zarista disparó a mansalva contra la población civil. Campesinos de las tierras familiares le auxiliaron a cruzar la frontera y adentrarse en territorio alemán, mientras la policía la seguía los pasos. Cautamente se mantuvo en Alemania y tardó un año en regresar. Se reintegró febrilmente a las actividades conspirativas en Saratov, dictando charlas, escribiendo manifiestos, trabajando en la organización de grupos populistas impregnados de las ideas de Bakunin. Descubrió la infiltración de bakunistas anarquistas en el populismo. En poco tiempo, el populismo nacionalista clásico se escindió entre una corriente que abiertamente proclamó la implantación de actos de terrorismo para sabotear el régimen zarista y otra corriente denominada Reparto Negro que estimuló la violencia revolucionaria y abogó por una más consistente alianza de trabajadores y campesinos. En esta ala minoritaria y pacifista militaban Plejanof, Deutsch y Vera Zasulich. La policía secreta, sin embargo, siguió persiguiéndolos y allanando los lugares de reunión clandestina. Forzados a emigrar para no ser encarcelados, los tres compañeros partieron a Ginebra, poco antes del asesinato del zar Alejandro en una acción de corte terrorista. En la Suiza liberal tuvo acceso a tratados políticos prohibidos en Rusia. Inició la publicación de artículos periodísticos en órganos de la emigración rebelde que delataron progresivamente su conversión al marxismo. Abjuró de la nueva línea del populismo bakunista, tildándola de actuar en nombre de elites terroristas a espaldas del pueblo. El marxismo le suministró la solidez doctrinaria negada por las metamorfosis del populismo.

Kolakowski estima que "la conversión al marxismo de Plejanof no significó creencia en el primado de las condiciones económicas por contraposición a las "ideas" o en el materialismo en oposición a la religión (había perdido su fe religiosa durante su juventud); consistía en la adopción de tres conclusiones básicas en relación a las condiciones de Rusia que estaban en desacuerdo con la ideología populista. Estas eran, primero, que el socialismo debía ir precedido de una revolución política de tipo democrático-liberal; segundo que Rusia debía atravesar un desarrollo capitalista antes de estar en condiciones de llevar a cabo una transformación socialista, y tercero que la transformación debía llevarla a cabo el proletariado industrial y no el "pueblo" en general, y menos aún el campesinado. En resumen, la aceptación del marxismo por Plejanof representó el cambio de su estrategia política, además de una mutación radical de Weltanschauung.

Plejanof se transformó en el pensamiento vivo del marxismo para innumerables rusos. A través de artículos periodísticos y de obras como "Las cuestiones fundamentales del marxismo", "El socialismo y la lucha política" y "Nuestras diferencias" dictó una especie de cátedra libre de los principios revolucionarios que los rusos desconocían porque estaban escritos en alemán y no se habían traducido al ruso.

Su trabajo no se limitó a la divulgación. Fundamentalmente, le tocó realizar un esfuerzo de esclarecimiento doctrinario sobre la teoría y la estrategia marxista en relación a la teoría y la estrategia del populismo.

Sostuvo una larga y muy complicada polémica no sólo con los populistas sino, también, con grupos como los llamados "marxistas legales" de Piotr Struve, Berdyayev, Bulgakov y Frank que tuvieron una comprensión diferente de la aplicación de las tesis socialistas en la peculiar realidad social rusa y se desenvolvieron en el marco de la legalidad, sin usar seudónimos de guerra. Las reformas de Alejandro II introdujeron el capitalismo y la economía monetaria. Pero, en opinión de los populistas,

las manchas de capitalismo no modificaban, ni mucho menos eliminaban las estructuras rurales y feudales del sistema económico patriarcal. Objetaban, por otro lado, que en Rusia el capitalismo estatal no había formado una clase obrera y que sin ésta no se daban las condiciones apropiadas para la revolución. En cambio predominaba el campesinado al que debía educársele para crearle la conciencia de clase como base para la insurgencia de la lucha revolucionaria. Plejanof insistió en que la arcaica comunidad rural iba a ser barrida por el industrialismo en expansión y por tanto no podía ser el cimiento de la futura organización socialista. "Los populistas se equivocaban, dijo Plejanof, en acusar a los marxistas por el hecho de que, como afirmaban que el socialismo era el producto de la evolución del capitalismo, debían ser aliados de la burguesía rusa: las leyes de la historia no podían doblegarse ante fórmulas mágicas ni ante los más puros motivos revolucionarios. La primera tarea consistía en hallar en qué dirección Rusia era impulsada por la inexorable necesidad económica" comenta Kolakowski. En buena cuenta, los populistas plantaron objecciones avaladas por la realidad del país feudal cuyas estructuras iban a contracorriente de teorías rechazadas por los hechos. Plejanof efectuó un excepcional *tour de force* en una polémica en que tuvo en contra muchas cosas en el plano del cotejo de la teoría y la praxis. Lo que hizo fue extraer ventajas pragmáticas para cubrir las debilidades doctrinarias. Con Deutsch, Zasulich y Akselrod, formó el Grupo de Emancipación del Trabajo, que. bajo las circunstancias negativas del exilio, llegó a ser la célula de la primera organización social demócrata estructurada con pautas europeas. Entre otras polémicas, los "emancipadores" discutieron contra Bogdanov y "buscadores de Dios" que intentaron empatar el marxismo con el neokantismo. Igualmente libró batallas de esclarecimiento ideológico contra el revisionismo de Eduard Bernstein, autor de fuertes cuestionamientos al marxismo. También hay que tener en cuenta sus diferencias con el social demócrata marxista Krichevsky que creó

la Raboyacha Gazeta, en la que colaboró Lenin. La Rabochaya Gazeta luchó para convertirse en el órgano oficial de los marxistas rusos, con el apoyo de los acuerdos del primer congreso del partido social demócrata realizado clandestinamente en Rusia. Plejanof y los emancipadores, con el apoyo de Lenin que abandonó el destierro de Siberia en 1900, logró revocar el acuerdo del congreso de 1898 y fundar "Iskra" (La Chispa) como vocero del partido. Alrededor de la legendaria "Iskra" se nuclearon las dos primeras generaciones de marxistas rusos representadas por el veterano Plejanofv y el joven Lenin. Fue un choque de trenes. El viejo estaba envanecido de su rol de oráculo del marxismo y trató a Lenin con arrogancia. En rigor, fue una autoridad política y literaria. Se constituyó en uno de los teóricos pioneros del realismo socialista. Como tratadista político fue un marxista heterodoxo a la manera leninista. Echó mano de argumentos de variado origen para llegar a las conclusiones a las que quería arribar. Arguyó que las prioridades políticas del comunismo estaban por encima de cualquier principio moral pequeño-burgués y de exigencias tácticas como la censura o la anulación de elecciones. Todo en nombre del partido, nada en contra del partido. Sin embargo, fue intransigente en la defensa de lo que llamó las cuestiones fundamentales del marxismo y las tácticas para ejecutar la doctrina. Cuando se produjo el cisma de bolcheviques y mencheviques optó por el lado de Lenin. Más tarde discrepó del bolchevismo y de la estrategia leninista del control del grupo bolchevique de la dictadura del proletariado. Sus divergencias fueron al principio de tipo táctico, como pasar por una etapa previa de gobierno constitucionalista democrático antes de acceder en regla al socialismo. Después, acusó a los bolcheviques de conspirar contra la filosofía marxista. Multiplicó sus desavenencias con los bolcheviques, sin que alguien se atreviera de colgarle el mote de revisionista al oráculo del marxismo. El paso de los años amargó su carácter. Se contradijo a menudo asumiendo posiciones que antes había criticado a otros militantes. Antes embistió furiosa-

mente a Bernstein por su revisionismo explícito. Luego él alcanzó el perfil de un revisionista. En realidad, el comunismo ruso fue una operación de revisionistas encabezados por Lenin. Las interpretaciones rusas del marxismo fueron una contradicción vitanda del marxismo, tal como lo concibió Marx. En ese desarreglo doctrinario, la ortodoxia marxista cayó por el suelo al admitirse su inaplicabilidad en una sociedad feudal y sin una masa de obreros industriales que protagonizara la revolución socialista. La revolución del socialismo científico, en conformidad estricta con la ortodoxia marxista, debieron emprenderla los países europeos de mayor desarrollo capitalista (Inglaterra, Francia, Alemania) no un dinosaurio agropecuario subdesarrollado. Cuando Plejanof regresó a Rusia poco después de la toma del poder por los bolcheviques en 1917, él ya era un anacronismo. Sus puntos de vista lucieron como las rabietas de un estratega desactualizado por el largo exilio. Se le escuchó, pero no se le hizo caso. Se le reconocieron, empero, sus aportes, sobre todo su histórico rol como divulgador del marxismo, un marxismo que no calzó con la realidad rusa, que siempre él se empeñó en desconocer, sólo por darle la contra a los populistas. Pergeñó un estilo marxista, de prosa directa, antiretórica, altamente polémica, que Lenin imitó a su manera. En los congresos internacionales, se manejó con típico individualismo arbitrario. Abrazó efusivamente a un socialista japonés cuando combatían los ejércitos de ambos países. Demandó que se le hiciera la guerra a Alemania hasta alcanzar la victoria, sin vislumbrar el desastre militar ruso que desembocó en el Tratado de Brest-Litovsk. Lenín lo soportó con tolerancia política que no le concedió a nadie; reprendió a Stalin en una ocasión por haber escrito un ataque virulento contra el viejo maestro. A su muerte dijo Lenín que "Plejanof fue el único marxista dentro de la social democracia internacional que hizo, desde el punto de vista del materialismo dialéctico consecuente, la crítica de aquellas increíbles necedades acumuladas por los revisionistas". Entre revisionistas andaban.

Pedro Kropotkine (1842-1921)

Ideológicamente más próximo a Bakunin que a Lenin, el Príncipe Pedro Kropotkine fue un híbrido de anarquista y comunista, descendiente en línea directa de la primera dinastía monárquica rusa que se remontó al conquistador escandinavo Rurik. A los ocho años de edad lo prepararon para que formara parte del cuerpo de pajes de los zares. Ingresó a la Academia Militar de San Petersburgo en 1857 para continuar la tradición militar de su padre, general de las fuerzas militares reales. Recorrió el territorio ruso impulsado por su vocación de geógrafo y naturalista, explorando las tierras de las márgenes del río Amur por cuyas aguas navegó Bakunin en una evasión sensacional. En 1867 abandonó la carrera militar para perfeccionar sus estudios científicos en la universidad de San Petersburgo. Sus monografías geográficas le valieron su incorporación a la Academia Geográfica Rusa y su nombramiento posterior de secretario de la institución. Dirigió a los 22 años una expedición científica a Siberia, entonces una región tan extensa como desconocida, donde permaneció cinco años. Sus observaciones sobre el terreno rectificaron errores geográficos de bulto. Testimonio impar de sus investigaciones in situ fueron las obras "La desertificación de Asia" y "La orografía de Asia". En 1873 publicó un mapa del continente asiático que cambió los estereotipos geográficos imperantes hasta el siglo XIX. Al mismo tiempo que exploró los detalles de la imponente geografía rusa observó de cerca las vicisitudes desgarradoras de la pobre gente rusa. Su posición aristocrática fue una circunstancia familiar de la que no vaciló en despojarse viéndose como anillo de una estructura de explotación que llegó a despreciar. Otro hombre de abolengo como él hizo a un lado los pergaminos familiares para adherir la causa de los desheredados de la tierra. Mijail Bakunin se convirtió en la inspiración de su militancia ideológica. En un viaje a Suiza en 1872 tomó contacto con la sección bakuninista de la Asociación Internacional de Trabajadores, escenario

de la gran polémica del padre del anarquismo con Karl Marx, que preludió la expulsión de Bakunin por sus severas críticas al dogmatismo marxista. A su regreso a Rusia se incorporó al Círculo Revolucionario Populista (narodniki) de Chaikowski. Pronto su relación con los anarquistas fue noticia de escándalo en la corte zarista. Para que su insólita trasgresión sirviera de escarmiento fue encarcelado en la fortaleza de San Petersburgo, rompiendo relaciones con los círculos familiares y colegas académicos. Un príncipe en prisión. Un príncipe demente cuya alucinación predilecta fue lanzar un petardo de dinamita al paso del carruaje del zar. Sus detractores crearon esa imagen, urdiendo la patraña de un personaje excéntrico dominado por pasiones dostoievskianas. Kropotkine soportó a pie firme el rigor del encarcelamiento, pero su salud resultó seriamente afectada. Los médicos del Hospital Militar de San Petersburgo exigieron un tratamiento carcelario más adecuado para proteger el estado de salud del ilustre geógrafo. Kropotkine astutamente aprovechó el aflojamiento del régimen penitenciario y se fugó del hospital. En una hazaña de evasión digna del estilo de Bakunin, se las arregló para salir de Rusia y llegar a Inglaterra. En Europa se involucró totalmente a los medios anarquistas, asistiendo al Congreso Libertario de Verviers. En Suiza llegó a ser una de las figuras más importantes del movimiento libertario. Luego fundó en Ginebra el vocero libertario La Revolte, que divulgó ampliamente el pensamiento revolucionario anarquista. Acudió a Londres para tomar parte en el Congreso de la Internacional Negra. Como miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T) tomó parte activa en las huelgas de las fábricas textiles de Lyon. A consecuencia de ello fue sentenciado a cumplir cinco años de prisión. Permaneció en la cárcel hasta 1886. Fue liberado gracias a una campaña de agitación apoyada por personalidades intelectuales europeas. Entre 1887 y 1913 despliega febril producción intelectual, llegando a publicar "el opúsculo "Prisiones francesas y rusas", "La conquista del pan" (1892), "Memorias de un revoluciona-

rio" (1898), "Campos, fábricas y oficinas" (1899), "El Estado" (1903), "Historia de la Revolución Francesa" (1909) y "Ciencia Moderna y Anarquismo" (1913). "El apoyo mutuo, factor de la evolución" y especialmente "Ética, origen de la evolución moral".

El derrocamiento de la dinastía zarista lo llenó de fervor revolucionario. Kerensky le ofreció un ministerio terio que rechazó: tenía 75 años. En 1918 se encontró con Lenin. El dirigente ruso conoció y respetó su obra, pero no hubo puntos de concordancia política. Por el contrario, al instaurarse la dictadura bolchevique en el gobierno, dirigió una carta abierta a Lenin, recusando la construcción del estado autocrático soviético a nombre de los postulados anarquistas opuestos a la tiranía del estado sobre el hombre. Cuando expiró en 1922 los anarquistas llevaron el féretro por las calles de Moscú, mientras los agentes policiales apuntaban los nombres de los asistentes.

Ciencia, ética y política se entrecruzaron en el pensamiento de Kropotkine, con remarcable espíritu dialéctico. Como naturalista admitió el origen histórico de la evolución biológica de las especies en precursores como Demócrito, Lucrecio y Aristóteles. Reconoció que el hilo de los atisbos de los filósofos griegos fue seguido en Inglaterra por Francis Bacon, en Francia por Benoit de Maillet, Diderot, Bougainville, Lamarck hasta rematar en la teoría de la evolución natural del británico Darwin y la pléyade sus colaboradores. Aceptando la base científica general del evolucionismo, Kropotkine cuestionó la concepción de Darwin sobre la supremacía de los fuertes sobre los débiles del reino animal, como resultado de la lucha permanente de uno contra todos. La transposición de la teoría de the struggle for life a las relaciones sociales del homo sapiens contribuyó retrospectivamente, a juicio de Kropotkine, a solventar las aseveraciones de Thomas Hobbes en el "Leviatán" sobre la necesidad de un régimen absolutista monárquico, esto es un gobierno fuerte e implacable, para sostener el orden social. Alarmó a Kropotkine que la tendencia de los neodarwinistas coincidiera con las

corrientes filosóficas de Nietzsche, Schopenhauer y otros filósofos que, con variantes y matices, argumentan que la Naturaleza es amoral, cuando no inmoral, y transfieren el negativismo a las estructuras sociales. El ideólogo anarquista se opuso a la sustentación del neodarwinismo y el neutralismo negativo en una célebre conferencia en Manchester titulada "Justicia y Moral". En contra de las tesis del predominio de los más fuertes darviniano y del amoralismo filosófico nietzscheano, el príncipe fundamentó la tesis de la moral con apoyo mutuo. Entre 1891 y 1894 publicó numerosos artículos en la revista científica "Nineteenth Century" explayando la tesis de la moral con apoyo mutuo con ejemplos de alianzas, colaboración y convivencia pacífica de animales, pueblos primitivos y pueblos civilizados entrelazados por una estrecha y fraterna solidaridad. Las conferencias y artículos sirvieron de introducción a su libro "Etica, origen y evolución de la moral". "Al lanzar Darwin su teoría de la lucha por la existencia y presentarla como el motor del desarrollo progresivo suscitó de inmediato la cuestión de saber si la naturaleza tiene carácter moral o inmoral" expresó Kropoktine en el inicio del alegato científico de "Etica, origen y evolución de la moral". Añade: "La concepción del bien y el mal que preocupó a los espíritus desde la época del Zendavesta se ha convertido de nuevo en tema de discusión, con mayor profundidad que antes. Los darvinistas conciben la naturaleza como un enorme campo de batalla en el cual se derrota a los más débiles, induciendo que la Naturaleza enseña nociones donde predomina el mal... en realidad, la posición de la teoría evolucionista no es tan precaria ni se reduce a las contradicciones en que incurrió Huxley cuando Darwin no dice lo mismo en su segunda obra "El origen del hombre". La concepción de Tennyson y Huxley es unilateral y, por consiguiente, falsa, y tan poco científica que el propio Darwin señaló que debe ser complementada. Darwin señala que en la propia naturaleza se puede observar al lado de la lucha por la sobrevivencia otros factores cuyo sentido es completamente dis-

tinto, como la ayuda mutua dentro de la misma especie". Remató su apuesta sobre la prioridad de la solidaridad social, manifestando: "Ayuda mutua, justicia y moralidad constituyen los escalones consecutivos de una serie ascensional expresada por el estudio del mundo de los animales y el hombre. No es algo que se imponga superficialmente: es una necesidad orgánica que se justifica por la evolución total de la evolución del reino animal, comenzando por la iniciación de las colonias animales que gradualmente lleva a las comunidades humanas civilizadas. Hablando con lenguaje figurado, esto representa una ley de la evolución orgánica y es así que los sentimientos de ayuda mutua, justicia y moralidad radican en la inteligencia del hombre con la fuerza de un instinto innato". En última instancia, según se deduce, el razonamiento científico de Kropotkine desemboca en el apoyo del pensamiento anarquista en tanto coadyuva a la visión de la ayuda mutua en el campo social, y a la cristalización de la justicia y la ética en el campo político, como antítesis al absolutismo dictatorial y a la eliminación de la moral en las definiciones ideológicas. En consecuencia, el anarquismo constituyó la antítesis del marxismo-leninismo sostenido en la dictadura del partido gobernante, posponiendo la moral al libre albedrío si no concurre a los intereses revolucionarios. Sin embargo, la reinterpretación de Kropotkine de los derechos políticos lleva a las mismas conclusiones de utilitarismo pragmático que censura a los marxistas. En "Palabras de un rebelde" asevera que los derechos políticos —sufragio universal, libertad de prensa— "no hacen sino engañar al pueblo". Sostiene que la burguesía gubernamental se ha reservado casi por completo los derechos políticos "para defender los derechos de las clases privilegiadas y mantener su poder sobre el pueblo". En otras palabras, el anarquista ruso se aferra a la perspectiva de las clases oprimidas para determinar si en función de sus derechos, son válidos el sufragio universal o la libertad de imprenta. Acusó una estrecha comunidad de intereses políticos que no hace diferencias entre anarquistas y co-

munistas en cuanto a los derechos públicos. Escribió: "Es evidente que en la sociedad actual, dividida en siervos y señores, la verdadera libertad no puede existir, y no existirá nunca mientras haya explotados y explotadores, gobernante y gobernados. Sin embargo, no se sigue de aquí hasta el día en que la revolución anarquista lo haya barrido todo, deseemos nosotros ver la prensa amordazada como en Alemania, el derecho de reunión anulado como en Rusia, la inviolabilidad personal reducida a lo que es en Turquía... pero ya es tiempo de que comprendamos que no es a las leyes constitucionales a quienes hemos de pedir derechos. No es una ley, es un pedazo de papel que puede romperse a la menor fantasía de un gobierno, en lo que debemos ver la salvaguarda de nuestros derechos naturales. Sólo haciéndonos bastante fuertes para imponer nuestra voluntad, conseguiremos que nuestros derechos sean respetados". Arengas como "haciéndonos bastante fuertes" o "imponer nuestra voluntad" presentan a Kropotkine en la línea darwiniana de Hobbes, Marx y Lenín, contradiciendo sus enunciados idealistas de origen. A la hora de la acción política, las palomas se transforman en halcones, las liebres se metamorfosean en gorilas, y los anarquistas, arcangélicos a la letra, quieren ser fuertes e imponer su voluntad, como los malvados comunistas. La justicia, la moral, la ayuda mutua se tornan en derechos de un relativismo ubícuo y rentable, conforme al cristal con que lo miran capitalistas, anarquistas, comunistas.

Si Lenin no hubiera nacido en Rusia, hijo de un funcionario civil al servicio de la administración zarista, Ilya Nikolaevich Ulyanov y de una maestra de escuela, María Alexandrovna Blank, de ascendencia alemana luterana por su abuela materna y ascendencia judía por su abuelo materno(convertido al cristianismo), el marxismo pudo haberse desvanecido, como otras variedades del socialismo utópico. Los ideólogos de la doctrina, los alemanes Marx y Engels pusieron una camisa de fuerza apriorística a la doctrina, restringiendo su aplicación práctica a la espera de la destrucción del capitalismo por un movimiento revolucionario de trabajadores de la industria, algo impensable en una nación mayoritariamente campesina. Sin embargo, imponiéndose a las contradicciones de teoría y la práctica, luchando contra viento y marea, tomando el marxismo como una guía de acción y no como dogma rígido, Lenin realizó la primera revolución marxista de la historia en un país congelado en la Edad Media. En largas polémicas que sostuvo con adversarios de la propia familia socialista, Lenin despejó el camino a plumazos, afirmando, con una libertad que sonaba a desparpajo, que "el marxismo no es un dogma muerto, no es una doctrina acabada, terminada, inmutable, sino una guía viva para la acción (que) no podía por menos de reflejar en sí el cambio asombrosamente brusco de las condiciones de la vida social. El reflejo de ese cambio ha sido una profunda disgregación, la dispersión, vacilaciones de todo género, en una palabra, una crisis interna sumamente grave del marxismo" ("Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del comunismo." 1910).

Los menchevíques rusos, el grupo minoritario del congreso de Londres de 1903, Martov (1873-1923), Axelrod (1850-1925), Zassulich (1851-1919) y Plejanof (1857-1918) polemizaron con la tesis leninista, replicando que la revolución socialista rusa debía tener como antesala la revolución social-demócrata paralela al desarrollo industrial,

para crear el proletariado, inexistente en la Rusia feudal. En determinado momento a Lenin no le interesó revivir la polémica con los mencheviques y los populistas sobre la incompatibilidad del feudalismo ruso y el industrialismo europeo sino construir una nueva legitimidad ideológica. También fue jaqueado por los socialistas alemanes Bernstein, Kautsky, Bohm-Bawerk, que le enrrostraron su infidelidad a los dogmas marxistas. Para defender su concepción neomarxista o simplemente leninista, polemizó como una batería dialéctica para refutar en artículos, libros, cartas, memoriales, acuerdos de congresos, etc. tanto a los mencheviques como a los social-demócratas alemanes que lo anatematizaron por haber saltado a la garrocha las etapas económicas señaladas por Marx y Engels. En un largo período todo pareció estar en su contra en la teoría y en la praxis. Pero, en otro momento, todo cambió en su beneficio político.

En su contra estuvieron, su padre, consejero del zar, que soñó verlo como abogado al servicio del antiguo régimen. En su contra estuvo el fusilamiento de su hermano mayor Alexander, por intervenir en un atentado contra el zar Alejandro III. Algunos biógrafos aducen que la ejecución de su hermano decidió su enrrolamiento revolucionario. La iniquidad lo inundó de furia, pero no fue suficiente para la asunción de la conciencia crítica socialista. Su asimilación de las cuestiones fundamentales del marxismo fue obra de Plejanof y la vertió en sus primeros ejercicios de divulgación doctrinaria en "Iskra", desde cuyas páginas inflamó la conciencia revolucionaria de los rusos de su generación. En su contra estuvieron, también, el arresto, encarcelamiento y ostracismo en un pueblo de Siberia.

Las tragedias familiares, presidio, deportación, todas las cosas que estuvieron en su contra, empezaron a cambiar de cariz cuando viajó a Europa alrededor de 1900. Antes, en 1898, se casó con Nadezha Krupskaya, activista socialista y fiel compañera, algo pesada de carácter, según los contemporáneos de la pareja. En Suiza inició una formidable campaña de divulgación, firmando con el seu-

dónimo Lenin, que, según se dijo, usó para diferenciarse de Plejanof, conocido por su nombre de pluma de Volgin. El estilo incisivo, telegráfico, eminentemente dialéctico, agregado a su capacidad organizativa, le reclutó una vasta audiencia de lectores. En el corto período de 1901 a 1903, creó el leninismo como la vía rusa al comunismo, abriendo una guía general al comunismo nacional. La primera batalla ideológica fue de índole nacional. "Iskra" (La Chispa) influyó en dos etapas decisivas de la estrategia de Lenin: la primera, convocando un congreso para unir las fracciones social demócratas; la segunda, asegurando el control personal de la social democracia, calculadamente reagrupada para sus propios fines. Cuando consiguió el control de "Iskra" remarcó Lenín, "un periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo". En "Marxismo y Revisionismo" sintetizó los debates con los "economistas" los "marxistas legales" de Struven, los mencheviques de Martov y Axelrod y los otros sectores disidentes. Con su legendaria mordacidad polémica, dijo que "si los axiomas geométricos afectasen los intereses de los jóvenes, seguramente habría quien los refutase... Marx es atacado con igual celo por los jóvenes doctos que hacen carrera refutando al socialismo, como por los decrépitos ancianos que conservan la tradición de toda suerte de anticuados sistemas." Concentrando sus puyas en los marxistas "economistas", comentó que "la lucha contra los revisionistas en torno de estas cuestiones sirvió para reavivar de manera fecunda el pensamiento teórico del socialismo internacional, tal como había ocurrido veinte años antes con la polémica de Engels contra Duhring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifras en la mano. Se demostró que embellecían sistemáticamente la pequeña producción actual. Datos irrefutables prueban la superioridad técnica y comercial de la gran producción sobre la pequeña, no sólo en la industria, sino también en la agricultura." En el curso del ejercicio de gobierno, cuando tambalearon las tesis económicas ajustadas al marxis-

mo, Lenin cambió en los hechos sus puntos de vista teóricos, con sentido práctico que sus detractores denigraron llamándole oportunista, pero que sus leales consideraron una muestra de realismo aplicado para sacar a Rusia de las consecuencias del estatismo improvisado. Por otro lado, en el plano político, combatió sañudamente las críticas provenientes del socialismo europeo, a veces, más encarnizadas que las originarias de filas conservadoras: "El carácter inevitable del revisionismo está determinado por sus raíces de clase —expuso en "Marxismo y Revisionismo"— en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista que reflexione y tengo un mínimo de conocimientos puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre ortodoxos y bernsteinianos en Alemania, entre guesdistas y jauresistas (ahora, en particular, broussistas) en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña, entre Brouckere y Vandervelde en Bélgica, entre integralistas y reformistas en Italia, entre bolcheviques y mencheviques en Rusia es, en todas partes, en lo sustancial, una y la misma pese a la inmensa diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la actual situación de todos esos países. En realidad, la "división" en el movimiento socialista internacional de nuestra época se produce ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente en una misma línea, lo cual demuestra el formidable paso adelante que ha dado en comparación con lo que ocurría hace 30 o 40 años, cuando en los diversos países luchaban tendencias heterogéneas dentro del movimiento socialista internacional único. Y ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos como "sindicalismo revolucionario" se adapta también al marxismo "enmendándolo": Labriola en Italia, Lagardelle en Francia, apelan muy a menudo del Marx mal comprendido al Marx bien comprendido".

En el amplio espectro de la praxis gubernamental, los retos acosaron al marxismo-leninismo a medida que la

Rusia atrasada y feudal se transfiguraba a trompicones en el primer estado comunista del mundo.

En la construcción del nuevo estado socialista, Lenin afrontó, fundamentalmente, tres grandes desafíos: el Tratado de Brest-Litovsk, la Nueva Política Económica (NEP) y la creación de la Tercera Internacional.

TRATADO DE BREST-LITOVSK

Apenas ingresó al poder, tras el astuto golpe de mano octubrino contra el gobierno de Kerenski, respaldado por su elección formal como Premier de la Unión Soviética por el Congreso del Soviet Ruso, Lenín encaró su primer desafío con la invasión alemana, que representó en esa difícil coyuntura la posible desaparición del nuevo estado revolucionario en su primera etapa de formación. Las potencias de la Entente, aliadas del imperialismo zarista, tendieron un cerco de hierro para bloquear la estabilización del nuevo régimen socialista. Tropas anglofrancesas y japonesas desembarcaron en Murmansk y Vladivostok, asestando zarpazos incitados por la primera guerra mundial. El flamante gobierno bolchevique enfrentó al mismo tiempo una guerra civil emprendida por el Ejército Blanco prozarista y una guerra externa por Alemania, que pusieron a la incipiente revolución bolchevique en el trance de evaporarse cuando recién comenzaba. Lenín regresó del largo destierro con una visión estratégica mucho más abierta que la de los bolcheviques de casa. Acosados desde diversos frentes por el Ejército Blanco, que luchó por la restauración de la monarquía zarista, con el indisimulado apoyo de las potencias occidentales, los bolcheviques rusos debatieron acerca del rumbo que debían seguir, sin ponerse de acuerdo sobre estrategias y metas. Unos lanzaron arengas patrióticas, abogando por la lucha contra los zaristas y los imperialistas extranjeros, Trotski entre ellos. Otros creyeron, Lenín al principio, que, distribuyendo panfletos, octavillas y todo género de papelería revolucionaria entre los obreros y soldados de Alemania, se podía acelerar la insurrección social

para llevar al poder a los socialdemócratas germánicos. Otros bolcheviques propusieron combatir a las tropas del Ejército blanco y no negociar el armisticio con Alemania. Quedó a la vista el inventario de Lenin de las opciones apoyadas por sus camaradas de comité, en esa primera etapa en la que la tendencia a la asambleización puso en riesgo la estabilidad del estado comunista ruso. La carencia de un ejército propio de soldados y oficiales profesionales sólo permitía hacer frente a los ataques de las fuerzas prozaristas diseminadas a lo largo y ancho del territorio ruso, con campesinos reclutados a la carrera, sin experiencia militar, con jefes civiles en cargos militares. Teniendo en cuenta que combatía contra las muy bien entrenadas fuerzas alemanas, Lenín propuso la negociación del armisticio de paz, así fuera en condiciones desventajosas. En el Informe sobre la Paz de 1917, expuso con claridad los alcances del armisticio: "El gobierno invita a todos los gobiernos y pueblos de los países beligerantes a concretar inmediatamente un armisticio, considerando, por su parte, que este armisticio debe durar tres meses por lo menos, plazo en el cual son posibles tanto la terminación de las negociaciones de paz con participación de los representantes de todas las naciones o pueblos sin excepción empeñados en la guerra u obligados a intervenir en ella, de asambleas autorizadas de representantes del pueblo, para ratificar definitivamente las condiciones de la paz" ("Las tareas de la revolución"). Por su lado, Trotski, como Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, se opuso al armisticio y a la cesión de territorios, creyendo que representaba una deshonrosa capitulación revolucionaria. Pero, poco a poco, entendió la diferencia entre la política real y el patriotismo retórico, y apoyó lealmente los puntos de vista de Lenín. Procedió entonces a cesar a los diplomáticos del régimen zarista, basándose en principios muy revolucionarios pero ausentes de factibilidad diplomática. Pensó al principio entablar nexos sólo a niveles de organizaciones marxistas de obreros, e ignorar las relaciones diplomáticas de estado a estado. Se enviaron a los países europeos fogosas proclamas socialistas, rom-

piendo las relaciones diplomáticas con las potencias imperialistas. Después, aceptó que "si los pueblos de Europa no se levantan y aplastan el imperialismo, seremos destruidos nosotros, no hay duda alguna. O bien la Revolución Rusa suscita el torbellino de la lucha en occidente, o los capitalistas de todos los países ahogarán nuestros esfuerzos." Como la propaganda a través de panfletos obviamente no provocó ninguna conmoción en Alemania, no hubo otra alternativa que improvisar representantes diplomáticos entre los cuadros bolcheviques para negociar una paz, que entrañó una rendición. Los primeros nombramientos diplomáticos recayeron en Voroski en Estocolmo, Karpinski en Ginebra y Litvinov en Londres. Como señaló E. H. Carr, "Lenín había considerado desde hacía mucho la posibilidad de que una revolución proletaria en un solo país —incluso quizás en la atrasada Rusia— se encontrase temporalmente aislada en un mundo capitalista, y estaba quizás mejor preparado que la mayoría de sus partidarios para tener un punto de vista realista de la situación que de ello resultase. Después del triunfo de la Revolución se disipó automáticamente, y casi de manera inconciente, la ilusión de que la política extranjera y la diplomacia no eran más que un legado nocivo del capitalismo y que el cuartel general de la dictadura proletaria sería el estado mayor de un movimiento militante más que la capital de un Estado establecido". En otras palabras, tuvo que aceptarse que las relaciones internacionales no pueden excluir a los adversarios ideológicos y que los carriles diplomáticos eran las vías forzosas de entendimiento. La presión política fue más fuerte dado que se tenía que sacar a Rusia de la guerra a toda costa, para disipar el caos y conservar una estabilidad medianamente aceptable a la masa de campesinos desorientada y aturdida por las convulsiones de los cambios revolucionarios. Se envió una declaración de paz a las legaciones diplomáticas de los aliados, que no surtió efectos prácticos. Sólo después de contactos entre militares rusos y militares alemanes, se iniciaron las primeras negociaciones de paz que, en medio de vueltas y revueltas, condujeron a las discusiones del Trata-

do de Brest-Litovsk, entonces una ciudad polaca bajo dominación rusa, situada en una encrucijada territorial entre Alemania, Bulgaria, el imperio austro-húngaro y Rusia, enlazada por vías férreas de Berlín a Moscú. La delegación alemana tuvo al frente al general Hoffman; la delegación rusa estaba encabezada por Joffe, Kámenev, Sokólnikov, expertos militares, un obrero y un campesino de adorno proletario. Rusia pretendió que estuvieran presentes delegados de los aliados europeos, pero Hoffman alegó que las negociaciones debían efectuarse únicamente entre alemanes y rusos, con el objetivo de que Alemania no tuviera competidores a la hora del reparto de territorios, ya que ocupaba buena parte del mapa ruso. "Por primera vez, Lenín —e incluso casi solo— se enfrentaba de una manera honrada y realista con una situación que —enfatiza Carr— defraudaba las esperanzas y frustraba los confiados cálculos en que hasta entonces se había basado la política bolchevique. El gobierno alemán, lo mismo que los aliados, habían rechazado todas las proposiciones de una "paz justa y democrática", y los soldados alemanes, lejos de sublevarse contra sus amos para consumar la revolución proletaria, se disponían a marchar obedientemente contra la Rusia revolucionaria. Lenín, siguiendo su costumbre, expuso sus puntos de vista, con antelación a la reunión, agrupándolos en una serie de tesis —las "Tesis sobre la cuestión de la conclusión inmediata de una paz separada y anexionista"— que demuestran lo rápida y radicalmente con que abandonó las suposiciones optimistas de las seis semanas anteriores". Stalin propuso que las negociaciones se alargaran, sin firmar el armisticio. Respondió Lenin: "Stalin está equivocado al decir que es posible no firmar. Hay que aceptar estas condiciones; si no las firma, firmaréis dentro de tres semanas la sentencia de muerte del poder soviético... La revolución no está aún madura en Alemania y puede tardar meses. Hay que aceptar las condiciones propuestas".

El tres de marzo de 1818 se firmó el Tratado de Brest-Litovsk, entre Rusia, Alemania, Bulgaria, el Imperio Austro-Húngaro, por el cual Rusia renunció aproximada-

mente a la cuarta parte del territorio ganado por los zares: Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Curlandia, Lituania, Ucrania y Besabaria. Asimismo, se devolvieron al imperio turco los territorios de Ardahan, Kars y Batumi. A Alemania le cedió Polonia, la parte occidental de Bielorrusia, Curlandia y Lituania. De acuerdo al tratado, Finlandia, Letonia, Estonia (con las islas Aland) serían independientes y se retiraría el ejército ruso de ocupación. También concluiría la ocupación militar rusa de Ucrania, se reconocería su status de estado independiente. Para remate de males a la escuálida caja de caudales rusa, se pagaría una considerable indemnización de guerra. Poco después, la derrota alemana ante las fuerzas aliadas anuló el Tratado de Brest-Litovsk, que sólo duró siete meses, disuelto por el Tratado de Mudros del 11 de noviembre de 1918. Ucrania regresó al seno de la madre Rusia, pero el resto de naciones recuperó la independencia. Significativamente, las potencias occidentales que derrotaron a Alemania salvaron a Rusia de las consecuencias de un ignominioso tratado, que, tanto por el anexionismo alemán de territorios históricos, como, por el contexto de su negociación y suscripción, hirieron el honor de la inmadura Rusia revolucionaria. En el fondo, Rusia devolvió territorios de países anexados brutalmente por los zares: Finlandia, Polonia, Besarabia rumana, los países bálticos. Pudo quedar entre los nacionalistas a ultranza un sedimento de frustración histórica, aunque las tierras desagregadas eran producto de la rapiña zarista. Pero el régimen bolchevique fue obligado a recibir varias lecciones amargas, que, de no ser por el realismo pragmático de Lenin, y, sobre todo, por la derrota alemana, pudieron trastornar irreparablemente los cimientos de la nueva república. Lenín asumió con entereza la soledad del régimen ruso. La solidaridad socialista internacional sólo era fraseología en la primera década de la revolución rusa. Por otro lado, Lenín y sus camaradas aprendieron que las guerras se ganan con soldados profesionales y las negociaciones internacionales se entablan con diplomáticos expertos. "La crisis de Brest-Litovsk

—escribió Lenín en "Pravda"— aparecerá como uno de los puntos decisivos más importantes de la historia de la revolución rusa y la internacional". Lo que no escribió en la autocrítica fue que una de las lecciones más importantes que legó Brest-Litovsk aconteció en el manejo del poder. En otras palabras, la realidad no se adapta a las ideas sino éstas a aquéllas y se debe estar preparado para efectuar transacciones, así sean formales o coyunturales, si se quiere subsistir. El evangelio marxista sienta el principio de que el socialismo científico se rige por leyes sociales que tienen un peso específico inmutable como las leyes de la física y la química, avaladas por el materialismo dialéctico, más allá de la voluntad humana y de los subjetivismos interpretativos. Contrariamente a esas aseveraciones, en Brest-Litovsk se cruzaron dos voluntades políticas, la voluntad del anexionismo alemán, y la voluntad de los países aliados para desmenuzar el poderío alemán, incluyendo la devolución de los territorios acumulados por el imperio zarista. El poder de ambas voluntades extrañas a las leyes socialistas intervino de manera decisiva en la estabilidad del régimen comunista.

Antes de firmar el tratado, agentes rusos sondearon la posibilidad de recibir ayuda militar y económica de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, pasando por alto las diferencias ideológicas, para combatir al enemigo común alemán. Lenín razonó con estrategia transaccional: "Podemos permitirnos un compromiso temporal con el capital; es una necesidad porque, si el capital se uniese, seríamos aplastados en la presente etapa de nuestro desarrollo... mientras exista el peligro alemán, estoy dispuesto a arriesgarme a cooperar con los aliados, cooperación que puede ser ventajosa para todos. En caso de agresión germánica estoy incluso dispuesto a aceptar ayuda militar, pero al mismo tiempo estoy completamente convencido de que vuestro gobierno no verá nunca las cosas bajo esta luz. Es un gobierno reaccionario y colaborará con los reaccionarios rusos". La solicitud de ayuda rusa fue rechazada por Estados Unidos y los gobiernos europeos. Sin embargo, se

tanteó el camino hacia futuros entendimientos en situaciones específicas que alentó, aunque con reservas ideológicas, la apertura política de Lenín.

Nueva Política Económica (NEP)

La entronización del gobierno bolchevique se catapultó aceleradamente por definiciones políticas eminentemente marxistas de alto riesgo estratégico que condujeron a la estatización total del aparato económico. Los obreros controlaron las fábricas a partir del 28 de noviembre de 1917. Los bancos fueron nacionalizados; se confiscaron las cuentas privadas mediante el decreto del 14 de diciembre del mismo año. También por decreto revolucionario se confiscaron los bienes de la iglesia ortodoxa y se prohibió la educación religiosa. El año 1918 se amplió el control estatal de la economía, nacionalizándose las tierras, el comercio interior y exterior, las plantas industriales, minas y ferrocarriles. El uso del dinero se reemplazó por sistemas de trueques, cuotas y mandatos. Por corresponder a los principios fundamentales de la ideología comunista, nadie en esa etapa de arrebato revolucionario se opuso a la decisión ideológica de abolir la propiedad privada de la tierra y anexos y no se midieron los alcances económicos y técnicos en la producción y la distribución agrícola en la transición del campesinado privado al Estado. Así lo confirmó rotundamente el Decreto sobre la Tierra de octubre/ noviembre de 1917: "1) Queda abolida en el acto, sin ninguna indemnización, la propiedad terrateniente; 2) Las fincas de los terratenientes, así como todas las tierras patrimoniales de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios, y dependencias pasan a disposición de los comités agrarios comarcales y a los soviets de diputados campesinos de distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente; 3) Cualquier deterioro de los bienes confiscados, que desde este momento, pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, punible por el tribunal revoluciona-

rio; 5) No se confiscan las tierras de los simples campesinos y cosacos". ("Las tareas de la revolución").

La primera gran prueba que afrontó la nueva economía bolchevique fue la emergencia creada por la declaratoria del comunismo de guerra causada por la guerra civil y la guerra con Alemania. El comunismo de guerra fue la opción radical que eligieron los bolcheviques para relanzar la economía, garantizar hipotéticamente el abastecimiento de la población y el Ejército Rojo, y, sobre todo, contener la inflación desatada por la rápida desarticulación de la estructura económica zarista. Hacia 1920 se nacionalizaron aproximadamente más de 37 mil empresas privadas. Se decretaron cuotas de producción a las unidades rurales. Se declaró la guerra a la burguesía agraria, con penas severas y hasta ejecuciones a los que no cumplieran las órdenes o fueran sorprendidos en flagrante sabotaje a la economía estatal.

Sin embargo, cuando se evidenciaron las pruebas de la gravísima crisis generada por las medidas del comunismo de guerra, Lenin se vio forzado a reconocer por los hechos del desabastecimiento de alimentos que el nuevo aparato estatal carecía de preparación técnica para atender las necesidades básicas de la población. Como aceptó con realismo pedagógico, la realidad no se puede cambiar de la noche a la mañana por decreto. Las medidas que nacionalizaron la propiedad privada en todas las esferas, fueron descontinuándose poco a poco, cautelosamente, por otras disposiciones, en las que se exhortó a elevar la productividad, transparentándose la preocupación y la angustia de los dirigentes comunistas por el rumbo económico caótico de un país en proceso de reconstrucción. La requisa del excedente de la producción de trigo determinó que aflorasen los más sensitivos problemas de producción, comercialización y abastecimiento. Carr enfatiza que "la rápida extensión del estado de emergencia, motivado por la guerra civil, hizo que la colecta de grano para proveer a las ciudades y al ejército se convirtiesen en cuestión de vida o muerte; por otro lado, hizo mucho más difícil la

cuestión del suministro de ropa y otros bienes de consumo a los campesinos, puesto que el ejército exigía ahora todas las existencias disponibles". En el año de 1919, la situación económica se agudizó por la guerra con Polonia y los ataques ininterrumpidos de los soldados blancos. Se fijaron más cuotas de producción a todas las unidades rurales. Se amplió la requisa a toda la producción agraria. Como estas medidas de emergencia rindieron resultados todavía más calamitosos, el gobierno de Lenín apeló a los "sábados voluntarios", eufemismo del régimen para explicar el reclutamiento de trabajadores obligados a producir sin descanso y sin pago, el penúltimo día de la semana. Simultáneamente, en otros niveles de sofisticación técnica, se establecieron estímulos de tipo capitalista para elevar el rendimiento de técnicos burgueses con salarios más altos que los técnicos revolucionarios. Para paliar los efectos de estas medidas aparentemente contrarrevolucionarias, el régimen profundizó mecanismos policiales de control, vigilancia y represión. El comunismo de guerra puesto en marcha para controlar la crisis hundió a la Rusia revolucionaria. Muy lejos de encontrar soluciones reales, por el contrario, agravó mucho más los problemas económicos. Trotski cuenta en sus memorias que el sesenta por ciento de los ferrocarriles ya era chatarra en la época revolucionaria y si no se renovaba a tiempo, caería en el colapso. Por otro lado, sin ingresos de moneda extranjera y en medio de un aislamiento autoinducido por las proclamas anticapitalistas, se alejaban las perspectivas inmediatas de renovación de la maquinaria también obsoleta de la industria, más el retraso tecnológico económico y militar. Dentro de ese cuadro de desolación, la guerra civil llegó a adquirir perfiles de sangrienta ferocidad, con ejecuciones sumarias, expediciones punitivas y campos de concentración, funestos heraldos de los gulags de Stalin. Las fuerzas blancas recibieron fuerte apoyo armamentístico de Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón. Por otro lado, dentro de las filas del Ejército Rojo, soldados y oficiales expresaron un creciente descontento por las privaciones

materiales a que los sometió el comunismo de guerra. Estas protestas y signos de malestar desembocaron en el amotinamiento de los marineros del Kronstadt de 1921. El Ejército Rojo aplastó la sublevación de la armada, unidad emblemática de la revolución de octubre, después de violentos enfrentamientos en los que perecieron millares de combatientes. Progresivamente el Ejército Rojo liquidó, también, a las fuerzas blancas prozaristas, los anarquistas ucranianos y a los bandidos organizados para el pillaje de zaristas y comunistas. Pero la victoria militar fue un triunfo pírrico: dejó una economía en ruinas, al haberse pasado sin solución de continuidad del feudalismo arraigado en siglos de dinastías monárquicas a las estructuras políticas y económicas aceleradamente organizadas del marxismo-leninismo. Cinco millones de víctimas dejaron las hambrunas desencadenadas por el derrumbamiento de la producción de alimentos. Transformados en enemigos a la fuerza de una revolución que nunca digirieron del todo, los campesinos abandonaron las tierras, redujeron las áreas de cultivos, sabotearon las metas de la producción con calculada abulia.

Lenín comprendió que debía asestar un golpe de timón a la economía para reorganizarla y así poder rescatarla del caos generado por la guerra civil, la guerra interna, y, particularmente, por el empirismo controlista del Estado. El Décimo Congreso del partido bolchevique efectuado a partir de marzo de 1921, discutió a fondo las causas de la crisis y acordó, con una autocrítica severa encabezada por Lenín, el establecimiento de una nueva política económica que salvara la revolución en camino al naufragio. Si no se corregía el rumbo de la política estatista a ultranza, se agravaría la decadencia de la producción industrial, la producción agrícola caería al fondo del abismo, y el estado comunista podía desaparecer antes de haber alumbrado sus primeros años.

El economista George Dalton traza un cuadro objetivo y realista de la crisis económica rusa entre 1917 y 1920: "Desde finales de 1917 hasta principios de 1921, un pe-

ríodo denominado de modo eufemístico "comunismo de guerra", los bolcheviques sobrevivieron derrotando a los aliados y más tarde a los ejércitos blancos (mandados por antiguos oficiales zaristas), si bien las condiciones económicas experimentaron un rápido empeoramiento. Con el fin de conseguir alimentos para los soldados rojos y los obreros fabriles, los bolcheviques enviaron tropas armadas al campo para que requisaran las cosechas. Los campesinos enfurecidos se vengaron reduciendo las superficies de plantación, escondiendo los productos alimenticios e incluso matando a los soldados rojos. Por aquel entonces el dinero ya carecía de valor. Entre 1917 y 1920, la cantidad de dinero en circulación por lo menos se duplicaba todos los años. La pobre cosecha de 1920 trajo consigo el hambre en 1920-21. Los bolcheviques nacionalizaron las fábricas, los bancos y los transportes. Los hambrientos obreros abandonaban las ciudades en busca de alimentos en sus aldeas natales. Hacia 1920, la población urbana había quedado reducida a la mitad. En 1921 el output industrial descendió a una tercera parte de su nivel en 1913. La economía se estaba desintegrando. Los campesinos, obreros fabriles y las fuerzas armadas mostraban una hostilidad cada vez mayor hacia el régimen bolchevique."

En "Marxismo y Revisionismo", Lenin salió al frente de los social-demócratas y marxistas rusos intransigentes y ortodoxos en la interpretación del análisis económico marxista. En la fecha temprana de 1908, Lenin flexibilizó la comprensión teórica de los postulados marxistas, tomando en cuenta una posible disfunción entre teoría y praxis a la hora de implantar el modelo marxista a la estructura feudal de la economía rusa. En la polémica sostuvo la posibilidad de aceptar la coexistencia de modelos económicos capitalistas y socialistas sin que tal aceptación coyuntural del dualismo significara un acto de revisionismo claudicante: "El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, constantemente, de la pequeña producción. Una serie de nuevas "capas medias" son inevitablemente formadas, una y otra vez, por el capitalismo (apéndices de las fá-

bricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país para hacer frente a las exigencias de la gran industria, por ejemplo, de la industria de bicicletas y automóviles etc). Estos nuevos pequeños productores son nuevamente arrojados de modo no menos infalible a las filas del proletariado. Es muy natural que así suceda, y así sucederá siempre hasta llegar a la revolución proletaria, pues sería un profundo error pensar que es necesario que la mayoría de la población se "proletarice" por completo para que esa revolución sea posible". Otra muestra de su flexibilidad pragmática se manifestó en "Marxismo y Reformismo", artículo de 1913, en el que Lenín combatió a los dogmáticos que rechazaron las medidas de tipo reformista que pudieran contribuir a la causa revolucionaria: "Los marxistas realizan una labor constante sin perder una sola "posibilidad" de conseguir reformas y utilizarlas, sin censurar, antes bien apoyando y desarrollando con solicitud cualquier actividad que vaya más allá del reformismo tanto en la propaganda como en la agitación, en las acciones económicas de masas etc. Mientras tanto, los liquidadores, que han abandonado el marxismo, no hacen con sus ataques a la existencia misma de un marxismo monolítico, con su destrucción de la disciplina marxista y con su prédica del reformismo y de la política obrera liberal más que desorganizar el movimiento obrero".

La crisis económica enfrentó a Lenin a las contradicciones en las que incurrió al pasar sin transición del feudalismo al comunismo empírico. Acosado por la problemática que él había creado al quemar etapas económicas a la carrera, no tuvo más remedio que adoptar medidas de cohabitación de capitalismo y comunismo, a través de la Nueva Política Económica (NEP), que significaron una capitulación ideológica de gran bulto. Cuando fundamentó la propuesta en 1921, en medio del escándalo y la consternación de leales camaradas, como Trotski, Lenín exhibió el grado máximo de su flexibilidad política para salvar del desastre la supervivencia del primer país marxista del siglo XX: "Unicamente llegando a un acuerdo con los cam-

pesinos podremos salvar la revolución socialista. O bien hemos de satisfacer económicamente al campesino medio y restablecer el mercado libre, o bien seremos incapaces de mantener el poder de la clase obrero". En la urgencia de medidas económicas perentorias, la NEP representó una nueva, y en cierta forma contrarrevolucionaria política de liberalización económica temporal, aplicada desde marzo de 1921 hasta enero de 1929. Se derogó la requisa de excedentes agrícolas; se reinstauró el derecho de los campesinos a vender sus productos en un mercado abierto, pagando un impuesto proporcional a la producción neta. Se privatizaron pequeñas y medianas empresas, lográndose devolverle la estabilidad productiva a propietarios medianos de tierras que por siglos habían llevado sobre los hombros la responsabilidad del abastecimiento agrícola. Se permitió el arrendamiento de tierras y la contratación libre de mano de obra. El Estado conservó la macroeconomía: transporte, finanzas, industria pesada, comercio exterior. Alrededor de 1928 la producción agrícola recuperó el nivel de 1913. Se estabilizaron lentamente los precios y se llevó a efecto la reforma monetaria que garantizó la circulación de las emisiones de papel moneda del régimen comunista. Por otro lado, la NEP se transfirió a la esfera de los compromisos económicos internacionales del nuevo gobierno. Se reinició la amortización de la deuda externa contraída por el régimen zarista, cuyo cumplimiento exigían las potencias occidentales no sólo para redimirlas sino como requisito *sine qua nom* para entablar relaciones comerciales y diplomáticas. Carr señala que, bajo esas garantías rusas, Inglaterra se comprometió a no incautarse depósitos de oro, acciones o mercancías que exportara el gobierno revolucionario. Asimismo éste se comprometió, a través de un acuerdo anglo-soviético, a pagar compensaciones a las compañías privadas inglesas confiscadas en Rusia o pendientes de pagos por expropiaciones o confiscaciones mondas y lirondas. En 1918, Lenín nombró una comisión para estructurar el régimen de concesiones a empresas extranjeras dentro del territorio ruso.

Apreciando la apertura rusa para una posible explotación de materias primas, Estados Unidos movilizó diplomáticos e inversionistas en pos de yacimientos de minerales e hidrocarburos, y la construcción de transporte ferrocarrilero y marítimo en Siberia. El Departamento de Estado propuso la creación de un instituto mixto de intercambio bilateral con un capital de cien millones de dólares para promover el comercio norteamericano con Rusia. Anduvo por allí como viajero informal en 1920, un tal Vanderlip, posiblemente un doble agente, que se entrevistó con Lenin. De las conversaciones llevadas a cabo, Lenin firmó un decreto aprobado por el Sovnarkom, mediante el cual se estableció que la recuperación económica rusa podía agilizarse atrayendo sociedades y empresas extranjeras para desarrollar las inexploradas riquezas naturales soviéticas. La NEP, obra de Lenín, elevó la producción soviética por encima de los niveles prerrevolucionarios. Más allá de las cifras estadísticas, Lenin salvó Rusia del peor capítulo de su historia económica, por lo menos hasta antes de su muerte en 1924, gracias al realismo con que encaró la crisis. No vaciló en echar a los lobos dogmas como la plus valía otorgada a los kulaks, la acumulación de capital, la lucha de clases y la economía estatal centralizada. Revisionista genial, privilegió la praxis económica al comprobar la inoperancia objetiva de teorías reñidas con la abrumadora realidad de una crisis que estaba conduciendo la revolución rusa a la condición de aborto político.

La Tercera Internacional

Las concesiones tácticas de Lenin a escala nacional, ni en los momentos más críticos de su trayectoria debilitaron la visión internacional del movimiento socialista. El Tratado de Brest-Litovsk contribuyó con sus concesiones territoriales al fortalecimiento de la concepción leninista de la internacionalización de la lucha revolucionaria, a pesar que la solidaridad de la social-democracia alemana resultó un fiasco que dejó al descubierto la soledad de Rusia entre los

embates de las potencias aliadas. En 1920, en "El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo", Lenin combatió enérgicamente el nacionalismo, el fraccionalismo de los "comunistas de izquierda" y abogó abiertamente por la internacionalización del comunismo: "Ahora es importante que los comunistas de cada país tengan en cuenta, con plena conciencia, tanto los objetivos fundamentales de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo de "izquierda", como las características concretas que esa lucha asume e inevitablemente debe asumir en cada país, conforme al carácter específico de su economía, su política, su cultura y su composición nacional (Irlanda etc.), sus colonias, las divisiones religiosas etc. En todas partes se extiende y crece el descontento contra la II Internacional tanto por su oportunismo como por su ineptitud o incapacidad para crear un centro realmente centralizado y realmente dirigente, capaz de orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por una república soviética universal... mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países —y subsistirán durante mucho tiempo, incluso después de la instauración mundial de la dictadura del proletariado— la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países exige, no la eliminación de la variedad o la supresión de las particularidades nacionales (lo cual, en la actualidad, es una ilusión) sino la aplicación de los principios fundamentales del comunismo (poder soviético y dictadura del proletariado), la cual modificará acertadamente estos principios en detalles determinados, los adaptará y los aplicará acertadamente a las particularidades nacionales y estatales".

Lo que Lenin dejó sentado a los marxistas químicamente puros fue que las características nacionales de un determinado movimiento revolucionario, como el caso ruso, se debían respetar y aplicar, sin mengua de su inscripción en el movimiento revolucionario internacional a través de un mando centralizado (por supuesto, soviético). En otras palabras, debía crearse la Tercera Internacio-

nal Comunista como rechazo a la Segunda Internacional dominada por los social-demócratas. Lenín y sus camaradas bolcheviques heredaron de Marx y Engels el mandato de controlar el movimiento revolucionario obrero y someterlo a las directrices del comunismo ya encarnado en el régimen soviético, algo que los padres de la doctrina no llegaron a vislumbrar.

La solidaridad socialista planteada desde la Primera Internacional no podía alcanzar la esfera de una alianza militar dada su naturaleza de movimiento de clase, no de estados. Era utópico pensar en enfrentamientos militares contra la coalición belicista de las naciones occidentales. La solidaridad obrera, desde la fundación de la Liga de los Comunistas, fue parte de una fraseología inevitablemente principista y difusa, carente de contenido práctico. Por otro lado, los partidos comunistas y socialistas estaban divididos en Inglaterra, Francia, Alemania, por pugnas de poder y por discrepancias en la conducción militante del movimiento revolucionario. Riazanov, testigo del proceso, recuerda que "los ingleses, los alemanes y los franceses reconocían que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los trabajadores mismos, pero cada uno lo entendía a su manera. Los trade-unionistas y los viejos partidos ingleses veían en esta tesis una protesta contra la tutela permanente de las clases medias, la afirmación de la necesidad de una organización obrera independiente. Los franceses, fuertemente indispuestos entonces contra los intelectuales, consideraban que estas tesis los ponían en guardia contra los traidores de esa clase, y que los obreros podían pasarse sin su ayuda. Sólo, probablemente, los alemanes, miembros de la antigua Liga de los Comunistas, comprendían las consecuencias que comportaba esta tesis". En medio del fraccionalismo cariocinético de los partidos de la izquierda, eran mínimas las perspectivas de tomar el poder por la insurrección revolucionaria nacional y, por ende, no podía esperarse, por quimérica, por impráctica, la ayuda internacional concreta de un gobierno comunista a otro; esa posibilidad lucía muy remota.

Por otro lado, se produjo un salto cualitativo del marxismo de Marx al leninismo de Lenín, valgan redundancias y tautologías, con el libro "El Imperialismo, etapa superior del capitalismo", fruto de una nueva concepción del conflicto socioeconómico de su tiempo. "El imperialismo, etapa superior del capitalismo", renovó los términos finiseculares de la crítica del capitalismo de Marx y Engels. Donde los padres fundadores sólo vieron la conflictividad creada a los obreros por el sistema industrial, Lenín visualizó la lucha mucho más amplia y compleja del imperialismo financiero trasnacional. Usó el molde metodológico de Hobson apoyado por las estadística de los alcances territoriales de las conquistas imperialistas de las potencias europeas, método de investigación desconocido por Marx y Engels. Para poder diseñar una estrategia antiimperialista de corte neomarxista o marxista-leninista, "el capitalismo en su etapa imperialista —sostuvo Lenin— conduce directamente a la más amplia socialización de la producción; arrastra, por así decirlo, a los capitalistas, en contra de su voluntad y de su conciencia, a una especie de nuevo régimen social, de transición de la total libertad de competencia a la total socialización. La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo propiedad privada de unos pocos. Subsiste el marco general de la libre competencia formalmente reconocida, y el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más pesado, más gravoso, más insoportable". En la polémica que sostuvo con Kaustky sobre las características del imperialismo, Lenin fue afinando la descripción y la interpretación del neoimperialismo financiero y la necesidad de articular una estrategia internacional para enfrentar la absorción de las energías económicas de los pueblos coloniales: "El imperialismo surgió como el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales en general. Pero el capitalismo se convirtió en imperialismo capitalista sólo al alcanzar un grado muy definido y muy alto de su desarrollo, cuando algunas de sus características fundamentales comenzaron

a convertirse en sus contrarios, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en todos los rasgos de la época de transición del capitalismo a un sistema económico y social más elevado... si fuera necesario dar la más breve definición posible del imperialismo, deberíamos decir que el imperialismo es la etapa monopolista del capitalismo. Esta definición incluiría lo más importante, pues, por una parte el capital financiero es el capital bancario de unos pocos grandes bancos capitalistas fusionado con el capital de las asociaciones monopolistas de industriales, y por otra parte, el reparto del mundo es la transición de una política colonial, que se extendió sin obstáculos a los territorios de los que no se había apoderado ninguna potencia capitalista, a una política colonial de dominación monopolista del mundo, ya enteramente repartido". Marx y Engels contemplaron la disolución de la Primera Internacional (1864-1872), sin lograr controlarla. Cuando se organizó la Segunda Internacional (1889-1914), Marx estaba muerto. Engels asistió al Congreso de Zurich donde fue muy ovacionado por los delegados europeos, pero, por su edad y su salud, sólo actuó como un consejero desapegado de la actualidad socioeconómica.

La Tercera Internacional tuvo objetivos específicos para el aprovechamiento estratégico del leninismo. En los primeros organismos del internacionalismo obrero, Rusia participó a través de la representación anarquista de Bakunin. La ruptura de Marx y Bakunin, no solamente conllevó la expulsión de los anarquistas, sino que también arrastró la representación rusa. El Tratado de Brest-Litovsk dramatizó la vulnerabilidad rusa en el plano internacional. Lenin cobró conciencia de la necesidad estratégica del apoyo internacional real y tangible a la revolución rusa. En el artículo "La Tercera Internacional y su lugar en la historia", publicado en 1919, denunció el bloqueo de los países de la Entente para aislar a la república soviética e impedir que se convirtiera en agente de la difusión ideológica del comunismo, Advirtió que esos objetivos hostiles de las potencias europeas obligaba a la concertación de un amplio frente de

defensa política del comunismo soviético. Se concretó este frente de concertación pro soviética en la reunión efectuada en el mes de marzo de 1919 en Moscú con la concurrencia de 52 delegados de 30 países, de los cuales 34 tuvieron derecho a voto y 18 derecho a voz. Lenín presidió el congreso y, de principio a fin, lo administró para favorecer los intereses geopolíticos soviéticos. Proclamó en el cónclave que la finalidad de la Tercera Internacional era llevar a la práctica la unión de los proletarios del mundo y luchar por la conquista del poder a través de la dictadura del proletariado. Llevando la batuta de la Tercera Internacional, la república soviética se afirmó como eje del internacionalismo comunista y Lenin como el director de la nueva era del movimiento político. A partir de 1919, la Internacional comunista actuó desde Rusia, por Rusia y para Rusia, fomentando la insurrección a través de sindicatos, partidos, propaganda, bajo premisas rusas. La satelización de las organizaciones comunistas de Europa, Asia, América y Africa fue la consecuencia del peso específico del leninismo puesto en acción por la Unión Soviética. Lenín creó la Comintern con fines aparentemente diplomáticos y comerciales, pero, con el transcurrir del tiempo, se focalizó en acciones de agitación y propaganda. Lenin se dio maña para atacar cuantas veces quiso a Lloyd George, Clemenceau, Wilson, Churchill, promotores de acciones antisoviéticas; al mismo tiempo obtuvo de esos países el reconocimiento de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas como estado soberano y logró la firma de importantes tratados comerciales y armamentísticos. Si las dos primeras internacionales resultaron difusamente socialistas, la tercera tuvo un inequívoco sello comunista ruso. Lenin vendió el modelo ruso al mundo. No se produjo la revolución comunista en los países más industrializados en concordancia con el pensamiento de Marx, sino en Rusia, la nación más atrasada de Europa, gracias al rejuego de dureza y flexibilidad, de firmeza doctrinaria y transacciones pragmáticas, en concordancia con el pensamiento de Lenin. Adicionalmente, Rusia asumió la dirección y tutoría del movimiento comunista internacio-

nal, alentando la promoción y consolidación del modelo soviético. Y, a su nombre e intereses, monopolizó el derecho de aprobar o desaprobar la constitución de regímenes comunistas en cualquier lugar del mundo. Las 21 líneas de instrucción ideológica, aprobadas en Moscú, fueron redactadas de puño y letra por el mismo Lenin, o, por lo menos, delataron su inequívoca influencia política: "La tarea más importante de la Internacional Comunista es, actualmente, la de ganar la exclusividad de la influencia sobre la mayoría de la clase obrera y la de atraer su sector más activo a la lucha inmediata... Desde el mismo día de su fundación, la Internacional Comunista estableció clara e inequívocamente que su tarea no era la de crear pequeñas sectas comunistas que lucharan por influir en las masas obreras solamente a través de la agitación y la propaganda sino la de participar directamente en la lucha bajo dirección comunista, y la de crear durante este proceso de lucha partidos comunistas de masas, extensos y revolucionarios".

Con los retos del Tratado de Brest-Litovsk, la Nueva Política Económica y la Tercera Internacional, además de elementos de disímil naturaleza, como hambrunas pavorosas, rebeliones, epidemias de tifus y desórdenes administrativos, Vladimir Illitch Oulianov, conocido como Lenin, abogado y dirigente político, facciones de tártaro, cráneo oliváceo que parecía un queso sucio, al decir de Giovanni Papini, abaleado con tres tiros en 1918 disparados por Fanya Kaplan, después de escucharlo en un mitin, llevó adelante, contra viento y marea, la primera revolución marxista, hasta su muerte el 21 de enero de 1924, a consecuencias de un segundo infarto, aunque el hallazgo en su cuerpo de dosis de arsénico administradas por prescripción médica excitó en sus detractores las sospechas de una enfermedad sexual secreta de difícil tratamiento en su tiempo.

León Trotsky (1879-1940)

Después de sufrir el primer infarto, Lenin reflexionó seriamente sobre las perspectivas del comunismo soviético. Escribió un importante documento, considerado como su testamento político, en el que dejó advertencias puntuales sobre el rumbo que podía tomar la revolución bolchevique como consecuencia de la lucha por el poder, especialmente, entre Trotsky y Stalin. Recomendó que a Stalin se le destituyera del cargo de secretario general del PC por los riesgos que entrañaba la acumulación de poderes casi ilimitados. Reconoció, por otro lado, que Trotsky "quizá sea el hombre más capaz del actual comité, pero señaló que "está demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos". La viuda de Lenin leyó el llamado testamento al Comité Central del Partido Comunista Ruso, pero sus advertencias sobre el cisma que produciría la lucha entre Stalin y Trotsky no fueron tomadas en cuenta, probablemente porque los dirigentes del Comité Central apoyaban a alguno de los dirigentes. Más tarde, el testamento político desapareció de los archivos oficiales. La Krupskaia conservó una copia del documento escrito de puño y letra por Lenin. El aviso adquirió categoría de profecía: a la muerte de Lenin, Stalin y su camarilla controlaron por completo los poderes gubernamentales, arrastrando a Trotsky a los vaivenes dramáticos de la historia de una de las más feroces pugnas políticas del siglo veinte, pugna que empezó con la minimización política del fundador del Ejército Rojo, continuó con el destierro por Turquía, Noruega y México y epilogó con el asesinato en la casona de Diego Rivera y Frida Kahlo en Coyoacán.

La historia previa a esa encarnizada divergencia se inició con el nacimiento de Liev Davidovich Bronstein, en noviembre de 1879, según el calendario juliano prerrevolucionario, o en diciembre según el calendario gregoriano Fue hijo de un propietario de tierras de ascendencia judía, en un oscuro pueblo de Ucrania, aproximadamente

después de un siglo de la revolución francesa, símbolo premonitorio de que la revolución rusa, Saturno de hoz y martillo, también devoraría a sus hijos predilectos.

Una infancia de situación económica estable signó el inicio del desarrollo vital del quinto hijo del matrimonio de granjeros de clase media de Yanovka, Ucrania. En "Mi vida" Trotsky relató que en la niñez disfrutó de comodidades que contrastaron con la infancia miserable de los hijos de los campesinos al servicio de su padre y que esta diferencia depositó en su espíritu el germen de una conciencia precoz de la desigualdad de la sociedad rusa finisecular. En la adolescencia, en las aulas trabó amistad con estudiantes que, al igual que él, soñaban abolir las injusticias del zarismo. Leyó folletos de autores vinculados populismo agrario: pero después de esta fugaz etapa de simpatía por el populismo ruso, Liev Davidovich leyó las obras del filósofo italiano Antonio Cabriola, traducidas al francés. Confiesa que no tenía conocimientos para entender nociones marxistas como la plus valía de Marx por su vocabulario técnico. En la universidad, las matemáticas puras captaron su interés por un tiempo. Un hermano de su padre, ingeniero civil que prestaba servicios en obras públicas, le animó a que siguiera los estudios de la especialidad, aconsejándole que los ingenieros tenían asegurado el trabajo en un país urgido de carreteras y desarrollo ferrocarrilero. En verdad, el joven Bronstein estaba apasionado por la literatura revolucionaria clandestina. En la biblioteca de la universidad de Nikolayev consumió sus horas devorando, sobre todo, libros de autores franceses y alemanes, aprovechando la enseñanza de lenguas recibida en el colegio. Prefirió leer por su cuenta que seguir estudios universitarios en regla y así fue transformándose en un autodidacto de formación humanística omnívora. Entre los libros de la biblioteca universitaria descubrió uno sobre la historia de la masonería y su contribución a la defensa de los principios liberales; en Rusia había masones en los gremios obreros y en los círculos intelectuales de la pequeña burguesía y la nobleza. Voltaire y Francis-

co de Miranda introdujeron la masonería en los tiempos de Catalina la Grande. Por la formación religiosa de sus padres, al joven Bronstein le fascinaron el secretismo de la masonería y su conexión con los albañiles, panaderos, comerciantes, arquitectos, médicos y escritores de pensamiento liberal. El comunismo por entonces también era una secta clandestina, hermética y perseguida. Pronto llegó su bautismo de fuego. La policía política seguía los pasos de los estudiantes que leían libros y folletos de literatura asaz sospechosa, sobre todo, propaganda de ideas populistas y marxistas. Sin embargo, en "Mi Vida" deja entrever las debilidades de su formación política. Cuando fue detenido por sus comentarios políticos y su aproximación a los conspiradores populistas y fue enviado a Siberia a causa del hallazgo en su cuarto de estudiante de panfletos que presumieron su colaboración con la Liga Obrera del Sur de Rusia, había leído innumerable folletería revolucionaria. Rumbo a la prisión navegó por el río Lena, ruta fluvial de los deportados que tomaban rumbo a los campamentos de cabañas de madera de la Okrana. Viajó con una compañera de la clandestinidad revolucionaria, Alexandra Livovna, con la que tuvo dos hijas en Siberia. La policía secreta zarista, en realidad, depositaba en aldeas de Siberia a los jóvenes rebeldes, que, al no haber cometido delitos de monta, se les permitía residir en cabañas, no en cárceles, y trabajar y moverse con cierta libertad. El aburrimiento y la lejanía convertían a unos en borrachos, a otros en suicidas. Bronstein no perdió los estribos. La compañía de Alexandra le ayudó adecuarse a la vida cotidiana siberiana. Trabajó como ayudante de contabilidad, cometiendo errores en las cuentas de esos individuo rústicos y analfabetos, dedicados, para mitigar la soledad, a la explotación de la madera de los bosques. En uno de los grupos de deportados, arribó un individuo que había conocido en los cafetines de Nicolayev. El sujeto puso en sus manos un ejemplar de "Qué hacer" de Lenin y algunos ajados ejemplares de "Iskra", impresos en Londres, donde residía Vladimir Illitch.

A partir de la experiencia en Siberia, Bronstein se propuso ponerse en contacto con los rusos de su generación que trabajaban por el cambio revolucionario en el exterior. En aquella primitiva aldea de nieve perpetua estaba desconectado de la efervescencia revolucionaria. Llegó a la aldea en 1900 y había pasado casi dos años en esos soledosos parajes. Alexandra, revolucionaria contumaz, le conminó a evadirse y a contactar los social demócratas que vivían en Europa. Ella quedó en Siberia con sus hijas; cuando obtuvo la libertad, sus relaciones con Trotsky se tornaron erráticas: se vieron en un par de ocasiones y, después, se separaron para siempre. Pagándole a navegantes de la comarca, Bronstein logró remontar aguas arriba el río Lena. Tiritando de frío, caminando por charcos ignominiosos, logró cruzar la frontera con Austria. Viajó oculto entre el heno de los vagones de los ferrocarriles, entre las legumbres que transportaban los campesinos a los mercados de las ciudades, temiendo ser descubierto o entregado por los contrabandistas venales. Después de meses de riesgosa travesía, se escapó con un falso pasaporte que llevaba el nombre de un difunto. Contactó rápidamente a los corresponsales de Iskra en Austria. El doctor Víctor Adler, dirigente principal de los socialdemócratas austríacos, residente en Viena, que ayudaba a los emigrados rusos perseguidos por el régimen zarista. Relata que llegó un día domingo en la tarde a la capital austríaca. Fue a la redacción del diario que dirigía Adler. Estaba cerrado. El portero se negó a darle la dirección de la casa de Adler, desconfiando de la facha del desconocido que pronunciaba el alemán con extraño acento. Pudo convencerlo y se dirigió a la casa del médico hermano de Alfredo Adler, discípulo cismático de Sigmund Freud. Tras las rudas penurias del largo viaje desde Siberia, finalmente pudo dormir en una cama decente. Con la ayuda monetaria de los camaradas austríacos partió a Londres. Entró por Zurich, permaneció unos días en París, y llegó a mediados de 1902 a la capital británica, centro del activismo revolucionario europeo. Allí residía Vladimir Illitch Ulianov, cuyo nombre de guerra era Lenin. Bronstein relata

en sus memorias que caviló mucho cuando llegó al cuarto donde vivía Lenin. ¿Lo recibiría? ¿Le tiraría la puerta en las narices¿? Sin vacilaciones, golpeó el picaporte sobre la puerta tres veces, como era la consigna de los conspiradores, hasta que abrió la puerta la mujer del hombre al que le unían lazos ancestrales judíos y, que, también como él, llevaba la herencia melancólica del éxodo en los genes. Era un desconocido, sin más atributos revolucionarios que su evasión de Siberia. Al día siguiente de la llegada, Lenin lo invitó a recorrer Londres, pero en realidad lo que hizo fue explorarlo y valorarlo. Mientras le hablaba de la antigüedad y los blasones históricos de la Abadía de Wetsminster, y de los monumentos y tesoros de "ellos", o sea de los capitalistas, le soltó preguntas sobre la situación rusa, sobre sus contactos políticos y sobre sus aptitudes personales. Luego lo llevó a la sala de redacción de Iskra, donde fue presentado a Martof, Axelrod, Vera Sasulich, entonces la plana mayor del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia, años más tarde el grupo menchevique que se opuso a las tácticas bolcheviques. Más tarde se presentó en la redacción de "Iskra", donde estaba Plejanof, arrogante y egolátrico difusor del marxismo que no toleró sombras a su nombradía intelectual. Entre Plejanof y Bronstein se interpuso, instantáneamente, una antipatía a primera vista, que con los años los transformó en íntimos enemigos. A pesar del espontáneo antagonismo de personalidades, Bronstein reconoció que "la obra toda de Plejanof tiene un carácter de preparación ideológica. Plejanof era un propagandista y polémico del marxismo, pero no un político revolucionario del proletariado. Conforme iba acercándose la revolución, empezaba a perder la firmeza en el andar. El mismo tenía que darse cuenta de ello y de aquí su irritabilidad contra la gente joven." En la redacción londinense de Iskra hizo sus primeras armas periodísticas. Allí cambió definitivamente el nombre de Liev Davidovich Bronstein al nombre revolucionario de León Trotsky. Antes, Lenin le endilgó el sobrenombre cariñoso de Pluma. No era un redactor de planta sino un colaborador. Cuando la inteligencia de Trotsky se

desparramó en los artículos que infatigablemente escribió, Lenin propuso al comité ejecutivo del diario que se le incorporara a Iskra como miembro oficial de la redacción. Plejanof se opuso a la sugerencia de Lenin, en el primer instante. Criticó el estilo folletinesco de Trotsky, subrayó su inmadurez, su embrionaria preparación revolucionaria y sus limites intelectuales. Pero en el fondo lo que percibió fue que Trotsky podía ser hombre de Lenin y apoyarlo en las decisiones políticas que se iban a precipitar en la definición de la línea ideológica de "Iskra" y en otras cosas más. Lenin y la Sasulich contraatacaron, arguyendo que Trotsky estaba descontento de su papel secundario y la causa revolucionaria podría perder la posibilidad de preparar un buen cuadro. Esto fue en 1902. Demoró conocerse en Rusia que el periodista polémico que firmaba con el nombre de Trotsky era el estudiante rebelde de Yanovka, Ucrania. Lenin lo sumó al grupo político por su inteligencia y su mística de trabajo, sin advertir hasta dónde podía llegar la independencia de juicio del brilllante judío ucraniano. La redacción de Iskra estaba dividida entre duros y blandos; duros bolcheviques encabezados por Lenin; blandos socialdemócratas liderados por Martof, también de origen judío. Trotsky no compartía todos los puntos de vista de Lenin; en ciertos debates estrictamente políticos lució más próximo a las tesis de los mencheviques, tal como aconteció en el segundo congreso del Partido Obrero Social Demócrata Ruso celebrado en Londres en 1903. Los ajustes y reajustes, vueltas y revueltas, no indicaron que Trotsky fuera un menchevique, ni tampoco un bolchevique, sino un troskista, un individualista eminentemente racionalista de acerada dialéctica e independencia pensante, que defendía sus argumentos, a cualquier riesgo. Sin embargo, entre Lenin y Trotsky se cimentó una relación de respeto mutuo dentro del contexto de la disimilitud constante de enfoques coyunturales pero sobre una base de coincidencias básicas acerca del marxismo y del reconocimiento al liderazgo de Lenin.

Después del rompimiento con Stalin, Trotsky meditó sobre los sentimientos humanos y las posiciones polí-

ticas que fracturaron la unidad revolucionaria, creando la división de bolcheviques y mencheviques, leninistas y socialdemócratas, stalinistas y trotskistas:

"La revolucionarios están hechos, en fin de cuentas, de la misma madera de los demás hombres. Pero tienen, por fuerza, que poseer alguna cualidad personal relevante que permita a las circunstancias históricas destacarlos sobre el fondo común y articularlos en grupo aparte. El trato constante, la labor teórica, la lucha bajo una bandera común, la disciplina colectiva, el endurecimiento bajo el fuego de los peligros, van formando paulatinamente el tipo revolucionario. Así, puede asegurarse, que hay un tipo psicológico de bolchevique, perfectamente distinto del tipo de menchevique. Y un ojo muy experto podría llegar incluso —con un margen pequeño de errores— a distinguir a simple vista y por la facha a un bolchevique de un menchevique. Pero esto no quiere decir que todo en los bolcheviques fuera bolchevista. No a todos, ni siquiera a los más, les es dado compenetrarse hasta tal punto con una ideología, que la lleven a flor de piel y en la masa de la sangre, que sometan a ella los aspectos todos de su conciencia y a ellas aconsonanten el mundo entero de sus sentimientos."

Los miembros de la redacción de "Iskra" respondían a las tipologías políticas descritas por Trotsky. Lenin era el director político de la publicación revolucionaria, ostentando los rasgos teóricos y pragmáticos del bolchevique prototípico. Según el retrato humano de Trotsky, Martof fue el mejor redactor por su talento para escribir como hablaba, pero, en el fondo, no se sentía muy a gusto con Lenín.

"Seguían tratándose de tu —relata Trotsky— pero sus relaciones eran ya bastante frías. Martof vivía al día, entregado a los temas cotidianos; sus perversidades, los temas literarios de actualidad, los artículos, las novedades y las conversaciones absorbían su vida. Lenin pisaba con pie firme en el hoy, pero su pensamiento se remontaba al mañana. Martof era hombre de ocurrencias innumerables, mu-

chas veces ingeniosísimas, de hipótesis, de proyectos, de los cuales con frecuencia ni él mismo volvía a acordarse.

En cambio, Lenin se asimilaba tan sólo a aquello que necesitaba, y a medida que lo necesitaba. La manifiesta evanescencia de las ideas de Martof hacía a Lenin, muchas veces, menear la cabeza, preocupado... en sus charlas, cuando coincidían en algún sitio, no se percibía ya ninguna nota cordial ni la menor broma, a lo menos en mi presencia. Lenin no miraba a Martof cuando hablaba, y los ojos de éste escondían, apagados, detrás de los lentes torcidos y siempre sucios". Por otro lado, Vera Sasulich encarnaba las cualidades de una pensadora aguda y de grandes conocimientos históricos. Axelrod, asimismo, era del tipo intelectual, comprometido con las ideas de la socialdemocracia alemana, con sus antecedentes de lucha doctrinaria y pragmática, sintiéndose más ligada a Marx y Engels que los rusos. Todas estas diferencias entre intelectuales académicos con pinceladas de bohemios y operadores políticos fríos y disciplinados, entre viejos como Plejanof y sus discípulos Martof, Sasulich y Axelrod, y nuevos como Lenin (Trotsky fue amigo y camarada leal pero no se sintió subordinado al leninismo sino a sus propias interpretaciones del marxismo), marcaron los cismas entre bolcheviques y mencheviques, avinagrando las diferencias conceptuales y psicológicas que, para bien o para mal de la revolución, trazaron el rumbo despótico del régimen comunista. Por idiosincrasia y carencia de formación democrática, los rusos traducían las divergencias teóricas como si fueran enemistades personales. La rivalidad de operadores políticos e intelectuales en la construcción del estado soviético, se asentó irracionalmente en luchas intestinas contaminadas por la intolerancia y la pasión que mermó los cuadros revolucionarios. Quien perdía un debate, una votación de comité, iba a disolverse en la cárcel o en el paredón de los fusilamientos.

El traslado de los redactores de "Iskra" a la ciudad de Ginebra, escenario del congreso de encuentro entre comunistas radicados en el exterior y comunistas radicados

en Rusia, definió mucho más el carácter del movimiento. El costo de vida era más barato en Suiza, algo entonces de subsistencia o miseria para los austeros exiliados. Determinar quién daba las órdenes, si el comando político de los exiliados de "Iskra" (tesis de Lenin) o el comité central de Rusia, fue el tema central del congreso. Trotsky trabajó en la organización del congreso y viajó a Rusia con pasaporte expedido a nombre de un ciudadano búlgaro, acompañado por el hermano de Lenin, médico de profesión. Los espías suizos no les perdían de vista los talones, desde que subieron al tren en una estación secundaria para no llamar la atención de los esbirros de la Okhrana. Más fácil resultó sacudirse a los agentes de la Okhrana que arreglar la división intestina entre los delegados comunistas en Londres. No solamente se dividió el congreso; también se partió en pedazos la redacción de "Iskra", oficializándose la frontera entre duros y blandos. Ninguno de los grupos dio su brazo a torcer. Trotsky aprobó las posiciones de los intelectuales mencheviques, sin calcular debidamente las consecuencias de su alianza. Lenin pasó por alto el apoyo a los mencheviques, invitándolo a largas caminatas en los recesos del congreso para ganarlo a las filas de los bolcheviques duros. No logró convencerlo. Trotsky aceptó en sus memorias el error de su pequeñez política ante la amplitud de criterio de Lenin, vedándole que comprendiera que se guiaba por sentimentalismos, no por razones políticas. Trotsky explicó su posición en el congreso con estas palabras que reflejan sus vacilaciones: "La escisión se produjo sin que ningún congresista lo esperase. Lenin, que había tomado parte más activamente que nadie en la lucha, no la había previsto tampoco, ni la deseaba...Lenin sufrió después del congreso una enfermedad nerviosa que le duró varias semanas. ¿Cómo se explica que yo me pusiese en el congreso del lado de los "blandos"? Téngase en cuenta que me unían grandes vínculos a tres redactores: Martof, la Sasulich y Axelrod. Estos tres influían en mí de un modo indiscutible. Lenin estaba conmigo en excelentes relaciones. Pero sobre él pesaba, a mis ojos, la

responsabilidad de aquel atentado contra la redacción de un periódico que, a mi modo de ver, formaba una unidad y que tenía aquel nombre fascinador de la Iskra. Sólo el pensar en que pudiera malograrse aquella unión apréciame un crimen intolerable... Me separé, pues, de Lenin por motivos que tenían mucho de "morales" y hasta de personales. Sin embargo, aunque al exterior sólo pareciese así, en el fondo, la divergencia encerraba un carácter político y afectaba a algo más que a las cuestiones de organización. Yo contábame entre los centralistas. Pero es indudable que entonces no podía darme todavía clara cuenta del centralismo severo e imperioso que había de reclamar un partido revolucionario creado para lanzar a millones de hombres al asalto de la vieja sociedad".

En 1905, la derrota rusa ante Japón y el fracaso de la emancipación de los siervos campesinos dictada por el zar agudizó el descontento popular. El 22 de enero se movilizó una marcha de protesta de familiares de trabajadores para entregar al zar una solicitud de reivindicaciones económicas y políticas. Bolcheviques y mencheviques fueron ajenos a esta demostración de fuerzas populares en San Petersburgo que inició el proceso de decadencia del régimen zarista. En esa trágica jornada, conocida como el Domingo Sangriento, soldados de infantería y cosacos apostados en las inmediaciones del Palacio de Invierno dispararon a mansalva. La masacre, lejos de aplacar la reacción popular, estimuló el estallido de huelgas, incendios a edificios públicos, y brotes de violencia por casi todo el territorio ruso. Campesinos sin tierra, obreros desempleados, intelectuales acosados por la censura, aunque sus objetivos fueron distintos y no persiguieron objetivos políticos específicos, desestabilizaron al gobierno zarista por la acción de un movimiento nacional que tomó por sorpresa a los conspiradores bolcheviques. Trotsky se apresuró a regresar a Rusia para extraerle dividendos políticos al movimiento en cuya génesis los comunistas no tuvieron arte ni parte, tanto bolcheviques como mencheviques. Estudió el nacimiento de los soviets, grupos

de campesinos, soldados y obreros, creados como células políticas extrapartidarias. El movimiento antizarista fue espontáneo, ajeno a las conspiraciones de los rusos residenciados en Europa. Trató de lograr dividendos políticos y contactó a los miembros del primer soviet de San Petersburgo, integrado por trabajadores de cincuenta imprentas. Los bolcheviques Bodganof y Knuniants-Radins concibieron al soviet como el surgimiento de una organización política rival y hostil y se abstuvieron. Lenin siguió atentamente los acontecimientos desde Estocolmo y rectificó la postura inicial de sus camaradas, ordenando apoyar al soviet con el que Trotsky trabajaba. El soviet se puso por encima de las disidencias entre bolcheviques y mencheviques en aras de armar una dirección unida para la declaratoria de una huelga general. Luego, cuando la policía zarista arrestó al presidente del soviet, se organizó un presidium integrado por Trotsky y otros dos obreros. Trotsky llegó a controlar tres diarios —Izvestia, Nachalo y el vocero liberal Russskaya Gazeta—, en el que escribieron Víctor Adler, Babel, Kautsky, Rosa Luxemburgo, Mehring, incluso Plejanof. Lenin detestaba a Kautsky, Babel y Mehring, pero no estaba en condiciones de dictarle órdenes a Trotsky, responsable intelectual de la colaboración de los revisionistas. Tras cincuenta días de incansable actividad, Trotsky fue detenido y deportado a Siberia por segunda vez.

Mientras tanto, prosiguió la desestabilización del régimen zarista: decepcionados del fraude de las emancipaciones de siervos y de las compras de tierras a los latifundistas, los campesinos lanzaron insurrecciones en 1905, 1906 y 1908. Estallaron huelgas en San Petersburgo y en centros industriales de Polonia, Finlandia y la costa báltica. El soviet de San Petersburgo movilizó la Gran Huelga de Octubre. El gobierno zarista, que destituyó al ministro del interior achacándole la responsabilidad del Domingo Sangriento, confió el mando político a Pyotr Stolypin. La represión no amainó, pero el régimen se sintió obligado a concesiones políticas sin precedentes para atajar la quie-

bra de la autoridad, firmándose tres declaraciones, una de las cuales fue la creación de una asamblea legislativa, la Duma Estatal. Por otro lado, se entregó al zar el Manifiesto de Octubre, en el que se demandó la concesión de derechos civiles, legalización de los partidos políticos, sufragio universal, amnistía de presos políticos. El zar se encerró tres días en el Palacio de Invierno, discutiendo con ministros y asesores la trascendencia de la apertura política del sistema absolutista. Pronto se apreció la superficialidad efímera de las reformas. Se legalizaron partidos de terratenientes y burgueses. Las normas electorales eligieron candidatos a gusto del régimen. En 1906 se disolvió la Duma. Social, demócratas y marxistas boicotearon las reformas, que afianzaron un zarismo barnizado con una leve cutícula de apertura. Tras el intento de asesinato de Stolypin, se encarnizó la represión, ahorcándose a un millar de opositores. La soga fue conocida como la corbata de Stolypin. Pero la revolución social no se paralizó. Los sucesos de 1905 fueron el preámbulo de la revolución de 1917.

En el lapso de 1905 a 1917, Trotsky flotó entre bolcheviques y mencheviques, buscando en los congresos espacios de conciliación política, imbricados, progresivamente, en la tendencia que llevó su nombre, el trostquismo, alabado en el tiempo de su protagonismo como comisario de relaciones exteriores en la negociación del tratado de Brest-Litovsk y como organizador del Ejército Rojo. La revolución de febrero de 1917 lo sorprendió en Nueva York, donde residió luego de su reclusión en Canadá, a instancias del gobierno británico. Su regreso a Rusia dio la medida de su talento para la acción inmediata y la reflexión política a mediano plazo sobre qué hacer frente a los gobiernos provisionales que llegaron al poder tras la abdicación del zar. Llegó a Petrogrado un mes después de Lenin, cuando Alexander Kerensky ya estaba al mando del poder. No vaciló en reunirse con Lenin y manifestarle sus coincidencias con las Tesis de Abril. Trotsky insistió en "Mi vida" que él adhirió la postura de la revolución permanente desde entonces. Pero las nece-

sidades inmediatas de la praxis lo llevaron a trabajar en el derrocamiento de Kerensky, y a buscar más concordancias que diferencias con Lenin. Así fue que asumió el comando de la operación de derrocamiento del régimen de Kerensky, operación elogiada por Curzio Malaparte como modelo de la técnica del golpe de estado. Tras esta demostración de eficacia política, Lenín lo puso al frente de la delegación de las negociaciones de Brest-Litovsk como comisario de relaciones exteriores. Se elevó el rango político de Trotsky en las difíciles negociaciones con diplomáticos alemanes y de los países aliados. Lenín quería proteger la estabilidad del nuevo gobierno, procurando la paz general a cualquier sacrificio. Lo instruyó para darle largas a las negociaciones. Estuvieron frente a frente los gobiernos más extremistas y más reaccionarios de Europa. Los aliados buscaron anexarse buena parte de los territorios conquistados por los zares, y lo consiguieron, aunque por breve tiempo. El objetivo del régimen marxista fue asegurar la subsistencia de la revolución amenazada por una agresión concertada de los aliados, siendo el anexionismo prusiano el peligro más acechante. Trotsky aprovechó las negociaciones para transformarlas en caja de resonancia del nuevo gobierno ruso caricaturizado por la prensa europea. "Nosotros, los miembros de la delegación rusa, no pertenecemos a la escuela diplomática; más bien se nos puede considerar como soldados de la revolución, que es, probablemente, por lo que preferimos el lenguaje rudo del soldado —dijo, exagerando la nota para decirles verdades de a puño a los militares profesionales y a los miembros aristócratas de las delegaciones. Nosotros somos revolucionarios —agregó— pero somos también políticos realistas y preferimos que se nos hable sinceramente de anexiones sin encubrir ese nombre, que es el verdadero, bajo ningún seudónimo. Por eso no tiene nada de extraño que a Kûhlman se le cayese, a veces, la máscara diplomática para dar rienda suelta a su furia. Todavía me acuerdo perfectamente la entonación con que se nos dijo que Alemania estaba estaba sinceramente dispuesta

a reanudar las relaciones amistosas con su poderoso vecino en la frontera oriental. La palabra "poderoso" la pronunció con un tono de burla tan retador que todos los allí presentes, hasta sus propios aliados, sintieron un ligero escalofrío. Añádase que Czernin tenía un miedo pánico a que se rompiesen las negociaciones. Recogí el guante que se me lanzaba y volví a recordar lo que había dicho en mi primer discurso. No es nuestra intención, ni aunque lo fuese podríamos hacerlo, poner en duda que nuestro país se encuentra debilitado por la política que hubieron de seguir hasta hace poco las clases que lo gobernaban. Pero la situación de un país y lo que representa para el mundo, no se mide solamente mirando el estado en que actualmente se halla su aparato técnico, sino también por las posibilidades todas que en él se encierran, del mismo modo que no podría valorarse hoy el poder económico de Alemania atendiendo exclusivamente al estado en que se encuentran actualmente sus subsistencias. Una política que quiere ser previsora tiene que hacer hincapié en las tendencias de "progreso, en aquellas energías interiores que, una vez despiertas y puestas en movimientos, acabarán imponiéndose, más temprano o más tarde". Toda la masa cerebral combinada de los delegados de los Habsburgos y Hohenzollers no igualó la décima parte de la inteligencia del dirigente ruso. El socialista alemán Karl Liebknecht comentó después: "El balance de Brest-Litovsk no es igual a cero, aunque de momento haya de traducirse en una paz brutal de imposición y avasallamiento. Brest-Litovsk se ha convertido en una tribuna revolucionaria de radio amplísimo. Aquellas negociaciones sirvieron para desenmascarar a los imperios centrales, para desenmascarar el instinto de rapiña, la falsedad, la perfidia y la hipocresía de Alemania. Sirvieron para dictar un veredicto aniquilador contra esa política alemana de las "mayorías", a que, según ella, se ha de ajustar la paz, y que tiene más de cinismo que de gazmoñería. Han servido para desencadenar en varios países considerables movimientos de masas. Y su trágico acto final —la intervención decretada contra

la revolución— ha sacudido todas las fibras socialistas del mundo. Ya se demostrará la cosecha que van a recoger de esta siembra los triunfadores de hoy. Yo les garantizo que no van a disfrutarla a gusto".

El Ejército Rojo

El segundo servicio de Trotsky a la causa revolucionaria fue la organización del Ejército Rojo. Si el tratado de Brest-Litovsk se deslizó por los cauces diplomáticos de la defensa externa de la revolución acorralada por el anexionismo territorial prusiano, la organización del Ejército Rojo fue la palanca utilizada para defenderla de los enemigos internos de la revolución. Evidentemente, ascendió a la segunda posición dirigencial, después de Lenin, al proceder a la estructuración del aparato militar del gobierno revolucionario, de forma que se posibilitase la defensa del régimen de los ataques de las tropas blancas remanentes del zarismo. En otras palabras, Trotsky creó un ejército premeditadamente politizado de soldados y oficiales embebidos en la doctrina marxista que, bajo juramento, defendieron la soberanía territorial y la subsistencia del régimen revolucionario, erradicando cualquier resquicio de lealtad con el zarismo.

Comprendió que las decisiones de progresivo radicalismo que debía emprender el gobierno requerían el apoyo vigilante de una fuerza armada férreamente leal que destruyera brotes cismáticos o aventuras de retorno al pasado, el apoyo de un brazo armado con la mística de los marinos del Potemkine. Dentro del ejército rojo existieron cadenas de mandos políticos que, en última instancia, podían sobrepasar los mandos puramente militares en defensa del gobierno. "Es indispensable —argumentó— que en el futuro, las secciones políticas del Ejército, bajo la dirección inmediata del Comité Central, elijan a los comisarios, dejando a un lado, todos los elementos inestables y arribistas, por poco que lo sean. El trabajo de los comisarios sólo puede dar buenos resultados si se apoya

directamente en las células de soldados comunistas...el respeto hacia las células comunistas será tanto más grande cuanto más claramente comprenda cada soldado y se convenza de ello por experiencia que pertenecer a una célula no da ningún derecho especial, sino que impone la obligación de ser el combatiente más abnegado y valeroso". El comunismo de guerra fue la primera prueba de fuego. Sin el ejército rojo habría sido muy difícil aplastar las protestas desatadas por la apropiación estatal de los excedentes agrícolas de los campesinos y el consiguiente racionamiento extremadamente severo que desembocaron en la rebelión de los marinos del Kronstadt y las numerosas insurrecciones rurales. Como reconoció Trotsky, "los tres primeros años que siguieron a la revolución fueron de una guerra civil franca y encarnizada. La vida económica se subordinó por completo a las necesidades del frente. En presencia de la extremada escasez de los recursos, la vida cultural pasaba al segundo plano, caracterizada por la audaz amplitud del pensamiento, sobre todo el de Lenin. Es lo que se llama el periodo del comunismo de guerra (1918-1921), paralelo heróico del socialismo de guerra de los países capitalistas. Los objetivos económicos del poder de los soviets se reducen principalmente a sostener las industrias de guerra y a aprovechar las raquíticas reservas existentes, para combatir y salvar del hambre a las poblaciones de las ciudades. El comunismo de guerra era, en el fondo, una reglamentación del consumo en una fortaleza sitiada".

Tras la muerte de Lenin, los servicios revolucionarios de Trotsky se devaluaron a lo mínimo. Stalin, Zinovief y Kamenef formaron una trilogía complotada en carcomer la jerarquía política del negociador de Brest-Litovsk y organizador del Ejército Rojo. El objetivo de la conspiración de los epígonos, como los llama Trotsky, fue tratar de contrastar como antagónicas y hostiles las posiciones ideológicas y programáticas de éste y Lenin. Tomando como referencia central de la ortodoxia a Lenin, Trotsky fue presentado como el revisionista, como el apóstata, en

suma, como el traidor. Pieza clave de la discusión fueron las ideas capitales de lo que Trotsky llamó hasta la víspera del crimen de Cuernavaca, la revolución permanente.

Con este título Trotsky reeditó y pulió una idea central del pensamiento de Marx, esto es, la internacionalización del comunismo, la instauración de gobiernos comunistas en las sociedades capitalistas a base de la insurrección global del proletariado. "La idea de la revolución permanente —reconoció Trotsky— fue adelantada por los maestros comunistas del siglo XIX, Marx y sus colaboradores, en oposición a la ideología democrática que, como es sabido, afirma que con el establecimiento de un Estado democrático o "racional" todos los problemas pueden solucionarse por la vía pacífica, mediante medidas progresivas y reformistas. Una de las primeras medidas del bolchevismo ruso fue la creación del Comintern, la constitución de filiales comunistas internacionales conectadas a la matriz leninista a través de la Tercera Internacional. Viejo sueño de Marx y Engels: controlar la Segunda Internacional para capturar el sindicalismo europeo. Como la estrategia se desmoronó al concluir la primera guerra mundial, la organización de la Tercera Internacional, fue concebida por los gobernantes rusos, en beneficio del partido bolchevique. Aflojó al principio la Comintern: la solidaridad socialista no apareció en las crisis de Brest-Litovsk y la guerra civil. Pero a medida que se consolidaba el bolchevismo ruso se empezó a trabajar bajo la premisa repetida por Lenin y Trotsky de que la revolución nacional rusa tenía que sustentarse en la revolución socialista internacional.

Trotsky ensanchó el concepto de revolución permanente, argumentando la necesidad de una dinámica revolucionaria que posibilitara la participación activa de obreros y campesinos en formas de cogobierno. Según su razonamiento, la revolución rusa se estaba burocratizando, se estaba estancando por el avasallamiento de los funcionarios del aparato del partido en detrimento de las bases de campesinos, obreros y soldados. La desburocratización del aparato merma la fuerza del partido, afecta la

dictadura del proletariado ya transmutada en dictadura del partido. Viejo cuestionamiento expuesto por Bakunin, Rosa Luxemburgo y replanteado por Trotsky. Sostuvo el teórico de la revolución permanente que "el segundo aspecto de la teoría se refiere a la revolución socialista como tal. A lo largo de un período de duración indefinida y a través de una constante lucha interna se van transformando todas las relaciones sociales. La sociedad sufre un proceso de metamorfosis. Y las transformaciones de cada etapa son producto directo de la etapa anterior. Este proceso conserva necesariamente un carácter político, pues se desarrolla a través de choques entre los distintos grupos de la sociedad en transformación". Señaló a continuación que "el carácter internacional de la revolución socialista, que constituye el tercer aspecto de la teoría de la revolución permanente, es consecuencia del estado actual de la economía y la estructura social de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto sino un reflejo teórico y político del carácter mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del alcance mundial de la lucha de clases. La revolución socialista comienza dentro de las fronteras nacionales, pero no se puede llegar a su término sin rebasarlas. El mantenimiento de la revolución proletaria dentro de un territorio nacional solamente puede ser una situación provisional, aunque se prolongue, como es el caso de la experiencia de la Unión Soviética... si el estado obrero permaneciera aislado caería finalmente víctima de estas contradicciones. Su única salvación consiste en la victoria del proletariado en los países desarrollados. Desde este punto de vista, cada revolución nacional no es un logro autosuficiente sino solamente un eslabón de la cadena internacional."

Debajo de la discusión doctrinaria bullían factores enmascarados de la lucha sin cuartel por el poder desplegada por Stalin y su grupo contra Trotsky. Por encima de las aparentes divergencias tácticas, dos tipos de psicología, dos clases de personalidades entraron en conflicto. Trotsky fue el intelectual brillante; Stalin, el operador político

astuto. Trotsky fue el combatiente a campo abierto; Stalin, el burócrata emboscado en los laberintos del poder; Trotsky fue el pensador egocéntrico, individualista y solitario, antigregario, desdeñoso del compinchaje conspirativo; Stalin fue ferozmente ególatra, pero usó las camarillas a su conveniencia, reclutó a burócratas disciplinados como él, expertos en la administración del poder. Por las características de su personalidad, Trotsky estuvo predestinado al fracaso en un sistema de gobierno eminentemente colectivista. Dialéctico obstinado, criticó a Lenin, a Plejanof, a bolcheviques y mencheviques, social demócratas y demócratas liberales. Fue el hereje que los dogmáticos llevan a la hoguera, el Lutero de la reforma comunista, el racionalista conminado a obedecer o a perecer. Stalin fue arrinconándolo implacablemente, arrebatándole uno a uno los galones ganados en defensa de la revolución, sobre todo, a partir de la revolución de octubre, llevándole a escribir manifiestos imprudentes en los que sus posturas teóricas parecieron pronunciamientos contrarrevolucionarios. En el exilio se agigantaron las diferencias conceptuales y pragmáticas. Los ataques descendieron al nivel de la denigración personal. La maquinaria propagandística controlada por Stalin lo acosó por dondequiera que se establecía. El respondió las campañas con una fiereza dialéctica indoblegable, encarnizándose en zaherir a Stalin, exhibiéndolo como una figura gris, borrosa, que, al frente de una camarilla burocrática, desvió de sus orígenes la revolución de Marx y Lenin.

"El significado social del Termidor soviético empieza a tomar forma ante nosotros. La pobreza y el atraso cultural de las masas se plasman de nuevo en la siniestra figura de un jefe con un enorme garrote en sus manos. La burocracia, antes desposeída y estigmatizada, de ser la servidora de la sociedad pasa a dominarla. Por este camino se ha impuesto a las masas de tal forma que ahora no se puede permitir ningún control sobre sus actividades ni sobre sus rentas... los privilegios de la nueva aristocracia incitan a las masas a dar crédito a los "murmuradores",

es decir a todo aquel que, aunque sea en voz baja, critica la avaricia y la arbitrariedad de los amos. Por lo tanto no se trata de fantasmas del pasado, ni de residuos de lo que ya no existe sino de nuevas y poderosas tendencias renovadas a la acumulación personal". El látigo dialéctico de Trotsky azotó el stalinismo con una dureza polémica superior a la de los adversarios ideológicos capitalistas. Stalin no fue bueno en las polémicas, pero era bueno eliminando adversarios reales o ficticios metamorfoseado en enemigos por su demoníaco delirio de persecución. Después de liquidar a Zinovief y Kamenef, de la primera troika, montó otras troikas que demolió cuando creyó le hacían sombra. Los procesos de Moscú llevaron al clímax la carta de defunción de la vieja guardia bolchevique. Sólo quedó Trotsky, zumbando como un exasperante tábano socrático en el extranjero, hasta que uno de sus sicarios se infiltró en los círculos íntimos de sus colaboradores y perforó malignamente con una picota de escalador de montaña el cerebro más brillante del comunismo ruso, después de Lenin. Poco antes del asesinato, Trotsky alcanzó a escribir a manera de epitafio, "la vida es hermosa. Que las generaciones futuras la limpien de todo mal, opresión y violencia y la disfruten al máximo".

José Stalin (1879-1953)

Hijo de un zapatero remendón alcohólico, José Stalin fue el tercer miembro de la troika de la primera generación de caudillos comunistas de origen proletario. Lenin fue un abogado de clase media y tuvo un tercio de sangre judía. Trotsky fue hebreo por las dos sábanas, y procedía de una familia de terratenientes. Pero Iósif Vissariónovich Dzhugasvili, su nombre en la lengua original de José Stalin, fue un georgiano ciento por ciento de tierra adentro. Usó varios seudónimos a lo largo de su trayectoria política: en la juventud prefirió le llamaran Koba, nombre de un héroe popular de Georgia; más adelante, y para siempre, seleccionó un apelativo cónsono con su recia personalidad. Stalin deriva del nombre del acero, stal. Le vino como anillo al dedo el nombre de Stalin al líder que empuñó con mano de acero la conducción de la Unión Soviética, desde 1920 hasta su muerte en 1953. Muy temprano recibió una educación de inspiración religiosa en un seminario de jesuitas, donde, en vez de convertirse al cristianismo ortodoxo, emergió como un laico de ideas radicales. Según se dijo, en el seminario jesuítico aprendió a reprimir sus sentimientos, a obedecer y a aplicar sus principios con disciplina militar. Estaba becado y recibió, además, una remuneración por cantar en el coro. Los que le conocieron en aquel entonces aseguran que en el seminario jesuita reveló una personalidad calculadora y un hermetismo emocional a prueba de balas. Sus ojillos rasgados escrutaban el ambiente y no se sabía qué pensaba, qué afectos lo guiaban, si estaba furioso o alegre, si acunaría a sus amigos para siempre o los mandaría al banquillo de los acusados sin pestañear. En el curso de los años pudo probarse que su carencia de escrúpulos morales determinó que aplastara a sus aliados, cuando le convino hacerlo, en forma inmisericorde. Pero el tener un temperamento introvertido no debilitó sino, por lo contrario, robusteció su incorporación a los cuadros juveniles de la organización social demócrata de Georgia y más tarde su adhesión a los postulados marxistas. Sufrió arrestos y exilio a Siberia, bau-

tismo de fuego de su generación, durante la década en que actuó con los movimientos clandestinos del Cáucaso que conspiraron por la desaparición del despotismo zarista. Cuando en 1905 estallaron las protestas por la masacre del Domingo Sangriento de San Petersburgo estuvo en la primera línea de los revolucionarios que sacaron provecho de ese movimiento popular espontáneo, sin haber participado en su gestación, ni en su ejecución. Desde el principio se alineó con las directivas de Lenin de organizar un partido fuertemente centralizado que guiara la revolución a través de políticos profesionales. Estuvo muy claro para él que la dictadura del proletariado significaba la dictadura del partido bolchevique. En "Los fundamentos del leninismo" expuso sus punto de vista acerca de lo que entendió por dictadura del proletariado, discrepando de las interpretaciones de Plejanof, los mencheviques y Trotsky:

"De lo dicho se desprende que la dictadura del proletariado no es un simple cambio de personas en el gobierno, un cambio de "gabinete" etc. que deja intacto el viejo orden económico y político. Los mencheviques y oportunistas de todos los países que le temen a la dictadura como al fuego y, llevados por el miedo, suplantan el concepto dictadura por el concepto "conquista del poder", suelen reducir la "conquista del poder" a un cambio de gabinete, a la subida del Poder de un nuevo ministerio, formado por individuos como Scheidemann y Nosde, MacDonald y Henderson... la dictadura del proletariado no es un cambio de gobierno sino un Estado nuevo, con nuevos organismos de Poder centrales y locales; es el Estado del proletariado, que surge sobre las ruinas del Estado antiguo, del Estado de la burguesía. La dictadura del proletariado no surge sobre la base del orden de cosas burgués, sino en el proceso de su destrucción, después del derrocamiento de la burguesía, en el curso de la expropiación de los terratenientes y los capitalistas, en el curso de la socialización de los instrumentos y los medios de producción fundamentales, en el curso de la revolución violenta del proletariado. La dictadura del proletariado es

un Poder revolucionario que se basa en la violencia contra la burguesía".

La inflexibilidad ideológica no desalentó, en ningún momento, la flexibilidad pragmática. Apoyó la línea de Lenin en el quinto congreso del partido realizado en Londres en 1907, en el que se reafirmó el dominio de los "duros" bolcheviques. Dentro de ese contexto fue ascendiendo en los rangos de la dirigencia: en 1912 ingresó al comité central del partido por cooptación, es decir, el recurso de nombrar dirigentes que no hubieran sido designados por el congreso del partido. Pero después que en febrero de 1917 Kerensky asumió el poder, como director de "Pravda", rehusó publicar artículos violentos de Lenin demandando el derrocamiento del gobierno provisional social demócrata, debido a que su ala bolchevique especuló con formar parte del gobierno, o juzgó que era prematuro mostrar las cartas de la rebelión comunista. Cuando aspiró a los cargos más altos del comité central, Stalin aparentemente respaldó la hegemonía leninista, aunque, en realidad, todo indica que su meta fue atornillarse en el politburó y ayudar a sus aliados de entonces a la espera de la muerte de Lenin.

Después se ubicó en el punto medio del partido, pendulando entre la línea izquierdizante de Trotsky y la línea derechizante de Bujarin. Como sabemos por la Sedova, viuda de Lenin, éste, en su testamento político, recomendó la expulsión de Stalin del comité central por la acumulación de poderes. Pero la nueva troika de Stalin, Kamenef y Zinovief impidió que se conocieran las recomendaciones del dirigente máximo y copó los poderes gubernamentales y políticos. Mientras Trotsky viajaba por ferrocarril para recibir un tratamiento médico en la estación de Tiflis, camino a Suchum, le alcanzaron un telegrama descifrado de Stalin, comunicándole que Lenin había muerto. A partir de entonces, se tornó muy difícil la situación de Trotsky. La muerte de Lenin representó, también, la muerte de las discusiones internas. Desde la era del exilio, los debates sobre tácticas y estrategias fueron

parte de la dialéctica marxista cotidiana. La divergencia sobre una tesis de Lenin no llevó al ostracismo a ninguno de los camaradas, ni el camarada jefe se arriesgó a silenciar o expulsar a sus contradictores. La democracia interna ventiló posiciones, oxigenó el pequeño mundo de los conspiradores radicados en el extranjero, estableció la discrepancia fraterna como una metodología de pensamiento que llevó al análisis de los problemas desde perspectivas diversas. Fue la época de oro del partido comunista ruso. Porque las divergencias de enfoques no rompieron la unidad del partido cuando estuvo en juego la toma de decisiones cruciales, como el tratado de Brest-Litovsk o la nueva política económica. Todo esto cambió radicalmente tras el deceso de Lenin. Y el máximo exponente de la dialéctica política, León Trotsky, padeció las consecuencias del divorcio entre teoría y praxis. Sus amigos fueron separados de los cargos sin mayores explicaciones. Cada palabra del presente, cada frase escrita en el pasado, fueron sopesadas meticulosamente, en función de una tabla de valores cuyo referente fundamental fue un leninismo perversa, maliciosamente interpretado por quienes lo utilizaron no para convencer sino para destruir. Paradojalmente, el responsable del desviacionismo más audaz de las tesis de Marx sobre la revolución, fue transmutado en el vocero de la palabra de Dios. Sobre Trotsky se desencadenó una campaña de ataques en las páginas de "Pravda". De acuerdo al testimonio escrito de Trotsky, "la prensa y los oradores en los mítines no se ocupaban más que de hacer revelaciones acerca del "trotskismo". Nadie comprendía lo que significaba todo aquello. Día tras día se le servían al público nuevos episodios desgajados a viva fuerza del pasado, citas polémicas y artículos de Lenin que fueron escritos veinte años antes; y estas noticias se le servían retorcidas, falseadas, desfiguradas, y todas —que era lo más importante— como si se refiriesen a hechos ocurridos el día antes... y así sucesivamente, pero mientras las gentes manifestaban su asombro, el volcán de la calumnia seguía escupiendo, en frío, su lava. Y esta lava iba depositándose

mecánicamente sobre la conciencia, y, lo que era todavía peor, sobre la voluntad".

La campaña periodística atizada por Stalin presentó a Trotsky de camarada en enemigo, de revolucionario en contrarrevolucionario. Por ejemplo, Stalin elogió en un artículo de "Pravda" de noviembre de 1918 la labor de Trotsky en el golpe de estado contra Kerensky: "Todo el trabajo práctico relacionado con la organización de la revuelta fue hecho bajo el mando directo del camarada Trotsky, el presidente del Soviet de Petrogrado. Se puede decir con certeza que el partido tiene una deuda de primera magnitud con el camarada Trotsky por la rápida concientización de la guarnición del bando de los Soviets y, por la manera tan eficiente en la cual fue organizado el trabajo del Comité Militar Revolucionario". Ocho años más tarde, en el frenesí de la disputa del poder, se dijo que el trabajo del derrocamiento de Kerensky fue obra de la central del partido, integrada por Stalin, Dzerzhinsky, Uritsky y Bubnov. Stalin no se limitó a desacreditar a su principal adversario, sino que perfeccionó el método de control del aparato administrativo del gobierno.

Distribuyó a sus aliados en los puestos estatales más prominentes y estratégicos y en las secretarías regionales del partido y los sostuvo, hasta que los consideró útiles a su dictadura personal. Verbigratia, usó a Zinovief y Kamenef en la lucha contra Trotsky, pero cuando consiguió su objetivo, formó otra troika con Bujarin y Rykov contra Zinovief y Kamenef. El historiador Pierre Broué describió magistralmente en "Los procesos de Moscú" la singular dinámica de cambios y rectificaciones, de abjuraciones y acomodos, de la dirigencia rusa dividida y emponzoñada por Stalin:

"Durante la guerra civil y los duros años de crisis que siguen a la victoria del Ejército Rojo, el partido, lentamente y de modo casi imperceptible al principio, cambia de naturaleza: ahora está dominado por un aparato de funcionarios nombrados desde arriba y que maneja a su antojo la masa dócil y pasiva de los nuevos adeptos.

EL X Congreso parece tomar conciencia de esta evolución: adopta una resolución respecto a la "democracia obrera" que sólo será letra muerta, en tanto que la prohibición de las fracciones, propuesta por Lenin por temor a una fatal escisión en un momento de extremo peligro, se convierte en el argumento esgrimido por los secretarios para ahogar todo tipo de discusión y condenar cualquier tendencia como "fraccional". El aparato controla los votos e impone a sus hombres. Sin embargo, deberán transcurrir muchos años para que su triunfo sea definitivamente asegurado por la autoridad de un hombre en quien se encarnan a la vez sus virtudes y sus vicios: José Stalin, viejo bolchevique, secretario general desde 1922. En 1923, cuando Lenin se ve afectado por la enfermedad que le mantendrá alejado de la política y finalmente le ocasionará la muerte, se trama una alianza en torno al control del aparato: la troika de los viejos bolcheviques Zinovief, Kamenef y Stalin logra dominar el partido y se convierte en el blanco de los ataques de la oposición encabezada por Trotsky, y el grupo de los 46. En el debate sobre el Curso Nuevo, a fines de 1923, Tervaganian, Rosengoltz, Mrachkowski, Kresttinski, Muralov, Serebriakof, Piatakof, Radek y Racovski, apoyan a Trotsky en sus tesis sobre la restauración de la democracia en el partido; Bujarin, Rykof, Sokolnikof, Bakaief y Evdokimof, apoyan a Zinovief, Kamenef y Stalin, para quienes no existe ningún peligro de burocratización del aparato, y acusan a los opuestos a su línea política de poner en peligro la unidad del partido. Finalmente, venció la troika, y Zinovief parecía ser el verdadero sucesor de Lenin, a pesar de que Rykof le sucedió en la presidencia del consejo de comisarios del pueblo. De hecho es el secretario general el que, en realidad, controla el poder. Zinovief y Kamenef en 1925 trataron de contrarrestar el dominio staliniano organizando la Nueva Oposición con Sokonlnikof, Bakaief y Evdokimof. En el XIV Congreso ... serán eliminados de todos los puestos clave. Las distintas oposiciones se reagrupan: Zinovief, Kamenef y Trotsky serán los portavoces de la oposición reunificada, en lucha

contra lo que llaman "fracción Stalin-Bujarin. Resultan derrotados en el verano de 1927, y Zinovief y Trotsky serán expulsados". La gran purga llegaría posteriormente.

Otro episodio revelador de las intrigas de Stalin fue la eliminación de Kirov. El ascenso de Sergei Kirov, jefe del partido en Leningrado, al rango de dirigente nacional escribió las primeras líneas del guión de un thriller político, conocido como los Procesos de Moscú, cuyo antecedente inmediato fue el asesinato del popular dirigente. Probablemente el desenlace de Kirov fue precipitado por los escasos votos negativos que Stalin obtuvo en el congreso del partido de 1934. Kirov puso su popularidad a la cabeza de una línea de moderación ante el despotismo estaliniano, y se negó a abandonar Leningrado y rechazó la propuesta de trabajar con Stalin en Moscú. A fines de 1934, inesperadamente, Kirov fue asesinado por un agente de la policía secreta presentado como miembro de las juventudes comunistas, un tal Leonid Nikolaev, en circunstancias confusas. Sobre la base de informaciones de la policía secreta controlada por Stalin, se construyó el escenario de una vasta conspiración cuya urdimbre había sido tejida, según los acusadores, por el exilado Trotsky y algunos disidentes contrarrevolucionarios. Zinovief, Kamenef y otros dirigentes soviéticos fueron arrestados, sometidos a proceso público y ejecutados dos años más tarde. Se removieron las piedras de Leningrado en una purga en la cual los conspiradores, hipotéticos o reales, fueron llevados a campos de concentración y muchos de ellos desaparecieron para siempre.

Los tres juicios públicos conocidos como "los Procesos de Moscú" exhibieron situaciones inverosímiles de confesiones de culpabilidad de miembros veteranos de los cuadros comunistas y de oficiales del ejército rojo, según las cuales organizaron asesinatos, sabotajes, complots políticos, en complicidad, inclusive, con alemanes, ingleses y diversos espías extranjeros, para derrumbar el estado soviético. De acuerdo a Pierre Broué, "los tres procesos políticos retienen durante mucho tiempo la atención de los

observadores de este período. Hoy se sabe que sólo representan un aspecto cuantitativamente menor de una gigantesca depuración bautizada por los rusos con el nombre de "Ejovchina" derivado del nombre de su organizador, el fiel discípulo de Dzerjinski y enviado de Stalin, el valiente bolchevique Nicolás Ejov, como escribe "Pravda" el 21 de diciembre de 1937. Durante este período perece la casi totalidad de los viejos bolcheviques, eliminándose seguidamente sus nombres de los libros de historia, aunque en la actualidad vuelven a aparecer en las reediciones, seguidos de la cita "caído víctima de las calumnias del enemigo", casi todos los dirigentes de la revolución y sus familias, la mayoría de los miembros del comité central de 1917 a 1923, los tres secretarios del partido entre 1919 y 1921, la mayoría del poder ejecutivo 1919 y 1924 y los miembros de los 139 del Comité Central designado en 1934."

¿Qué motivó este número de inculpaciones expresadas con un entusiasmo y una prolijidad comparables a las confesiones de hechiceros y brujas en la Edad Media y de judíos, musulmanes y paganos ante la Inquisición? Se han abierto ventanas de investigación sobre los Procesos de Moscú a partir de las revelaciones de Nikita Khruschef en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y de congresos posteriores, así como a través de investigaciones particulares efectuadas por la Comisión presidida por el prestigioso pedagogo norteamericano John Dewey e integrada por intelectuales de izquierda, y de "El Libro Rojo de los Procesos de Moscú" de León Sedov, hijo de Trotsky, y otros libros de Friedrich Adler, Víctor Serge, Isaac Deutscher, sobre el mismo tema. Las investigaciones han precisado errores de fechas de reuniones de bolcheviques con espías extranjeros, datos de hoteles inexistentes, viajes que nunca se llevaron a cabo, aterrizajes imaginarios de aviones ficticios, interpolaciones de falsas declaraciones, en resumen, un cúmulo de desinformación generalizada que solamente podría atribuirse a montajes policiales de pruebas prefabricadas. Al parecer, el fiscal Vishinski ensayó con los acusados el li-

breto de preguntas y respuestas, después que los imputados fueron torturados, extorsionados, amenazados con la muerte de sus familiares, o sometidos previamente a los interrogatorios a la ingestión de sustancias aniquiladoras de la voluntad. Es difícil aceptar que un dirigente de la envergadura de Nikolai Ivanovich Bujarin declarara, según las actas del proceso:

"Ahora quiero hablar de mi mismo, de los motivos que me llevaron a arrepentirme. Ciertamente, hay que decir que las pruebas de mi culpabilidad juegan también un importante papel. Durante tres meses permanecí encerrado en mis negativas. Después inicié el camino de la confesión. ¿Por qué? El motivo estriba en que, durante mi encarcelamiento, pasé revista a todo mi pasado. En el momento en que uno se pregunta "Si mueres ¿en nombre de qué morirás? Aparece de repente y con sorprendente claridad un abismo profundamente oscuro. No había nada por lo que mereciese la pena morir, si pretendía hacerlo sin confesar mis errores... quiero explicar cómo llegué a la necesidad de capitular ante el poder judicial y ante vosotros, ciudadanos jueces. Nos alzamos contra la alegría de una nueva vida, con métodos de lucha completamente criminales. Rechazo la acusación de haber atentado contra la vida de Vladimir Illich, pero reconozco que mis cómplices de la contrarrevolución, conmigo al frente, intentaron acabar con la obra de Lenin, continuada por Stalin con un éxito prodigioso".

La lectura de las actas de los Procesos de Moscú delata que fue un montaje seudojudicial para eliminar física y políticamente a los comunistas rusos que Stalin clasificó como adversarios, tal como Khruschev lo puso en claro en el alegato histórico en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Se pudo comprobar que el sistema de gobierno comunista y el sistema de gobierno zarista tuvieron una metodología común de control político. En el fondo, sólo existió un cambio de nombres de los beneficiados y perjudicados en la metodología del control político, conserván-

dose, y aún intensificándose, el aparato estatal represivo de base policial bajo el comunismo. Los zares desterraron, encarcelaron, recluyeron en Siberia, y en muchos casos, exterminaron sin miramientos, a sus opositores. Los bolcheviques hicieron lo mismo, pero peor, con parodias de juicios públicos para desterrar, aprisionar y ajusticiar no a detractores ideológicos sino a dirigentes comunistas y militantes, a base de confesiones obtenidas por torturas. Entre Iván el Terrible y José Stalin, no hubo diferencias en cuanto al tratamiento de los opositores. Sin un período democrático de transición que sedimentara la la conciencia individual y la conciencia social sobre derechos civiles, los rusos pasaron de la dictadura zarista a la dictadura comunista. No faltan los que aseveran que la idiosincrasia de los detentadores rusos del poder se orienta a la implantación de despotismos, cualquiera que fuera su origen ideológico. Esta hipótesis se contradice con las batallas seculares de artistas y científicos en contra del despotismo de zares y bolcheviques, y en defensa de las libertades de pensamiento y de expresión, desde por lo menos el siglo diecinueve, con Herzen, Bakunin y los nacionalistas populistas. Si los comunistas copiaron y exacerbaron la coerción de la Okhrana y crearon la K.G.B. los paradigmas de Herzen y Bakunin contra los desbordes del absolutismo estatal fueron continuados por los artistas y científicos del siglo XX, en una larga lista que va desde el poeta suicida Maiakovski hasta el novelista Solzhenityzin, los disidentes Daniel, Sinviaski, otras numerosas víctimas del goulag, sin olvidar al valeroso científico Andrei Zakharov.

Política Económica de Stalin

Para todos los efectos, José Stalin fue, indudablemente, el constructor del estado soviético. En el lapso de 1922, en que fue nombrado secretario general del partido comunista bolchevique, hasta su muerte en 1953, estuvo a cargo de las decisiones fundamentales que modelaron el

sistema de gobierno soviético. Mientras vivió Lenin, Stalin esperó pacientemente el momento de aplicar su pensamiento y su praxis. En realidad, Lenin no alcanzó a sentar las bases de consolidación del sistema. Más aún, perpetró delicadas contradicciones doctrinarias, como la suspensión de la economía estatal a expensas del liberalismo privatista de la NEP. Trotsky fue un agitador más que un constructor; un agitador brillante, es cierto, que no tuvo la oportunidad de aplicar sus ideas sobre la revolución permanente. Stalin asumió la responsabilidad personal de la instrumentación de las transformaciones radicales del socialismo marxista. Antes de su apogeo, privó cierta ambigüedad leninista entre la social democracia y el marxismo, entre bolcheviques y mencheviques. Para no fomentar confusiones ideológicas, hay que aclarar que originalmente el partido comunista se denominó Partido Obrero Social Demócrata a semejanza de la social democracia alemana. La base doctrinaria siempre fue marxista en ambos partidos, pero subsistieron y convivieron en el partido comunista ruso las alas de los mencheviques, adeptos a la toma pacífica del poder a través de una transición de un régimen democrático, en tanto que los bolcheviques fueron desde el principio devotos de la revolución armada y de la dictadura del proletariado. En primera instancia, por conveniencias tácticas, Stalin aceptó la alianza con dos mencheviques sobresalientes, Zinovief y Kamenef, y después, en la segunda troika, con Bujarin y Rykof.

Tan pronto como se liberó de los mencheviques mediante una purga política sin precedentes, sólo gobernaron bolcheviques de rabo colorado. De esa guisa, contra viento y marea, Stalin no se apartó de los dogmas de la economía estatal planificada, porque eso es lo que debió hacer como comunista ortodoxo. No aprobó, pero calló sus objecciones, las libertades de la NEP que instrumentó Lenin para capear la crisis de la producción y distribución de alimentos. No escapó a Stalin que la NEP representó un retroceso doctrinario sumamente peligroso. El uso libre de los excedentes agrícolas por los kulaks y la reapari-

ción de la libertad de comercio con la consiguiente retención privada de la plus valía significó un desviacionismo que Stalin y los duros tragaron, pero no digirieron. Stalin se dio cuenta que la prosperidad de los terratenientes y empresarios podía generar a la larga un frente de resistencia política potencialmente creciente y riesgoso puesto que iba a prevalecer el disfrute de bienes de consumo en las masas urbanas y campesinas. Obedeciendo a su instinto político, cuando Stalin asumió el poder canceló drásticamente la NEP, a sabiendas del costo del disgusto popular. A partir de 1928, el Estado asumió el control total del aparato de producción y distribución, mediante planes quinquenales cuya meta fue la industrialización acelerada de Rusia. "Estamos cincuenta o cien años detrás de los países avanzados. Tenemos que alcanzarlos en diez años. O lo hacemos o nos aplastan" conminó a los rusos en un discurso de 1931, aleccionándolos a trabajar sin descanso en las fábricas y en los campos. En el principio de la década de los treinta, Estados Unidos estuvo sumido en una de las peores crisis económicas de la historia a consecuencia de la aplicación de sistemas clásicos del liberalismo capitalista —movimientos relajados de crédito, predominio de los vaivenes de la bolsa de valores por encima de la producción real, privatización intensiva de la economía. La exhortación de Stalin contuvo un desafío beligerante para sobreponer la planificación socialista a la libre economía capitalista. Los planificadores estatistas soviéticos restringieron la producción de bienes de consumo para dedicarse a la producción de maquinaria-herramientas. Cañones sí, mantequilla no, fue la consigna de sacrificio durante los ásperos años de la Segunda Guerra Mundial. "La meta principal era el desarrollo económico y la industrialización rápida, una de cuyas consecuencias era un fuerte ritmo de crecimiento de la renta nacional "reconoce el economista George Dalton, agregando: "Lo que se pretendía era una rápida transformación estructural —la creación de nuevas industrias completas, tales como la química o la de fibras artificiales, y una vasta expansión

de industrias pesadas como la de siderúrgicas o la de producción de energía— que ensanchasen la capacidad del país para producir una amplia gama de bienes militares, de inversión y de consumo. Sus instrumentos políticos consistían en la planificación en términos físicos, lo que los rusos denominan "estimaciones equilibradas", y controles directos y fiscal-monetarios, todo ello funcionando a través de instituciones económicas básicas, en especial concebidas para facilitar un rápido desarrollo. En una palabra, su economía autoritaria es un equivalente funcional de la economía de mercado del capitalismo; pero todas las piezas de la maquinaria económica soviética están orientadas a producir aquellos bienes prioritarios de inversión y militares ordenados por los planificadores centrales". El desarrollo industrial ruso se magnificó por los impresionantes hornos de fundición de sus centrales mineras, que crecieron en un 40% respecto de la década anterior. Stalin cumplió su política de consolidar el socialismo en un solo país y elevar el comunismo soviético al rango de modelo internacional, refutando solamente en apariencia la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

Donde el crecimiento no registró logros sino espectaculares caídas fue en la agricultura. La colectivización agrícola a base de granjas administradas por burócratas destempló la iniciativa de los pequeños y medianos campesinos, conocedores de las propiedades de sus tierras y las características de su cultivo. La colectivización giró sobre el eje de los kolhozes, esto es, entes estatales que supervisaban la obligatoria asociación de las granjas. Se desencadenó la represión sobre los medianos propietarios de tierras, y, sobre todo, a los dueños de extensas tierras (kulaks), deportándolos a Siberia, o ejecutándolos en forma sumaria si violaban en proporción tipificada como sabotage las reglas de los kolhoses. Dalton sostiene que los campesinos menos pobres (kulaks) sobrevivieron la colectivización, sacrificando el ganado. Stalin, a su vez, mataba a los campesinos. Estas desgracias, junto con las sequías de 1931 y 1932, dieron lugar a hambre y miseria y raciona-

miento de los productos alimenticios en los primeros años de la década de 1930". La producción agrícola descendió gravemente; los planificadores calcularon mejores rendimientos trigueros en Ucrania de 50 a 200%.

Pueblo estoico, calafateado por antiguas hambrunas y racionamientos, soportó a pie firme el regreso del comunismo de guerra rearticulado por la invasión de las tropas nazis, que violaron el tratado de no agresión Molotov-Von Ribbentropp, que originó renuncias y críticas de algunos intelectuales pro soviéticos hasta la víspera. Había cambiado la situación de la Unión Soviética en la comunidad internacional desde su incorporación a la Sociedad de Naciones. Había entablado relaciones diplomáticas con países occidentales en 1934, abriéndose al mundo, pero organizando por lo bajo la penetración ideológica a través de la Internacional Comunista, reclutadora directa e indirecta de buena parte de intelectuales y artistas simpatizantes de la revolución bolchevique. Se allanó el terreno para cimentar un frente táctico de alianzas militares de la Unión Soviética y algunas potencias occidentales. La beligerancia nazi-fascista obró el milagro estratégico de entendimientos de comunistas y capitalistas. Maniobrando con su acreditada astucia, Stalin obtuvo ventajas no presentidas al final de la guerra, al abrigo de sus reuniones en Teherán y Yalta con Roosevelt y Churchill. Tras la derrota de las fuerzas nazi-fascistas, se dividió el mundo entre vencedores y vencidos, repartiéndose lonjas de influencia, en la esfera de Europa Oriental, lo cual fue aprovechado por Stalin para la expansión del modelo soviético de comunismo en la mitad de Alemania, y en toda Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Albania, y sólo, parcial y temporalmente, en Yugoslavia. Regímenes de corte estalinista barrieron a los opositores, instaurando un bloque territorial que jamás soñó Pedro El Grande. Asimismo, los partidos comunistas de Francia, Italia, Bélgica, conquistaron status dentro de gobiernos democráticos, convivencia política que no existió en los países de la esfera soviética. Stalin saboreó

su gloria mientras controló el poder. Tras su muerte proliferaron las críticas y denuncias dentro de Rusia, oficializadas por el discurso de Khruschev en el vigésimo congreso del partido comunista soviético. En 1953 no hubo quien llorara su muerte. Su hija Svetlana estaba en el extranjero, casada con un ciudadano de la India: después se divorció y emigró a Estados Unidos. Excepto un puñado de fanáticos, los dirigentes soviéticos celebraron la desaparición del dominio omnipotente del líder georgiano que ordenó la desaparición de sus adversarios, reales o imaginativos, con un chasquido de dedos. Empero, para bien o para mal de los rusos, Stalin fue el constructor del modelo comunista soviético.

Mijail Gorbachov (1931)

"En esta etapa —eso se vuelve particularmente claro en la última mitad de los años setenta— sucedió algo que resultó a primera vista inexplicable. El país comenzó a perder impulso. Los fracasos económicos se volvieron más frecuentes. Comenzaron a acumularse las dificultades y se multiplicaron los problemas sin resolver. Elementos de los que nosotros llamamos estancamiento, y otros fenómenos ajenos al socialismo comenzaron a aparecer en la vida de la sociedad. Una especie de "mecanismo de freno" afectaba el desarrollo social y económico. Y todo esto sucedía al mismo tiempo que la revolución científica y tecnológica abría nuevas perspectivas para el progreso social y económico. Algo extraño iba tomando forma: el enorme volante de una máquina poderosa estaba girando, mientras que los engranajes patinaban o las correas de transmisión estaban muy flojas". Durante el apogeo de José Stalin el autor de estas opiniones habría sido liquidado sin miramientos acusado de contrarrevolucionario enemigo del pueblo, con posibilidades de pasar el resto de sus días en un campo de concentración de Liberia, o caer fulminado por un tiro en la nuca.

Pero habían cambiado los tiempos y el peso de la crisis económica golpeaba reciamente a la Unión Soviética. Nada funesto le sucedió al autor de la autocrítica. En primer lugar, Stalin ya había muerto. En segundo lugar, el responsable de las afirmaciones era Mijail Gorbachov, Presidente de la Unión Soviética y Secretario General del Partido Comunista. En su famosa obra "Perestroika", Gorbachov rindió cuenta del estado calamitoso de la economía y pudo exhibir la tarea que emprendió para rescatarla del desastre material y de la inercia política. Los gobernantes que se sucedieron desde Stalin hasta la muerte de Cherchenko en 1985 escondieron la realidad del sistema de la economía central planificada y la dictadura del proletariado. Gorbachov y los miembros de su equipo de gobierno deliberaron sobre si continuaban la línea del maquillaje

de las cifras o si encaraban la crisis con una franca reestructuración. La reestructuración del sistema soviético se denominó Perestroika, la verdad, vocablo ruso que dio la vuelta al mundo. Explicó Gorbachov por qué asumió la responsabilidad de revelar la dolorosa y desnuda realidad a los soviéticos: el sistema comunista había implosionado. En otras palabras, la crisis estaba enquistada, como un cáncer en metástasis, en el interior de los mecanismos del sistema, no por ataques del antagonismo político capitalista, sino por el desmoronamiento de sus entrañas materiales y espirituales.

"Se había formado una brecha entre la palabra y la acción —relató Gorbachov—, que produjo la pasividad pública y el descreimiento en los slogans que se proclamaban. La decadencia comenzó en la moral pública: los grandes sentimientos de solidaridad con los demás, que se forjaron durante los tiempos heróicos de la Revolución, los primeros planes quinquenales, la Gran Guerra Patriótica, y la rehabilitación de la posguerra se debilitaban; el alcoholismo, la drogadicción y el crimen crecían, como así también la penetración de los estereotipos de la cultura popular extraña a nosotros, que produjeron vulgaridad, gustos viles y condujeron a ideologías estériles".

Simultáneamente a la reestructuración de la producción y de la administración, Gorbachov aplicó el Glasnot, la transparencia informativa, una política insólita en el hermetismo rígido del estalinismo, mediante la cual las masas soviéticas se prepararon para impulsar los cambios del futuro. Lo que aconteció después bajo el liderazgo del abogado Gorbachov fue como un film de terror: cayó el muro de Berlin desmoronado por los alemanes orientales; se derrumbaron los gobiernos comunistas de Europa Oriental; se aprobó la desintegración de la Unión Soviética; se formaron nuevos países con gobiernos autónomos; la nueva Federación Rusa fue regida por una nueva constitución que eliminó el monopolio del partido comunista y estableció un sistema electoral con la participación de nuevas formaciones de partidos. El informe político del

Comité Central del PCUS a su XXVIII Congreso formalizó la reestructuración global del estado fundado por Lenin y llevado a sus consecuencias más radicales por Stalin y sus continuadores.

¿Desapareció abruptamente el socialismo en Rusia? ¿Fracasó el movimiento revolucionario inspirado en las tesis de Karl Marx?

Bajo el signo del Glasnot, los rusos debaten las respuestas a estas inquisiciones en congresos, mesas redondas, medios de comunicación.

Gorbachov manifestó desde el principio de la Perestroika que las reformas se basan en postulados originales de Lenin: "El ímpetu vivificante de nuestra gran Revolución fue suficientemente poderoso como para que el Partido y el pueblo se conformaran con fenómenos que amenazaban despilfarrar sus logros. Las obras de Lenin y sus ideales del socialismo siguieron siendo para nosotros una fuente inextinguible de pensamiento dialéctico creativo, riqueza teórica y sagacidad...el volver a Lenin ha estimulado grandemente al partido y a la sociedad en su búsqueda por encontrar explicaciones y respuestas a las preguntas que surgieron. Las obras de Lenin en los últimos años de su vida concitaron una atención particular...hoy tenemos una mejor comprensión de las últimas obras de Lenin, que eran, en esencia, su legado político, y comprendemos claramente por qué fueron escritas estas obras. Gravemente enfermo, estaba profundamente preocupado por el porvenir del socialismo. El percibía el peligro latente para el sistema nuevo". No obstante la invocación de las ideas de Lenin, Gorbachov no precisó en el primer momento a cuál de las etapas del pensamiento de Lenin se ajustó la Perestroika, vale decir si las reformas económicas representaron un retorno a la flexibilidad de la NEP o si mantenía la inexistencia de propiedad privada y de economía libre mediante la implantación drástica de la nacionalización de tierras, industria, banca etc. Al parecer, la Perestroika de Gorbachov se constriñó a reformas de la gestión administrativa antes que a modificaciones

de las estructuras de la propiedad pública. Por lo tanto, la Perestroika no avanzó más allá de las fronteras de la NEP, manteniendo la médula estatista del socialismo ruso:

"El socialismo y la propiedad pública en la cual está basado proponen posibilidades virtualmente ilimitadas para procesos económicos progresivos. Sin embargo, debemos encontrar por esto las formas cada vez más efectivas de propiedad socialista y de organización de la economía. A este respecto es de la mayor importancia que el pueblo sea el verdadero dueño de la producción antes que un dueño solamente de nombre. Porque sin eso los trabajadores individuales o las colectividades no están interesados, ni se puede interesarlos, en el resultado final de su trabajo". En buena cuenta, lo que propuso Gorbachov fue el regreso a los Soviets, al cogobierno de obreros, campesinos y soldados. Lenin se opuso a los Soviets, temiendo que los bolcheviques se obligaran a compartir el poder con elementos no comunistas. El Presidente de la Comisión Estatal para la Reforma Económica Leonid Abalkin, nombrado por Gorbachov, llegó a admitir que era partidario de la propiedad individual sobre los medios de producción, acotando, sin embargo, que se propondría un proyecto de legitimación de la coexistencia de diversas formas de propiedad en Rusia, por ejemplo, propiedad comunal y municipal, creando las bases para la autogestión a nivel de repúblicas y local. Las reformas quedaron en el vacío al producirse el conato de golpe de estado de grupos de militares stalinistas que, aunque no prosperó por la reacción de las masas soviéticas opuestas al retorno de sistemas abominables, provocó la dimisión del dubitativo Gorbachov, saludado posteriormente como un sincero precursor del statu quo de la actual Federación Rusa.

Boris Yeltsin (1931-2007)

La Perestroika fue un avance positivo frente al absolutismo estalinista, pero un avance tímido que dejó el sistema económico en un estado de indefinición por la ambigüedad de las decisiones políticas de Gorbachov. La lentitud de las reformas de Gorbachov provocó la crispación de los soviéticos al verificar la vuelta al divorcio entre la ficción de las reformas y la realidad contante y sonante. Con el movimiento de reacción popular que frustró el regreso del stalinismo surgió un nuevo líder de talante radical, afín a la necesidad de cambios rumiada in mente por Gorbachov. En 1976 el joven Boris Yeltsin había sido elegido secretario general del PCUS de la provincia de Yekaterimburgo. Gorbachov lo llevó a Moscú para que, desde el Politburó, luchara contra la corrupción burocrática. Hombre sin pelos en la lengua, denunció los malos manejos y la negligencia de los administradores. Pero tampoco ahorró expresiones destempladas para zaherir la forma abúlica en que se llevaban las reformas de Gorbachov, dándole pábulo a los comunistas estalinianos para condenarlas y reclamar el retorno al pasado del centralismo autocrático. Yeltsin puso a prueba los límites de Gorbachov sobre la libertad de crítica. Gorbachov se desembarazó de Yeltsin, apartándolo de la jefatura moscovita del partido. Sin embargo, Yeltsin adquirió estatura política propia y entró al Parlamento de la URSS en 1989 y luego a la presidencia de la República Socialista Federativa. Yeltsin dejó atrás la política de paños tibios de Gorbachov. Abandonó las medidas estrictamente administrativas y emprendió decididamente la ruptura de las estructuras económicas y políticas del régimen comunista. Las primeras elecciones presidenciales directas al estilo democrático las ganó Yeltsin, holgadamente. Rompió la hegemonía del partido comunista y adoptó un régimen de economía de mercado y de independencia de las que habían sido repúblicas interiores de la URSS, permitiendo el desahogo liberador de etnias largamente sojuzgadas.

La Federación Rusa y las repúblicas independientes están inmersas todavía en el proceso de transición política y económica, en el cual aún subsisten rezagos de autoritarismo. Prematuros son, por tanto, los pronósticos acerca de la estabilidad del régimen en relación a hipotéticos avances hacia la democratización integral o hacia el regreso al absolutismo comunista. Quedó sentado, desde el punto de vista ideológico, el colapso del proyecto político creado por Marx en el siglo XIX y fundado por Lenin, con variaciones heréticas, y continuado por Stalin y sus continuadores en el siglo XX. La teoría de la lucha de clases, la sucesión dialéctica del capitalismo al socialismo, las pretensiones científicas del materialismo histórico, en resumen, la teoría marxista ha sido progresivamente modificada por los hechos sociopolíticos de Rusia, China, Yugoslavia y otros países de la órbita marxista-leninista. Las luchas internas por el poder no fueron desencadenadas por clases sociales antagónicas, deviniendo la lucha de clases en lucha de camarillas. En sentido contrario a la doctrina de Marx, en esos países el socialismo marxista es reemplazado por una mixtura de socialismo morigerado y capitalismo de mercado. El socialismo marxista ha sido de mediana duración. El socialismo reformista no siempre ha gobernado en Francia, Inglaterra y Alemania, pero ha contribuido por etapas a la consolidación de conquistas sociales de larga duración. El socialismo de fabianos y laboristas, el socialismo de Saint-Simon, Fourier, Proudhon, Blanc y Tristán, el cooperativismo de Owen, no han sido una panacea ante las persistentes disfunciones sociales, pero están resultando más redituables.

EL SOCIALISMO EN CHINA

El continuismo de la monarquía de la dinastía Qing y las agresiones anexionistas de Inglaterra, Japón, Francia, Alemania y Estados Unidos, a mediados del siglo diecinueve, sacudieron poco a poco la conciencia social de un pueblo premeditadamente relegado a la ignorancia más denigrante por el feudalismo. La explotación colonialista encabezada por la expedición al mando del navegante portugués Vasco da Gama en 1498 estimuló la codicia de españoles, ingleses, holandeses, franceses, japoneses y norteamericanos que plantaron avanzadas de comerciantes, terratenientes, y misioneros religiosos. Los portugueses ocuparon Macao en 1553. Los españoles, después de llegar a las Filipinas en 1553, merodearon por las costas chinas y lograron que el gobierno Ming les entregara Xiamen como puerto de comercio. Después de establecerse en Java, Sumatra, y otros puertos a través de la Dutch East India, los holandeses llegaron a Guangzhou en 1601; en 1623 se afincaron en Taiwán como cabecera de puente para vender las especierías del sudeste asiático bajo su control comercial. Por esa misma época, alrededor de 1600, arribaron los ingleses, impulsados por la estratégica decisión de competir comercialmente con los holandeses. Fundaron la British East Company y abrieron a cañonazos las rutas chinas. En 1637 bombardearon y ocuparon Human, con el propósito de obtener concesiones territoriales y comerciales a la fuerza. A partir de 1802 emprendieron tentativas para expulsar a los portugueses de Macao. No consiguieron su objetivo, pero siguieron abriendo fuego contra los puertos chinos que se resistieron a autorizar su desembarco. Al principio intercambiaron tejidos de Manchester y especiería de Sumatra y Java por te y porcelanas chinas.

Las guerras del opio

Con el pretexto de equilibrar el déficit comercial, los ingleses iniciaron la venta de opio proveniente de la India. En 1815, el gobierno Qing promulgó regulaciones para impedir el desembarco del opio, pero los comerciantes británicos recurrieron al soborno, introduciendo de contrabando la maligna mercadería. Como consecuencia del contrabando, innumerables chinos perdieron la salud, y la voluntad de vivir decentemente. Un incesante flujo de plata escapó de China a través de las turbias transacciones de la droga. Así se fundó el narcotráfico internacional en el siglo XIX. En el período de 1840-42, la Primera Guerra del Opio desató energías políticas reprimidas, al contrario de la calculada abulia provocada por el estupefaciente. Antes de la guerra del opio, China se desenvolvió como un reino feudal soberano, sin interferencias extranjeras colonialistas. Después de la guerra del opio, China se transformó en una nación dependiente del colonialismo extranjero. Sin embargo, los abusos de los contrabandistas y los estragos de la droga en campesinos chinos, obligaron al gobierno Qing a emprender medidas coercitivas. Se arrestaron a los vendedores de opio y se castigó a los funcionarios que recibieron sobornos. Se exigió a los capitanes de los barcos mercantes a firmar compromisos a no transportar opio a puertos chinos; si resistían la prohibición, se les impediría llegar a China. El Parlamento inglés aprobó la declaratoria de guerra contra China y envió una flota de naves con 4 mil soldados a las costas de Guangdong. Después de una sucesión de combates, el emperador Dao Guang fue obligado a ceder Hong Kong y pagar una indemnización de seis millones de dólares de plata, mediante el Tratado de Nanking de 1842. Addendas al tratado entregaron al gobierno inglés las operaciones portuarias de Shangai, Canton, Ningpo y otros. El entreguismo de los Qing favoreció el estallido de insurrecciones populares enardecidas por las agresiones del colonialismo extranjero.

Cuando se desencadenó la Segunda Guerra del Opio, la concertación de Inglaterra con potencias como Francia y

Rusia levantó oleadas de nacionalismo militante que vio en cada extranjero un enemigo, en cada hombre blanco un pintarrajeado demonio. Se organizaron movimientos de resistencia al feudalismo de los Qings, débiles y pusilánimes ante las agresiones extranjeras. Un maestro rural de la provincia de Guandong interpretó a su manera la aparición del Mesias en la tierra, bajo la enseñanza de los misioneros jesuitas, y se autoproclamó un mensajero celestial enviado por Dios para corregir los pecados del feudalismo.

Hong Xiuquan creó el Ejército de Taping y el movimiento del Reino Celestial de Taiping con la divisa: "Toda la tierra bajo el cielo debe ser cultivada por la gente que vive bajo el cielo". El Sistema de la Tierra Celestial fue pionero en propagar el principio socialista de repartir la tierra de los ricos entre los pobres y de abolir el régimen de propiedad privada de los terratenientes. Mientras China vivió el desgarramiento de la guerra civil del Reino Celestial de Taiping contra las fuerzas del emperador Qing, las potencias europeas administraron la crisis en su favor, forzando la revisión completa de los tratados celebrados en 1840, y de esa manera reestablecer sus fueros y privilegios. Las fuerzas navales chinas, patrullando las costas, capturaron un barco de piratas aparentemente chinos, pero la nave llevaba bandera inglesa. Aprovechando la confusión, alegaron los ingleses que la bandera que flameó en el Arrow fue injuriada por la marinería china durante la captura. En solidaridad sospechosa, Francia se unió a Inglaterra, con el soporte militar de Rusia y Estados Unidos. Nuevos tratados sino —británicos y sino— franceses abrieron más puertos chinos a la exportación de mercaderías que reforzaron la dependencia comercial. Entretanto, el Reino de los Cielos reclutó campesinos por el territorio chino. Su filosofía de igualdad social fue corroyéndose por la conversión del movimiento de origen rural en una mezcla de monarquía y secta religiosa que sensualizó a sus dirigentes, perdiendo el impulso de base popular que lo catapultó inicialmente por las ciudades y aldeas. Las dos guerras del opio asentaron mucho más la penetración de capitales ex-

tranjeros que controlaron progresivamente la comercialización de te, seda y otras mercancías, consolidándose China como plataforma del capitalismo internacional. Bancos y fábricas, consulados y oficinas de negocios, incrementaron el predominio financiero extranjero, al que no demoró en sumarse el capitalismo nacional. Asesores de los Qing abogaron por la modernización de la sociedad china, alentando el proceso de construcción de una burguesía que sustituyera o amortiguara la anacrónica monarquía feudal. La nueva clase de burgueses occidentalistas empezó a distinguirse de la clase tradicional de los dueños de la tierra. Se reconoció entonces que subyacían corrientes nacionalistas en la nueva burguesía, erigida como baluarte contrario a la penetración de capitales foráneos. Se establecieron fábricas de armas modernas, fábricas de máquinas-herramientas. Se construyeron astilleros de naves y muelles de carga. La China Merchants Steamships Navigation Company fue la empresa privada emblemática de una cadena de inversiones vinculadas a transporte marítimo, minas, maquinaria textil, fundiciones de hierro, levantadas con capitales privados y gubernamentales, absorbidos, en algunos casos, a los terratenientes. El proceso de industrialización china fue más vigoroso, inclusive, que el de la otra monarquía feudal superviviente hasta finales del siglo diecinueve, la monarquía zarista rusa. No todas las empresas procedían de grandes inversiones. Florecieron, también, medianas y pequeñas empresas de cien mil yuanes de capital de inversión, y otras de inversiones menores. La meta visible del proceso capitalista chino fue construir una industria nacional que mediatizara la inversión foránea, forzada por presión de las armas. Se afirmó como una meta no escrita la edificación de las bases de una economía moderna que posibilitara reformas de la estructura política, a saber, una monarquía constitucional a la inglesa y otras formas occidentales de gobierno que, a mediano plazo, reemplazaran la autocracia feudal de las dinastías.

Pero la burguesía modernizadora no maduró lo suficiente para equilibrar la monarquía milenaria de base

agraria, y no logró fundar un movimiento político de sostenimiento a sus aspiraciones.

Paralelamente fue formándose una nueva clase trabajadora con el incremento de los obreros de fábricas y muelles, minas y factorías de propiedad extranjera. Muchos de los obreros eran campesinos empujados a las ciudades y puertos por la miseria generada por la explotación feudal de la tierra. La conciencia de clase incendió las huelgas contra empresas extranjeras. Todavía no habían surgido las corrientes del socialismo europeo en suelo chino. La explotación y la necesidad de conquistar condiciones de vida superiores a las vigentes en los campos amalgamaba a los obreros en frentes anudados espontáneamente, sin doctrinas revolucionarias, probándose una vez más, que como dijo Goethe, "gris es toda teoría; verde el árbol de la vida". Por otro lado, se diseminaron en la academia china los avances de la ciencia y la tecnología de la revolución industrial europea. Las traducciones a lenguas chinas de las teorías astronómicas de Copérnico, la geometría analítica de Descartes, los principios de la nueva física de Newton, Leibniz y Kepler fueron ávidamente leídas por académicos y estudiantes universitarios y aplicados a los cambios de los sistemas de producción. En 1875 se creó la Academia de Ciencias Naturales de Shangai, en la que se procesaron los cambios de la química moderna.

El colonialismo europeo persistió en nuevas aventuras de anexión territorial, sin advertir el nacimiento de fuerzas productivas chinas forjadas en todos los niveles sociales. Inglaterra no se restringió al dominio de los puertos: se infiltró por el Tibet, abriendo vías de enlace a sus enclaves coloniales de Birmania y la India. Se abrió el "pasaje a la India" a través de las rutas de Yunnan y el Tibet, forzando la firma de tratados lesivos, como el tratado de Chefoo, que provocó constantes rebeliones en el seno de una sociedad arcaica como la tibetana, alejada de los circuitos convencionales de la explotación colonialista inglesa. Por otro lado, el imperialismo zarista se extendió a China, aupado por el Tratado de San Petersburgo, succionando

veinte mil kilómetros de la remota región del Pamir. Una insólita coalición de fuerzas gubernamentales y bandidos regionales luchó contra las fuerzas rusas. Francia terció en la competencia de anexiones territoriales, amagando por otras zonas de las fronteras chinas con vecinos como Viet Nam, donde le salió al encuentro el movimiento de campesinos nacionalistas de la Bandera Negra.

Irrumpió, asimismo, Francia en Taiwán, destruyendo virtualmente la armada en batallas navales, en las que la modernidad armamentística aplastó la mayoría de naves de la flota china.

El epítome de las agresiones coloniales provino de la guerra con Japón, que anexó Corea en 1870 y ambicionaba extender sus dominios por el continente para levantar una barrera de contención al anexionismo europeo. La bien equipada flota japonesa atacó barcos chinos arrendados a los ingleses, causando la muerte de 700 oficiales y marineros a bordo. El resto de la flota china se refugió en Pyonyang, organizándose la resistencia con apoyo de coreanos. El mayor poderío de las fuerzas navales japonesas se impuso en forma arrolladora, desembarcando tropas que cruzaron el río Yalú y ocuparon Dandong y Liaoning. El débil gobierno Qing fue obligado a suscribir el Tratado de Shimonoseki, por el cual cedió Taiwán, la península de Liaodong y las islas Penghu. En tanto el militarismo japonés aguardaba su turno en pos de posiciones territoriales, las potencias europeas desarrollaron esferas de influencia financiera para absorber las demandas de modernización de la infraestructura portuaria y vial. Empresas alemanas alquilaron la bahía de Jiaozhou y obtuvieron los derechos para construir dos líneas de ferrocarril y operar minas dentro de quince kilómetros de radio. Rusia logró la firma del contrato de construcción y operación de la Chinese Eastern Railway en Heilongjiang con ramales a Dalian, consagrándose el noroeste como su esfera de influencia por la vecindad fronteriza. Otras obras de vías férreas fueron entregadas a compañías francesas en Guandong, con derecho a prolongarlas con ramales de Viet Nam a

Yunnan. El valle de Changjiang se convirtió en la zona de influencia de inversiones inglesas, arrendando el manejo del puerto de Weihaiwei y otras obras en la península de Kowloon.

En resumen, a finales del siglo diecinueve, después de la guerra sino-japonesa, una ola de inversiones extranjeras se derramó sobre China, estableciéndose más de cincuenta empresas industriales, sobre todo, del sector textil.

Cambios políticos

Paralelamente a las inversiones foráneas, rebrotó el clamor de sectores de la burguesía que aspiraban cambiar el sistema de gobierno. Florecieron pensadores reformistas como Kang Youwei, Liang Quichao, Yan Fu y Tan Sitong, que abogaron por la modernización política. Kang Youwei publicó libros y editó boletines diarios de gran impacto, urgiendo al gobierno Ping a modificar el statu quo, mezclando el reformismo occidental con los preceptos de buen gobierno de Confucio, alentando, también, el desarrollo de inversiones chinas, Al calor del discurso reformista hicieron su aparición sociedades de estudios culturales, escuelas modernas y publicaciones diversas. Asimismo escritores, poetas e intelectuales de las nuevas generaciones absorbieron nuevos paradigmas estilísticos que rompieron los moldes de la literatura de cepa clásica de las antiguas dinastías. Despertando de su letargo político, finalmente, el emperador Guang Xu convocó al grupo, encabezado por Kang Youwei, que, insistentemente, planteó reformas de la estructura gubernamental. En la etapa histórica conocida como los Cien Días de Reformas, se discutieron las principales modificaciones institucionales guisadas al gusto de los intereses de inversionistas chinos, esto es, una oficina ministerial de agricultura, industria y comercio para alentar y proteger empresas privadas en esa área; otra oficina de minas, ferrocarriles, caminos; y cambios para reducir la burocracia, fundar escuelas sincronizadas con los avances científicos occidentales. Pero

los reformistas no propusieron medidas concretas de modernización política, o sea, parlamento, nueva constitución o alguna otra forma administrativa distinta a las de la monarquía. El paternalismo estatal frustró la libertad de expresión, limitándola a agilizar el envío de memoriales al emperador. Se movilizaron debates entre modernistas y conservadores sobre las medidas de los Cien Días de Reformas. Pero en la Ciudad Prohibida, las intrigas se deslizaban de la cámara imperial a los corredores. La emperatriz Ci Xi, conservadora a ultranza, presionó al emperador para forzar la dimisión del Gran Ministro del Consejo Privado y apoyó la designación de su seguidor Ronglu como viceministro y comandante supremo del ejército, en un primer movimiento de anulación de las reformas. El emperador Guang Xu quiso adelantarse a las intrigas conspirativas de Ci Xi y Ronglu, maniobrando para asesinar al favorito de la emperatriz durante una revista militar. La infidencia de uno de los conspiradores puso sobre aviso a la emperatriz de los planes del emperador y los reformistas. Adelantándose a sus planes, maniobró un golpe de estado, encarcelando a Guan Xu y a los asesores reformistas. Kang Youwei y Linag Quichao escaparon al extranjero, con ayuda de británicos y japoneses. El resto de los reformistas fue pasado por las armas. La reforma fue totalmente abolida. La burguesía china, en el primer momento, objetó el golpe de estado, aunque se acomodó a las decisiones de la soberana. Pero en el espíritu de innumerables chinos cundió la desilusión por los métodos radicales del sistema monárquico opuesto a cualquier cambio que alterara la longevidad política asentada en la Ciudad Prohibida.

La guerra de los Boxers

Al desaliento de los reformistas de la burguesía, al año siguiente se añadió una revuelta de base campesina de grandes proporciones. Mezcla de xenofobia, ojeriza anticristiana y desesperación anárquica por tantos siglos de

opresión, el movimiento Yi He Tuan, conocido en Occidente como la revuelta de los Boxers, reivindicado por el comunismo chino como un movimiento antiimperialista patriótico, hizo tambalear la monarquía Qing. El segregacionismo étnico de los extranjeros dueños de fábricas, puertos y ferrocarriles contra los trabajadores de larga coleta, depositó los ingredientes de la explosión de nacionalismo antiimperialista en proceso de incubación desde el arribo de los primeros occidentales y misioneros jesuitas, en el siglo XVI. Las guerras del opio, los enclaves coloniales incrustados a sangre y fuego, la pérdida de los principios del confucianismo y el taoismo, engendraron olas de violencia a lo largo y ancho del territorio chino. Los campesinos chinos, hostiles a la influencia de la cultura occidental desde tiempos primitivos, de pronto, se sintieron invadidos por forasteros portadores de lenguas exóticas, para confundirlos y explotarlos, y también de creencias hostiles a su legado. Una invasión precedida por estupefacientes introducidos de contrabando para sumirlos en un aletargamiento fríamente calculado. Una invasión para arrebatarles las tierras heredadas a sus ancestros. Una invasión mutiladora de la identidad china por centurias. Como se dijo entonces, China fue un país en alquiler. Los extranjeros alquilaron un gobierno monárquico de fachada que les entregó el control de las minas, los mares, y, algo peor, la mente de los chinos. Considerándose alienados por la prédica de los misioneros jesuitas, los Boxers destruyeron las iglesias y persiguieron a los sacerdotes que pagaron los platos rotos por capitalistas y militares. Como los luditas ingleses, destruyeron los símbolos —grúas, maquinarias, vías férreas— de la industria occidental. Rápidamente los Boxers se propagaron por todas partes, después de haber arrancado en Shandong en el noroeste chino. En poco tiempo, empresarios, técnicos, comerciantes y diplomáticos extranjeros fueron sitiados por la furia iconoclasta de los campesinos armados por militares locales. El movimiento Boxer, reforzado por habitantes de las ciudades, rodeó la capital y sus alrededores. En batallas abiertas con

la colaboración de las fuerzas armadas del régimen Ping, los Boxers se enfrentaron en 1900 a fuerzas concertadas de ingleses, rusos, franceses, alemanes y japoneses. Un contingente de dos mil soldados rusos desembarcó y ocupó Daga, pero fueron abatidos con 500 bajas por las fuerzas combinadas de Boxers y el gobierno Qing. La sucesión ininterrumpida de levantamientos populares movió a una declaratoria formal de guerra. Sin embargo, entre bambalinas, los hombres de confianza de la emperatriz Ci Xi se cuidaron de dejar espacios abiertos al entendimiento con los militares y diplomáticos extranjeros. Cuatro días después de la declaración de guerra, se levantó el estado de sitio de Beijing, donde estaban arrinconados numerosos residentes extranjeros, y se iniciaron negociaciones.

En el interregno, los zares dieron la orden de desembarco por varias rutas del noroeste, so pretexto de proteger las instalaciones de la empresa rusa Chinese Eastern Railway. Tras su paso por los pueblos de la región dejaron un paisaje de ruina y desolación, casas quemadas y miles de civiles asesinados. Con la consigna de "resistir a los bandidos rusos, recuperar los territorios perdidos", los Boxers se lanzaron al asalto de las fuerzas enemigas. Sin embargo, lo que los Boxers ganaron en las batallas, fue perdido por los Qing, anuentes a la suscripción del Protocolo Internacional de 1901, impuesto por los aliados extranjeros bajo condiciones humillantes, esto es, rindiendo excusas a las potencias occidentales, pagando cuantiosas indemnizaciones, aceptando el establecimiento de guarniciones permanentes contiguas a las zonas de las legaciones diplomáticas. La capitulación de los Qing, forjada y aprobada al margen del conocimiento de los Yi Te Huan, marcó con signos fatídicos el ingreso del pueblo chino al siglo veinte.

Sun Yat-sen (1866-1925)

Sin el cuadro histórico de las ocupaciones territoriales perpetradas contra China, no se puede comprender, o se entiende a medias, qué causas objetivas generaron la insurgencia de movimientos antiimperialistas a partir de la figura del doctor Sun Yat-sen. El imperio ruso no sufrió la serie de invasiones extranjeras amarradas a concesiones económicas entreguistas como las que padeció el imperio chino. También conocido con los nombres chinos de Sun Wen o Sun Zhongshan llegó al mundo en el seno de una familia campesina de la aldea de Cuibeng, en Xianshan, provincia de Guandong, cerca de Macao. La familia emigró a Honolulu donde él recibió educación occidental. A su regreso al continente en 1885, estudió medicina en Guangzhou y Hong Kong. Graduado con notas sobresalientes, ejerció la profesión inicialmente en Macao y Guangzhou. En sus años estudiantiles contactó algunas sociedades secretas en las que se cultivaban ideales nacionalistas, y tuvieron como paradigmas a la Revolución Taiping, sirviéndoles como asilo ideológico contra la sombra omnipresente de la dinastía Qing. El frustrado pensamiento reformista preparó al joven médico para tomarle el pulso a su país y prescribir el diagnóstico que si los cambios moderados no lograron salvar los escollos del régimen Qing, no había otro camino que entrar a la rebelión armada para derrocarlo. En otro viaje a Honolulu conoció a residentes integrados a la Sociedad para el Renacimiento de China (Xing Zhong Hui);en sus deliberaciones clandestinas decidió radicar su cuartel general en el puerto de Hong Kong, más apto para proteger sus actividades. Lo embargó, sin embargo, la impaciencia juvenil por la sublevación armada. Creyó Sut Yat-sen y los miembros de la Sociedad para el Renacimiento de China que estaban dadas las condiciones para una insurrección en Guangzhou en 1885.

Pero descuidaron, por inexperiencia conspirativa, el flanco de la confidencialidad. Así se filtró el estallido del movimiento revolucionario, que murió en la cuna.

El Kuomintang

Alguno de los infiltrados mencionó el nombre de Sun Yat-sen entre los conspiradores. Antes que se concretara la orden de arresto, pudo salir al extranjero. Vivió en Japón, Europa y Estados Unidos. En dichos países tomó contactos con organizaciones políticas, permitiéndosele conocer basamentos ideológicos y sistemas de gobierno adoptados en el siglo veinte, que años después coadyuvaron a las bases fundacionales del Kuomintang, o partido nacionalista chino. La residencia en el extranjero no liberó al médico chino del espionaje y el acoso de las policías locales, siguiendo recomendaciones del régimen Qing. En Japón el sofocamiento policial fue más estrecho. Se registró en el hotel de Tokio con el apellido japonés Nakayama. Así pudo circular durante su estada japonesa sin despertar sospechas de la policía. Los republicanos chinos pronunciaba el nombre Nakayama al estilo de los caracteres del mandarín, esto es Zhongshan, que significa montaña central. El doctor combinó sus nombres como Sun Zhongshan, que le dieron un lustre especial. Cuando se produjo la caída definitiva de la dinastía Qing, continuó utilizando el nombre de guerra sino-japonés, con resonancia singular en el proceso de lucha contra los vestigios de la monarquía feudal. Sun observó cómo la dinámica del proceso de apertura a los cambios políticos y económicos de los países occidentales repercutió positivamente en la toma de conciencia de escritores, artistas, intelectuales en general, muchos de los cuales se educaron en universidades extranjeras y regresaron con nueva mentalidad. Se organizaron nuevos grupos revolucionarios que editaron diarios y revistas, difundiéndose en gran escala las ideas democráticas. Se publicaron libros, folletos, panfletos, cartas abiertas a los jóvenes, en los que se discutieron las doctrinas y programas de partidos occidentales, y se propuso la renovación del anquilosado régimen Qing, cerrado a propuestas de cambio. Unos escritores se pronunciaron a favor de la implantación paulatina de la democracia par-

lamentaria europea. Otros miembros de la nueva generación, como Zou Rong de Shangai, se arriesgaron a demandar la erradicación violenta de la monarquía autocrática. En la revista Su Bao se propuso la creación del ejército revolucionario, lo que determinó su cierre por las autoridades. Por otro lado, mientras en China se abrían paso las discusiones teóricas, Sun Yat-sen trabajó en la creación de organizaciones revolucionarias en el extranjero bajo el liderazgo de la Sociedad del Renacimiento. Ante el panorama de confusión sobre el color político de los movimientos, el doctor publicó en 1904 el célebre "Mensaje a mis compatriotas", atacando a los grupos reformistas de Kang Youwei y Liang Quichao, tachándoles de colaboracionistas camuflados del régimen Qing. Su meta fue aclarar la naturaleza política real de los grupos reformistas y de los grupos revolucionarios, como parte de una tarea de esclarecimiento ideológico, similar a la que Lenin desarrolló frente a la social-democracia menchevique. En otro artículo titulado "La verdadera solución al problema chino" puntualizó: "Una vez nuestro gran intento de transformación de China sea alcanzado, no sólo el amanecer de una nueva era se dará en nuestro bello país, sino la humanidad nos traerá prosperidad y un glorioso futuro". A la polémica política agregó la acción, pensando que el momento no era favorable al secesionismo sino a la unidad política frente a la autocracia imperial. La Sociedad del Renacimiento se amalgamó con otros grupos para formar el Zhongguo Tong Meng Hui, la Liga Revolucionaria China, en la ciudad de Tokio, en 1905. Sun fue elegido presidente de la Liga Revolucionaria. Se acordó un programa político basado en la expulsión de la dinastía, el establecimiento de la república y la distribución equitativa de la propiedad de las tierras en manos de los latifundistas. En el Min Bao (Diario del Pueblo) se publicaron los Tres Principios del Pueblo: el Principio del Nacionalismo, el Principio de la Democracia y el Principio del Bienestar. Fue perceptible en sus principios y en el programa, que Sun no postuló una revolución marxista, coincidiendo más bien con la re-

volución rusa de 1905 bajo parámetros del sistema democrático republicano. Después, los bolcheviques tomaron el poder en 1917, derribando al gobierno de la transición social-demócrata. Por estas razones, en 1940 el Kuomintang concedió post-mortem a Sun el título de Guófù, Padre de la Patria, mientras que el partido comunista chino le llamó Gémìng Xianxìngzhe, Precursor de la Revolución.

Un período de turbulencias frecuentes caracterizó a la etapa introductoria del constitucionalismo republicano. Al adoctrinamiento de Sun Yat-sen a favor de la revolución armada y a la entronización de los Tres Principios, le salieron al paso diversas formaciones reformistas opuestas a la violencia como método de acceso al poder. Los reformistas encabezados por Kan Youwei insistieron en que no era indispensable el imperio categórico de la abdicación de la Dinastía Qing para que China fuera rica e invulnerable a las agresiones extranjeras sino que era preferible el avance progresivo de la monarquía constitucional. Criticaron el llamado a la revuelta, ya que, a juicio de los reformistas, desencadenaría la anarquía de una guerra civil que sería aprovechada por las rampantes potencias anexionistas. Percibió Sun, como demostraron hechos posteriores, que detrás de los reformistas constitucionalistas, se escondía una maniobra para la prolongación indefinida de los Qing, embadurnados con maquillajes reformistas de ópera china. Ante las falacias de los constitucionalistas pro Qing, Sun orientó su camino por la insurgencia armada, después de haberse casi agotado el debate teórico. En esa dirección, alentó las insurrecciones de campesinos y mineros en las áreas de Pingxiang en Jiangxi y Living en Hunan. La recluta rápidamente se elevó a treinta mil hombres y la Sociedad del Renacimiento consiguió el control de cinco regiones, derrotando a las fuerzas imperiales. Entre los años de 1907 y 1908 estallaron levantamientos en sucesión sorprendente en Guandong, Guangxi y Yunnan. Sun personalmente participó en la revuelta de Zhennanguang en Guangxi. Luego de estas experiencias, estimuló el gran levantamiento armado de Guangzhou, con la

colaboración de Huang Xing. Pero las insurrecciones no estuvieron preparadas para mantener por mucho tiempo los emplazamientos y, a la postre, se retiraron por carecer de estable apoyo logístico. Ya se había prendido la mecha de la revolución. Pretendiendo atajar la propagación de las insurrecciones populares, los Qing reclamaron el apoyo de las clases altas. Montaron una aparatosa escenografía para hacer creer a los súbditos que abrigaban un régimen constitucional en consorcio con los reformistas. Manipularon estrategias políticas similares a las aplicadas en Rusia por la dinastía Romanof. Empezaron por concentrar el poder político en la aristocracia Manchú y a limitar las potestades de los gobernadores locales. En 1908 se dispuso el inicio de la discusión de las bases del régimen constitucional, estipulándose un período de nueve años para discutir sus alcances. Se presentó, inesperadamente, la muerte de la emperatriz Ci Xi, un día después de la desaparición de su consorte Guang Xu. Sucedió en el trono imperial el monarca Puyi; pero, siendo un niño, se encomendó la regencia a su padre Zai Feng hasta que llegara a la edad de gobernar él mismo. No se detuvo, sin embargo, el proceso de constitucionalización de la monarquía. En 1911, como paso preparatorio a la Asamblea Nacional Consultiva, se decidió la creación de consejos municipales como órganos de consulta. El nombramiento de un nuevo gabinete integrado por nueve nobles Manchú de un total de trece representantes reveló que no existió una vocación de construir reales alternativas de gobierno. Terratenientes, altos funcionarios y asesores reformistas quedaron fuera del poder. Y continuaron los estallidos de asonadas entre los campesinos de remotas regiones.

Al igual que Lenin y Trotsky, Sun no vivió el estallido de la revuelta: estaba exilado cuando en 1911 el pueblo de Wuhan, provincia de Hubei, estalló la caída de la dinastía imperial. Cuando se discutió la formación del nuevo gobierno, predominó la confusión sobre la identificación política de los nuevos gobernantes. Se infiltraron elementos de la burguesía reformista y militares al servicio de la

monarquía. Los constitucionalistas recomendaron el nombramiento de Li Yuanghong como comandante del nuevo ejército. Otro constitucionalista notorio fue designado ministro de asuntos civiles. De esa manera se reacomodaron burócratas y militares del antiguo régimen, asumiendo posiciones que debieron ocupar los revolucionarios. Historiadores chinos estiman que la revolución burguesa fue un acto de usurpación de los servidores de la oligarquía monárquica. Mientras tanto, al conocer que los Qing se estaban batiendo en retirada por acción de las insurrecciones campesinas, Sun Yat-sen procedió a preparar el regreso, desde su remoto paradero en Denver, Colorado, en Estados Unidos, donde vivió deportado varios años y se convirtió al protestantismo.

La Sociedad del Renacimiento Chino tomó parte activa en el levantamiento, luchando valerosamente para derrotar a las mayoritarias fuerzas armadas profesionales del régimen Qing en Wuhan. En el norte, Yuan Shikai, poderoso gobernador general de Zhili bajo los Qing, pasó a las filas rebeldes y dirigió las fuerzas revolucionarias organizadas para el derrocamiento del gobierno, que no aceptaba su capitulación definitiva. Sun fue nombrado presidente provisional de la nueva república china con sede en Nanking en los últimos días de diciembre de 1911. El gobierno provisional fue resultado de una coalición heterogénea de constitucionalistas y revolucionarios, como también aconteció en Rusia durante el período de Kerensky. Los constitucionalistas controlaron ministerios claves, asuntos internos, industria, comunicaciones, acumulando considerable poder. Bajo condiciones que no fueron ideales para Sun, se aprobaron leyes prohibiendo la tortura, el tráfico de trabajadores en el exterior, se abolió la esclavitud y el cultivo y consumo de opio. Se adoptaron estímulos fiscales para inversionistas locales, a fin de competir con las empresas foráneas. Pero no se tocó el régimen de propiedad privada de tierras. Las potencias extranjeras con intereses en China se declararon formalmente neutrales, pero, por lo bajo, maniobraron para seguir favoreciéndose

con las concesiones otorgadas por los Qings. Sun no tuvo otro remedio que entenderse con Yuan Shikai, conocido como protector de los terratenientes, y por su intolerancia militarista, para no crear una lucha por el poder o un bicefalismo negativo para la república naciente. Renunció a la presidencia provisional y el Senado eligió a Yuan Shikai, teniendo en cuenta que controlaba la importante región norteña. Así, por una decisión política que no previó sus alcances, el gobierno cayó en manos de un militar que no demoró en mostrar su espíritu contrarrevolucionario, pues rápidamente abrió las oficinas del gobierno en Beijing. Debajo del trabajo de barnizado pseudodemocrático, China continuó como una sociedad semi feudal y semicolonial, no obstante que el Kuomintang ganó la mayoría de escaños en la Asamblea. Al frente de la bancada del Kuomintang estuvo el dirigente Song Jiaoren. Cuando éste intentó cambiar las reglas del juego para lograr la formación de un gabinete que limitara los poderes del presidente Yuan Shikai, fue víctima de un atentado en la estación del ferrocarril de Shangai. Sun exigió la dimisión del presidente por el asesinato del líder nacionalista. Sin ceder un ápice del poder usurpado, Yuan Shikiai desató la persecución de los miembros del Kuomintang, con apoyo de los poderes internacionales. Desalojaron a los gobernadores militares nombrados por Sun. Se llevó a cabo un simulacro de elecciones presidenciales, y, al mismo tiempo, matones pagados por el gobierno rodearon el local del parlamento, impidiéndose el ingreso de los legisladores del Kuomintang. A continuación se aceleraron las represiones dictatoriales: se declaró partido ilegal al Kuomintang, se disolvió el parlamento, se anuló la constitución provisional y se proclamó una nueva carta política conservadora, extendiendo los poderes presidenciales. Sun Yat-sen partió al segundo destierro a Japón, luego de poner en marcha la segunda revolución del Kuomintang.

Las potencias europeas aflojaron algo la presión sobre China al desencadenarse la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914. Japón aprovechó que los europeos es-

taban enfrascados en su guerra para negociar con Yuan Shikiai y, intercambiando ayuda financiera por concesiones económicas de mayor amplitud, conocidas como las Veintiuna Demandas, a saber, la transferencia de los derechos alemanes en Shangai a Japón; reconocimiento del interés japonés en el desarrollo de la Mongolia Interior; acuerdos de joint venture en ferrocarriles, puertos y fundiciones de hierro y acero. Asesores japoneses de finanzas, política y asuntos militares rodearon al gobierno de Yuan Shikai, que se autoproclamó Emperador del Imperio Chino a finales de 1915. En verdad, el poder real estuvo en las manos del Premier Duan Quirau, político intrigante de la clique Anhui, ligado a los intereses alemanes. En poco tiempo reaparecieron disturbios e insurrecciones populares contra el régimen sometido a los intereses japoneses. Se organizo el boycott a los artículos de manufactura japonesa. Al escalar las protestas a los picos más altos de la impopularidad del régimen de Yuan Shikai, el gobernador militar de Yunnan anunció la independencia de la provincia. Mientras se enviaba tropas a debelar el cisma de Yunnan, otras provincias se sumaron a la rebelión. Algunos asociados del régimen se alarmaron de la acelerada desintegración del poder central y de la frivolidad de Yuan Shikian, dedicado a la celebración de los fastos del primer año de su dinastía. Mediante telegrama cifrado, sus socios comerciales le exigieron abandonara al poder antes que la creciente rebelión de los gobernadores agravara el caos social y económico. Estados Unidos, Japón y otras potencias le retiraron apoyo al comprobar la debilidad del régimen. Finalmente dimitió en marzo. Falleció en junio de 1916, dejando un país convulsionado por los gobernadores rebeldes, transformados en señores de la guerra.

En medio de estas catastróficas turbulencias, asumió la presidencia provisional de la república Li Yuanhong, rehabilitando la vigencia de la Constitución provisional y el reinicio del parlamento. Bajo de la fachada seudoconstitucionalista bullía un tráfico de negociaciones con los señores de la guerra a fin de agrupar cuotas de poder de las provin-

cias. Carcomido por el entrecruzamiento desordenado de los poderes provinciales, Li Yuanhong no logró restaurar la fuerza del gobierno central de Beijing y se vio obligado a renunciar. En los primeros días de julio restauró el imperio y puso al emperador Puyi en el trono. El régimen de dinastías monárquicas regresó al control del poder. China había dado un paso adelante, mas retrocedió dos pasos con una monarquía reciclada. Reaccionando contra la reversión de las dinastías feudales, los partidos políticos, los diarios, las sociedades políticas y culturales, convocaron una cruzada contra el restauracionismo monárquico. Sun Yat-sen, desde Tokio, hizo un llamado a las fuerzas progresistas civiles y a los oficiales jóvenes para condenar la ofensiva renovada de las dinastías. El Premier Duan Qirui sobrevivió al intento de dimitirlo decretado por Li Yuanhong. Aliado de japoneses y alemanes, enemigo de ingleses y norteamericanos, maniobró a su favor la resistencia popular a la restauración monárquica. Tras la abdicación de Puyi, Duan Qirui reasumió el premierato. Desde la lejanía del exilio, limitado a trazar órdenes frecuentemente desobedecidas por no ajustarse a la complicada coyuntura política, Sun contempló, indignado y perplejo, la sucesión de usurpaciones a través de protagonistas desconectados de la médula del sistema republicano. Yuan Shikai, Li Yuanhong, Duan Qirui desfilaron ante la historia como impostores de la misma calaña que traicionaron los ideales del cambio democrático, para favorecer la continuidad de las dinastías y la penetración económica de las grandes potencias extranjeras. Cambiaron los nombres, no el fraude político. Llamó al Parlamento a sesiones extraordinarias en Guangzhou para poder respaldar al gobierno militar provincial. Se le eligió generalísimo y sus principales oficiales a Lu Rongting y Tang Jiyao. A pesar que los señores de la guerra controlaron zonas estratégicas, Sun intentó organizar un gobierno nacional, pero nacional sólo de apariencia. Fundó la Academia Militar de Wampoa, dirigida por Chiang Kai-shek, con el fin de preparar los cuadros del ejército en la ofensiva para controlar el norte de China.

Sin desalentarse por el heteróclito curso de los acontecimientos, Sun siguió luchando por la unidad de China hasta que la propagación del cáncer minó su organismo, a los sesenta años de edad. El médico de China no pudo salvar a su nación del cáncer metástico de los intereses y ambiciones que carcomieron la revolución republicana.

¿Cuál fue el rol de Sun Yat-sen en el proceso político de la China Moderna? ¿Fue un reformista burgués como sostienen los marxistas? ¿Fue un revolucionario?

La tipología marxista, centrada en orígenes de clase y profesión u oficio, resulta insuficiente para definir la identidad ideológica de Sun. El no fue un obrero ni un campesino. Su profesión fue la medicina, como la abogacía fue la profesión de Lenin. Trotsky y Mao Zedong fueron intelectuales provenientes de la clase de los terratenientes. Pero tanto el médico como el abogado, al igual que los intelectuales originarios de la clase de los dueños de la tierra, se consideraron revolucionarios, y nadie osó negarles esa condición, por lo menos mientras vivieron. Por otro lado, hay que interpretar a Sun en el contexto del desenvolvimiento histórico chino. Contrapuesto a la ideología de las dinastías feudales, el pensamiento de Sun volcado al Kuomintang tuvo una calidad revolucionaria indiscutible. Los Tres Principios del Pueblo constituyeron una antítesis radical al sistema de la monarquía dinástica. El Nacionalismo, la Democracia y el Bienestar del Pueblo propusieron una alteración profunda del pensamiento y las formas de gobierno de la monarquía de derecho divino. Si repasamos el concepto de nacionalidad de los monarcas apreciaremos cuán diferente es su concepto de nación. En el contexto de las diversidades étnicas, linguísticas y culturales que prevalecieron hasta la caída del último de los Qing, coexistieron varias nacionalidades de orden regional que hasta hoy subsisten. Las sucesivas dinastías de Xia, Shang, Zhou, Qin, Han, Jin, Sui, Tang, Yuan, Ming, Manchú, Qing, poseyeron una visión clánica de la nacionalidad china construída sobre pilares de privilegios ancestrales supuestamente donados por las divini-

dades celestiales. En esa visión del mundo, los trabajadores existieron como esclavos o como mano de obra feudal. Hegel en "Filosofía de la Historia" resalta el paternalismo de la monarquía teocrática china. Sostiene que "esta base familiar es, también, el fundamento de la constitución, si es que de ella pretende hablarse. Pues aún cuando el emperador tiene todos los derechos de un monarca que se halla al frente de un todo que es el Estado, los ejercita, sin embargo, al modo de un padre respecto a sus hijos. El es el patriarca, y en su persona se acumula todo lo que en el Estado puede constituir objeto de veneración. Pues el emperador es jefe tanto de la religión como de la ciencia... esta paternal diligencia del emperador, y el espíritu de sus súbditos, que son como niños que no se salen del círculo moral familiar, ni pueden alcanzar para sí ninguna libertad independiente y civil, convierten el conjunto en un reino, un gobierno y un proceder que, a la vez, que morales son del todo prosaicos; es decir, se comportan sensatamente aunque sin gozar de razón libre y de fantasía".

El patriarcalismo de los emperadores y la omnisapiencia de los mandarines u oficiales letrados ocuparon todos los estamentos de la vida de los súbditos, minusvalorizándolos como niños a las decisiones de un padre arbitrario. Símbolo de la visión del mundo de la monarquía teocrática, la Ciudad Prohibida de Beijing fue el axis mundi, el centro del universo. Los plebeyos no tuvieron espacio en este universo rigurosamente hermético. Literalmente, fue la ciudad prohibida a los extraños, a los marginales, sin derechos ni deberes, salvo que fueran mandarines, doncellas de la emperatriz o servidores que no osaban mirar el rostro del Hijo del Cielo. Alfred Weber, al revés de la interpretación hegeliana, estima que en China existió el matriarcado, desde sus comienzos culturales. "Este régimen matriarcal —asevera— había penetrado ya a través de la piel delgada pero endurecida a lo largo de milenios... las leyendas están llenas de usos matriarcales; en ellas se habla no sólo de mujeres gobernantes, de Señoras, sino también de "ministros femeninos". Fernand

Braudel, por otro lado, destaca que la sociedad china fue esclavista: "La esclavitud es la forma espontánea de una miseria sin solución y de una inexorable superpoblación. En los momentos difíciles los desgraciados se venden a sí mismos. Esta costumbre se practicó en China, hasta la ordenanza de 1908, que casi al final de la dinastía Manchú: suprimió la esclavitud y prohibió la venta de los hijos". Contra la consistencia milenaria de principios políticos que rigieron también en religión y cultura, el Kuomintang opuso, entre otras antítesis, el principio de la igualdad de los plebeyos, ora de la ciudad, ora de los campesinos de las montañas, ora de los pescadores de los ríos caudalosos y los lagos de tranquilas aguas, ora de los obreros de sus fábricas. Esa fue su revolución. Un cambio como si fuera un pecado mortal, un parricidio social, algo tan letal y extraño, que provocó el desmoronamiento del mundo en el que los chinos vivieron por siglos. La convivencia de clases, la alianza de trabajadores manuales e intelectuales, la distribución de tierras, del programa del Kuomintang agravaron la rebelión que se abatió contra los principios de la monarquía totalitaria teocrática.

Esta ofensiva religiosa, social, política contra los Padres y Madres del Cielo y la Tierra fue protagonizada por un médico de origen rural entrenado en el extranjero. Desde el punto de vista cultural, el Kuomintang filtró y adaptó ideas que, de Grecia a Francia, Inglaterra a Estados Unidos, modelaron formas de la modernidad política de transparencia y bienestar. El chino medio apreció que el extranjero, al mismo tiempo que exportador del imperialismo y del opio, fue importador de conceptos que podían rehabilitarlo como ser humano, como trabajador y como protagonista social. Hasta mediados del siglo diecinueve, el chino medio no existió sino como una sombra. El feudalismo lo sumergió en una despiadada capitis diminutio. La democracia igualitaria de Rousseau, Robespierre, Jefferson, reabsorbida por Sun en el ideario del Kuomintang, llegó para rescatarlo. Ideólogos e historiadores marxistas devalúan el ideario de Sun, configurándolo como

un simple reformista en tránsito a la revolución. Ahora que el naipe se baraja de otra manera en China, se reivindica la jerarquía revolucionaria de Sun, distinguiéndolo de otros pensadores reformistas que se detuvieron en el umbral de una monarquía constitucional, mientras el líder del original Kuomintang postuló la abolición de la monarquía a través de la lucha armada. Algunos sostienen que Sun se basó en el aforismo político de que la acción precede a la doctrina, en tanto que los marxistas objetan que la teoría debe preceder a la acción. Estos deslindes son sofísticos en la medida que no toman en cuenta las ideas antimonárquicas de la Revolución Francesa y el sistema parlamentario británico que nutrieron el pensamiento de Sun, como influyeron, asimismo, en las corrientes del pensamiento político contemporáneo. En China se fusionaron el parlamentarismo y los poderes autónomos de la democracia republicana con el movimiento insurreccional de campesinos de antigua data. Aquellos antecedentes fueron una guía abierta para la teoría y la praxis, sin encasillarlo en capillas ideológicas. Sun recicló al estilo chino la teoría política del socialismo democrático europeo, descendiente de Saint Simon, Fourier, Proudhon y Louis Blanc. El Kuomintang histórico tiene enlaces con el socialismo democrático europeo, es decir, se desenvuelve dentro de una estructura parlamentaria, llegue o salga del poder, por elecciones libres mediante sufragio universal, aglutinando reforma agraria e industrialización, liberalismo y socialismo. Una revisión actual de los cambios de China, muestran a Sun como un precursor del sincretismo de Den Xiaoping, combinando economía de mercado y socialismo en un equilibrado nivel de conciliación. Juzgarlo como reformista es desfigurarlo. Los vientos que soplan actualmente en la interacción china de economía de mercado y justicia social rectifican los juicios del pasado y lo ubican en la dirección correcta.

Mao Zedong (1893-1976)

Lenin se apoyó en el proletariado de la incipiente industrialización rusa de 1917 y no en el campesinado de una nación predominantemente rural. Mao Zedong invirtió la plataforma ideológica marxista, tomando a los trabajadores de la tierra como base del movimiento comunista chino, no obstante que el desarrollo industrial desde el siglo diecinueve sumaba millones de obreros. Retrocediendo a los remotos tiempos de la dinastía Yuan, apreciaremos que el cultivo de algodón inició el florecimiento de la industria textil. En la célebre Ruta de la Seda, que enlazó cadenas de caravanas que llegaron al Asia Central y Persia, al Asia Suroeste y Europa, los productos textiles de la dinastía Han fueron muy codiciados. Los historiadores chinos registran la antigua data de la industria china, en tanto decaía el sistema feudal a partir de la época Ming, en que la producción artesanal empezó a mostrar los primeros pasos de un proceso industrial autónomo e independiente. Talleres textiles artesanales y la fundición de hierro contaron con obreros asalariados que formaron una clase obrera calificada. El inicio de la primera guerra del opio en 1840 aceleró la industrialización china bajo condiciones que involucraron técnicas de producción y capitales foráneos. En el último tercio del siglo XIX fueron perceptibles las inversiones de capitales procedentes de terratenientes, comerciantes y burócratas de la nobleza china en industrias modernas, forjadoras de la burguesía y el proletariado. Fue una reacción apoyada por la dinastía Qing para contrarrestar la penetración del capitalismo extranjero, que llegó enganchado a anexiones territoriales y tratados comerciales abusivos. Fuentes oficiales chinas estiman que la fuerza de trabajo industrial creció a cuarenta mil obreros en la década de los 80; en 1894 subió a cien mil. Los bajos salarios produjeron grandes protestas contra la empresa inglesa Farnham & Co. en 1868. En 1879, 1883 y 1890 estallaron en Shangai prolongadas huelgas contra la Kiangnan Machine Building Works,

dejando simbólicamente los trabajadores las herramientas en el suelo por la extensión de las horas de trabajo. Antes y después de 1870 el número de obreros no superaba los diez mil. En el período anterior al Movimiento del 4 de mayo de 1919, ascendió hasta alrededor de dos millones. Aunque no era grande en número, el proletariado industrial chino representó las nuevas fuerzas productivas en el país y la clase más progresista de la época moderna.

En otras palabras, el comunismo encontró un movimiento proletario, avezado en protestas, pero cuantitativamente inferior a la dimensión del campesinado chino. Si se hubiera ceñido a los textos canónicos marxistas, el PCCH, fundado varios años después del Kuomintang, debió apoyarse en el proletariado para impulsar la revolución china. Pero no lo hizo. ¿Por qué? Hay varias posibles explicaciones políticas, al respecto. Cuando se celebró el Primer Congreso Nacional del Partido Comunista Chino en 1922 en Shangai, se inició la discusión interna acerca del rumbo de la revolución. Se planteó un programa para llevar a cabo la revolución antiimperialista y antifeudal. Un año más tarde, el PCCH decidió formar un frente único de alianza con el Kuomingtang del doctor Sun Yat-sen. Por aquellos años, la vanguardia de la lucha antiimperialista fue siempre detonada por las insurrecciones campesinas. Pero las protestas obreras no tuvieron la envergadura de los levantamientos campesinos que se sucedieron en el oscuro período desde la muerte del doctor Sun Yat-set hasta la decadencia del poderío regional de los señores de la guerra. Los biógrafos de Mao Zedong afirman que, hacia 1920, abrigó la teoría política de entregarle a las masas campesinas la misión de ser el motor de la revolución. Se intuye que el, por entonces poco conocido, joven dirigente confrontó la doctrina marxista aplicada en Rusia por Lenin; al revés de los rusos, tuvo la convicción que los campesinos, no los obreros, debían llevar a cabo la revolución. En 1920 la revolución rusa tenía tres años. Atravesaba una grave crisis por el desentendimiento de la dirección bolchevique y los campesinos: el Estado confiscó las tierras

privadas de cultivo y la producción agrícola con los excedentes de libre comercialización de los kulaks. La drástica estatización agrícola provocó un abrupto descenso productivo tan fuerte que ocasionó reacciones políticas hostiles al gobierno. Como sabemos, Lenin dio marcha atrás y aprobó la Nueva Política Económica, cuya flexibilización en el manejo de los cultivos y la disponibilidad de los excedentes agrícolas permitió superar la crisis que puso en vilo la administración bolchevique. Frente a la crisis rusa derivada del manejo de las cosechas por los campesinos, la pregunta inevitable es por qué razones Mao Zedong apostó por encumbrar al campesinado, a sabiendas que, en China como en Rusia, emergía del feudalismo y carecía de conciencia revolucionaria marxista.

Por otro camino hay que tentar una segunda explicación. Al poco tiempo que el general Chiang Kai-shek (Jian Jieshi), director de la Academia Militar de Whampoa, asumió la conducción del Kuomintang tras la muerte de Sun, se abrieron las divergencias con el PCCH. Divergencias sobre la dirección del movimiento revolucionario y su estrategia de lucha. Chiang, al parecer, se inclinó a concentrar la lucha en las ciudades industriales, mientras que Mao eligió el campo como escenario de la revolución. Las versiones marxistas aseveran que Chiang recibió apoyo de los terratenientes y la gran burguesía, y por esa razón intento sacar la actividad revolucionaria del medio rural. El hecho es que, con el peso de su autoridad de Comandante en Jefe del Ejército Revolucionario Nacional, el general originó el desencuentro político en un momento clave de la guerra de expedición al norte, donde radicaban los focos de resistencia. Por otro lado, la línea de acción planteada por Mao fue resistida dentro de las filas comunistas por Chen Duxiu, secretario general del PCCH. A la represión dirigida por el general se agregó la disputa entre los dirigentes del partido. Se rompió la alianza del PCCH con el KMT. Zozobró la conducción revolucionaria debido a la ruptura de la unidad estratégica. El PCCH denunció a Chiang Kai-shek como un infiltrado de la bur-

guesía en el campo revolucionario; el general replicó que los comunistas complotaban para desembarcar al KMT de la dirección militar y política. Se produjeron cambios importantes en el partido. Zhou Enlai, Zhu Te, He Long y otros directivos organizaron en agosto de 1927 el levantamiento de Nanchang. Un mes más tarde, Mao asumió un rol más importante y dirigió el Levantamiento de la Cosecha del Otoño, fundando el primer destacamento del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, y estableciendo la base revolucionaria rural en las montañas de Jinggang. Desde allí lanzó la consigna de cercar la ciudad desde el campo. Para sitiar las ciudades, primero debió resolver los embates de tres ofensivas militares de Chiang contra las montañas. La guerra de guerrillas permitió que soportara las grandes ofensivas de las fuerzas militares del KMT en territorio abrupto favorable a los ataques por sorpresa. En este refugio montañoso, desvinculado de la colaboración de los obreros de las ciudades, Mao Zedong pudo consolidar su punto de vista de la misión revolucionaria de las masas campesinas, que le cobijaron y respaldaron abiertamente. Mientras tanto, afianzado en Nanking, el general Chiang y su estado mayor planearon cinco campañas de cerco y aniquilamiento entre 1931 y 1934 para aplastar a los comunistas de la república marxista encaramada en las montañas del fronterizo suroeste. La última ofensiva lanzó un millón de soldados a las montañas. Gracias al apoyo de las poblaciones rurales y a la táctica de guerrillas el PCCh soportó con las uñas la ofensiva.

Mao Zedong resumió su estrategia: "Cuando el enemigo avanza, retrocedemos; cuando el enemigo acampa, lo hostilizamos; cuando no quiere pelear, lo atacamos; y cuando huye, lo perseguimos". En la dirección del PCCh algunos dirigentes despreciaron esta táctica como una fábula de campesinos y presionaron la salida de Mao del comando militar. La guerra de posiciones favoreció a las fuerzas veteranas del general Chiang kai-shek. El Ejército Rojo saltó de montaña en montaña, desastrosamente, en una jornada de altibajos conocida como la Larga Marcha.

Sin embargo, la tesis militar de Mao Zedong finalmente se impuso, superando los conflictos internos con Wang Ming, que antes ocupó la dirección del comité central y se opuso a la Larga Marcha. De ochenta mil combatientes que salieron de las montañas, atravesando cerca de doce mil quinientos kilómetros, sólo quedó la décima parte. Atuendo andrajoso y famélicos cuerpos, los sobrevivientes parecían los fantasmas del Ejército Rojo. Sin embargo, las tremendas bajas producidas en el trayecto no desalentaron el espíritu revolucionario de los combatientes. Una reunión ampliada del buró político del comité central hizo el balance de los acontecimientos en Zunyi. Se revisaron las tácticas empleadas por el Ejército Rojo y se llegó a la conclusión que la guerra de posiciones fue causante de la catastrófica retirada del Ejército Rojo. Sus responsables políticos quedaron en débil situación. Se consolidó el liderazgo de Mao Zedong, como jefe militar y político. A partir de entonces, el maoísmo prevaleció en la orientación de la revolución china.

Una nueva agresión militar japonesa, la ocupación de Manchuria, y el entronizamiento del emperador títere Puyi, plantó nuevos interrogantes sobre la respuesta militar china, dividida en los hechos entre el ejército del KMT y el Ejército Rojo. El buró político del comité central del PCCh debatió la línea militar a seguir en el conflicto. Se aprobó la linea maoísta de trasladar las tropas del Ejército Rojo hacia el norte para usar la región como base de las operaciones contra los invasores japoneses. Sin bajar la guardia contra los adversarios internos, por su lado, el general Chiang kai-shek movilizó sus fuerzas para repeler la invasión de Manchuria, con fuerzas y pertrechos superiores a las del Ejército Rojo. En 1937, el desarrollo de las operaciones militares llevó como un imperativo estratégico la necesidad de unirse para combatir a los invasores. Más allá de las diferencias ideológicas, China, como entidad territorial, estaba en peligro. La gravedad de la crisis estimuló la formación del Frente Unico Antijaponés, al que se opuso en el primer momento Chiang kai-shek. La postura

del jefe militar del KMT fue reprobada por dos generales bajo su comando, partidarios de la unidad militar sugerida por el PCCh. Según versiones de la época, Chiang fue arrestado y estuvo a punto de ser fusilado por orden de los militares del KMT. Sin embargo, Mao reflexionó que fusilar al general Chiang favorecería, en última instancia, a los japoneses, y envió como mediador a Zhou Enlai para impeditr su muerte y discutir las bases de una acción militar concertada. Liberado el general, se firmó un acuerdo de diez puntos, por el cual cesaron los ataques al Ejército Rojo y se unieron las fuerzas militares en la Guerra de Resistencia contra los agresores japoneses. "Las masas populares, bajo la dirección del PCCh, apoyadas en sus propias fuerzas desarrollaron la producción, vencieron dificultades, fortalecieron y ampliaron el ejército popular y las bases de apoyo antijaponesas, asestando golpes severos al agresor. En 1941, cuando triunfó la Guerra de Resistencia contra el Japón, el ejército popular contaba ya con un millón de efectivos y el número de milicianos sobrepasaba los dos millones doscientos mil. Las regiones liberadas contaban con cien millones de habitantes. Las fuerzas revolucionarias se hicieron poderosas como nunca antes", a juicio de un historiador chino contemporáneo.

El prestigio político de Mao alcanzó dentro del partido la posición más sólida gracias al hábil manejo estratégico durante el conflicto con Japón y la alianza militar coyuntural con el KMT. Mao se ingenió para captar a los sectores de la burguesía nacionalista y desestimar a la burguesía dependiente de intereses foráneos alineada con Chiang. Cuando el último soldado japonés abandonó territorio chino, quedaron frente a frente el PCCh y el KMT, en un espacio de confrontación para dirimir la supremacía entre comunistas y nacionalistas por la dirección general de China. La Guerra de Resistencia cambió el balance militar a favor del Ejército Rojo, gracias a los apoyos de la población civil. Por otro lado, en el plano de las ayudas militares internacionales derivadas del fin de la Segunda Guerra Mundial, los recelos avivados entre las democra-

cias occidentales y las democracias orientales aliadas contra los nazis. En julio de 1946 recrudeció la guerra civil con el ataque masivo del KMT a las zonas liberadas. El Ejército Rojo se transformó en el Ejército Popular de Liberación, ensamblando fuerzas militares con el apoyo logístico de las poblaciones organizadas a su paso por las zonas liberadas. La fusión ejército-pueblo fue decisiva en la campaña contra las fuerzas del KMT que abandonaron baluartes como Nanking, replegándose poco a poco en otras ciudades como Wuhan, Guangzhou, Chongoing y Chendu. En movimiento arrollador, el EPL fue cercando a las tropas del KMT hasta las orillas del mar. Chiang, sus familiares y sus principales lugartenientes dejaron la tierra continental, radicándose desde 1949 en la isla de Formosa. El primero de octubre de 1949 Mao Zedong proclamó formalmente la fundación de la República Popular China.

El maoísmo

El Pensamiento Mao Zedong se inscribió, desde sus primeras expresiones escritas y oratorias, como la plataforma ideológica del PCCh. Sin embargo, como anotamos antes, el comunismo chino se vio urgido a asumir, desde sus formulaciones iniciales, variantes importantes respecto del comunismo ruso, variantes ideológicas y tácticas que se esclarecieron oficialmente, antes y después de la muerte de Stalin. La URSS y la República Popular China entraron a un proceso de confrontación más pragmático que teórico. Para Mao, como para Lenin, el marxismo fue una guía abierta de acción que desestimó la concordancia al ciento por ciento con los textos canónicos de los fundadores. Mao, que en su juventud fue instructor de campesinos, y conquistó apoyos en el campo a lo largo de su trayectoria política, emprendió la construcción socialista sobre una base eminentemente rural, en la inteligencia de que China como nación semifeudal requería la modernización tecnológica. En cambio, Lenin, que también encontró la misma estructura feudal en Rusia, se apoyó en el proletariado en formación. Luego Stalin impuso la industrialización a marchas forzadas y reconvirtió el feudalismo en colectivismo agrícola. Al contrario de los rusos, obsesionados por la creación de un proletariado a posteriori de la revolución de 1917, los chinos, que alcanzaron antes de la revolución una industrialización bastante aceptable, optaron por elegir al campesinado como la principal fuerza revolucionaria. Discernió Mao Zedong que la fuerza directriz podía estar en el proletariado, pero el compromiso fundamental de transformación social debía concentrarse en la inmensa masa campesina oprimida por el feudalismo. Por lo común, el Pensamiento Mao Zedong se expresó con un estilo de retórica revolucionaria, apto para definiciones políticas, pero carente de precisiones en el terreno económico. Uno de los textos que más se aproxima a clarificar su pensamiento económico actualizado es "Concerning Economic Problems of Socialism in

the URSS", incluido en el volumen sexto de las obras completas en inglés de Mao Zedong. Se trata del análisis de Mao Zedong al libro de Stalin, "Problemas económicos del socialismo en la URSS". Allí dijo Mao que el gobierno ruso no puso suficiente énfasis en lo concerniente a los resultados de la industria pesada, la industria ligera y la agricultura. Criticó a la URSS por no realizar un buen trabajo de combinación de los resultados a plazo inmediato y a largo plazo en función de los intereses del pueblo, satirizando que la planificación rusa caminó sostenida en una sola pierna, en tanto que China realizó una planificación de desarrollo proporcionado. A juicio de Mao, los rusos exageraron la importancia de la industria pesada, arguyendo que era el fundamento de la economía, y la maquinaria el alma y el corazón de la misma. "Nuestra posición es que los granos son el soporte de la agricultura, el acero de la industria, y que si el acero es usado como soporte económico, una vez que tengamos los insumos, la industria de maquinarias irá adelante." Curiosamente, los críticos de la política económica de Mao señalan que él, como Stalin, también caminó con una sola pierna. La diferencia estribó en que Stalin privilegió la industria pesada (cañones sí, mantequilla no) y pospuso la industria ligera de bienes de consumo, sacrificando a los consumidores en nombre de una nueva versión prolongada del comunismo de guerra. Mao eligió la agricultura como soporte del desarrollo, y ella fue el talón de Aquiles de su política económica. Cooperativizó la agricultura en tres niveles: grupos de ayuda mutua, cooperativas de producción agrícola de tipo inferior y cooperativas de producción agrícola de tipo superior. Pero los grupos de ayuda mutua de trabajo colectivo se convirtieron en cooperativas de tipo inferior. Las cooperativas no rindieron lo que calcularon los planificadores estatales, razón por la cual, en 1958, se aprobó la "Resolución sobre el establecimiento de comunas populares en el campo." Las comunas fueron, en el fondo, nuevas formas de propiedad colectiva, ahondándose la colectivización agrícola. Se dividieron en comunas de silvicul-

tura, agricultura, ganadería, piscicultura y de otras formas productivas que unieron agricultura, industria y comercio. Según estadísticas oficiales, en 1981 hubo 1.400.000 empresas administradas por comunas o brigadas de producción, en las que trabajaban más de 29 millones de personas. Sin embargo, el esfuerzo comunitario fue ahogándose al imponer el Estado cuotas de producción como metas obligatorias fijadas por la planificación centralizada. La producción de arroz de las regiones sureñas, la de trigo, maíz, cebada, mijo y papas de las regiones del norte y oeste, la de trigo, maíz, sorgo, soya del nordeste, se rigieron por cuotas de entrega de las cosechas al Estado, sin alicientes para los productores. La colectivización agrícola, bajo términos perentorios de producción, fue minando el alma y el corazón de los campesinos. Mao no tomó en cuenta el bienestar de los campesinos por el imperio de su cerrado estatismo que lo llevó a minimizar la producción de commodities, artículos de consumo doméstico. Mao sintió que era más marxista que Stalin y proscribió el cultivo de commodities por considerarlas capitalistas. Rebatió al líder ruso sosteniendo que "Stalin habla solamente de relaciones de producción, no de la superestructura, no de las relaciones entre la superestructura y la base económica. Los cuadros chinos participan en la producción, los trabajadores participan en la administración... si no perteneciera al movimiento, es duro aceptar que está haciendo la transición al comunismo. Todo el pueblo es mío, yo soy todo el pueblo, proclama él. Todo está conectado a la persona de Stalin". Pero así como Stalin se convirtió en el nuevo zar de Rusia, Mao se transfiguró en el nuevo emperador de la dinastía PCCh, bajo una omnipotencia cuasi monárquica. La colectivización regimentó la producción de las comunas, de acuerdo a su férula personal. Como en los juegos de cajas chinas, detrás de la dictadura del proletariado estuvo la dictadura del partido; detrás de la dictadura del partido yació la dictadura del comité central; detrás de la dictadura del comité se concentró la dictadura de Mao Zedong. El Gran Timonel, el Gran Conductor,

el Camarada Máximo, el Gran Maestro de las masas revolucionarias. Mao se convirtió en un santón. Después del liderazgo de la Larga Marcha y la Guerra de Resistencia, se irguió en la encarnación de la revolución china. El Pensamiento Mao Zedong fue el pensamiento único. Sus palabras inspiraron a los dirigentes y a las masas, con sospechosa unanimidad. Los Guardias Rojos de la Revolución Cultural marcharon por ciudades y llanuras llevando en alto el Libro Rojo y castigaron a los que, a su criterio y a su juicio penal, representaban el tradicionalismo caduco obstinado en cuestionar la omnisapiencia del Gran Timonel. que abatió las fuerzas militares del general Chiang kai-shek y a los agresores imperialistas del Japón. Mao predicó que debían existir cien flores en la pradera del pensamiento; pero, en ese jardín rigurosamente cultivado, ninguna planta pudo hacerle sombra, so pena de marchitarse o perecer desflorada. Hasta donde pudieron maquillarse las estadísticas manipuladas por los planificadores a su servicio, se ocultó el fracaso de la colectivización económica, sobre todo, la colectivización agrícola, achacándole la culpa a los desastres naturales y al sabotaje de los contrarrevolucionarios. El campesino chino vió que sus tierras pasaron de los terratenientes al Estado. Como en los repudiados tiempos del feudalismo, el campesino siguió encorvándose en los campos de labor, sin gozar de una mejor calidad de vida. Uniformados con vestimenta militar unisex monocromática, la mente de los hombres y mujeres de las ciudades también fue uniformada por el Libro Rojo. Entre 1957 y 1960 se impulsó el Gran Salto Adelante, que, para los detractores, acabó siendo el Gran Salto Atrás. Se desencadenaron campañas de acusaciones de desviacionismo entre China Popular y la Unión Soviética. Las rivalidades sino-soviéticas formaron parte, en el fondo, de la herencia común de los zares y los emperadores. Herencia de disputas territoriales fronterizas, de conflictos de poderes de dos imperios que, aunque derivaron a repúblicas socialistas, conservaron el despotismo autocrático. En 1979 la crisis agrícola desató vastas hambrunas, tamba-

leándose el dogma de la colectivización agrícola impulsada por Mao Zedong.

Crujió la muralla ideológica que atravesó el país en todas las rutas culturales y geográficas. Algunas flores asomaron entre las cien de la pradera. Se explicitaron por primera vez ciertos puntos de vista discordantes del rumbo del régimen. Algunos audaces plantearon el cambio de la cabeza del gobierno. A los pocos meses, retrocedió la incipiente apertura política y los dirigentes e intelectuales que propusieron cambios fueron detenidos. A unos los recluyeron en prisiones estatales. A otros se los internaron como si fueran enfermos mentales, en clínicas siquiátricas. Esa fue la prisión disfrazada de clínica que retuvo a Liu Shaoqi, Presidente de la República Popular China y a Deng Xiaoping, secretario general del partido. Ambos pidieron a Mao se apartara del poder por el fracaso del Gran Salto Adelante. Una escritora china afirmó años después que el movimiento de las Cien Flores fue una añagaza para identificar a los opositores internos y deshacerse de ellos. La lucha del poder tuvo raíces muy profundas. Para controlar el poder, el grupo nucleado alrededor de Mao Zedong, especialmente Lin Biao y Jiang Qin, esposa del líder, promovieron una campaña de agitación social, conocida como la Revolución Cultural. Las destrucciones de templos y tumbas; las incineraciones masivas de libros supuestamente contrarrevolucionarios; las redadas contra maestros, intelectuales, artistas; las manifestaciones callejeras entre cánticos y banderas rojas, construyeron la apariencia de una cruzada contra los residuos culturales del premaoísmo. Empero, tal como lo confirman fuentes chinas actuales, se trató de una revolución política, no una revolución cultural. Los miembros de la Banda de los Cuatro se jugaron el todo por el todo para seguir controlando el poderío político sin atenuantes. Ya se había derrumbado la estabilidad psíquica y física de Mao Zedong. La Banda de los Cuatro usó a los Guardias Rojos para diseminar el caos y perseguir a los detractores. Ante la proliferación del caos, el IX Congreso Nacional del PCCh votó en abril

de 1969 por el cese inmediato de la Revolución Cultural y encomendó a las fuerzas armadas la suspensión definitiva de la agitación de los guardias rojos. Lin Biao desapareció en un viaje aéreo de incierto destino. Unas fuentes aseguran que Mao llegó a nombrarlo sucesor. Otros lo pintan como un oportunista que tramó un golpe de estado, incluso el asesinato del líder. La nave que lo condujo cayó a tierra cuando sobrevolaba Mongolia Interior. Jiang Qing se diluyó al opacarse la estrella de Mao tras su muerte en 1976, a los 86 años de edad. Su retrato, omnipresente en los años de apoteosis, desapareció lentamente, discretamente, de los hogares, oficinas, tiendas de comercio, relojes, lámparas, diarios, films, televisión. Hasta que llegó el día en que Mao Zedong dio el Gran Salto a la Eternidad.

ZHOU ENLAI (1898-1976)

Si el pensamiento de Mao Zedong se lee en los textos centrales de la política china, el pensamiento de Zhou Enlai hay que buscarlo en las notas de pie de página de la revolución china. Sin embargo, es indispensable leer sus documentos, artículos periodísticos, discursos, resoluciones, cartas y telegramas para entender las zonas grises del proceso chino y comprobar que no todo fue en blanco y negro. Zhou fue miembro del Partido Comunista Chino desde su juventud; y más adelante,primer ministro y canciller desde 1949 hasta su muerte. Nació en una aldea de la provincia de Jiangsu y se asegura que fue hijo adoptivo de un matrimonio acaudalado de Tianjin, donde estudió la escuela secundaria. Luego, por decisión de sus acaudalados padres adoptivos, continuó estudiando en la Universidad Meiji de Japón entre 1915 y 1918. A su regreso a China intervino en las protestas estudiantiles del 4 de mayo de 1919. En 1920 viajó a Europa, residiendo como estudiante en Francia, Inglaterra y Alemania. En Europa se vinculó al partido comunista francés y se unió al partido comunista chino, fundado en 1921 por Chen Duxiu. Casado con una militante, no tuvo hijos, pero adoptó varios huérfanos, hijos de los mártires de la revolución, entre ellos Li Peng, después Primer Ministro. Al fundar el Kuomintang la Academia Militar de Whampoa, por instrucciones de la Comintern bajo control ruso, se le nombró director del departamento político. Fue responsable de la huelga general de Shangai de 1926 que definió la ruptura con el Kuomintang. Se convirtió en uno de los más respetados dirigentes cuando todavía Mao Zedong era figura menor del partido, y lo apoyó para que se convirtiera en un líder importante, en pugna con el prosoviético Wang Ming. Fue el diplomático por excelencia de la revolución china. Estuvo al frente de la delegación china en la conferencia de Ginebra y en la conferencia de Bandung de 1955, hitos en la lucha antiimperialista. Fue legendaria su capacidad de negociación puesta a prueba en períodos de con-

vulsión interna y externa. Negoció con los generales amotinados del Kuomingtang para salvarle la vida a Chiang Kai-shek, y después negoció con Chiang en circunstancias difíciles para el comunismo. Abrió las relaciones diplomáticas con los principales países europeos. Su diálogo con Henry Kissinger inició los tratos con el gobierno de Richard Nixon y firmó el comunicado de Shangai que formalizó las relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

La lectura de la edición oficial china de sus obras selectas en ingles descubre el influyente espacio político que ocupó como hombre de análisis, como político racionalista inclinado a la moderación y opuesto al fundamentalismo, sin altibajos ideológicos, desde la etapa de entendimiento inicial con el Kuomintang en 1926. En la nota "El partido comunista chino en la presente lucha política" de diciembre de 1926, abordó las complicadas relaciones con el Kuomintang después de la muerte de Sun Yat-sen, cuando actuaban ambos partidos en un frente común. Al mismo tiempo que reafirma las metas comunistas de luchar contra las fuerzas feudales y el imperialismo, advirtió a los camaradas que no perdieran su identidad ideológica y no se arrimaran demasiado a las tácticas rupturistas del ala derecha del Kuomintang. Sin embargo, subraya, que "el gradual despertar del pueblo no debe presionarse al punto de actuar ciegamente en nombre de la revolución... en el momento presente hay una necesidad urgente para que el pueblo actúe dentro del partido, algunos actos de sabotaje no sólo alienan al pueblo sino que ayudan a personajes como Cheng Geng, a quien debemos condenar porque busca ganar apoyo popular". En abril de 1927, se rompieron las relaciones del PCCh con el Kuomintang dirigido por Chiang Kai-shek. Zhou Enlai no vaciló en destapar las conexiones del KMT con fuerzas imperialistas, tendientes a llevar a cabo ejecuciones de comunistas en Ningbo, Hangzhou, Nanking y Shangai. En otro artículo de esclarecimiento estratégico,"Eliminando firmemente las ideologías no proletarias del partido" del 11 de noviembre de 1928, alertó que durante en el período

de alianza con el Kuomintang entraron al PCCh muchos radicales pequeños burgueses, pero al romperse la alianza cambió la situación: los pequeños burgueses empezaron a vacilar, traicionando al partido, rindiéndose a los enemigos y dejando por fuera a los camaradas. Pero la penetración alcanzó también a los campesinos que formaban el 75 por ciento de la membresía. Ante la dimensión del riesgo, Zhou comunica que el PCCh decidió acelerar la bolchevización del partido, revisando al propio tiempo los errores en la organización interna, como la "ultrademocracia", es decir libertad absoluta, igualdad exagerada, animosidades personales, divisionismos entre trabajadores e intelectuales. Criticó, asimismo, la mentalidad de "empleado del partido" y la conversión del partido en agencia de empleo. Zhou transmitió la preocupación del PCCh por las circunstancias enumeradas que amenazaban desintegrar los cuadros y desvirtuar la doctrina marxista. Estos puntos fueron discutidos en el Sexto Congreso Nacional que aprobó la línea de bolchevizar la revolución china, que Zhou adhirió lealmente.

Trotsky en China

Bolchevizar el partido fue el equivalente a seguir la línea dura de Stalin.

Zhou Enlai reconoció, en medio de la crisis interna por la primacía del poder, el surgimiento de una fracción troskista dentro del PCCh, con estas palabras: "Una facción troskista es un "tesoro" usado no solamente por la burguesía en Europa sino también por las clases gobernantes chinas... Hu Hanmin, Dai Jitao y Zhou Fohai intentaron dividir el partido comunista, ensalzando las facciones internas; y las clases gobernantes estuvieron deseosas de infiltrar las facciones dentro del partido para aniquilar el liderazgo de la revolución china. "Zhou dio por sentado que la aparición del troskismo chino fue resultado de tácticas apoyadas por las clases gobernantes, repitiendo la propaganda desinformadora del estalinis-

mo sobre las causas reales de la divergencia personal de Trotsky y Stalin. Zhou, en este artículo, no aportó pruebas de la vinculación directa de Trotsky y los disidentes de la línea del comité central. Es posible que, en ese primer momento de conflicto interno, se empleara la calificación de troskismo para identificar divergencias chinas que no tuvieron conexión específica con la postura del dirigente ruso; fue una táctica usada para denigrar a los adversarios chino, empleando maliciosamente el torrente de ataques internacionales contra León Trotsky. En esa época se detectaron movimientos de resistencia al comité central en Shangai, Hongkong y en el norte. La duda es si en esa etapa de "bolchevización" china los disidentes fueron llamados troskistas por comparación.

En 1930, la inspiración troskista se hizo más clara en China. El dirigente Li Lisan encabezó una línea de oposición, coincidente con formulaciones de Trotsky, sobre la urgencia de la revolución mundial, tesis que Zhou Enlai combatió en el escrito "La base teórica de la línea Li Lisan". Precisó Zhou que en el Sexto Congreso Nacional no se llegaron a aclarar todas las ramas de la disidencia interna. La proporción de miembros del partido de origen proletario era pequeña, al contrario de la penetración de la clase media o de la pequeña burguesía, de acuerdo a lo que admitió Zhou Enlai, produciéndose desviacionismos de la línea del partido hacia la derecha y la izquierda. Una carta de la Internacional Comunista al PCCh expuso que los seguidores de Li Lisan no supieron cómo analizar la situación objetiva y apreciar el balance de fuerzas en la lucha de clases. En verdad, la línea de Li Lisan coincidió con la posición de Trotsky en el sentido que debía trabajarse simultáneamente tanto en el plano de la revolución nacional como en el de la revolución mundial. "El camarada Li Lisan —explicó Zhou Enlai— trató negar el desigual desarrollo de la revolución citando las características de la revolución mundial en la tercera etapa. Esta fue su visión de la revolución mundial y la revolución china. Así, por negar el desigual desarrollo de la revolución, él interpretó la

insurgencia revolucionaria como una inmediata situación revolucionaria. Una de las resoluciones del Sexto Congreso Nacional planteó," en anticipación a futuras insurgencias, es necesario para el partido tomar, como un llamado a capítulo, la preparación de insurrecciones armadas. Esto muestra que entre una insurgencia y una inmediata insurrección armada hay un proceso de desarrollo, aunque las dos no están separadas por una muralla. Sin embargo, la circular número uno después del regreso de Li Lisan del extranjero, propuso que la llegada de una nueva insurgencia debería ser tomada como un slogan de propaganda, y no como un llamado a la acción. El año pasado, el partido recibió una resolución del Décimo Plenario de la Internacional Comunista que planteó que una nueva insurgencia estallaría en China. En respuesta, el congreso del partido en Jiangsu yo expliqué el asunto y puntualicé que una nueva insurgencia es diferente de una inmediata situación revolucionaria y que, aunque aconteció la insurgencia, esto no significó que había empezado la revolución. Por otro lado, este hecho ejemplifica la debilidad del PCCh en materia de teoría y conduce a la formación de la línea de Li Lisan... El uso de teorías de Trotsky completa su propia teoría de la transición revolucionaria."

El uso de terminología política europea no se circunscribió al troskismo. En polémicos artículos, Zhou Enlai se precipitó, en otros escritos, en reacciones contra el fascismo chino, representado por el general Chiang Kai-shek, antiguo aliado convertido en enemigo jurado después de la lucha contra Japón. Según Zhou, el pensamiento del general fue de un idealismo extremo, por su énfasis en el rol de la mente en la sociedad. Pero se contradijo Zhou al sostener, por un lado la raíz idealista del pensamiento de Chiang, y por el otro, la consigna de "la acción es lo primero". Denostó, también, las enseñanzas éticas de Chiang basadas en Cuatro Principios y Ocho Virtudes. Los cuatro principios son propiedad, rectitud, honestidad y honor. Sin embargo, cuestionó los cuatro principios, destacando que, en los hechos políticos, Chiang practicó todo lo con-

trario, persiguiendo a los comunistas chinos y soviéticos que antes lo habían apoyado en la guerra con Japón, e incurriendo en prácticas deshonestas de corrupción, hostilidad y venganza. A pesar de los insultos descargados contra Chiang, el texto de Zhou es quizás uno de los análisis más agudos sobre la filiación política del general que ora fue aliado, ora colaborador militar, ora traidor, ora enemigo a muerte, de acuerdo a la evolución de sus posiciones e intereses en el escenario chino.

El Kuomintang y el Partido Comunista Chino surgieron políticamente para desterrar el feudalismo y la penetración económica de las potencias occidentales en su territorio. El KMT y el PCCh resultaron el yin y el yan de la política, no fuerzas distintas sino ingredientes esenciales de la naturaleza y el espíritu binarios de China. Amarrados y cosidos en el pasado y en el presente, combatieron y siguen combatiendo uno contra otro, pero sin poder deshacer el nudo que los une y enfrenta al propio tiempo, porque ambas fuerzas forman parte de la entidad china indesligable. Los escritos de Zhou se asentaron en el dilema dualista que protagonizó con Sun Yat-sen como aliado y con Chiang Kai-shek como colaborador militar y como adversario político. Sobre todo, en el texto de "Las negociaciones del pasado y sus perspectivas" sintetizó las aproximaciones y repulsiones con el Kuomintang. Hay que leerlo para apreciar las evoluciones, traumas, desgarramientos y conciliaciones de la relación entre ambas agrupaciones que cambiaron en el tiempo mucho más de lo que oficialmente asumen, pero negocian y ejecutan acuerdos, progresivamente, en puntos de interés bilateral, dentro del contexto de líneas generales económicas, con aspiraciones encaminadas a la reunificación de la gran familia china. Otro aspecto de la trayectoria de Zhou es su trabajo como organizador del Ejército Rojo, que combatió tanto contra los señores de la guerra, como contra Chiang Kai-shek y Japón. Los escritos exponen su rol como estratega e instructor político de las fuerzas armadas bajo el mando del PCCh. En "Los desafíos y probabilidades del Ejército Rojo" establece como objetivos principales,

movilizar las masas en la lucha, y llevar a cabo la reforma agraria y la instalación de soviets; impulsar la guerra de guerrillas, armar a los campesinos y expandir el poderío militar; propagar la lucha revolucionaria y la influencia política comunista a través del territorio. Subrayó la misión del ejército rojo en el entrenamiento militar de las masas campesinas y en la divulgación nacional del pensamiento comunista. Se aprecia objetivamente que Zhou cumplió tareas similares a las de Trotsky en la primera etapa del régimen bolchevique como instructor político del ejército y como negociador diplomático. Se diferenció de Trotsky en el deslinde conceptual gestado por el debate en torno a la simultaneidad de revolución nacional y revolución mundial, combatiendo con rotundidad que no dejó resquicio de duda sobre su oposición al movimiento cismático provocado por troskistas chinos. Cuando intervino en el debate sobre la sincronización de las revoluciones, Zhou no enfrentó a Mao Zedong como si lo hizo Trotsky contra Stalin. En la década de los treinta que enmarcó el debate, Mao no era un dirigente de dimensión nacional. Años después, al concluir la Guerra de Resistencia, Mao emergió como triunfador en la discusión sobre las estrategias militares. Fue entonces que Zhou apoyó firmemente el liderazgo de Mao, tal como se prueba en el escrito "Aprender de Mao Zedong", de 1949: "El Jefe (Chairman) actuó correctamente en las cuatro etapas de de la revolución china y representa la orientación correcta del pueblo. En el principio, el comité central del partido y secciones de las masas revolucionarias cometieron errores y perdieron la orientación. Pero Mao siempre estuvo en la orientación correcta durante la Gran Revolución (1924-27), pero no se aceptó su liderazgo en ese tiempo. Estuvo en lo cierto en la guerra civil de diez años (1927-1937), pero algunos camaradas no concordaron con él. Durante la Guerra de Resistencia contra Japón (1937-45), todo el partido reconoció como líder a Mao Zedong y entonamos victoria".

Desde esa época, Zhou acompañó las líneas trazadas por El Gran Timonel como Primer Ministro y Ministro de

Relaciones Exteriores. Pero redujo su perfil con discreción después de conocerse los resultados económicos del Gran Salto Adelante y las convulsiones de la Revolución Cultural. La lealtad a Mao en los anteriores períodos de la revolución blindó su supervivencia política en los períodos de turbulencia. En las cancillerías occidentales se especuló si el diplomático moderado y racionalista alentó la Revolución Cultural o guardó prudencia, sobre las fuerzas desbordadas que arrollaron a otros dirigentes históricos. En 1975 su postura se aclaró. En una de sus últimas apariciones públicas formuló un alegato a favor de las "cuatro modernizaciones" de la economía china, propugnadas por los reformistas de la línea de Deng Xiaoping. Se conoció, asimismo, que durante la agitación de la Revolución Cultural, defendió a intelectuales y dirigentes víctimas de ataques por los maoístas fundamentalistas, y abogó por la preservación de monumentos históricos amenazados de destrucción al interpretarlos los talibanes maoistas como símbolos de la cultura en decadencia.

Cuando Deng Xiaoping asumió la jefatura china Zhou colaboró como primer viceministro a cargo de los asuntos del Consejo de Estado, sin dejar de trabajar al ser hospitalizado por cáncer a la próstata. Tras su fallecimiento se produjeron escenas de duelo popular en la Plaza de Tian´anmen, rindiendo homenaje a su lealtad con los principios de la revolución china y al proverbial equilibrio del diplomático siempre puesto al servicio de la construcción de la república popular desde los tiempos germinales.

Deng Xiaoping (1897-1997)

Un hombre de estatura pequeña, pero de proyección gigantesca como abanderado de la transformación económica y democrática de la República Popular China, viró del estatismo centralista a la economía social de mercado. La publicación de 43 artículos y discursos entre 1938 y 1945 en la edición oficial de sus Obras Selectas permite conocer su colaboración en asuntos militares, políticos, económicos durante la etapa decisiva de la Guerra de Resistencia contra Japón y la Guerra de Liberación contra Chiang kai-shek. Así es que conocemos que participó en la guerra contra Japón, cargando sobre sus espaldas la responsabilidad de comandar las áreas de resistencia situadas más allá de las líneas japonesas en el norte chino, en lo concerniente al adoctrinamiento, métodos de trabajo y desarrollo económico. Durante la campaña desplegada contra las tropas de Chiang Kai-shek, junto con Liu Bocheng, Cheng Yi, Su Yu y otros dirigentes, estuvo al frente del ejército en batallas claves en las llanuras centrales, en el establecimiento de la base de las montañas Dabie y en la recuperación de Beijing, Shangai y Hangzhou. También colaboró en políticas y estrategias de reforma agraria en las áreas liberadas y en el trabajo de organización partidaria. Después de la proclamación de la República Popular China desempeñó posiciones importantes en el PCCh, gobierno y fuerzas armadas en el suroeste hasta que asumió la posición de Primer Ministro. No fue un dirigente sensualizado por la adulación, ni permitió que los escritos sobre su persona y su gobierno lo exaltaran en textos hagiográficos. El verdadero Gran Salto Adelante del extraordinario desarrollo económico chino motivó a los politólogos a preguntar si Deng Xiaoping fue siempre un político de ideas capitalistas, escondido muchos años dentro de la fortaleza comunista, esperando el momento del destape político; o si fue siempre un comunista que cambió de pensamiento, rindiéndose ante las pruebas del descalabro de la economía del estatismo maoísta.

El análisis de sus escritos anteriores a su liderazgo suministra respuesta a esas inquisiciones. Hemos elegido algunos escritos que se aproximan potencialmente al pensamiento económico modificado, escritos que envolvieron el capullo de un reformador serio, ordenado, coherente.

"Seis principios para el trabajo financiero", escrito en 1954, (obras selectas) es la carta de presentación de un miembro del equipo de gobierno que busca el ordenamiento del presupuesto, fija nichos de responsabilidades, establece métodos de administración del gasto público, y, en conjunto, prescribe una política financiera de aplicación y supervisión presupuestal, reaccionando contra el empirismo y la improvisación de cuadros del ministerio de finanzas. De acuerdo a Deng Xiaoping, los seis principios del futuro trabajo financiero deben responder a los siguientes puntos, a saber, "primero, el presupuesto debe ser hecho por los departamentos centrales. Hasta pocos años antes, particularmente en 1953, el presupuesto tuvo riesgosas provisiones. Los riesgos más grandes radicaron en que el Ministerio de Finanzas tomó decisiones políticas para todos los departamentos, lo que mostró ignorancia del hecho que esas políticas fueron personificadas en figuras y lo que se hace sobre figuras es lo que determina la política. Que el departamento central haga el presupuesto es un asunto de política... cuando el Ministerio de Finanzas toma decisiones por departamentos algunas personas dicen "tiene el dinero, pero no la política de gasto". No es correcto carecer de la política del gasto. En el pasado el Ministerio de Finanzas ejerció demasiado control sobre los departamentos, ganando quejas por dos razones. Una es que hizo el presupuesto a puerta cerrada, y fue criticado a izquierda y derecha y distribuyó recursos a unos departamentos y a otros no. Dos, como el presupuesto, fue elaborado fuera de los departamentos centrales, el ministro no estuvo en posición de ejercer un efectivo control tratando de meter un dedo en el pastel, empezando por el primer blanco de ataque. Si el presupuesto fuera preparado por los departamentos centrales, será mucho más fácil

controlar y tomar decisiones. Por consiguiente, todos los proyectos deben ser cubiertos por presupuestos trabajados por los departamentos centrales. Sin embargo, esto no tenía significado en el Ministerio de Finanzas que no tenía nada que ver con presupuestos, sin derecho a intervenir y ofrecer sugerencias". Los otros cinco aspectos concurren a que los departamentos asuman la responsabilidad de sus propias finanzas; que retengan sus fondos y cuiden los excedentes para su propio uso; que reduzcan el personal administrativo y controlen estrictamente el número de staffs; que los fondos de reserva no sean usados sin el visto bueno de las autoridades centrales; y se fortalezca la supervisión financiera. En conclusión, todo el trabajo financiero, sostuvo Den Xiaoping, envuelve relaciones entre las partes y el todo, entre la autoridad central y las autoridades locales, entre los principios de una conducción centralizada y unificada y los principios de consideración de las condiciones locales.

La mente de Deng Xiaoping, por lo que se aprecia, fue una estructura sumamente articulada que exigió claridad, coherencia, en cada uno de sus actos y decisiones, cualquiera que fuera el asunto en el que se posara. En el escrito "Construir un maduro y eficiente partido", razonó sobre un tema específicamente político y no económico, con necesidades de puntuales exigencias: "En el Congreso, el camarada Mao Zedong fue formalmente elegido presidente del comité central(cambiando la forma del título de secretario general). Esto mostró que el camarada Mao Zedong buscó la unidad con camaradas que cometieron errores. El desarrolló el concepto de "partir de la aspiración de unidad y, a través de la crítica y la pugna, llegar a una nueva relación de unidad sobre nuevas bases". Tomó una década a esos camaradas darse cuenta de sus errores. Con el entusiasmo despertado, el Partido se unió mucho más. Con esta base ganamos la Guerra de Resistencia y nos incorporamos a la liberación nacional. Fueron dos caminos de acuerdos de la unidad interna del partido. Uno fue el compromiso de hacer las cosas con rapidez, pero sin

precipitarse; el otro fue tener paciencia con lo que toma tiempo. Por supuesto, ello no significa que es necesario que pasen diez años cada vez para salvar los problemas. El aspecto principal es contemplar qué resultados producirá este método. Por los resultados comprenderemos que los camaradas que se equivocan llegan a reconocer sus errores a través de la educación y que todos los miembros del partido se benefician de ello, empezando a aclarar cuál es la diferencia entre lo correcto y lo erróneo en el partido y su línea. ¿Es esto remarcable para resolver problemas de manera simple en una organización de base? Pienso que es lo mejor para resolverlos ideológicamente. Por supuesto, nuestra experiencia no es necesariamente aplicable en la lucha del partido; sin embargo como método de referencia es deseable para detectar algunos problemas. Siempre explicamos a los partidos fraternales que las estrategias, tácticas, programas y requisitos son aplicables bajo circunstancias específicas en un determinado país, pero no pueden ser empleados por cada partido en cada país. De esa manera, adquieren experiencia, beneficiándose con las decisiones correctas y padeciendo por sus errores. Previendo que nosotros fervorosamente aplicamos el método de crítica y autocrítica y revisamos constantemente nuestra experiencia, podemos hacer firmes progresos. Nuestro Partido sólo puede relatar su experiencia a los partidos fraternales. Pero corresponde enteramente a esos partidos determinar qué experiencia es relevante o irrelevante a sus situaciones. Sin embargo, no debemos creer que se trata de un importante principio, generalizado por el camarada Mao Zedong, es decir, en orden a formular estrategias y tácticas correctas que apoyen la victorias en las revoluciones, un partido debe integrarse a las verdades universales del marxismo-leninismo con las prácticas revolucionarias y las condiciones actuales de cada país".

Este es el preámbulo para arribar a un punto determinante en la orientación postmaoista del régimen chino, mostrándonos la cadena de razonamientos que condujo a Deng Xiaoping a cambiar la política agraria: "Por ejemplo,

nuestro partido se dio cuenta de la necesidad de movilizar a los campesinos, dado que constituyen la mayoría de la población china. Durante el período de fundación del partido en la gran Revolución, el movimiento campesino creció considerablemente. Pero este crecimiento¿probó que nuestro partido había llegado a conocer a los campesinos? No es así. El Camarada Mao Zedong dijo que tomaría seis o siete años, empezando en 1925, comprender acertadamente a los campesinos. Sólo después estuvimos aptos para proponer programas correctos y políticas relacionando a campesinos y trabajadores y, a la luz de las actuales condiciones, formular la estrategia correcta de rodear las ciudades desde el campo. Durante la revolución agraria basamos la correcta política de clase sobre las condiciones de clases en las áreas rurales. El slogan "tierra a los campesinos" no es suficiente; el principal problema es cómo distribuir la tierra. El Camarada Mao Zedong abogó por distribuir la tierra en partes iguales, incluyendo a los terratenientes. La "izquierda" oportunista, que dominaba el partido en esa época, se opuso a su propuesta, aseverando que no era una correcta política de clase. Abogaron que se distribuyera la tierra pobre entre los campesinos ricos y no se diera tierras a los terratenientes. En su juicio, los campesinos ricos eran miembros de la burguesía explotadora de las áreas rurales, y no debían recibir la misma medida de tierra igual que los campesinos pobres... este es sólo un ejemplo. Hay una multitud de problemas similares. Sin realizar una investigación completa a escala nacional y un cuidadoso estudio de las condiciones de clase, será imposible que comprendamos con certeza las demandas de todos los campesinos, incluyendo a los más pobres, y no hallaremos las políticas adecuadas. Algunos slogans suenan muy revolucionarios, pero no sirven a los intereses de los campesinos. Esto es por qué yo digo que el slogan "tierra a los campesinos", no comprende todos los problemas de los campesinos".

Fue esta línea de raciocinio, indudablemente, la que llevó a Deng Xiaoping a entregar a los campesinos chi-

nos el uso libre de los excedentes agrícolas para comercializarlos, después de cumplir las cuotas de producción. Tal fue la chispa que excitó la elevación del nivel de vida de los campesinos y de la nación china. Analizó las causas del fracaso de las políticas agrarias de China y Rusia, homogenizadas por la regimentación estatal colectivista, que aletargó y anuló el interés de los campesinos. Como él señaló, los comunistas chinos no llegaron a conocer a los campesinos. Stalin y Mao impusieron coactivamente sistemas de distribución de la tierra y de producción agrícola, planificados desde las oficinas de burócratas. Deng Xiaoping llevó a cabo el giro de tuerca de la economía china, reemplazando la planificación colectivista de las comunas por el despliegue de las fuerzas del mercado; investigando las causas profundas del colapso agrícola, sin usar slogans ruidosos ni apoyarse en doctrinas de rigidez teológica, basándose fundamentalmente en la experiencia empírica de los resultados objetivos, y así desandar el rumbo de la economía socialista convencional.

Después de emprender la política de "las cuatro modernizaciones", Deng Xiaoping expresó sus ideas con claridad: "Hay que ser más audaz en la reforma y la apertura y atreverse a experimentar, en vez de actuar de la misma manera como camina una mujer de pies vendados. Cuando se acierta en una idea hay que ensayar con audacia y abrirse paso con coraje. Una de las experiencias más importantes de Censhen es tener la osadía de abrirse paso. Sin algo de este espíritu, sin aliento y vehemencia, sería imposible hacer un buen camino, un camino nuevo, ni crear una obra nueva. ¿Quién se atrevería a prometer actuar en todo con una seguridad del cien por ciento, sin correr un solo riesgo ni exponerse a ningún desacierto. Nadie puede puede desde el mismo comienzo, considerarse infalible ni ciento por ciento correcto". Con espíritu autocrítico, ya que formó parte de la generación de los fundadores de la República Popular China y fue partícipe de errores en el largo y accidentado itinerario de su definición política, comentó: "En el pasado perdimos demasiado tiempo, sobre

todo durante los 10 años de la Revolución Cultural. Nosotros mismos nos complicamos la vida, procurándonos desastres... más aún, durante la Revolución Cultural, la Banda de los Cuatro planteó la absurda consigna de que "es preferible un socialismo y un comunismo de la pobreza que un capitalismo de la riqueza". El resultado fue que China permaneció estancada, lo que nos obligó a reflexionar de nuevo sobre el problema... Cuando planteamos el problema de la reforma estaba implícita la reforma de la estructura política. Ahora, con cada paso que damos en la reforma de la estructura económica sentimos en carne viva esta necesidad. Sin la reforma a la estructura política no podemos garantizar la conquista de esta última ni hacerla avanzar, y seguirán entorpecidos el desarrollo de la fuerza productiva y la materialización de las cuatro modernizaciones".

BIBLIOGRAFIA GENERAL

SOCIALISMO FRANCÉS DEL SIGLO XIX

SAINT SIMON

- Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos. 1803.
- Introducción a los trabajos científicos del siglo XIX. 1807.
- Memoria sobre la ciencia del hombre y Trabajo sobre la gravitación universal. 1813.
- Reorganización de la sociedad europea. Con Agustin Thierry. 1814.
- La industria. 1814.
- El organizador. 1819.
- El sistema industrial. 1821-1822.
- El catecismo de los industriales. 1822-1824. Aguilar. Buenos Aires. 1960.
- El nuevo cristianismo. 1824.
- Federico Engels. Del socialismo utópico al socialismo científico. México. 1965.
- Emilio Durkheim. El socialismo. Editora Nacional. España. 1982.
- Paul Janet. Saint Simon et le Saint-simonisme. París. 1878.
- Maxime Leroy. Le socialismo des producteurs. París. 1924.
- Paul Leroy-Beaulieu. Saint-Simon, le reformatear. 1910.
- La vie veritable du comte Henri de Saint-Simon. 1925.
- Louis Reybaud. Etudes sur les réformateurs contemporaines ou socialistas modernes, Saint-Simon, Ch. Fourier, R. Owen. Guillaumin. 1840.
- Jacques Regnier. Les idées religieuses, politiques et sociales de Saint-Simon. Nouvelle Revue. 1903.
- Frank Manuel. The New World of Henri Saint-Simon. Cambridge. Harvard University. 1962.
- Pierre Ansart. Marx y el anarquismo. Barral. 1972.

- Jean Datry. Saint Simon. Textes choisies. París. 1951.
- Alfredo Cepeda. Los utopistas. Buenos Aires. 1950.
- Georges Gurvitch. Los fundadores franceses de la sociología contemporánea. Saint Simon y Proudhon. Nueva Visión. 1970.
- Sebastián Chárlety. Historia del sansimonismo. Alianza. 1969.
- Max Beer. Historia general del socialismo.
- G.D. Cole. Historia del pensamiento socialista. FCE.

- La doctrina Saint-simoniana. 1826.
- La science de l´homme. 1858.
- La vie eternelle. 1861.

- Destinée sociale. III vols. 1834.
- Necessité d´une dernièr débâcle politique en France. 1836.
- Considérations sociale sur l´arquitectonique. 1834.
- De la politique générale et du róle de la France en Europe. 1840.
- Théorie de l´education naturelle et attrayante. 1845.
- Exposition abrégée du systéme phalanstérien de Fourier. 1843.
- De la souveraineté et de la régence. 1842.
- Principes du socialisme. 1847.
- Le Socialismo devant le vieux monde. 1848.
- La solution ou le gouvernement direct du peuple. 1851.
- Au Texas. 1854.
- Du Texas. 1857.
- Description de phalanstére. 1848.
- Quatre lettres au maréchal Bazaine. 1868.
- Reybaud. Etudes sur les réformateurs ou socialistas modernes. París. 1864.

- Théorie des Quatre movements. 1808.
- Traité de l´association doméstique-agricole. 1822.

- Le nouveau monde industriel et societaire. 1829.
- La fausse industrie. 1835.
- Federico Engels. Del socialismo utópico al socialismo científico.
- G.D.Cole. Historia del pensamiento socialista. FCE.
- Albert Brisbane. The social destiny of Man. 1840.
- C. Sotheran. Horace Greeley. And other pioneers of American Socialism. 1892.

Proudhone

- ¿Qué es la propiedad?. 1840.
- Advertencia a los propietarios. 1841.
- Sistema de contradicciones económicas o Filosofía de la Miseria. 1846.
- Solución del problema social. 1848.
- Las confesiones de un revolucionario para ayudar a la historia de la Revolución de febrero. 1849.
- Idea general de la revolución en el siglo XIX. 1851.
- El manual de los especuladores de bolsa. 1853.
- La justicia de la revolución de la iglesia. Nuevos principios de política práctica. 1858.
- La guerra y la paz. 1861.
- Principios federativos. 1863.
- Capacidad política de las clases obreras. 1865.
- Principios del arte y su misión social. 1865.
- Teoría de la propiedad. 1866.
- Teoría del movimiento constitucional. 1870.
- Correspondencia. 1875.
- Armand Cuvillier. Proudhon. FCE.
- Pierre Ansart. Marx y el anarquismo. Barral. 1972.
- G. D. H. Cole. Historia del pensamiento socialista. Primer tomo. FCE.
- D. W. Brogan. Proudhon.Londres. 1934.
- G. Crowder. Classical anarchism. The political thought of Goodwin, Proudhon, Bakunin y Kropotkin. New York. Oxford University Press. 1991.
- J. Ehrenberg. Proudhon and his age. 1960.
- Daniel Guerin. From Proudhon to Bakunin. 1986.

- J. Hampden. Marx, Proudhon and European Socialism, Collins Books. 1966.
- E. Hyams. Pierre-Joseph Proudhon. London. 1070.
- A. Noland, Proudhon and Rousseau. 1967.
- W. O. Reichert. Natural Right in the Political Philosophy of P. J. Proudhon. Montreal. 2084.
- A. Ritter. The Political Thought of Pierre-Joseph Proudhon. Princenton University. 1069.
- J. S. Schapiro. Pierre-Joseph Proudhon, Harbinger of Fascism. 1945.
- K. S. Vincent. Pierre-Joaseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism. Ofxord University Press. 1984.

BLANC

- L´Organization du travail. 1839.
- Histoire de dix ans 1830-1840.
- Appel aux homes gens. 1849.
- Pages de l¨histoire de la révolution de 1848. Brussels. 1850. 1870-1880.
- Histoire de la Révolution Francaise. 12 vols.
- Discours Politiques. 1847-1881.
- Lettres sur l´Angleterre. 1866-1867.
- Dix années de l´Histoire de l´Angleterre. 1879-1881.
- Questions d+ aujourd¨hui et de demain. 1873-1884.
- E.Renard. Bibliographie relative a Louis Blanc. Toulousse. 1922.
- L. Fiaux. Louis Blanc. París. 1883.
- J.Vidalenc. Louis Blanc. París. 1948.
- L.A. Loubére. Louis Blanc. 1961.
- D.C. The Nacional Workshops. 1933.
- C. Landaur. European Socialism. 1959.

BLANQUI

- Défense du citoyen Louis-Auguste Blanqui devant la cour d´assises. 1832.
- Qui fair la soupe doit la manger. 1834.
- La patrie en danger. 1871.

- L'Eternité par les astres. 1872.
- La critique sociale. 1886.
- Gustave Geffroy. L´Enfermé. 1897.
- V.P.Volguine. Blanqui, textes choisis. 1957.
- Maurice Dommanget. Auguste Blanqui, des origenes á la Révolution de 1848. Mouton, París. 1969.
- Maurice Dommanget. Les idées politiques et sociales d´Auguste Blanqui. 1957.
- Gian Mario Bravo. Les socialistes avant Marx. París. 1970.
- Alfredo Cepeda. Los utopistas. Buenos Aires. 1950.

BABEUF

- Philippe Buonarrotti. La conspiration pour l´égalité. Editions Sociales. París. 1957.
- Philippe Buonarrotti. Histoire des sociétes secrétes de l´armée. 1815.
- Philippe Buonarrotti. Conspiration des égaux. 1828.
- Philippe Buonarrotti. Conspiration por l'Egalité dite de Babeuf. 1828.
- Ernest Belfort Bax. Gracchus Babeuf. The last episode of the French Revolution. 1911.
- Maurice Dommanget. Pages choisies de Babeuf. A.Colin. 1835.
- Claude Mazauric. Babeuf et la conspiration por l´egalité. 1962.
- Enrique Tierno Galván. Babeuf y los iguales. Editorial Tecnos. Madrid.
- Georges Lefebvre. Les origines du communisme de Babeuf. 1950.
- Maurice Dommanget. Sylvain Maréchal, L´Egalitaire." L´homme sans Dieu. 1950.
- Jean Jaurés. Histoire Socialiste de la Revolution Francaise. 1901-8.
- Victoire Advielle. Histoire de Gracchus Babeuf et de babouisme. 1884.
- P. P. Robiquet. Buonarrotti et la secte des égaux. 1910.
- G. Sencier. Le Babouvisme aprés Babeuf. 1912.

- Max Nomad. Herejes políticos. De Platón a Mao. México. 1964.

Cabet

- Voyage en Icarie. París. 1840.
- Colonie icarienne aux Ëtat-Unis d´Amérique. 1856.
- Histoire populaire de la Révolution francaise 1839-1840.
- Le Vrai Christianisme suivant Jesús-Christ. 1846.
- Jules Prudhommeaux. Icarie et son fondateur. 1907.
- Paul Carré. Cabet: de la democratie au communisme. 1903.
- Albert Shaw. Icaria. 1884.
- Francis Lagarde. The French in Texas. 2003.
- John William Reps. The making of Urban American: a history of city planning in the United States. 1992.
- Donald E. Pitzer. America´s Communal Utopias. 1997.
- E. Manuel and Fritzie P. Manuel (eds.) French Utopias: An Anthology of Ideal Societies. 1971.

Tristán

- Mephis. Novela filosófica y social. Paris. 1838.
- Péregrinations d´une paria. París. 1839.
- Peregrinaciones de una paria. Selección, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Santiago de Chile. Editorial Ercilla. 1941.
- Promenades dans Londres. París. 1842.
- Paseos en Londres. Estudio preliminar y bibliografía de Estuardo Núñez. Biblioteca Nacional del Perú. 1972.
- L¨Union Ouvriére París. 1843.
- L¨Emancipation de la femme. París. 1845.
- J. L. Puech. La vie et l´oeuvre de Flora Tristán. París. 1925.
- Eléonore Blanc. Biographie de Flora Tristán. 1845.
- Luis Alberto Sánchez. Una mujer sola contra el mundo. Lima. 1957.
- Mario Vargas Llosa. El paraíso en la otra esquina. Alfaguara. 2003.

JAURÈS

- Histoire socialiste de la Rèvolution francaise. 1897-1900.
- Las Pruebas. 1898 (sobre el caso Dreyfus).
- Estudios socialistas.
- Hacia la república social.
- Los dos métodos. 1900.
- Nuestro objetivo. 1904.
- La revolución rusa. 1905.
- La alianza de los pueblos.
- Conflicto ampliado. 1912.
- El nuevo ejército. 1914.
- Discurso de Vaise. 1974.
- Leszek Kolakowski. Las principales corrientes del marxismo. Alianza Universidad. Vol.11.
- G.D.H.Cole. Historia del pensamiento socialista. Vol.111.
- Max Nomad. Herejes políticos de Platón a Mao.
- José María de Areilza. París de la Belle Epoque. Planeta.
- Edgard R. Tannenbaum. The Action Francaise: Die-hard Reactionaries in Twentieh-Century France. New York. John Wiley and sons. 1962.
- Yves Chiron. La vie de Maurras. 1991. 1999.
- Víctor Nguyen. Aux origenes de l´Action Francaise. Fayard. 1991.
- Eric Vatrè. Charles Maurras: un itinéraire spirituel. 1975.
- Eugene Weber Action Francaise: Royalism, and Reaction in Twentieh Century France. Stanford University. 1962.
- Maurice Barrès. Etude pour la protection des ouvriers francais. París. 1893.
- Scenes et Doctrines du nationalisme. 1902.
- Une visite à l¨armée anglaise. 1915.
- Les diverses familles spirituelles de la France. 1917.
- L¨Ame francaise et la guerre. 1915-1920.
- Le genie du Rhin. 1921.
- Albert Thibaudet. La vie de Maurice Barrès. París. 1924.

SOCIALISMO ALEMÁN DEL SIGLO XIX

Karl Marx

- Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro. 1841.
- La cuestión judía. 1843.
- La crítica de la filosofía del Derecho de Hegel. 1844.
- Manuscritos económicos y filosóficos de 1844.
- Tesis sobre Feuerbach. 1845 (publicado póstumamente).
- Trabajo asalariado y capital. 1845.
- La Sagrada Familia (en colaboración con Friedrich Engels). 1845.
- La ideología alemana. (en colaboración con F.Engels). 1846.
- La miseria de la filosofía. 1847.
- Manifiesto Comunista. (en colaboración con F. Engels). 1848.
- Circular del Comité Central de la Liga Comunista (en colaboración con F. Engels). 1850.
- El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. 1851-1852.
- Bolívar y Ponte. 1858.
- Contribución a la crítica de la Economía Política. 1859.
- El Capital. 1864-1877.
- Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores. 1864.
- Salario, precio y ganancia. 1865.
- La guerra civil en Francia. 1870-1871.
- De las resoluciones de la Conferencia de Delegados de la Asociación Internacional de los Trabajadores (en colaboración con F. Engels). 1871.
- Crítica al Programa del Gotha. 1875. (publicado póstumamente).

Guillermo Federico Hegel

- Filosofía del Derecho. Claridad.
- Filosofía de la Lógica y la Naturaleza. Claridad.
- Filosofía del Espíritu. Claridad.
- Filosofía de la Historia. Ediciones Zeus.

Friedrich Engels

- Del socialismo utópico al socialismo científico.
- Dialéctica de la Naturaleza. Grijalbo.
- Anti-Duhring. Filosofía. Economía Política. Socialismo.
- Carlos Marx y Federico Engels. Correspondencia.
- Origen de la familia, la propiedad y el estado.
- Emmanuel Kant. Crítica de la Razón Pura. Losada.
- Manuel García Morente. Lecciones preliminares de filosofía. Losada.
- Karl R. Popper. La sociedad abierta y sus enemigos. Paidos Studio.

Eduard Bernstein

- Problemas del socialismo (artículos periodísticos de Die Neue Zeit). 1896.
- Los Presupuestos del Socialismo y las tareas de la Social-Democracia. 1899.

Mijail Bakunin

- Escritos de filosofía política. Dos volúmenes. Alianza Editorial.
- Nicolai Hartman. La filosofía del idealismo alemán. Tomo II. Editorial Sudamericana. 1960.
- Louis Althusser y Etienne Balibar. Para leer El Capital. Siglo XXI.
- Michel Foucault. Las palabras y las cosas. Siglo XXI.
- G. D. H. Cole. Historia del Pensamiento Socialista. Tomo I. FCE.
- Leszek Kolakowski. Las principales corrientes del marxismo. Tres volúmenes. Alianza Editorial.
- D. Riázanov. Marx y Engels (Conferencias del curso de marxismo en la Academia Comunista de Moscú). Editorial Claridad.
- D. J. O´Connor. Racionalismo, Iluminismo y Materialismo. III. Paidos Studium. Buenos Aires.
- Gaston Bachelard. El materialismo racional. Paidos.
- María del Carmen Iglesias. El pensamiento de Montesquieu. Alianza Universidad.

SOCIALISMO DEL SIGLO XIX EN RUSIA

HERZEN

- Dilettantism in Science. 1842.
- Letters on the Study of Nature. 1845-46.
- Interrupted Tales. 1854.
- From another shore and Letters of France and Italy. 1850.
- Le monde russe et la Revolution. 1860-62
- My exile to Siberia. 1855.
- "Mi pasado y mis pensamientos". 1857.
- Isaiah Berlin, Contra la corriente. FCE. 1983.
- Isaiah Berlin. Pensadores rusos. FCE. 1980.
- Leszek Kolakowski. Las principales corrientes del marxismo. Alianza Universidad. 1976.
- Martin Malia. Alexander Herzen and the Birth of Socialism. 1812-1855. Cambridge. Massachusetts.
- D. Offord. Portraits of Early Russians Liberals. 1985. Cambridge University Press.
- Venturi F. Roots of Revolution. A History of the Populist and Social Movements in Neneteenth Century Russia. 1960. Weindenfeld and Nicholson. London.
- A. Kelly, A Glowing Footprint. Herzen Proudhon and the role of the Intelectual Revolutionary, Modern Intelectual History. 2005.

SOCIALISMO ITALIANO DEL SIGLO XIX

LABRIOLA

- Sobre la idea de libertad. 1887.
- Problemas de Historia de la Filosofía. 1887.
- Sobre el socialismo. 1889.
- Ensayos sobre la concepción materialista de la historia. 1896.
- Hablando sobre socialismo y filosofía. (Cartas a Jorge Sorel). 1897.
- Benedetto Croce. Materialismo histórico y economía marxista. Imán. Buenos Aires. 1842.

- Leszek Kolakowski. Las principales corrientes del marxismo.II. La edad de oro. Alianza Universidad.
- Norberto Bobbio. Perfil ideológico del siglo XX en Italia. FCE.
- Gerardo Marone. Ensayo sobre el pensamiento de Benedetto Croce. Instituto de Estudios Italianos. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 1946.

POPULISMO Y MARXISMO RUSO DEL SIGLO XX

PLEJANOF

- Obras escogidas, dos volúmenes. Quetzal, Buenos Aires, 1966.
- Cuestiones fundamentales del marxismo. 1908. Fontamara, Barcelona.
- Una contribución a la cuestión del desarrollo de la visión monista de la historia. 1894.
- Nuestras diferencias. 1885.
- Contribuciones a la historia del materialismo. 1896.
- Arte y vida social. 1912.
- La concepción materialista de la historia. Roca de México.
- El materialismo militante. Grijalbo.
- El papel del individuo en la historia. 1898. Editorial Akal. Madrid.
- El socialismo en la lucha política. 1883.
- Contra el anarquismo. Jorge Alvarez Editores. Argentina.
- Samuel U.Baron. Plejanov, padre del marxismo ruso. Siglo XXI. 1976.
- Leszek Kolakowski. Las principales corrientes del marxismo. II.
- G.D.H. Cole. Historia del pensamiento socialista. FCE

KROPOTKINE

- Prisiones francesas y rusas. 1887.
- La conquista del pan. 1892.
- Memorias de un revolucionario. 1898.
- Campos, fábricas y oficinas. 1899.

- El Estado. 1903.
- Historia de la Revolución Francesa. 1909.
- Ciencia Moderna y Anarquismo. 1913.
- Palabras de un rebelde.
- Etica. Origen y evolución de la moral. 1894.
- G.D.H. Cole. Historia del pensamiento socialista. FCE.

LENIN

- Qué hacer. 1902.
- Anarquismo y socialismo. 1901.
- Un paso adelante, dos pasos atrás. 1904.
- Materialismo y empireo-criticismo. 1908.
- Marxismo y revisionismo. 1908.
- Ciertas particularidades del desarrollo histórico del marxismo. 1910.
- El desarrollo del capitalismo en Rusia. 1916.
- El Imperialismo, etapa superior del capitalismo. 1916. Buenos Aires. 1973.
- Las Tesis de Abril. 1917.
- El Estado y la Revolución. 1917. Editorial Anteo. B.Aires. 1973.
- Las tareas de la revolución. 1917. B. Aires. 1973.
- El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo. 1920. B.Aires. 1973.
- Dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática.1904. Fondo de Cultura Popular. 1905.
- Las tres fuentes y los tres partidos constitutivos del marxismo. 1913.
- Destino histórico de la doctrina de Karl Marx. 1913.
- Biografía de Karl Marx. 1913.
- D. Riazanov. Curso de Marxismo. Nota preliminar de Aníbal Ponce.
- Nicolas Lenin y Felipe Turati. El marxismo. El proceso del fascismo. Editorial Claridad. Buenos Aires.
- Leszek Kolakowski. Las principales corrientes del marxismo.
- G.D.H. Cole. Historia del pensamiento socialista.
- E.H. Carr. La Revolución Bolchevique. III volúmenes. Alianza Editorial.

- J.A. Hobson. Estudios del imperialismo.
- George Dalton. Sistemas económicos y sociedad. Alianza Universidad.
- Pierre y Monique Favre. Los marxismos después de Marx. París. Barcelona. 1970.

EL SOCIALISMO EN CHINA

- An Outline History of China. Edited by Bai Shouyi. Foreign Languages Press. Beijing.
- China. Geografía.Historia. Política. Economía.Cultura. Versión Revisada. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Beijing.
- Xue Muqiao.China Socialist Economy. 1981.
- Ancient China´s Technology and Science. Institute of the History of Natural Sciences.
- Fernand Braudel. Las civilizaciones actuales. Editorial Tecnos. Madrid. 1969.
- Bai Shouyi. History of Chinese Historiography. Part One. 1964.
- Bai Shouyi. The Hui People´s Uprisings. 1953.
- Xia Zengyou´s. A Textbook History of China. 1904.

Sun Yat-sen

- A message to My Compatriots. 1904.
- The True Solution of the Chinese Solution. Taiwan.
- The Three People´s Principles. Taiwan.
- Tong Meng Hui´s Journal. Taiwan.

Mao Zedong

- Selected Works of Mao Zedong. Foreign Languages Press. Beijing.
- Mao Tse Tung. Obras Escogidas. Editorial Fundamentos. Madrid.
- Sun Shuyun. The Long March. Constable, London.
- Spence Jonathan D. Mao Zedong. Penguin Books.
- Short Philip. Mao: A life. John Murray. 2004.

- Clement Jonathan. Mao Zedong (Life & Times) Haus Publisinhg Limited.
- MacFarquhar, Roderick y Schoenhals Michael. Mao´s Last Revolution. The Belknap Press.
- Li Zhisui. La vida privada del Presidente Mao. Planeta, Barcelona, 1995.
- Chang, Jung y Halliday Jon. China, una nueva historia. Editorial Andres Bello. Barcelona. 1997.
- Spence Jonathan. The Search for Modern China. W. W. Norton and company, Nueva York. 1999.
- Hsûe, Inmanuel C.Y. The rise of Modern China. Oxford University Press. 1999.
-

  New York. Praeger. 1963.
- Schram S. Mao Tse Tung. Londres. Penguin Books. 1967. Traducción castellana. Editorial Cid. Madrid.
- P. y M. Favre. Los marxismos después de Marx. A. Redondo Editor. Barcelona. 1970.

ZHOU ENLAI

- Selected Works of Zhou Enlai. Two Volumes.Foreign Languages Press. Beijing.
- An Outline History of China. Beijing.
- Max Nomad. Herejes Políticos de Platón a Mao. Libros Mexicanos Unidos. 1964.
- Han Suyin, Eldest Son. Pimlico, London. 1995.

DENG XIAOPING

- Selected Works of Deng Xiaopings. Foreign Languages Press. Beijing. 1989. Second Edition.
- Textos Escogidos de Deng Xiaoping. Tres tomos. 1982-1992.
- Lawrence J. Brahm, Stephen X.M. Lu. Re-engineng China. Hong Kong. 1999.
- John King Fairbanks. China, una nueva historia, Harvard University.
- Ricardo Arias Calderón. China desde Panamá. Universidad de Panamá. 2006.